INTRODUCCIÓN A LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

Charles V. Langlois / Charles Seignobos

Francisco Sevillano Calero (Ed.)



INTRODUCCIÓN A LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

Charles-V. Langlois
Charles Seignobos

INTRODUCCIÓN A LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

Estudio introductorio y notas
FRANCISCO SEVILLANO CALERO

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Título original de la obra:
INTRODUCTION AUX ÉTUDES HISTORIQUES - 1898

Traducción de Jaime Lorenzo Miralles

Publicaciones de la Universidad de Alicante
Campus de San Vicente, s/n
03690 San Vicente del Raspeig
publicaciones@ua.es
http://publicaciones.ua.es

Corrección de primeras pruebas: Lola Espinosa Sales
Corrección de segundas pruebas: Luis Bagué Quílez
Diseño de portada: candela + alenda

Impresión: Imprenta KADMOS
Salamanca, 2003

ISBN: 84-7908-750-1
Depósito Legal: S. 1.718-2003

Este libro se ha realizado dentro del Proyecto DEGES PB98-0393

ÍNDICE

ESTUDIO INTRODUCTORIO
El método positivista como paradigma de conocimiento histórico

> Tal vez la falta del elemento mítico en la narración de estos hechos restará encanto a mi obra ante un auditorio, pero a cuantos quieren tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en el futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana, si éstos la consideran útil, será suficiente. En resumen, mi obra ha sido compuesta como una adquisición para siempre más que como una pieza de concurso para escuchar un momento[1].

Con estas palabras, Tucídides resumía su propia investigación acerca de la guerra del Peloponeso. Como ocurrió con el historiador ateniense, la prosecución de la verdad en la narración sobre el pasado del hombre ha sido un afán recurrente en el trabajo historiográfico, pues, en el uso que de él se ha hecho, «el pasado no es nunca la historia, por más que algunos de sus elementos puedan ser históricos»[2]. Así, la historiografía, como arte de escribir la historia, ha ido delimitando su objeto de estudio, perfilando su método y aquilatando sus técnicas de crítica para el exacto establecimiento de lo acaecido, de la objetividad del conocimiento del pasado, como sucedió con la afirmación de la historiografía crítica durante la segunda mitad del siglo XIX[3].

---

1 *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 4.

2 Plumb, J. H., *La muerte del pasado*, Barcelona, Barral Editores, 1974 (ed. or. en inglés de 1969), p. 12.

3 Entre las exposiciones más tempranas sobre la historia de la historiografía en aquel siglo, además de la historia y el cuadro de la organización comparada del tra-

Pero como disciplina de conocimiento, la historiografía es una operación que se refiere a unas condiciones previas mediante «la combinación de un *lugar* social, de *prácticas* "científicas" y de una *escritura*»[4]; una operación que realiza un grupo profesional, con sus compromisos y disputas, no sólo con sus precursores, sino en competencia asimismo con los miembros de disciplinas aledañas para dominar el campo de las ciencias sociales. Así, se ha destacado la situación ambigua de este campo entre dos principios de jerarquización opuestos: el político y el científico; un mundo social, como otros, que conoce de relaciones de fuerza y de luchas de intereses, de modo que sólo el análisis histórico permite una crítica de las pasiones y de aquellos intereses que pueden condicionar la metodología más rigurosa[5]. En esta línea, no se han de buscar sólo las contribuciones permanentes de un momento anterior de la disciplina a su estado de conocimiento, sino que hay que poner de manifiesto «la integridad histórica de esa ciencia en su propia época»[6]. En la epistemología del conocimiento histórico, ello supone matizar la idea del desarrollo gradual y acumulativo de

---

bajo histórico en diversos países que hicera Charles-Victor Langlois, véase Fueter, Eduard, *Historia de la historiografía moderna*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1953 (ed. or. en alemán de 1913), en particular el segundo volumen de la obra, que concluye con el estado de la historiografía en correspondencia con los cambios históricos ocurridos a partir de 1870. Asimismo, hay que citar Gooch, George Peabody, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, FCE, 1942 (ed. or. en inglés de 1913).

4 Certeau, Michel de, «La operación historiográfica», en *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993 (ed. or. en francés de 1975), p. 68. Se trata de una versión revisada y ampliada de la contribución del autor, con el título «La operación histórica», en Le Goff, Jacques y Nora, Pierre (dirs.), *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1978 (ed. or. en francés de 1974), vol. I, pp. 15-54.

5 Bourdieu, Pierre, «La cause de la science. Comment l'histoire sociale des sciences sociales peut servir le progrès de ces sciences», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n.º 106-107 (marzo 1995), p. 3 y ss. Este texto fue presentado por el autor en el coloquio «Social Theory and Emerging Issues in a Changing Society», celebrado en Chicago en 1989 y publicado con el título «Epilogue: On the Possibility of a Field of World Sociology», en Bourdieu, Pierre y Coleman, J. (ed.), *Social Theory for a Changing Society*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991.

6 Kuhn, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1971 (ed. or. en inglés de 1962), p. 23.

la disciplina a través del mejoramiento de su método de conocimiento científico[7].

El cambio de la historiografía conlleva, más bien, el trastocamiento de un actitud intelectual, que es sustituida por otra que no era tenida como natural. De este modo, la práctica disciplinar de la historia se sitúa en un plano diferente, al modificarse la perspectiva de la comunidad de historiadores. Un cambio que no resulta del enfrentamiento de ideas, sino de profesionales que las aceptan y acaban compartiendo distintos elementos a modo de «matriz disciplinar» de un paradigma a través de un entramado institucional: trátese de generalizaciones, modelos concretos, valores, y ejemplos de problemas y soluciones acerca del conocimiento del pasado[8]. Así sucedió con el establecimiento del método crítico de investigación en historia durante el siglo XIX, que acabó con una importante polémica acerca de su carácter científico. La naturaleza epistemológica del conocimiento histórico suscitó la controversia, a finales de aquel siglo, acerca de los fundamentos cognitivos de la disciplina y su método a partir del ejemplo de las ciencias naturales; en último término, tales reflexiones trataban sobre la oposición entre objeto y sujeto, herencia de la filosofía clásica del conocimiento, y de las condiciones de acceso a la verdad. Un debate que no sólo trató de la historia, puesto que también las ciencias, y en particular la física, fueron puestas en cuestión como conocimiento puro, resultado de la relación entre un objeto existente independientemente de un sujeto en un estado de objetividad y receptividad. De este modo, la historia y las

7 No obstante, la importancia de la continuidad y el desarrollo gradual, más evolutivo que revolucionario, sobre todo desde el punto de vista de la práctica de la crítica histórica en lugar de la teoría, han sido destacados por el historiador Anthony Grafton en *Falsarios y críticos. Creatividad e impostura en la tradición occidental*, Barcelona, Crítica, 2001 (ed. or. en inglés de 1990) y *Los orígenes trágicos de la erudición*, México, FCE, 1998.

8 Ibídem, pp. 278-287. Estas precisiones sobre el concepto de «matriz disciplinar» fueron hechas por T. S. Kuhn en la posdata de 1969 a la primera edición en inglés del libro citado, y que originalmente había incluido en la versión japonesa del mismo.

ciencias han tenido trayectorias paralelas como manifestaciones parciales del conocimiento general[9].

La «historia de la historiografía» debe permanecer ajena a las luchas por el monopolio de la representación legítima del pasado, pues ha de «proceder al estudio de la historiografía en coyunturas concretas y particulares, para que pueda ser referida a la estructura social que la hace posible, renunciando si hace falta a obtener un concepto unitario y dogmático de la actividad historiográfica»[10]. Este comentario acerca de la formación del método positivista como paradigma de conocimiento histórico parte, así, de unas premisas: la concepción de la tarea historiográfica como una práctica social enmarcada históricamente; la atención a los correspondientes factores contextuales, pero sin menoscabo de la que se debe prestar a los propiamente intelectuales; el interés entre unos y otros fenómenos por la organización institucional del oficio de historiador; y el rechazo de una visión lineal acerca de la formación de un método científico, coherente y uniforme, que sea consustancial a la historia.

LA EMERGENCIA DEL PARADIGMA POSITIVISTA EN HISTORIA

En 1898, la edición de la obra *Introduction aux études historiques*, de Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos[11], supuso el cierre de un periodo de ciencia normal en la historiografía tras el cambio que la adopción del método positivista había producido en Francia. Elaborado a partir de la revisión de

9 Pomian, Krzystof, «L'histoire de la science et l'histoire de l'histoire», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 30 (septiembre-octubre 1975), pp. 935 y ss.

10 Niño Rodríguez, Antonio, «La historia de la historiografía, una disciplina en construcción», *Hispania*, CSIC, XLVI, n.° 163 (1986), p. 416.

11 *Introduction aux études historiques*, París, Hachette, 1898, XVII-308 pp. Esta obra fue traducida al español a partir de la cuarta edición del original en 1909 con el mismo título de *Introducción a los estudios históricos*, Madrid, Daniel Jorro, editor, 1913, 372 pp., volviendo a ser editada en La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1962 y también en Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1972.

las conferencias que ambos autores dictaran, en el curso anterior, a estudiantes principiantes en la Sorbona, se trataba de un manual que introducía y normativizaba el trabajo del historiador. Como vehículo pedagógico, su finalidad era enseñar al estudiante los problemas y las soluciones metodológicas en el conocimiento del pasado, además de servir para la reflexión personal de eruditos e historiadores sobre la profesión que, se objetaba, algunos ejercían de forma mecánica. En la advertencia de *Introduction aux études historiques* se comenzaba afirmando que:

> Nuestra intención es examinar los condicionantes y la metodología de la investigación histórica y señalar su carácter y sus límites. ¿Cómo llegamos a saber algo acerca del pasado, hasta qué punto, y qué es lo que nos interesa de él? ¿Qué entendemos por documentos? ¿Cómo hemos de utilizarlos para escribir historia? ¿Qué entendemos por hechos históricos? ¿Cómo hemos de utilizarlos para escribir un libro de historia? De forma más o menos consciente, cualquier historiador efectúa en la práctica complejas tareas de selección y organización, de análisis y de síntesis. Pero los principiantes, y la inmensa mayoría de quienes jamás se han parado a reflexionar acerca de los fundamentos metodológicos de la historia recurren a métodos intuitivos que rara vez desembocan en la verdad científica, ya que por lo general carecen de rigor intelectual. Así pues, se hace necesario exponer y fundamentar la teoría de los procedimientos genuinamente racionales, ya consolidada en algunos de sus aspectos, todavía inconclusa en cuestiones de capital importancia.

El libro era un ensayo acerca del método de las ciencias históricas, pues se puntualizaba que su necesidad era mayor en éstas porque los métodos de trabajo aparentemente más adecuados en un primer impulso no eran métodos racionales; además, se apartaban tanto de los propios de otras ciencias «que, para no caer en la tentación de aplicar a la historia los métodos de otras disciplinas ya establecidas, es preciso tener presentes sus características especificas». Se trataba del método crítico de la historia positivista[12].

---

12 Véanse exposiciones generales como Bourdé, Guy y Martin, Hervé, «La escuela metódica», en *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal, 1992 (ed. or. en francés

La emergencia del positivismo como paradigma historiográfico coincidió con la percepción de la anomalía intelectual y moral, el «mal francés», en el contexto que siguió a la derrota militar de Sedán ante los ejércitos prusianos el 3 de septiembre de 1870, los sucesos violentos de la Comuna de París y la consolidación del régimen de la Tercera República. El uso público de la historia se convirtió en elemento esencial de la reconstrucción del sentimiento nacional y de la identidad republicana en Francia. Desde 1867, la historia era materia obligada en la enseñanza primaria, mientras que, con las leyes Ferri en el nuevo período republicano, se instituyó la escuela laica (en marzo de 1880), gratuita (junio de 1881) y obligatoria (marzo de 1882); una reforma que también ocurrió en la enseñanza superior[13]. Esto sucedió mediante el protagonismo de personajes como Ernest Lavisse, profesor de la Sorbona desde 1880, ocupando la cátedra de historia moderna cinco años después, y Gabriel Monod, quien inmediatamente introdujo los enfoques y los métodos de los seminarios alemanes en la IV.ª sección de la *École Pratique des Hautes Études* de París, creada en 1868. La fascinación por las universidades, la erudición y la crítica alemanas, hicieron que G. Monod quisiera renovar la ciencia histórica francesa a través de la *Revue Historique*, que fundó

de 1990), pp. 127-148; Noiriel, Gérard, «Naissance du métier d'historien», *Genèses*, n.° 1 (septiembre 1990), pp. 58-85 («La formación de una disciplina científica», en *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra, 1997); Prost, Antoine, «Seignobos revisité», *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, n.° 43 (julio-septiembre 1994), pp. 100-118; Ruiz Torres, Pedro, «La historia como concepto histórico: historia erudita, historia filosófica e historia científica en los siglos XVIII y XIX», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, Universidad de Salamanca, vol. X-XI (1992-93), pp. 149-162; y Pasamar Alzuria, Gonzalo, «La invención del método histórico y de la historia metódica en el siglo XIX», *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, n.° 11 (1993), pp. 183-213, pero sobre todo el exhaustivo estudio de Carbonell, Charles-Olivier, *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français 1865-1885*, Toulouse, Privat, 1976.

13 En relación con este último aspecto, hay que citar Digeon, Claude, *La crise allemande de la pensée française*, París, P.U.F., 1959, sobre todo el capítulo VII, «La nouvelle université et l'Allemagne (1870-1890)», y Keylor, William R., *Academy and Community. The Foundation of the French Historical Profession*, Cambridge, Mass., Harvard University Pess, 1975; y Charle, Christophe, *La République des universitaires 1870-1940*, París, Seuil, 1994.

con el archivero G. Fagniez en 1876[14]. De este modo, la creación de tal tipo de revistas sirvió para la elaboración y el mantenimiento de los paradigmas científicos de la historia en la segunda mitad del siglo XIX[15]. Hay que insistir en que la articulación de la comunidad de historiadores en torno a estas instituciones académicas, de investigación y científicas contribuyó a la construcción nacional en el nuevo régimen de la Tercera República en Francia[16]. Precisamente, G. Monod y G. Fagniez concluían el editorial del primer número de la *Revue Historique* indicando que el estudio del pasado de Francia tenía una importancia nacional en aquel entonces, pues: «Es mediante él que podemos rendir a nuestro país la unidad y la fuerza moral que necesita»[17]. La historia de Francia ocuparía la parte principal de la revista, que abordaría el periodo europeo después de la muerte de Teodosio (395) y la derrota de Napoleón en 1815, pues para tan prolongado tiempo, los archivos y bibliotecas conservaban «los más valiosos tesoros». Pero para los fundadores de la revista, conocer las tradiciones nacionales y comprender sus transformaciones suponía amar la historia por sí misma y no como un arma de combate para la defensa de ideas religiosas y políticas particulares, demandando a los colaboradores

---

14 Véanse las contribuciones reunidas en el monográfico con motivo de su centenario en la *Revue Historique*, n.º 518, abril-junio de 1976, en el que se reproducen asimismo el editorial del primer número de la revista y el amplio artículo que G. Monod publicó, con el título «Du progrès des études historiques en France depuis le XVIe siècle», en el mismo número inaugural de 1876. Hay que citar asimismo el trabajo de Corbin, Alain, «La Revue Historique. Analyse de contenue d'une publication rivale des Annales», en Carbonell, Charles-Olivier y Livet, Georges (dir.), *Au berceau des Annales. Actes du Colloque de Strasbourg (11-13 octobre 1979)*, Toulouse, Presses de l'Institut d'Études Politiques de Toulouse, 1983, pp. 105-137.

15 A la fundación de la *Historische Zeitschrift* en 1859, siguieron otras como la propia *Revue Historique*, la *English Historical Review* (1886), la *Rivista Storica Italiana* (1888) o la *American Historical Review* (1896).

16 Véase Jones, Stuart, «Taine and the nation-state», en Berger, Stefan; Donovan, Mark y Passmore, Kevin (ed.), *Writing National Histories. Western Europe since 1800*, Londres, Routledge, 1999, pp. 85-96.

17 Véase la reproducción del editorial en el mencionado monográfico de la *Revue Historique*, n.º 518, abril-junio de 1976 (la cita procede de la p. 296).

«tratar los sujetos de que se ocupen con el rigor de método y la ausencia de toma de partido que exige la ciencia»[18]. Así, la emergencia de este paradigma historiográfico en Francia resultó de la amalgama del cientificismo empirista, inspirado por el positivismo, con la crítica erudita del historicismo alemán (desprendido de una finalidad idealista y teleológica).

El principio de estudiar la historia a partir de sí misma era reiterado por Gabriel Monod en su amplio artículo publicado en el primer número de la *Revue Historique*. Éste afirmaba que la revista «será una publicación de ciencia positiva y de libre discusión, pero se encerrará en el dominio de los hechos y se mantendrá cerrada a las teorías políticas y filosóficas»[19]. Ello servía precisamente para diferenciarla del ejemplo de la *Revue des Questions Historiques*, que no había sido fundada simplemente para la investigación desinteresada y científica, sino para la defensa de ciertas ideas políticas y religiosas. Por el contrario, la adopción de un punto de vista estrictamente científico produce un sentimiento de simpatía respetuosa hacia el pasado, pero independiente, puesto que el papel del historiador consiste sobre todo en comprender y explicar, no en loar o condenar[20]. Un estudio imparcial y simpático del pasado, decía G. Monod, que era más apropiado en aquella época que en cualquier otra, dado que:

> Las revoluciones que han estremecido y trastornado el mundo moderno han hecho desaparecer de las almas los respetos supersticiosos y las veneraciones ciegas, pero al mismo tiempo no han hecho comprender todo lo que un pueblo pierde de fuerza y vitalidad cuando rompe violentamente con el pasado. En lo que se refiere especialmente a Francia, los acontecimientos dolorosos que han creado en nuestra patria partidos hostiles, vinculándose cada uno a una tradición histórica especial, y los que más recientemente han mutilado la unidad nacional lenta-

18 Ibídem, p. 295.
19 Monod, Gabriel, «Du progrès des études historiques en France...», p. 322.
20 Ibídem, pp. 322-323.

mente creada a lo largo de los siglos, hacen un deber despertar la conciencia de sí misma en el alma de la nación mediante el conocimiento profundo de su historia. Sólo así todos podrán comprender el vínculo lógico que une todos los periodos del desarrollo de nuestro país e incluso todas sus revoluciones; así, se sentirán los retoños del mismo suelo, los hijos de la misma raza, sin que renieguen de alguna parte de la herencia paterna, todos hijos de la vieja Francia y, al mismo tiempo, todos ciudadanos con el mismo título de la Francia moderna.

Es así que la historia, sin proponerse *otro objetivo ni otro fin que el provecho que se tiene de la verdad*, trabaja de una manera secreta y segura por la grandeza de la Patria, al mismo tiempo que para el progreso del género humano.

El recuerdo de los sucesos de la Comuna de París, las consecuencias de la amplia represión tras su caída y las tensiones por el ascenso republicano en la vida política del nuevo régimen en Francia motivaron que este historiador insistiese en el inestimable servicio de la historia como ciencia positiva a la unidad, la grandeza y el progreso de la nación.

LAS CIENCIAS HUMANAS COMO CIENCIA POSITIVA

Como paradigma de ciencia positiva, la historia resultó una forma explícita y una aplicación exhaustiva del campo epistemológico, la *episteme*, espacio subyacente más confuso y oscuro, cuyo cambio abrió el umbral de la modernidad a principios del siglo XIX[21]. En este umbral, apareció el hombre por primera vez como objeto del saber y se abrió un espacio propio a las ciencias humanas[22]. El saber, que hunde sus raíces en las condiciones de posibilidad de la *episteme*, aparece ahora como un espacio a modo de una trama de organizaciones, de relaciones internas entre elementos, cuyo conjunto asegura una fun-

21 Las grandes «discontinuidades» en la *episteme* de la cultura occidental fueron señaladas por Michel Foucault en *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI, 1968 (ed. or. en francés de 1966), p. 7.

22 Ibídem, p. 10.

ción y permite establecer analogías y la sucesión de una organización a otra[23]. De este modo la ciencia positiva, que se extiende transversalmente entre las distintas disciplinas del saber, procede mediante el establecimiento de hechos individuales, refiriéndolos unos a otros a través de relaciones inmediatas para alcanzar verdades generales. Pero como convicción, el cientifismo está inextricablemente unido a la fe en el progreso humano, en la creencia del valor fundamental de la ciencia para la resolución de problemas y la articulación de la sociedad por el descubrimiento de sus leyes generales.

En Francia, la utopía cientifista en el progreso de la humanidad tuvo su proclamador más preclaro en el escritor Ernesto Renan. Él también exaltó el poder omnímodo de la ciencia, del talento que gobernaría el mundo: «Dios entonces será completo, si hacemos la palabra Dios sinónima de la total existencia [...]. Pero detenerse aquí sería una zoología demasiado incompleta. Dios es más que la total existencia: es al mismo tiempo lo absoluto. Es el orden en que las matemáticas, la metafísica y la lógica, son verdaderas: es el lugar de lo ideal, el principio viviente del bien, de lo bueno y de lo verdadero»[24]. Esta revelación era resultado del progreso de la conciencia, la ley más general del mundo[25]. Sólo la tendencia al progreso hace que el tiempo no sea estéril, pues a modo de resorte íntimo impele todo en la vida hacia un mayor desarrollo[26]. El tiempo como factor universal establece precisamente una gradación entre todas las ciencias, porque cada una de ellas tiene por objeto dar a conocer un periodo de la historia del ser: «La historia propiamente dicha es, bajo este punto de vista, la más joven de las ciencias. Lo que nos esclarece tan sólo es el último

23 Ibídem, p. 214.

24 Renan, Ernesto, *Las ciencias naturales y las ciencias históricas. Carta a M. Marcelin Berthelot*, escrita el 8 de agosto de 1863, Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, s.f., p. 36 (edición facsimilar en Valencia, Librerías París-Valencia, 1997).

25 Ibídem, p. 33.

26 Ibídem, p. 30.

periodo del mundo o, mejor dicho, la última fase de aquel periodo. Lo que nos enseña, nos lo enseña de una manera imperfecta y dejando enormes lagunas»[27].

En un temprano libro, *L'avenir de la science. Pensées de 1848*, que sin embargo permaneció inédito hasta 1890, un joven Renan afirmaba que la pretensión de la ciencia moderna es «organizar científicamente la humanidad»[28]. La ciencia es una religión, puesto que únicamente ella puede resolver los eternos problemas del hombre[29]. Esta exaltación del cientifismo aparecía en un contexto político y social convulso, en un momento en que: «Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo», palabras con las que Karl Marx y Friedrich Engels comenzaban el *Manifiesto del Partido Comunista*, redactado en el segundo congreso de la Liga Comunista, reunido en Londres del 29 de noviembre al 8 de diciembre de 1847. En aquellas circunstancias, Ernesto Renan hacía una profesión de fe positivista próxima a la expresada por Auguste Comte. Sin embargo, pensaba que la filología, como «*ciencia exacta* de las cosas espirituales», es a las ciencias de la humanidad lo que la física y la química a la ciencia natural, lo que, en su opinión, no había comprendido Comte al concebir aquellas ciencias del modo más restringido y haberles aplicado el método más grosero[30]. Para Ernesto Renan, había que afirmar que «Comte no ha comprendido la infinita variedad de ese fondo fugitivo, caprichoso, múltiple, intangible, que constituye la naturaleza humana»[31].

Hay que precisar que, en la emergencia del paradigma positivista en la historiografía francesa, el pensamiento filosófico de Auguste Comte influyó esencialmente a través de la importancia de la metodología inductiva de la «ciencia positi-

---

27 Ibídem, p. 11.

28 Renan, Ernesto, *El porvenir de la ciencia (Pensamientos de 1848)*, Madrid, Doncel, 1976, p. 30.

29 Ibídem, p. 93.

30 Ibídem, pp. 134-135.

31 Ibídem, p. 135.

va» en el estudio de la complejidad de los hechos del pasado. No obstante, existieron propuestas en relación con la historia muy próximas a la compleja noción comtiana de *sociologie*, como la que hiciera Louis Bourdeau en el libro *L'histoire et les histories*, publicado en 1888. Para este autor, la historia estaba toda por hacer, pues no satisfacía ninguna de las exigencias de una ciencia constituida: su objeto es vago, mal definido, sin límites; su programa de problemas a resolver, lleno de confusión; su método, incapaz de constatar los hechos con certidumbre; su capacidad de establecer leyes, nula[32]. Así, instituir el estudio de las cosas humanas con el rango de las ciencias implica especificar el objeto de la historia, que L. Bourdeau definió como «la ciencia de los desarrollos de la razón»[33]. De esta manera, el objeto de la historia debe comprender la universalidad de los hechos que la razón dirige o cuya influencia sufre[34]. Sin embargo, Louis Bourdeau insistía en que los historiadores no habían atendido la obligación de observar la generalidad de los hombres (preocupándose por los personajes) ni las funciones de la razón (ocupándose de narrar los acontecimientos)[35]. La historia tenía que ser general e impersonal, prestando atención a las masas[36]; la historia debía tratar de los hechos regulares de importancia general y permanente[37]. La estadística precisamente podía renovar el análisis de la historia, procediéndose a la síntesis mediante la búsqueda de un orden a través de las leyes que presiden el desarrollo de la humanidad: «Un principio domina y dirige todo el orden de las investigaciones positivas: todo está regido por las leyes. Ello permite establecer científicamente la historia o instituirla sobre el estudio de aquello que los hechos humanos tienen de regular y constante, eliminar las causas ocultas, proclamar bien alto que

32 Bourdeau, Louis, *L'histoire et les histories. Essai critique sur l'histoire considerée comme science positive*, París, Félix Alcan, éditeur, 1888, p. 1.

33 Ibídem, p. 5.

34 Ibídem, p. 11.

35 Ibídem, p. 12.

36 Ibídem, p. 109.

37 Ibídem, pp. 123 y ss.

la actividad de la razón obedece también a las leyes y debe descubrirlas»[38].

En el mismo año de 1888, las críticas a la historia eran hechas por un joven científico social, Émile Durkheim, quien opinaba que la historia no es una ciencia porque se ocupa de lo especial y no puede alcanzar afirmaciones generales, comprobables empíricamente, que son propias del pensamiento científico. La historia quedaba reducida al estado de ciencia auxiliar, que aportaba información a la sociología[39]. Hay que observar que la fundamentación de la sociología como ciencia y su constitución como disciplina académica ocurrieron en gran medida a partir de semejantes conflictos teóricos, metodológicos e incluso corporativos, que tuvieron como trasfondo el rechazo de la historiografía académica. Bajo la influencia del positivismo, Émile Durkheim apuntaló metodológicamente el carácter de ciencia positiva de la sociología a partir de su objeto de estudio en la obra *Les règles de la méthode sociologique*, que se editó en 1895 (después de ser la segunda parte de su tesis doctoral, *De la division du travail social*, que comenzara en 1884 y fuese publicada en 1893)[40]. En el prefacio de su obra acerca del método sociológico, Durkheim señalaba que «nuestro objetivo principal es extender el racionalismo científico a la conducta humana, haciendo ver que, considerada en el pasado, es reducible a relaciones de causa y efecto, que una operación no menos racional puede transformar más tarde en reglas de acción para el porvenir. Lo que se ha llamado nuestro positivismo, es una consecuencia de este racionalismo»[41]. La sociología superaba así la «metafísica positivista» de precursores como Auguste Comte y Herbert Spencer para abordar el conoci-

38 Ibídem, p. 343.

39 Durkheim, Émile, «Cours de science sociale: leçon d'ouverture», *Revue Internationale de l'Enseignement*, n.° 15 (1888), pp. 23-48.

40 *Les règles de la méthode sociologique*, París, Alcan, 1895. La traducción al español de *Las reglas del método sociológico* apareció publicada en Madrid, Antonio G. Izquierdo, 1912, versión reeditada en Madrid, Akal, 1987.

41 Ibídem, p. 17.

miento de la realidad social mediante la observación y la aplicación del método científico al considerar los fenómenos sociales como «cosas». En este sentido, Émile Durkheim destacaba que el objeto de la ciencia sociológica es el «hecho social», de carácter externo y coercitivo a la conciencia individual, de la que se preocupaba la psicología, puesto que se trata de «maneras de obrar, de pensar y de sentir, exteriores al individuo, y están dotadas de un poder coactivo, por el cual se le imponen»[42]. El individuo era desplazado como objeto de estudio en beneficio del análisis de las relaciones sociales, al tiempo que el «imperialismo sociológico» (de Durkheim y quienes formaron la *École française de Sociologie*, articulada en torno a la revista *L'Année Sociologique*, que se publicó entre 1898 y 1913) resultó de la tarea impuesta de subordinar otras disciplinas de conocimiento[43].

La premisa de que el método de una ciencia está unido a su objeto de estudio, pero sobre todo la autonomía de disciplinas como la historia, suscitaron el debate en Francia a partir de los últimos años del siglo XIX. Precisamente, el reto que el positivismo significó para el historicismo en Alemania había desatado también unas «disputas sobre el método» (*Methodenstreit*), que en parte trataron sobre el lugar de la historia en la clasificación de las ciencias. En 1883, Wilhelm Dilthey estableció la clásica división de «ciencias de la naturaleza» y «ciencias del espíritu», señalando que las últimas «constituyen un nexo cognoscitivo mediante el cual se trata de alcanzar un conocimiento real y objetivo de la concatenación de las vivencias humanas en el mundo histórico-social humano». El mismo autor puntualizaba seguidamente que:

---

42 Ibídem, p. 36.

43 Sobre estas cuestiones, véanse las aportaciones en el dossier titulado «A propos de Durkheim», *Revue Français de Sociologie*, vol. 17, n.º 2, 1976, además de Besnard, Philippe (ed.), *The Sociological Domain: The Durkheimians and the Founding of French Sociology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

«El mundo histórico humano no se nos presenta en las ciencias del espíritu como la *copia* de una realidad que se encontraría fuera [...]. En ellas lo acontecido y lo que acontece, lo único, accidental y momentáneo es referido a una trama de valores llena de sentido. El conocimiento trata de penetrar cada vez más, a medida que avanza, en esta trama o conexión; se hace cada vez más objetivo en la captación de ésta sin por eso poder suprimir su propia naturaleza, pues "lo que es" no puede experimentarlo más que por simpatía, reconstruyéndolo, uniendo, separando, en conexiones abstractas, en un nexo de conceptos»[44].

De este modo, las ciencias del espíritu se refieren a los hombres, a sus relaciones entre sí y con la naturaleza exterior, fundamentándose en la vivencia, la expresión de vivencias y la comprensión de esta expresión[45]. La temporalidad contenida en el transcurso de la vida no es así una línea que se compone de partes equivalentes, un sistema de relaciones, de sucesiones, de coetaneidad, de duración, sino que el tiempo concreto es el cambio constante del contenido de la vivencia:

El tiempo concreto consiste más bien en la precipitación incesante del presente en la cual "lo presente" se está haciendo pasado y lo futuro presente. "Actualidad" no es sino concreción de un momento del tiempo con realidad, es vivencia, en contraposición con el recuerdo de la misma, o con el desear, esperar, temer algo "vivible" en el futuro. Esta llenazón con realidad es la que subsiste siempre, de modo continuo, en la precipitación incesante del tiempo, mientras que lo que constituye el contenido de la vivencia cambia constantemente. Esta decantación progresiva de la realidad en la línea del tiempo, que constituye el carácter del presente, a diferencia de la representación de lo vivido o de lo que se ha de vivir, este sumirse constantemente del presente hacia atrás, en un pasado, y este hacerse presente de lo que apenas si hemos acabado de esperar, querer o temer y que sólo se hallaba en la región de lo representado, he aquí lo que constituye el carácter del "tiempo real"[46].

44 Dilthey, Wilhelm, *El mundo histórico*, México, FCE, 1944 (ed. or. en alemán de 1923), p. 5.

45 Ibídem, pp. 91-92.

46 Ibídem, p. 93.

La vivencia es la unidad más pequeña en la corriente del tiempo, seleccionándose por su *significado* en el curso de la vida[47]. Para Dilthey, junto a las ciencias de la naturaleza se había desarrollado un grupo de conocimientos unidos por la comunidad de su objeto: la historia, la economía política, la ciencia del derecho y del Estado, la ciencia de la religión, el estudio de la literatura y de la poesía, de la arquitectura y de la música, de los sistemas y de las concepciones filosóficas del mundo y la psicología, que se referían al género humano[48]. Pero en estas ciencias, la realidad de lo humano no viene desde fuera, sino que se basa en su propia esencia, en lo interno, en el *sentido*[49]. La diferencia respecto a las ciencias de la naturaleza radica en el método que constituye su objeto, puesto que: «En un caso se produce un "objeto espiritual" en el "comprender", en el otro un "objeto físico" en el "conocer"»[50]. Wilhelm Dilthey observaba que:

> Lo humano, captado por la percepción y el conocimiento, sería para nosotros un hecho físico y en este aspecto únicamente accesible al conocimiento científico-natural. Pero surge como objeto de las ciencias del espíritu en la medida en que "se viven" estados humanos, en la medida en que se expresan en "manifestaciones de vida" y en la medida en que estas expresiones son "comprendidas" [...]. En una palabra, se trata del hecho de comprender mediante el cual la vida se esclarece a sí misma en su hondura y, por otra parte, nos comprendemos a nosotros mismos y comprendemos a otros a medida que vamos colocando nuestra propia vida "vivida" por nosotros en toda clase de expresión de vida propia y ajena. Así, pues, tenemos que la conexión de vivencia, expresión y comprensión constituye el método propio por el que se nos da lo humano como objeto de las ciencias del espíritu[51].

47 Ibídem, pp. 94-95.
48 Ibídem, p. 100.
49 Ibídem, pp. 104 y ss.
50 Ibídem, p. 106.
51 Ibídem, p. 107.

Por el contrario, existen regularidades en la sucesión o la coexistencia de los fenómenos sensibles. La propiedad de todo lo físico supone la reducción de tales regularidades a un orden según leyes, comprobables mediante la inducción y la experimentación[52].

En resumen, las operaciones analíticas y sintéticas del método crítico de la historia se disponen entre dos extremos: el sentido interno de las vivencias humanas y la realidad externa de lo colectivo. Así, tales operaciones metodológicas conducen, en primer lugar, desde lo interno de la subjetividad del observador a lo externo del hecho particular descrito y, en segundo término, desde lo concreto a lo general de los hechos históricos. Tal es el proceso de construcción metodológica de la historia como «ciencia positiva».

ANATOMÍA DE UN MÉTODO

Con el método crítico, se establecieron las reglas que deben seguirse para construir la historia como medio de conocimiento. Según escribiera un joven estudiante de la *École Normale Supérieure* en 1906, la obra del siglo XIX consistió en poner a prueba el método de investigación histórica como instrumento de trabajo: «Creo que el método crítico ha alcanzado ya su máximo punto de perfección»[53]. Unos años antees, Ch.-V. Langlois comentaba que era una banalidad decir que el siglo XIX había sido «el siglo de la historia», añadiendo que aunque fuera también «el sgilo» de muchas otras ciencias, «los estudios históricos han sido, en efecto, cultivados en esta época con más intensidad y provecho que nunca. La obra histórica del siglo XIX es y será capital, sean cuales fueren los destinos posteriores de la erudicción». Un progreso de los estudios históricos des-

52 Ibídem, p. 111.

53 Bloch, Marc, «Metodología histórica (Cuaderno de notas, 1906)», en *Historia e historiadores*, Madrid, Akal, 1999 (ed. or. en francés de 1995), p. 17.

pués del fin del Antiguo Régimen que, señalaba Langlois, estaba unido al movimiento general de al civilización[54].

Como ejemplo para los jóvenes universitarios que empezaban su formación en el oficio del historiador, Charles-V. Langlois y Charles Seignobos habían sistematizado justamente las operaciones metodológicas de la historia en su libro *Introduction aux études historiques*[55]. El manual comenzaba, a modo de premisa mayor de la que inferir los pasos del método crítico, con la afirmación de que: «La historia se hace con documentos», que son las huellas dejadas por los pensamientos y los actos de los hombres en el pasado. Precisamente, la llamada «heurística» (*Heuristik*) busca y recoge los documentos conservados. Puesto que los hechos históricos son conocidos por huellas, su conocimiento es indirecto, puntualizándose que «el método histórico científico ha de ser radicalmente distinto al resto de las ciencias, que se apoyan –salvo la geología– en la observación directa. Independientemente de cuanto haya podido decirse, la historia no es una ciencia de observación». El historiador procede mediante razonamientos para remontar desde las huellas a partir de la observación material de los documentos hasta los hechos históricos, ocupándose la crítica del análisis detallado de tales razonamientos. De este modo, la construcción del conocimiento histórico mediante la razón contradice la experiencia común, pues debe superar los «obstáculos epistemológicos» que suponen las inercias de la observación básica y del pensamiento común[56]. Ch.-V. Langlois y

---

54 Langlois, Ch.-V., *Manuel de bibliographie historique*, París, Libraire Hachette et Cie, 1904, vol. 2, p. 339 (primera edición del segundo fascículo de 1896).

55 Hay que mencionar la aceptación y difusión que, antes del libro de Langlois y Seignobos, tuvo la obra de Ernst Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtsphilosophie*, cuyas 3.ª y 4.ª ediciones, en las que se introdujo la palabra *Geschichtsphilosophie*, fueron de 1903 (la primera edición de la obra fue publicada en 1889 y la segunda en 1894). La 5.ª y 6.ª y última edición de la obra fueron de 1908, reeditándose en 1914 y 1970. La edición breviario de la obra de E. Bernheim, aparecida en 1905, fue traducida al español con el título *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Labor, 1937.

56 Sobre la noción «obstáculo epistemológico», véase Bachelard, Gaston, *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972 (ed. or. en francés de 1938), pp. 15 y ss.

Ch. Seignobos advertían, precisamente, que el hábito de la crítica no es natural, siendo preciso inculcarlo mediante prácticas repetidas, puesto que: «El análisis es lo contrario del primer impulso intelectual. Tendemos a dar crédito a cuanto se nos dice y a difundirlo, incluso sin distinguirlo claramente de nuestras propias opiniones».

Los pasos de la crítica externa e interna eran expuestos a lo largo de los distintos capítulos del libro II de la *Introduction aux études historiques*. La primera, o crítica de erudición, parte de las características materiales del documento y procede mediante su restitución, procedencia y clasificación para discernir la probable autenticidad frente a los documentos falsos o de aquellos que hayan sufrido modificaciones. A través de la restitución, se pretende reconstruir la forma original de un documento, mientras que la crítica de procedencia consiste en reunir información acerca de cómo se ha formado ese documento, es decir, sobre las condiciones generales en que ha trabajado el autor y que han podido llevarle a trabajar debidamente o no. La procedencia permitirá establecer consiguientemente las condiciones de trabajo especiales del lugar, la época y el género en que ha trabajado el autor y, con ello, las inexactitudes más habituales que puedan haber en el documento. Los resultados de ambas críticas de restitución y procedencia son negativos, pues sólo permiten prescindir de documentos erróneos. En este punto, la clasificación tiene que poner en orden los documentos cuya autenticidad ha sido comprobada, señalando Ch.-V. Langlois que su agrupación puede ser por fechas, lugar de origen, contenido o forma. Así, la crítica externa es preparatoria, un medio, y no un fin. Pero si los procedimientos de la crítica son científicos, la síntesis en historia se hacía todavía entonces al azar, cubriéndose con una «máscara literaria».

Una vez terminada la crítica de erudición de un documento, procede analizar su contenido mediante la crítica interna. Un procedimiento que utiliza una serie de razonamientos por analogía para reproducir los estados psicológicos por que pasó el autor del documento. En último término, éste queda

reducido a un estado en que se asemeja a una observación, es decir, la operación científica a partir de la que se constituye cualquier ciencia objetiva. El resultado es que todo documento tiene valor en la medida en que, tras haber analizado su génesis, queda reducido a una «observación bien hecha». En particular, la crítica de interpretación consiste en determinar el sentido del documento, o lo que es lo mismo, la concepción del autor. Por su parte, con la crítica de sinceridad se discierne si el autor ha mentido o procede con sinceridad, determinándose su creencia acerca de cada punto. Finalmente, mediante la crítica de exactitud se examina si el autor hizo una observación correcta o equivocada de los hechos exteriores. Ambas operaciones de sinceridad y de exactitud no tienen más resultado que establecer si las afirmaciones del autor de un documento resultan sospechosas de mentira o no lo son, además de evidenciar aquellos casos en que el autor estaba en tales condiciones que no podía saber nada, pues no tenía ningún medio de alcanzar el hecho exterior, de modo que su afirmación carece de valor. Así, la crítica de sinceridad determina las mentiras y la de exactitud, los errores; en resumen, el análisis crítico de un documento no conduce por sí mismo hasta la verdad. Charles Seignobos comentaba que no existe medio alguno de llegar a la certidumbre de que un documento sea exacto y pueda utilizarse, pues:

> Entre todas estas categorías de resultados sólo una es definitiva: *lo dicho por un autor que no dispuso de información sobre el hecho que menciona carece de valor*, y debemos rechazarlo como si se tratara de un documento apócrifo. Sin embargo, la crítica se limita aquí a eliminar noticias imaginarias, sin proporcionarnos otras ciertas. Las únicas conclusiones definitivas de la crítica son conclusiones *negativas*. Todos los resultados positivos siguen siendo dudosos, y podemos resumirlos así: "Contamos con argumentos favorables o contrarios a la certeza de esta afirmación". Pero no son más que *posibilidades*: a diario vemos que una afirmación dudosa puede ser exacta y otra probable falsa, y jamás llegamos a saber lo bastante de las condiciones en que se efectuó la observación como *para tener la seguridad* de que se efectuó correctamente.

Los resultados de la crítica interna serán, por tanto, relativos y provisionales, dado que, en el caso más favorable, una afirmación histórica no es sino una observación medianamente hecha, que tiene que ser confirmada por otras observaciones. Para llegar a un resultado definitivo, es necesario una serie de operaciones a través de la comparación, que ocupa un lugar intermedio entre la crítica y la síntesis. La relación entre varias afirmaciones permite reunir diversas observaciones que corresponden a un hecho exterior, pues ocurre en la realidad objetiva. Así, las operaciones de síntesis permiten organizar científicamente los hechos aislados, que la comparación proporciona después de la crítica documental. En este punto, es importante establecer la relación del método de la historia con las ciencias sociales.

Este fue el objeto que Charles Seignobos abordó ampliamente en su libro *La méthode historique appliquée aux sciences sociales*, publicado en 1901[57]. En esta obra, comenzaba señalando que «*el método histórico* es el utilizado para constituir la Historia. Sirve para determinar científicamente los hechos históricos, luego para agruparlos en un sistema científico»[58], para a continuación definir su objeto de estudio, observando que «la Historia, en el sentido moderno, se reduce al estudio de los hombres que viven en sociedad, es la ciencia de los hechos humanos del pasado»[59]. Pero Seignobos puntualizaba que «no hay hechos que sean *históricos* por su naturaleza», ni los hechos históricos pueden definirse como los «hechos del pasado» en oposición a los hechos actuales (objeto de las ciencias sociales), pues «ser presente o pasado no es una diferencia de carácter interno, que dependa de la naturaleza de un hecho, no es sino diferencia de posición con respecto a un observador dado»[60]. La conclusión es

57 *La méthode historique appliquée aux sciences sociales*, París, Félix Alcan, éditeur, 1901, II-322 pp. Esta obra fue traducida al español con el mismo título de *El método histórico aplicado a las ciencias sociales*, Madrid, Daniel Jorro, editor, 1923, siendo la edición citada en el presente trabajo.

58 Ibídem, p. 5.

59 Ibídem, p. 6.

60 Ibídem, p. 7.

que no hay hechos históricos más que por «posición», siendo histórico todo hecho que ya no se puede observar directamente porque ha dejado de existir. Si el carácter histórico no es inherente a los hechos, sino a la manera de conocerlos, la historia más que una ciencia es un medio de conocimiento basado en «huellas». El método histórico consiste así en «examinar los documentos para llegar a determinar los hechos pasados de que los documentos son las huellas», señalando Charles Seignobos que:

> Toma por punto de partida el documento observado directamente, y desde ahí se remonta, por una serie de razonamientos complicados, hasta el hecho pasado que se trata de conocer. Difiere, pues, radicalmente de todos los métodos de las otras ciencias. En lugar de *observar* directamente hechos, actúa indirectamente *razonando* sobre documentos. Siendo todo conocimiento histórico indirecto, la Historia es esencialmente una ciencia de razonamiento. Su método es un método *indirecto*, por razonamiento[61].

En su opinión, aun tratándose de un método inferior al no poder utilizar la observación directa, el método indirecto de la historia es necesario en las ciencias sociales (más cuando la historia era considerada indispensable para el acabamiento de las ciencias políticas y sociales, que se estimaba que estaban aún en vías de formación). En la práctica, la observación directa de los fenómenos sociales está limitada a un campo muy reducido, siendo preciso recurrir al procedimiento indirecto a través del documento, a la vez que la evolución de los fenómenos sociales es un elemento esencial del conocimiento científico. Además, el método histórico, como el de cualquier ciencia, supone determinar cuáles han sido los hechos particulares del pasado de que el documento es huella y agruparlos para descubrir las relaciones existentes[62]. Así, el método histórico no sólo comparte el carácter indirecto del conocimiento con las ciencias sociales en muchas ocasiones, sino que también participa del procedimiento inductivo de trabajo propio de las ciencias empíricas.

---

61 Ibídem, p. 8.
62 Ibídem, pp. 8-9.

La diferencia radica en la rigurosidad del método de observación, pues el documento histórico se redacta sin un método riguroso y fijo. La pregunta pertinente es, por tanto, cómo un documento puede servir para llegar al conocimiento de un hecho, pues su valor está en el grado en que una observación esté bien realizada. A pesar de que los documentos no dan a conocer más que el pensamiento de quien los escribió, siendo «la huella de hechos psicológicos»[63], Seignobos afirmó que pueden proporcionar un medio indirecto de alcanzar hechos exteriores a partir del análisis y la crítica de las condiciones y las operaciones intermedias que son necesarias para producirlos[64]; un procedimiento que debe actuar mediante la representación por analogía con nuestro estado interior de tales operaciones al no poder observarlas directamente. Ello supone que, no obstante los esfuerzos por aplicar el modelo de explicación deductiva en historia, la imposibilidad de observación directa hace que la historia se remonte más bien desde el efecto a la causa, como precisamente señalara Charles Seignobos para articular los pasos de la crítica en el proceso de reconstrucción de los hechos históricos:

> Para obtener de un documento el conocimiento de un hecho, es preciso, por tanto, reconstruir todas estas operaciones intermedias, tales como han debido producirse en el espíritu del autor y representarse toda la cadena de estos actos, al menos en la relación que cada uno de ellos ha tenido con el punto de partida, que era el hecho observado. Es el único medio de determinar la relación con el punto de llegada, que ha sido el documento.
>
> En la práctica, en esa cadena continua que va desde el hecho que se trata de conocer hasta el documento, el punto de llegada del autor, el documento, es nuestro punto de partida, y su punto de partida, el hecho, es nuestro punto de llegada. Y los dos únicos objetos materiales que pueden ser observados, son

63 Ibídem, p. 20.
64 Ibídem, p. 21.

los dos eslabones extremos de esta cadena, el hecho que observó el autor, el documento que escribió y que nosotros observamos. Todos los eslabones intermedios, creencia, concepción, lengua, son estados psicológicos. No podemos observarlos directamente, no podemos sino representárnoslos por analogía con nuestros estados interiores, los únicos que nos son directamente conocidos. He aquí la causa de que el método histórico sea exclusivamente un método de *interpretación psicológica por analogía*[65].

Esta operación de retrodicción en historia contrasta con la explicación causal en la ciencia, que la experimentación reproduce y que permite la predicción de los fenómenos a partir de la determinación que suponen las condiciones iniciales y la existencia de leyes. En este punto, la historia revela la debilidad de su condición científica, puesto que en la operación de reconstrucción indirecta de los hechos históricos a partir de su punto de llegada no sólo son fundamentales las condiciones subjetivas de la comprensión, sino que el juicio histórico pertenece al orden de lo probable, no de lo necesario.

El documento como producto material, pero sobre todo simbólico (pues representa la serie de operaciones psicológicas por las que ha pasado el espíritu de su autor a partir de una observación realizada sin método), no puede tomarse consiguientemente como una observación científica pura. En este sentido, Seignobos insistía en que, antes de utilizar un documento, es preciso adoptar precauciones especiales, que constituyen la primera mitad del método histórico, tratándose de la crítica, es decir, «el juicio que se forma sobre el valor del documento»[66]. La crítica permite adoptar un punto de vista científico, pues recalcaba el historiador francés en que es el único medio para tratar los documentos de manera que se obtenga «una verdad demostrada, establecida metódicamente, que no pueda ser motivo de discusión, y esto es lo que se llama la ver-

65 Ibídem, pp. 25-26.
66 Ibídem, p. 29.

dad *científica*»[67]. El análisis procede a descomponer el documento hasta sus elementos irreductibles con el fin de averiguar cada una de las operaciones que ha debido hacer el observador a quien se debe el documento y si tales operaciones han sido hechas por un método exacto o no, es decir, si se ha podido proceder mal y, por consiguiente, introducir una causa de error en el documento. De este modo, el resultado de aplicar la crítica al análisis documental no es otro que remontar desde un medio de conocimiento indirecto a una observación directa, siguiendo toda la serie de operaciones por las que se ha formado el documento[68].

Pero que el hombre sea, al mismo tiempo, el objeto del conocimiento histórico supone un modo de inteligibilidad específico. En primer lugar, porque ello permite destacar el alcance de la intuición a partir de la experiencia del historiador, quien razona por analogía con el presente al transferir al pasado modelos de interpretación fundamentados en su experiencia cotidiana y en el conocimiento de las diversas prácticas sociales. De este modo, la imaginación desempeña un papel fundamental entre las condiciones subjetivas que posibilitan la comprensión del pasado, como reconociera Ch. Seignobos:

> Realmente, en Ciencia social se trabaja, no con cosas verdaderas, sino con las representaciones que de ellas nos formamos [...] hay que *imaginarse* los hombres, las cosas, los actos, los motivos que se estudian. Estas imágenes es lo que se analiza. Algunas pueden ser recuerdos de cosas que personalmente se ha observado, pero un recuerdo no es ya más que una imagen. La mayor parte, por lo demás, ni siquiera han sido obtenidas por recuerdo, las inventamos *a imagen* de nuestros recuerdos, es decir, por analogía con imágenes obtenidas por medio del recuerdo [...].
>
> En cuanto queramos representarnos un conjunto, hay que imaginar no solamente los actos, sino las *relaciones* entre los

67 Ibídem, p. 31.
68 Ibídem, p. 40.

> seres, las cosas o los actos. No se puede imaginarlas sino por *analogía* con las relaciones entre los hechos actuales que se conocen directamente. Se imagina, pues, una Humanidad análoga a la que se conoce, es decir, hombres y cosas análogos, unidos entre sí por relaciones análogas. Se comienza así por una afirmación a priori de los caracteres y de las relaciones generales de la Humanidad [...].
>
> Toda construcción histórica o social es forzosamente obra imaginativa, puesto que la observación no nos proporciona jamás el conocimiento directo más que de individuos o de condiciones materiales. La sociedad es un conjunto de relaciones que no se observan directamente, sino que se *construyen* por la imaginación[69].

El mismo Seignobos iba más allá al resaltar que el «método social» es forzosamente subjetivo, ya que tal condición es indispensable en la construcción de los hechos sociales[70]. No obstante tratarse de situaciones singulares que no se repiten de la misma manera, la acción humana puede comprenderse a partir de su intencionalidad. Al respecto, afirmó que:

> Todo acto humano es un complejo. La parte directora, la que explica el resto, o es la intención de un individuo, o el concierto hecho entre varios; es decir, un fenómeno psicológico, mal analizado, pero en el que entra ciertamente una representación. Hay en este respecto hechos económicos lo mismo que hay hechos políticos. Toda construcción deberá, pues conservar este carácter psicológico, que es el único que hace el fenómeno inteligible. Lo que habrá que llegar a agrupar metódicamente eran hechos de representación[71].

Pero este historiador observaba sobre todo que: «Uno de los mayores progresos históricos ha sido reconocer que en una sociedad no hay hechos independientes, que los actos y los usos de un hombre o de un grupo de hombres están unidos entre sí, reobran unos en otros, se causan los unos a los otros, y

69 Ibídem, pp. 105-109.
70 Ibídem, p. 110.
71 Ibídem, p. 112.

que si los distinguimos es solamente por abstracción. En la realidad no hay hechos especiales, económicos, religiosos, científicos, políticos, hay hombres y hábitos que se modifican constantemente unos a otros. Este enlace se llama a veces *complexux*, en alemán *Zusammenhang*»[72]. Sin olvidar, según apuntaba seguidamente, la centralidad de la noción de cambio en todos los órdenes de fenómenos sociales[73], estableciendo así que la historia es «la ciencia de la evolución de las sociedades»[74].

Como Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos anotaran al final de la conclusión de su *Introduction aux études historiques*: «La historia y las ciencias sociales están en una situación de dependencia recíproca; progresan paralelamente por un continuo intercambio de aportaciones. Las ciencias sociales proporcionan el conocimiento del presente que la historia necesita para representarse los hechos y razonar sobre los documentos; la historia proporciona las noticias sobre la evolución necesarias para comprender el presente». La elevación del carácter científico del conocimiento histórico a través de las operaciones del método crítico y de la sistematización de la síntesis se corresponde con la declinación de tal carácter en las ciencias sociales debido a las concomitancias en el objeto de estudio de todas ellas: el hombre con su doble condición individual y colectiva, y su dimensión temporal. Una circunstancia que permitía diferenciar el conjunto de las ciencias humanas de las ciencias de la naturaleza, sobre todo en relación con el principio de causalidad; ya Aristóteles afirmó, en tal sentido, que «la sabiduría es ciencia acerca de ciertos principios y causas»[75]. De este modo, el conocimiento científico trata de analizar, explicar y predecir ciertos efectos a partir de sus causas.

72 Ibídem, pp. 120-121.
73 Ibídem, p. 125.
74 Ibídem, p. 126.
75 *Metafísica*, I, 982a.

LAS DIVERGENCIAS EN EL CAMPO DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL CAMBIO DE PARADIGMA HISTORIOGRÁFICO

En 1900, el filósofo Henri Berr fundó la *Revue de Synthèse Historique*[76]. La pretensión con tal iniciativa fue reiterada por éste en el prólogo de su obra *La synthèse en histoire*, cuya primera edición se publicó en 1911[77]. Berr señaló que fundó aquella revista «para reaccionar contra los excesos del análisis y de la especulación, para ahondar los problemas teóricos de la Historia y para poner en relaciones regulares a los historiadores con los filósofos»[78]. Una iniciativa que, según afirmara, ocurrió cuando se manifestaban algunas decepciones e iba perfilándose un movimiento de crítica contra las «ciencias» históricas que sobrepasaba los límites. De este modo, Henri Berr concluía que:

> Así, pues, hay actualmente una especie de crisis en la que se traduce o refleja notoriamente el estado inorgánico de los estudios históricos.
>
> Por mi parte creo que este malestar –que no es exclusivo o especial en Francia, sino que se siente con mayor o menor intensidad en todos los países de intensa cultura histórica– proviene de que un excesivo número de historiadores jamás reflexionaron sobre la naturaleza de su ciencia. Establecen hechos porque tal es su gusto y su aptitud y no han reflexionado o meditado sobre la Historia con mayor detención que esos profanos que piden a los historiadores que escriban obras que les

---

76 Véanse las contribuciones reunidas en *Hommage à Henri Berr, 1863-1954: Commémoration du centenaire de sa naissance*, París, Albin Michel, 1965, además de exposiciones como Siegel, Martin, «Henri Berr et la Revue de Synthèse Historique», en Carbonell, Charles-Olivier y Livet, Georges (dir.), *Au berceau des Annales*..., pp. 205-218.

77 *La synthèse en histoire: essai critique et théorique*, París, Alcan, 1911, XVI-271 pp., cuya segunda edición, ahora con el subtítulo de *Son rapport avec la synthèse générale*, apareció en París, Albin Michel, 1953, 322 pp. La traducción al español, a partir de esta edición, apareció con el mismo título de *La síntesis en historia. Su relación con la síntesis general*, México, UTEHA, 1961.

78 Ibídem, p. XV.

> sirvan de distracción y de recreo. Se afirma que por ser la Historia demasiado científica, no tiene contacto con la vida; yo estoy convencido, por el contrario, de que precisamente es por no serlo suficiente.
>
> [...] Desde el punto de vista de la ciencia pura, no hay problema más urgente y más capital, que el de la organización de la Historia: organización interna y lógica, organización externa y práctica. Resolviéndolo se resolverá al mismo tiempo el del enlace afortunado de la Historia con la vida[79].

La organización institucional de una historia-ciencia alternativa a partir de la «síntesis científica», que no erudita, continuó con la publicación de una amplia colección de libros de síntesis histórica, «La Evolución de la Humanidad», a partir de 1920 (el plan de la biblioteca se comenzó a elaborar en 1912 y su primer libro estaba preparado en 1914), creándose el *Centre International de Synthèse* en 1925, con la celebración periódica de «Jornadas» y «Semanas». Esta experiencia muestra cómo la investigación científica se articula en torno a la «tensión esencial» entre tradición e innovación[80].

Las divergencias a partir de la percepción de la anomalía que ocasionaban los problemas sin resolver en las «ciencias» históricas (que su mismo «progreso» desde comienzos del siglo XIX planteó en relación con las ciencias naturales) aparecieron precisamente en los primeros tomos de la *Revue de Synthèse Historique*, como muestra una serie de artículos de Xénopol, Rickert y Lacombe publicados entre 1900 y 1902[81]. Principalmente, los planteamientos que revisaban de los principios fundamentales de la historia académica insistían en la importancia y la complejidad del principio de causalidad en el objeto de las ciencias sociales en oposición a las recurrentes objeciones sobre el carácter general de la historia. En este sentido, el

79 Ibídem, p. XIV.

80 Kuhn, Thomas, «La tensión esencial: tradición e innovación en la investigación científica» [1959], en *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, México, FCE, 1982, p. 249.

81 Concretamente, en los números 1 a 7 y 12 de esos años.

rumano A.-D. Xénopol dedicó sus esfuerzos a probar «que la historia no puede formular nunca leyes de desenvolvimiento para los fenómenos (sucesos) que registra; pero que no por eso ofrece menos los caracteres de una ciencia»[82]. Por su parte, Paul Lacombe había establecido distintos ordenes de trabajo, incluso en una misma obra, que responden a la «indagación de la realidad» y la «investigación de la verdad»: «Erudición por una parte, historia o sociología por la otra, aquí habríamos podido emplear siempre, en lugar de historia, la palabra sociología, tanto mejor cuanto parece destinada a prevalecer»[83]. En resumen, una verdad histórica se compone de una realidad que se presenta en diversos lugares y distintos tiempos; luego se caracteriza por su conexión, demostrada por las causas que la han producido[84]. La constitución de la historia como ciencia parte del cúmulo de fenómenos heterogéneos recogidos por el saber erudito, ligándolos según una jerarquía entre los diversos órdenes de hechos históricos, pues «ese lazo sólo puede ser una generalización científica»[85]. Precisamente, la ciencia consiste para P. Lacombe en la comprobación de las semejanzas (de modo que el acontecimiento en sí no es apropiado para convertirse en el objeto de un conocimiento científico), además de que trata de la investigación de causas, que no atiende a lo individual: «Repito que no hay de decididamente rebelde sino el hecho considerado por el lado que lo hace único. Esto es materia de pura erudición»[86]. La conclusión es que «no hay sino actos comúnmente cumplidos por un número de hombres más o menos grande que, en el sentido científico de la palabra,

82 Xénopol, Alexandre-Dimitrie, *Teoría de la historia*, Madrid, Daniel Jorro, editor, 1911, p. 102. Se trata de la traducción española del libro homónimo en francés, publicado en 1908, que fue la segunda edición de la obra titulada *Les principes fondamentaux de l'histoire*, París, E. Leroux, 1899.

83 Se refería Lacombe a su libro *De l'histoire considerée comme science*, que publicaba en 1894, y cuyo prefacio es citado aquí. La obra apareció editada en español: *La historia considerada como ciencia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1948.

84 Ibídem, p. 9.

85 Ibídem, p. 10.

86 Ibídem, p. 21.

tengan una causa»[87]. El objeto de la historia-ciencia es el hombre temporal, consecuentemente histórico, que no es sino el hombre general moldeado en sus móviles y su inteligencia por una combinación de circunstancias particulares de la época considerada[88]. En relación con ello, la psicología se presta a un doble uso: practicar el método inductivo o ascendente o el método deductivo o descendente, cuyo primer paso es la concepción de una hipótesis, que tiene que ser verificada[89]. En último término, Paul Lacombe reconocía la posibilidad de previsión en historia, puntualizando al respecto que puesto que la diferencia es grande entre las ciencias: «De la historia, ciencia compleja en el más alto grado, la que se presta tanto a la influencia de los grandes hombres, no es necesario esperar una previsión infalible y sobre todo una previsión circunstanciada»[90].

Pero la controversia entre sociólogos e historiadores fue suscitada sobre todo en 1903 por las observaciones que, a partir de las reflexiones de P. Lacombe, hiciera François Simiand a los planteamientos de Seignobos sobre los fundamentos del método histórico en relación con las ciencias sociales[91]. Así, las relaciones entre el campo de la sociología y el campo de la historia en el momento de emergencia de las modernas ciencias sociales fueron de hegemonía por el poder en la sociedad científica y, particularmente, en el ámbito educativo de la Universi-

87 Ibídem, p. 23.
88 Ibídem, p. 53.
89 Ibídem, p. 54.
90 Ibídem, p. 304.
91 Rebérioux, Madeleine, «Le débat de 1903: historiens et sociologues», en Carbonell, Charles-Olivier y Livet, Georges (dir.), *Au berceau des Annales*..., pp. 219-230. Acerca de la validez de diferentes aspectos de la obra de Simiand, véanse las posturas defendidas en Lévy-Leboyer, Maurice, «L'héritage de F. Simiand: prix, profit et termes de l'échange au XIXe siècle», *Revue Historique*, 1970, pp. 77-120 y Bouvier, Jean, «Feu François Simiand?», *Annales E.S.C.*, 28 (1973), pp. 1173-1192. Hay que destacar la presentación y la selección de numerosos textos de Simiand realizadas por Marina Cedronio en *Méthode historique et Sciences sociales*, París, Éditions des Archives Contemporaines, 1987.

dad[92]. En un estudio crítico publicado en la *Revue de Synthèse Historique*, un joven Simiand (agregado de filosofía en la *École Normale Supérieure* en 1896 y colaborador de *L'Année Sociologique*) destacaba como la «historia historizante» tiende a negar el problema de la ciencia social de constituir una ciencia de los fenómenos sociales análoga a las ciencias positivas de los fenómenos de la naturaleza[93]. El problema, según Simiand, es si la «abstracción sociológica», es decir, la consideración objetiva de los fenómenos sociales, conduce a regularidades, a leyes, a una *explicación científica*[94]. Así, insistía en la centralidad de la explicación causal, ofreciendo una orientación inmediata en la organización del trabajo científico, que habría de renunciar a los «ídolos de la tribu de los historiadores»: el ídolo político (perpetuado por la historia política y el estudio de lo contingente de los acontecimientos, que dificulta establecer regularidades y leyes), el ídolo individual (dominante en una historia propia de individuos y no de hechos) y el ídolo cronológico (dado el hábito de estudiar la diversidad de lo particular y no lo normal que está determinado en una sociedad y una época)[95]. François Simiand concluía comentando que «creo que de hecho, en el trabajo propio de los historiadores actuales [...] se

92 Véanse los sugerentes comentarios de Pierre Bourdieu en «Sur les rapports entre la sociologie et l'histoire en Allemagne et en France. Entretien avec Lutz Raphael», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n.º 106-107 (marzo 1995), pp. 108-122.

93 Simiand, François, «Méthode historique et Science sociale. Étude critique d'après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos», *Revue de Synthèse Historique*, t. VI, febrero y abril de 1903, pp. 1-22 y 129-157. Este artículo fue reeditado en *Annales E.S.C.*, 15 (1960), pp. 83-119. A partir de este estudio crítico, la polémica se suscitó sobre todo a través de sucesivas intervenciones de Simiand y Seignobos en la *Societé française de philosophie* entre 1906 y 1908: Simiand, François, «La causalité en histoire», *Bulletin de la Societé française de philosophie*, julio de 1906; Seignobos, Charles, «Les conditions pratiques de la recherche des causes dans le travail historique», *Bulletin de la Societé française de philosophie*, julio de 1907; y, del mismo autor, «L'inconnu et l'inconscient en histoire», *Bulletin de la Societé française de philosophie*, junio de 1908.

94 Simiand, François, «Méthode historique et science sociale» [1903], *Annales E.S.C.*, 15 (1960), pp. 91-92.

95 Ibídem, pp. 117 y ss.

manifiestan muchas tendencias a sustituir progresivamente la práctica tradicional por un estudio positivo, objetivo del fenómeno humano susceptible de explicación científica, a dirigir el esencial esfuerzo para la elaboración consciente de una ciencia social. Consolidar estas tendencias será, espero, la obra de una nueva generación»[96]. Cuarenta años más tarde de estas palabras, una vez esa nueva generación había abordado con una respuesta alternativa la pregunta de ¿para qué sirve la historia?, el historiador francés Marc Bloch escribió con relación a la *Introduction aux études historiques* de Langlois y Seignobos:

> Creo que más vale definir desde ahora mi posición frente a un libro justamente notable, al que el mío, construido sobre otro proyecto y en algunas de sus partes mucho menos desarrollado, no pretende sustituir. Fui alumno de estos dos autores, especialmente de Seignobos. Ambos me mostraron valiosas manifestaciones de su benevolencia. Mi formación básica debe mucho a su enseñanza y a su obra. Pero tanto uno como el otro no sólo nos enseñaron que el historiador tiene por primera obligación ser sincero, sino que además nunca ocultaron que el progreso mismo de nuestros estudios se logra gracias a la contradicción necesaria entre las sucesivas generaciones de trabajadores. Por lo tanto seré fiel a sus lecciones criticándolos con toda libertad, ahí donde lo creo útil, como espero que un día mis alumnos me critiquen a su vez[97].

Un largo epitafio intelectual de aquel legado historiográfico. Pero ¿qué queda de tal legado cuando se han reproducido, con renovadas respuestas, los términos del conflicto epistemológico y metodológico de la historia y las ciencias sociales que ocurrió en los últimos años del siglo XIX y los albores de una nueva era? Quizá haya, una vez más, que insistir en la vigencia de la modernidad de una obra como *Introduction aux études*

96 Ibídem, p. 119.

97 Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, FCE, 1996 (ed. or. en francés de 1993), pp. 121-122.

historiques[98], punto de reflexión y de discusión de cuestiones recurrentes acerca de la naturaleza del conocimiento histórico y del trabajo del historiador.

Alicante, abril de 2003

98 Así lo expresaba Madeleine Rebérioux en su prefacio a la reedición de Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques*, París, Éditions Kimé, 1992.

Charles-V. Langlois
Charles Seignobos

INTRODUCCIÓN A LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

ADVERTENCIA

El título de este libro no deja lugar a dudas. Sin embargo, y en vista de que con este mismo de *Introducción a los estudios históricos* son varios los ya publicados, conviene que expongamos con claridad qué es lo que nos hemos propuesto y lo que no.

No hemos querido ofrecer, al modo de W. B. Boyce[1], un compendio de historia universal dirigido a los principiantes, ni a quienes leen poco por falta de tiempo.

No hemos querido añadir un libro más a la ya copiosa bibliografía sobre lo que comúnmente se conoce como «filosofía de la historia». Intelectuales que, en su mayoría, no son historiadores, han reflexionado sobre la historia e intentado dar con sus «constantes» y sus «normas»; algunos han creído haber descubierto «las leyes que rigen el desarrollo de la humanidad» y «elevado», gracias a semejante hallazgo, el estudio de la historia a la categoría de «ciencia positiva»[2]. Tan pretenciosas elucubraciones inspiran a priori tanto a los profanos como a los especialistas, una desconfianza casi invencible. Fustel de Coulanges, según leemos en una reciente biografía suya, era muy riguroso en lo tocante a la filosofía de la historia, y semejantes especulaciones le desagradaban tanto como los conceptos puramente metafísicos a los positivistas. Con razón o sin ella (sin ella, desde luego) la filosofía de la historia ha caído en el

1 W. B. Boyce, *Introduction to the Study of History, Civil, Ecclesiastical and Literary*. Londres, 1884.

2 Es el caso de P. J. B. Bouchez, en su *Introduction à la science de l'histoire*, París, 1842, 2 vols.

descrédito, pues no siempre sus cultivadores han sido personas bien informadas, prudentes y de buen criterio. Ténganlo presente sus adeptos, no menos que sus detractores: en este libro no tiene cabida[3].

Nuestra intención es examinar los condicionantes y la metodología de la investigación histórica y señalar su carácter y sus límites. ¿Cómo llegamos a saber algo acerca del pasado, hasta qué punto, y qué es lo que nos interesa de él? ¿Qué entendemos por documentos? ¿Cómo hemos de utilizarlos para escribir historia? ¿Qué entendemos por hechos históricos? ¿Cómo hemos de ordenarlos para escribir un libro de historia? De forma más o menos consciente, cualquier historiador efectúa en la práctica complejas tareas de selección y organización, de análisis y síntesis. Pero los principiantes, y la inmensa mayoría de quienes jamás se han parado a reflexionar acerca de los fundamentos metodológicos de la historia, recurren a métodos intuitivos que rara vez desembocan en la verdad científica, ya que por lo general carecen de rigor intelectual. Así pues, se hace necesario exponer y fundamentar la teoría de los procedimientos genuinamente racionales, ya consolidada en algunos de sus aspectos, todavía inconclusa en cuestiones de capital importancia.

De modo que hemos concebido esta *Introducción a los estudios históricos* no como un resumen de conceptos ya sabidos o una exposición de generalidades sobre historia universal, sino como un ensayo sobre metodología de la investigación histórica. Veamos a continuación por qué hemos creído que era el

3 La historia de las tentativas de comprender y explicar desde un punto de vista filosófico el devenir de la humanidad arranca, como sabemos, de Robert Flint. Flint llegó a escribir una historia de la filosofía de la historia en los países francófonos: *Historical Philosophy in France and French Belgium and Switzerland* (Edimburgo y Londres, 1893). Se trata del primer volumen de la edición ampliada de su *Historia de la filosofía de la historia en Europa,* publicada veinticinco años atrás. Véase la parte retrospectiva (o histórica) de la obra de N. Marselli *La scienza della storia,* I, Turín, 1873. La obra original más estimable publicada en Francia tras la aparición del repertorio analítico de R. Flint es la de Paul Lacombe, *De l'histoire considerée comme science,* París, 1894. Cf. *Revue Critique,* 1895, I, p. 132.

momento oportuno de escribirlo, y con qué propósito decidimos hacerlo.

I

Los libros sobre metodología de la investigación histórica son casi tan numerosos como los de filosofía de la historia, aunque no gozan de mucho más crédito que ellos. Los especialistas los desdeñan. Aquel experto de quien se cuenta que decía: «¿Quiere usted escribir un libro sobre filología? Escriba mejor un buen libro de filología. Cuando me preguntan "¿qué es la filología?" contesto: "Filología es lo que yo hago"»[4], expresaba una opinión muy extendida. El crítico que, al referirse a los *Précis de la science de l' histoire* de J. G. Droyssen afirmaba que «en general, este tipo de libros por fuerza son a la vez abstrusos e inútiles: abstrusos, puesto que nada hay más falto de definición que su objeto; e inútiles, puesto que se puede ser historiador obviando los principios de la metodología histórica que pretenden exponer»[5], no creía expresar, como así era en efecto, sino un lugar común. Los argumentos de quienes ponen en tela de juicio la utilidad de la metodología parecen bastante fundados. Podemos resumirlos en estos términos: «Hay quienes, sin haber estudiado jamás ni aun los rudimentos de la metodología, a todas luces se atienen a procedimientos correctos y están reconocidos como expertos o historiadores de primer orden; y a la inversa, no está claro que quienes han estudiado metodología de la historia desde un punto de vista

4 *Revue critique d'Histoire et de Littérature*, 1892, I, p. 164.

5 Ibíd., 1888, II, p. 295. Cf. «Le moyen âge», 1897, X, p. 91. «Tales libros [los tratados de metodología histórica] apenas los leen aquellos para quienes podrían ser de utilidad, esto es, los aficionados que entretienen sus ratos de ocio con investigaciones históricas. Por cuanto se refiere a los investigadores profesionales, a través de las enseñanzas de sus maestros han asimilado los instrumentos de trabajo y el modo de utilizarlos, prescindiendo de que la metodología de la historia es la misma que la del resto de las ciencias basadas en la observación, y que puede resumirse en pocas palabras».

teórico hayan adquirido por ello ventaja alguna, ni como expertos ni como historiadores; e incluso algunos son expertos e historiadores manifiestamente incapaces o mediocres. Lo cual no tiene nada de extraño. ¿Acaso en química o en matemáticas, en las ciencias propiamente dichas, se estudian desde una perspectiva teórica los métodos que se van a aplicar, antes de acometer "investigaciones originales"? ¡La crítica histórica! La mejor forma de aprenderla es practicarla; y con ello se aprende de sobra[6]. Repasemos, por otra parte, cuanto se ha escrito sobre metodología histórica, incluso en fecha reciente, por J. G. Droysen, E. A. Freeman, A. Tardiff, U. Chevalier, etc. No encontraremos sino evidencias y perogrulladas, en lugar de ideas claras»[7].

No tenemos empacho en reconocer que algo hay de cierto en semejante punto de vista. La mayor parte de lo publicado sobre cómo investigar en historia y sobre el arte de escribir historia, lo que en Alemania e Inglaterra se conoce como *Histo-*

6 Basándose sin duda en el principio de que el método histórico únicamente puede enseñarse mediante el ejemplo, L. Mariani ha dado un tanto alegremente el título de *Curso práctico de metodología histórica* a una disertación sobre un aspecto puntual de la historia de la ciudad de Fermo. Véase el *Archivio della Società romana di storia patria*, XII, 1890, p. 211.

7 Véase la crítica del opúsculo de E. A. Freeman, «The methods of historical study», en la *Revue Critique*, 1887, I, p. 376. El opúsculo, sostiene el crítico, es anodino y gratuito. En él se nos dice «que la historia no es una disciplina tan fácil como creen los ignorantes; que está relacionada con todas las ciencias, y que los auténticos historiadores deberían saber de todo; que en materia de historia no es posible alcanzar la certeza absoluta, y que para aproximarnos a ella lo más posible es necesario recurrir constantemente a las fuentes originales; que hay que conocer y seguir a los mejores entre los historiadores modernos, pero sin jamás aceptar cuanto han escrito como si fuese el Evangelio. Eso es todo». Conclusión: Freeman, «sin duda ha enseñado mejor el método histórico por la práctica que mediante la teoría». Véase *Bouvard et Pécuchet*, de Gustave Flaubert. Bouvard y Pécuchet son dos infelices que, entre otros proyectos, conciben el de escribir historia. Para ayudarles, un amigo les hace llegar «unas normas críticas tomadas del *Cours* de Daunou», a saber: «Citar como prueba cuanto dice el vulgo (nadie vendrá a contradeciros); negar lo imposible (hicieron que Pausanias viese la piedra devorada por Saturno); estar atentos a la habilidad de los falsarios, al interés de apologistas y detractores». La obra de Daunou encierra gran número de perogrulladas tan evidentes como éstas, e incluso más risibles.

rik, es superficial, insípido, ilegible e incluso ridículo[8]. Para empezar, los libros anteriores al siglo XIX, ampliamente analizados por P. C. F. Daunou en el tomo VII de su *Cours d'études historiques*[9] son en su mayoría simples tratados de retórica en los que se discuten con absoluta seriedad las cuestiones más extravagantes, y cuya propia retórica nos parece trasnochada[10]. Daunou se burla de ellos con ingenio, pero su propia y monumental obra no sale mejor parada, puesto que hoy a duras penas puede decirse que supere a las de tiempos pretéritos, y ciertamente no resulta más útil que ellas[11]. En cuanto a los más

---

8 R. Flint (*op. cit.*, p. 15) se felicita por no haber tenido que estudiar la bibliografía *historik*, puesto que «buena parte de ella resulta tan manida y superficial que a duras penas habrá servido de algo a las personas de más limitadas aptitudes, y puede ser ya consignada a un discreto olvido sin inconveniente alguno». No obstante, incluyó en su libro una relación sumaria de los principales jalones del género en los países francófonos desde sus orígenes. Una visión más general y completa (aunque todavía muy limitada) desde una perspectiva internacional nos la proporciona el *Lehrbuch der historischen Methode* de E. Bernheim (Leipzig, 1894, pp. 143 y ss.). Flint, que ha manejado obras desconocidas para Bernheim, llega hasta 1893, y Bernheim hasta 1894. Desde 1889 se puede consultar en el *Jahresberichte der Geschichtswissenschaft* una reseña periódica de las publicaciones recientes sobre metodología histórica.

9 El tomo VII apareció en 1844. Pero el célebre *Cours* de Daunou se utilizó en el *Collège de France* entre 1819 y 1830.

10 Los renacentistas italianos (Mylæus, Francesco Patrizi, etc.) y tras ellos los autores de los dos últimos siglos, se preguntan por la relación de la historia con la dialéctica y la retórica; por las leyes a que está sujeto el género histórico; por la conveniencia de que el historiador refiera traiciones, ruindades, crímenes y desórdenes; por si conviene a la historia otro género que el sublime, etc. Los únicos libros del género *historik* publicados con anterioridad al siglo XIX que reflejan un esfuerzo original por abordar los auténticos problemas son los de Lenglet du Fresnoy (*Méthode pour étudier l'histoire*, París, 1713) y J. M. Chladenius (*Allgemeine Geschichtswissenschaft*, Leipzig, 1752). E. Bernheim (*op. cit.*, p. 166) cita el de Chladenius.

11 Ni siquiera demuestra sentido crítico, puesto que leemos en el *Cours d'études historiques* (VII, p. 105) a propósito del tratado *De l'histoire*, publicado en 1670 por el P. Le Moyne, obra en el mejor de los casos sumamente endeble, y que descubre síntomas evidentes de senilidad: «No pretendo en absoluto hacer mías cuantas máximas y preceptos encierra este libro; pero creo que tras el de Lucien es el mejor con que he dado; y dudo mucho que alguno de cuantos me queden por conocer llegue a su altura en cuanto a filosofía y originalidad». El P. H. Chérot juzgó con mayor ecuanimidad el tratado *De l'histoire* en su *Étude sur la vie et les œuvres du P. Le Moyne*, París, 1887, pp. 406 y ss.

recientes, no todos han sabido sortear los escollos del género: la imprecisión y la banalidad. El *Grundriss der Historik* de J. G. Droysen, traducido al francés con el título de *Précis de la science de l'histoire* (París, 1888) es pesado, pedante y tan confuso como quepa imaginar[12]. Ni Freeman, ni Tardiff, ni Chevalier dicen nada que no resulte tan elemental como previsible. Todavía hoy vemos a sus discípulos discutir hasta la saciedad cuestiones tan peregrinas como si la historia es un arte o una ciencia, la función que debe desempeñar, su utilidad, etc. Por otra parte, no cabe duda de que la mayoría de los eruditos e historiadores actuales son, desde el punto de vista metodológico, autodidactas que han aprendido a fuerza de práctica o gracias a la imitación de sus maestros y el trato asiduo con ellos.

Mucho de cuanto se ha escrito acerca de los fundamentos de la metodología histórica justifica el recelo que en general suscita esta clase de libros, y los profesionales de la historia en su mayoría han podido prescindir sin problemas aparentes de cualquier bagaje metodológico; pero en nuestra opinión, concluir por ello que los investigadores y los historiadores (y en especial los investigadores e historiadores del día de mañana) no necesitan en absoluto conocer la metodología de la historia, resulta excesivo. No toda la literatura metodológica carece de interés: poco a poco ha ido acumulándose un tesoro de agudas observaciones y reglas precisas, dictadas por la experiencia, que no son de mero sentido común[13]. Y si hay quienes, por un don natural, razonan en todo momento correctamente sin haber estudiado cómo hacerlo, no sería difícil oponer a tales

12 E. Bernheim afirma, sin embargo *(op. cit.*, p. 177) que este opúsculo es el único que, a su juicio, «refleja el estado actual de la ciencia» (auf der jetzigen Höhe der Wissenschaft steht).

13 Como bien dice R. Flint *(op. cit.*, p. 15), «El desarrollo de los estudios históricos se ha basado, en líneas generales, en la evolución desde una teoría de la historia basada en lugares comunes hasta un enfoque filosófico de los acontecimientos y sus circunstancias, que ha dado lugar a la historia como ciencia» (The course of Historic has been, on the whole, one of advance from commonplace reflection on history towards a philosophical comprehension of the conditions and processes on which the formation of historical science depends).

casos excepcionales los innumerables en que la ignorancia de la lógica, el recurso a procedimientos caprichosos y la falta de reflexión sobre los requisitos del análisis y la síntesis en historia, han lastrado la tarea de investigadores e historiadores.

En realidad la historia es sin duda la disciplina donde más necesario resulta que quienes se dedican a ella tengan una noción clara de la metodología que utilizan. El motivo es que en historia los métodos de trabajo que a primera vista se nos antojan adecuados no son, y no nos cansaremos de insistir en ello, métodos racionales; por lo tanto, se necesita estar alerta para no dejarse llevar por el primer impulso. Sin contar con que los métodos racionales que han de conducirnos hasta el conocimiento de la historia se apartan tanto de los propios del resto de las ciencias que, para no caer en la tentación de aplicar a la historia los métodos de otras disciplinas ya establecidas, es preciso tener presentes sus características específicas. Por esta razón comprendemos que los matemáticos y los químicos puedan prescindir con mayor facilidad que los historiadores de cualquier tipo de «introducción» a sus estudios.

No ha lugar a seguir insistiendo sobre la utilidad de la metodología para el estudio de la historia, puesto que es evidente que se la ha menospreciado muy a la ligera. Pero debemos explicar las razones que nos han movido a escribir este libro. Desde hace cincuenta años, son muchos los individuos inteligentes y de buen criterio que han reflexionado sobre la metodología de las ciencias históricas; no sólo figuran entre ellos, por descontado, numerosos historiadores, profesores universitarios, mejor situados que el resto para advertir las carencias intelectuales de la juventud, sino también profesores de lógica, e incluso novelistas. Fue Fustel de Coulanges quien inició la tradición en la universidad de París; de él se cuenta que «trataba de reducir las reglas metodológicas a fórmulas sumamente precisas; creía que lo fundamental era que los estudiantes aprendieran a buscar la verdad»[14]. Entre tales

14 P. Guiraud, en la *Revue des Deux Mondes*, 1-3-1896, p. 75.

hombres ha habido quienes, como Renan[15], se han contentado con formular observaciones ocasionales en sus obras de carácter general o en escritos de circunstancias[16]; otros, como Fustel de Coulanges, Freeman, Droysen, Lorenz, Stubbs, De Smedt, Von Pflugk-Harttung, etc., se han tomado la molestia de exponer en trabajos específicos sus reflexiones acerca de este asunto. Sobre metodología en general, o sobre alguno de sus aspectos en concreto, contamos con gran número de libros, «lecciones inaugurales», discursos académicos y artículos publicados en todos los países, y en especial en Francia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos e Italia. Cabe pensar que no sería trabajo perdido recopilar tales observaciones, diseminadas y prácticamente inaccesibles en tantos libros y revistas. No es que tarea de semejante importancia esté aún por hacer; al contrario, en fecha reciente ha sido realizada con el mayor cuidado. Ernst Bernheim, profesor de la universidad de Greifswald, ha rastreado la práctica totalidad de cuanto se ha escrito en los últimos tiempos acerca de metodología de la historia, y ha salido airoso del empeño; ha agrupado, conforme a esquemas claros y en gran parte innovadores, un buen número de consideraciones y referencias escogidas. Su *Lehrbuch der historischen Methode* (Leipzig, 1894)[17] recoge, conforme es habitual en los *Lehrbücher* alemanes, la bibliografía especializada sobre el tema. No ha sido nuestra intención rehacer lo que él con tanto acierto ha sabido llevar a cabo. Pero nos ha parecido que el tema no quedaba agotado tras su laboriosa y competen-

15 En *L'avenir de la science* (parís, 1890), escrito en 1848, Renan formuló algunas de las observaciones más exactas y rotundas que se han expresado a propósito de las ciencias históricas.

16 Algunas de las observaciones más ingeniosas, claras y de mayor alcance sobre el método en las ciencias históricas han aparecido hasta ahora no en los tratados de metodología, sino en las revistas (cuyo exponente máximo sería la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature)* dedicadas a la crítica de los libros que van apareciendo sobre historia e investigación. Hojear la colección de la *Revue Critique* es un ejercicio de lo más saludable «para imponer respeto al método, para poner en evidencia los malos libros, para dar de lado las divagaciones y el trabajo inútil».

17 La primera edición del *Lehrbuch* es de 1889.

te recopilación. En primer lugar, Bernheim se demora en cuestiones metafísicas que, en nuestra opinión, carecen de interés; y por otra parte, jamás adopta enfoques críticos o prácticos que nos parecen de la mayor importancia. Además, la doctrina del *Lehrbuch* es razonable, pero falta de vigor y originalidad. Por último, el *Lehrbuch* tiene una audiencia limitada; en Francia resulta inaccesible, por razones formales y de idioma, para la inmensa mayoría. Esto basta para justificar nuestro propósito de escribir este libro, en lugar de limitarnos a recomendar el de Bernheim[18].

II

La presente *Introducción a los estudios históricos* no aspira a ser, como el *Lehrbuch der historischen Methode*, un tratado de metodología histórica[19]. Se trata de un breve esbozo. Lo iniciamos a comienzos del curso 1896-97, con la intención de mostrar a los estudiantes recién llegados a la Sorbona en qué consisten y en qué deben consistir los estudios históricos.

De tiempo atrás, la experiencia nos había confirmado la urgente necesidad de semejantes preliminares. La mayor parte de quienes se matriculan en la facultad de historia, en efecto, lo hacen sin saber por qué, sin haberse preguntado jamás si poseen cualidades para unos estudios cuyo carácter con frecuencia ignoran. Muchos se matriculan por los motivos más banales: porque durante el bachillerato obtuvieron buenas notas en historia[20]; porque experimentan hacia cuanto se refie-

---

18 Lo mejor que se ha publicado hasta hoy en francés acerca del método histórico es un folleto de Ch. y V. Mortet, *La science de l'histoire* (París, 1894, 88 pp.) extraído del tomo XX de la *Grande encyclopédie*.

19 Charles Seignobos piensa publicar más adelante un tratado completo de metodología histórica, supuesto que cuente con lectores para una obra semejante.

20 No nos cansaremos de repetir que la historia, tal como se estudia en el bachillerato, no requiere las mismas cualidades que los estudios históricos en el plano universitario y profesional. A Julien Havet, quien se dedicaría posteriormente a los estudios históricos (críticos), la historia le parecía aburrida en el bachillerato. Afirma Havet: «Creo que la enseñanza de la historia [en el bachilerato] no se imparte de modo

re al pasado la clase de atracción romántica que en otro tiempo determinó, según se dice, la vocación de Augustin Thierry; también, a veces, por el espejismo de que la historia es una disciplina relativamente fácil. Es muy importante que tales vocaciones inconsistentes sean cuanto antes dilucidadas y puestas a prueba.

Dictamos a los estudiantes recién llegados una serie de conferencias a modo de «Introducción a los estudios históricos» y pensamos que, una vez revisadas, podrían resultar útiles para un público distinto. Desde luego, a los investigadores y a los historiadores profesionales no les dirán nada nuevo; pero tan sólo con que sirvieran para que se parasen a reflexionar sobre la profesión que algunos de ellos ejercen de forma mecánica, habríamos alcanzado un logro notable. En cuanto al público lector de historia, ¿acaso no es deseable que sepa cómo se escribe, para que pueda opinar después sobre aquello que ha leído?

No nos dirigimos únicamente, como Bernheim, a los historiadores actuales y futuros, sino también al público interesado por la historia. Nos impusimos la norma de ser tan concisos, claros y poco técnicos como pudiésemos. Pero en estas materias, cuando se es claro y conciso, a menudo se corre el riesgo de parecer superficial. Resultar oscuros o triviales: tal es, como dijimos antes, la poco estimulante disyuntiva que nos amenaza. Conscientes de las dificultades, pero persuadidos de que no son insuperables, hemos tratado de exponer con claridad cuanto teníamos que decir.

---

que despierte el espíritu científico [...] De cuantas asignaturas abarca el programa del bachillerato, la historia es la única que no requiere permanente atención por parte del alumno. Cuando estudia latín o alemán, cada frase de una traducción le proporciona ocasión de comprobar por sí mismo una docena de normas. En las diferentes ramas de las matemáticas, jamás se alcanza resultado alguno sin su demostración correspondiente; los "problemas", por otra parte, obligan al alumno a reflexionar. ¿Dónde están los problemas en historia, y qué alumno de bachillerato se ha visto en la necesidad de dilucidarlos en su contexto?» (*Bibliothèque de l'École des Chartes*, 1896, p. 84).

La primera mitad del libro se debe a Charles-V. Langlois, y la segunda a Charles Seignobos; pero ambos hemos trabajado juntos, nos hemos ayudado el uno al otro, coordinado y corregido mutuamente en todo momento[21].

21 Charles-V. Langlois ha escrito el libro I completo; el II hasta el capítulo 6.°; el Apéndice II y la Advertencia. Charles Seignobos la parte final del libro II, el libro III completo y el apéndice I. El capítulo 1.° del libro II, el 5.° del libro III y la Conclusión han sido redactados conjuntamente.

Libro I

PRELIMINARES

1.
LA BÚSQUEDA DE DOCUMENTACIÓN (HEURÍSTICA)

La historia se hace con documentos. Los documentos son los vestigios de cuanto pensaron e hicieron nuestros antecesores. Son muy pocos los pensamientos y actos humanos que dejan huellas: un mínimo accidente puede borrarlas. Lo cierto es que si una idea o un acto no deja trazas visibles, o si las que deja desaparecen, se pierde para la historia como si jamás hubiese existido. Huérfanos de documentación, largos periodos del pasado de la humanidad serán siempre un enigma. Los documentos son irreemplazables; sin ellos, no hay historia.

Para asociar correctamente un suceso con el documento que para nosotros representa su huella debemos adoptar no pocas precauciones, a las que nos referiremos más adelante. Pero sin duda, previamente a cualquier examen crítico y a cualquier interpretación documental, se plantea la cuestión de averiguar si contamos con documentos, y en caso afirmativo, con cuántos y dónde se encuentran. Si pretendemos investigar determinado acontecimiento[1], sea el que sea, comenzaremos por informarnos acerca del lugar o lugares en que se hallan los documentos necesarios para estudiarlo, supuesto que existan. La búsqueda y recopilación de documentos es la parte primera y principal del oficio de historiador. En Alemania recibe el

1 En la práctica, lo habitual no es proponerse investigar determinado suceso sin saber si se dispone o no de documentación que permita estudiarlo. A la inversa, un documento encontrado por casualidad incita a profundizar en el tema histórico al que corresponde, y a recopilar con tal fin documentos similares.

nombre de heurística *(Heuristik)*, cómodo por breve. ¿Habrá que demostrar su capital importancia? Por supuesto que no. Es evidente que si no se lleva a cabo con acierto, es decir, si el interesado no logra reunir, antes de emprender una investigación histórica, todas las referencias disponibles, aumenta de modo gratuito sus posibilidades (siempre numerosas, por otra parte) de trabajar a partir de datos insuficientes.

Estudios eruditos y libros de historia preparados conforme a las más estrictas normas metodológicas se han visto deslucidos, cuando no enteramente malogrados, por esta simple circunstancia material: el autor desconocía documentos que ilustraban, completaban o contradecían aquellos que examinó y juzgó bastantes. La ventaja con que cuentan los estudiosos e historiadores de hoy frente a los de ayer reside en que estos últimos no dispusieron de tantos recursos como existen en la actualidad para documentarse adecuadamente[2]. En efecto, la heurística resulta hoy mucho más fácil que en otras épocas, por más que no le falte razón al bueno de Wagner cuando afirma: «¡Qué difíciles de adquirir no son los medios, con cuya ayuda podemos remontarnos a las fuentes!»[3].

Trataremos de explicar por qué, pese a los progresos realizados en los últimos cien años, la tarea de documentarse de manera adecuada continúa siendo tan ardua, aunque tal vez algo menos laboriosa; y cómo esta tarea fundamental podría, merced a nuevos adelantos, simplificarse aun más.

I. Quienes por primera vez trataron de escribir historia partiendo de las fuentes se enfrentaron a una perspectiva difícil. ¿Había que dar cuenta de acontecimientos próximos, cuyos testigos aún vivían? Cabía el recurso de entrevistarse con ellos. Así lo hicieron Tucídides, Froissart y otros muchos, desde la

2 Es lamentable ver cómo los mejores eruditos de la Antigüedad lucharon con denuedo, aunque en vano, para resolver dificultades con las que jamás habrían tropezado de haber contado con una documentación mejor. Pero ni aun las más aguda inteligencia puede suplir la falta de determinados recursos materiales.

3 *Fausto*, acto I, escena 1.ª (trad. R. Cansinos Assens).

Antigüedad hasta nuestros días. Cuando H. H. Bancroft, el historiador de la costa del Pacífico, se propuso reunir documentación sobre determinados acontecimientos cuyos protagonistas seguían vivos en su mayor parte, no reparó en gastos, y puso en pie un ejército de colaboradores para que se entrevistaran con los supervivientes[4]. Pero, ¿y en el caso de acontecimientos remotos, cuyos testigos habían desaparecido tiempo atrás, y de los que la tradición oral no había guardado memoria alguna? No cabía otro recurso que hacerse con todo tipo de documentos, de preferencia escritos, relativos a la época pretérita que se pretendía estudiar. No era tarea fácil, puesto que las bibliotecas escaseaban, los archivos no eran accesibles y los documentos se hallaban dispersos. En California, hacia 1860, H. H. Bancroft se vio en idéntica tesitura que nuestros primeros historiadores. Puesto que era rico adquirió, sin reparar en gastos, cuantos documentos, impresos o manuscritos, se hallaban en venta, y negoció con familias o empresas en apuros la compra de sus archivos o la autorización para que fuesen copiados a sus expensas. Almacenó después cuanto había reunido en un edificio construido ex profeso, y procedió a ordenarlo. Sobre el papel, nada más lógico. Pero este procedimiento expeditivo a la americana, con el cúmulo de recursos y el espíritu de empresa que aseguraron su éxito, no se ha vuelto a aplicar desde entonces; por lo demás, en otro lugar y en otro momento hubiese sido sencillamente inviable. Fuera de California, las cosas han sido distintas.

Prescindiendo de cuantos seguían bajo tierra sin que nadie tuviera noticia de su existencia, los documentos de la Antigüedad y de la Edad Media se hallaban en la época del Renacimiento dispersos en un sinnúmero de bibliotecas particulares y un sinfín de archivos, los más de ellos inaccesibles. Procurarse un inventario completo de los documentos tocantes a un tema determinado (la relación de los manuscritos que se

4 Vid. Ch.-V. Langlois, «H. H. Bancroft et Cíe.», en la *Revue Universitaire*, 1894, I, p. 233.

conservaban de una obra literaria de la Antigüedad, por ejemplo)era en la práctica empresa quimérica; y en el milagroso supuesto de haber contado con semejante relación, la consulta por fuerza hubiese implicado dispendios, viajes y gestiones sin cuento. Las consecuencias fueron las previsibles. Primera: puesto que la heurística les oponía dificultades insalvables, los primitivos estudiosos e historiadores trabajaron no con todos los documentos, ni siquiera con los más pertinentes, sino con aquellos que tuvieron a su alcance, de modo que las más de las veces estuvieron pésimamente informados, y sus obras carecen de interés salvo en la medida en que recogen documentos hoy perdidos. Segunda: los primeros estudiosos e historiadores relativamente bien informados fueron aquellos que, por razón de su oficio, tuvieron acceso a buenos archivos: bibliotecarios, archiveros, religiosos, hombres de leyes, cuyas órdenes o gremios contaban con bibliotecas y archivos importantes[5].

No tardaron en hacer su aparición coleccionistas que, a fuerza de dinero, cuando no por procedimientos menos confesables, como el hurto, formaron sus propios «gabinetes», colecciones de copias y documentos originales. Pero tales coleccionistas europeos, considerablemente numerosos a partir del siglo XV, fueron de muy distinto talante que H. H. Bancroft. Nuestro californiano no recopiló sino los documentos referidos a un asunto concreto (la historia de determinados estados de la costa del Pacífico), y trató de hacerse con todos ellos; la mayor parte de los coleccionistas europeos reunieron piezas aisladas, fragmentos heterogéneos y un número exiguo (si lo comparamos con el volumen colosal de los entonces exis-

5 Los antiguos eruditos eran conscientes de las desfavorables condiciones en que trabajaban. Se lamentaban a menudo de la insuficiencia de los medios de investigación y de los procedimientos de cotejo. Los más de ellos hicieron grandes esfuerzos para documentarse. De ahí el abundante intercambio epistolar entre los eruditos de los últimos siglos, del que nuestras bibliotecas conservan preciosos vestigios, y las memorias de investigaciones científicas y de viajes en busca de documentos históricos que, bajo la denominación de *iter* (*iter italicum, iter germanicum,* etc.) tan de moda estuvieron antiguamente.

tentes) de documentos históricos. Además, en general no fue con ánimo de hacerlos del dominio público que los Peiresc, Gaignières, Clairambault, Colbert y tantos otros retiraron de la circulación documentos que corrían el riesgo de perderse: se contentaban (y era ya de alabar) con darlos a conocer, de forma más o menos altruista, a sus amistades. Pero el humor de los coleccionistas (y de sus herederos) es voluble, cuando no caprichoso. Por supuesto, es preferible que los documentos estén en colecciones privadas que expuestos a todo tipo de riesgos o hurtados por completo a la investigación científica; pero el primer requisito para el progreso de la heurística es que todas las colecciones de documentos sean *públicas*[6].

A partir del Renacimiento, las mejores colecciones particulares de documentos fueron en Europa las de las casas reales, a la vez bibliotecas y museos. Desde los tiempos del antiguo régimen, los reales fondos han permanecido en su mayoría abiertos, o entreabiertos, al público. Y en tanto el resto de colecciones particulares eran con frecuencia malvendidas al morir sus propietarios, las de las casas reales no cesaron de enriquecerse, precisamente con los retazos de las demás. El Gabinete de Manuscritos Franceses, por ejemplo, formado por los reyes de Francia y por ellos puesto a disposición del público, contaba a fines del XVIII con lo más interesante de las colecciones que aficionados y eruditos habían reunido durante los dos siglos precedentes[7]. Lo mismo sucedió en otros países. El

6 Señalemos de paso una ilusión pueril, pero muy arraigada y frecuente entre los coleccionistas: tienden a exagerar el interés intrínseco de los documentos que poseen, únicamente porque son los suyos. Personas que dieron con ellos por casualidad han publicado, con gran lujo de comentarios, documentos a los que habrían prestado apenas atención de haberlos hallado en un archivo público. Por lo demás no se trata sino de la manifestación más evidente de una tendencia general contra la que siempre es preciso mantenerse en guardia: a menudo se exagera la importancia de los documentos que uno mismo posee o ha descubierto, de las investigaciones y publicaciones propias.

7 Véase L. Delisle, *Le cabinet des manuscrits de la Bibliothèque Nationale*, París, 1868-1881, 3 vols. Las numerosas historias de antiguos archivos recientemente aparecidas han tomado como modelo este admirable trabajo.

feliz resultado de este proceso espontáneo fue la concentración de un número enorme de documentos históricos en grandes instituciones públicas o semipúblicas.

Aun más eficaces y beneficiosas para la mejora de las condiciones materiales de la investigación histórica fueron las medidas adoptadas tras la Revolución. La Revolución de 1789 en Francia, y movimientos análogos en otros países, optaron por la confiscación forzosa en beneficio del Estado –es decir, de todos los ciudadanos– de una plétora de archivos y colecciones en manos de particulares: archivos, bibliotecas y museos de la corona, de conventos y corporaciones suprimidos, etc. En Francia, en 1790, la Asamblea Constituyente puso así en manos del Estado un volumen inmenso de fondos históricos documentales hasta entonces dispersos y hurtados con mayor o menor obstinación al interés de los investigadores, patrimonio que fue más tarde repartido entre distintos organismos públicos. A menor escala, este mismo proceso se repetiría más tarde en Alemania, España e Italia.

Ni las adquisiciones del antiguo régimen ni las confiscaciones revolucionarias se llevaron a cabo sin daños de consideración. El coleccionista es –o más bien, era antiguamente– un bárbaro que no dudaba en mutilar un documento, arrancar hojas de un manuscrito o trastocar los fondos de un archivo, con tal de apropiarse determinados fragmentos para enriquecer su colección con ejemplares o muestras raras. Antes de la Revolución se cometieron numerosos actos de vandalismo de este tenor. Las confiscaciones y traslados efectuados durante ella acarrearon también, conforme era de prever, consecuencias no deseadas: prescindiendo de cuanto se perdiera entonces por negligencia, o incluso por el mero placer de destruirlo, los revolucionarios tuvieron la funesta idea de *cribar* de modo sistemático, y de no conservar sino los documentos que juzgaron «interesantes» o «útiles», desechando el resto. Semejante criterio supuso entonces que individuos animados de las mejores intenciones, pero con una preparación deficiente y sobrecargados de trabajo, perpetraran estragos irreparables en los

antiguos archivos del país. Hoy los investigadores trabajan para recomponer los fondos dispersos y devolver a su lugar los fragmentos separados por el celo irreflexivo de quienes entonces manipularon, en ocasiones de modo temerario, los documentos históricos. Por otra parte, cabe decir que las pérdidas achacables a los coleccionistas del antiguo régimen y a la intervención de los revolucionarios resultan insignificantes si las comparamos con las producidas por la acción del tiempo y los accidentes fortuitos. Pero aunque hubiesen sido diez veces superiores, se verían sobradamente compensadas por dos consecuencias enormemente beneficiosas, cuya importancia es difícil exagerar: primera, la concentración de documentos hasta entonces dispersos, y prácticamente perdidos en cien lugares distintos, en un número relativamente reducido de archivos; y segunda, el carácter público de tales archivos. Desde entonces, cuantos documentos históricos han llegado hasta nuestros días, pese a las enormes pérdidas debidas al azar o al vandalismo, se encuentran por fin en lugar seguro, clasificados, a disposición del público y considerados como parte del patrimonio común.

Así pues, los documentos históricos de otras épocas se hallan hoy reunidos y conservados, en principio, en organismos públicos tales como los archivos, las bibliotecas y los museos. En realidad no están *todos,* puesto que, pese a las constantes donaciones que de tiempo atrás vienen recibiendo bibliotecas y museos, y a las adquisiciones que cada año efectúan en todo el mundo, quedan aún archivos privados, anticuarios que comercian con documentos y documentos que van de un lado a otro. Pero la excepción, cuyo volumen no es significativo, no constituye en este caso la regla. Los pocos documentos antiguos aún en circulación han de acabar antes o después en las instituciones públicas, cuyo perenne propietario compra siempre, para no vender jamás[8].

8 Una parte considerable de los documentos antiguos todavía en circulación proviene de robos perpetrados en épocas pasadas en organismos públicos. Las precau-

En principio es preferible que los lugares donde se custodian los documentos (archivos, bibliotecas y museos) no sean excesivamente numerosos, y ya nos hemos referido al hecho de que hoy son, por fortuna, muchos menos que hace un siglo. ¿Podría darse un paso más en la concentración de documentos, cuyas ventajas para los investigadores son evidentes? ¿Acaso no quedan archivos, bibliotecas y museos cuya autonomía tiene difícil justificación? Posiblemente[9]; pero gracias al perfeccionamiento de los métodos de reproducción, el problema de la centralización de los documentos no es ya grave ni apremiante, en particular porque el recurso de paliar la multiplicidad de los establecimientos haciendo que sean los documentos los que se desplacen de un lugar a otro, se ha convertido en práctica habitual. En la actualidad es posible consultar sin coste alguno en la biblioteca pública de la propia ciudad documentos pertenecientes a bibliotecas de San Petersburgo, Bruselas o Florencia, por poner un ejemplo; y son cada vez menos los organismos cuyos estatutos prohíben terminantemente que los documentos salgan de sus instalaciones, como es el caso de los Archivos Nacionales de París, el Museo Británico de Londres o la Biblioteca Méjanes de Aix-en-Provence[10].

ciones adoptadas en evitación de nuevas sustracciones son hoy considerables, y por regla general, de notable eficacia. Por cuanto se refiere a los documentos modernos (impresos), las disposiciones relativas al depósito legal adoptadas en casi todos los países civilizados, aseguran su conservación en los archivos públicos.

9 Sabemos que Napoleón I concibió el quimérico proyecto de reunir en París los archivos de toda Europa y que, para empezar, hizo trasladar allí los del Vaticano, los del Sacro Imperio, los de la Corona de Castilla, etc., que más tarde hubo que devolver. Las confiscaciones parecen hoy descartadas. Pero los antiguos archivos notariales podrían centralizarse en otros públicos, como se hace ya en algunos países. Tiene difícil explicación que en París los ministerios de Asuntos Exteriores, del Ejército y de la Marina conserven documentos antiguos cuyo destino adecuado serían los archivos nacionales. Cabría citar un considerable número de anomalías semejantes, que en algunos casos no dejan de constituir un engorro, cuando no un impedimento, para la tarea de los investigadores; puesto que es justamente en los pequeños archivos cuya existencia a duras penas puede justificarse, donde nos encontramos con los reglamentos más restrictivos.

10 El servicio internacional de préstamo de documentos manuscritos funciona de modo regular (y gratuito para el público) en Europa, a través de las embajadas.

II. Puesto que la mayor parte de los documentos históricos se conserva hoy en organismos públicos (archivos, bibliotecas y museos), la heurística resultaría sumamente cómoda con tal que se hubiesen confeccionado inventarios descriptivos con tablas o índices generales (alfabéticos, sistemáticos, etc.); en una palabra, si se pudiera consultar en alguna parte la relación completa de tales inventarios y sus correspondientes índices. Sin embargo la heurística resulta aún extremadamente penosa, porque semejante tarea está lejos de haberse llevado a cabo como sería de desear.

En primer lugar, existen organismos (archivos, bibliotecas y museos) cuyos fondos no se han catalogado, ni siquiera parcialmente, de modo que nadie sabe qué es lo que guardan. Escasean los archivos provistos de inventarios descriptivos; no son pocos los fondos depositados en reputados organismos cuyas colecciones, todavía sin catalogar, únicamente han sido inventariadas en parte[11]. En segundo lugar, ¡qué diferencias entre los inventarios ya realizados! Los hay obsoletos, que en ocasiones ni siquiera guardan relación con el modo como los documentos se encuentran ordenados hoy, y que resultan inútiles si no se dispone de las concordancias; los hay modernos, pero asimismo confeccionados de acuerdo con patrones anticuados, demasiado detallados o excesivamente sumarios; algunos han sido impresos, otros siguen manuscritos en fichas o libros de registro; los hay cuidados y definitivos, pero muchos son imperfectos, limitados y provisionales. Aprender a distinguir, de entre la barahúnda de inventarios impresos –por no

---

Además, la mayor parte de las instituciones autorizan préstamos entre ellas: esta vía es tan segura como la diplomática, y en ocasiones más rápida. En estos últimos años, los congresos de historiadores y bibliotecarios han incluido con frecuencia en su orden del día el problema del préstamo (o de la salida de las instalaciones en que se conservan) de los documentos originales. Los resultados obtenidos hasta ahora son ya muy satisfactorios.

11 En ocasiones son los mayores, con un volumen impresionante; se acomete con mayor facilidad el inventario de fondos reducidos, que requieren un menor esfuerzo. Ésta es la razón de que se hayan publicado cartularios insignificantes pero breves, en tanto que muchos de primer orden, al ser voluminosos, continúan inéditos.

referirnos sino a éstos– aquellos que son fiables de los que no lo son, en una palabra, a utilizarlos, es todo un arte. Por último, ¿dónde consultar con cierta facilidad los inventarios disponibles? No hay repertorios generales en parte alguna; la mayor parte de las bibliotecas no dispone sino de colecciones incompletas.

Esta situación resulta inaceptable. Los fondos conservados sin inventariar no tienen utilidad alguna para los investigadores, salvo que éstos emprendan por sí mismos la tarea de examinarlos de principio a fin. Como dijimos anteriormente: sin documentos no hay historia. Pero la falta de inventarios descriptivos fiables en los archivos supone en la práctica que no podemos saber salvo por casualidad si un documento existe o no. Los avances en historia dependen en gran parte de los progresos en la catalogación, hoy fragmentaria e imperfecta, de los documentos históricos. En esta cuestión no hay discrepancias. El P. Bernard de Montfaucon consideraba su *Bibliotheca bibliothecarum manuscriptorum nova,* una recopilación de catálogos bibliotecarios, como «el más útil e interesante de mis trabajos»[12]. «En el estado actual de la ciencia, –escribía Renan en 1848–, no hay tarea más urgente que un catálogo crítico de los manuscritos de las diferentes bibliotecas [...] He aquí una tarea en apariencia bien modesta [...] Y sin embargo, los trabajos de erudición se verán obstaculizados y seguirán incompletos en tanto no sea ultimada de manera definitiva»[13]. «Contaríamos con mejores libros sobre nuestra literatura clásica –afirmó P. Meyer[14]– si los predecesores del señor Delisle [en su calidad de administrador de la Biblioteca Nacional de París] se hubiesen aplicado con su mismo entusiasmo y diligencia a catalogar el patrimonio a ellos confiado».

---

12 Véase en su autobiografía, publicada por E. de Broglie, *Bernard de Montfaucon et les Bernardins*, II, París, 1891, p. 323.

13 E. Renan, *L'avenir de la science*, p. 217.

14 *Romania*, 1892, XXI, p. 625.

Conviene señalar brevemente las causas y precisar las consecuencias de una situación sobre la que se han oído lamentaciones desde que hay investigadores en el mundo y en la cual, si bien con lentitud, se han efectuado progresos.

«Os aseguro –decía E. Renan[15]– que los aproximadamente cien mil francos que un ministro de Instrucción Pública tendría que asignar [a la elaboración de catálogos] estarían mejor empleados que las tres cuartas partes de cuantos fondos se destinan a las letras». Tanto en Francia como fuera de ella, raro ha sido el ministro persuadido de esta verdad y resuelto a actuar en consecuencia. Por otra parte, aunque necesarios, no siempre los esfuerzos presupuestarios han sido garantía de buenos catálogos: los mejores métodos de descripción de documentos son recientes. Contar con investigadores preparados no ofrecería hoy mayores dificultades; pero hubiese resultado problemático entonces, cuando escaseaban mucho más que ahora. Prescindamos, sin embargo, de los obstáculos materiales: la falta de presupuesto y de personal. Una razón de otro género ha influido también: no siempre los funcionarios encargados de la custodia de los documentos han hecho gala de tanto celo como muestran hoy para dar a conocer sus fondos mediante buenos catálogos. Elaborar catálogos tal como se hace en la actualidad, con exactitud y concisión, es una tarea ardua, sumamente ingrata, poco apetecible y mal recompensada. Más de un documentalista, a todas horas rodeado de documentos por su profesión, y libre de consultarlos en cualquier momento, mejor situado que nadie, a falta de todo inventario, para examinarlos y efectuar descubrimientos en el curso de tales pesquisas, ha preferido trabajar en beneficio propio y no ajeno, y antepuesto sus investigaciones personales a la tediosa confección de un catálogo. ¿Quiénes, en la actualidad, han descubierto, analizado y publicado más documentos? Los archiveros. Sin lugar a dudas, esta circunstancia ha retrasado la catalogación de los documentos históricos. A la hora de la verdad, quienes

15 *Op. cit.*

tenían la obligación profesional de confeccionar los catálogos fueron quienes menos los echaron en falta.

No podemos pasar por alto las consecuencias de la insuficiente calidad de los inventarios descriptivos. Por una parte, el investigador no puede estar seguro jamás de haber agotado sus fuentes: ¿quién sabe lo que guardan aún los depósitos y fondos pendientes de catalogar?[16]. Por otra, está obligado a dominar los recursos puestos a su disposición por la literatura actual sobre heurística con objeto de estar bien informado, y a dedicar mucho tiempo a los preliminares. En realidad, cualquiera que se propone reunir documentación para tratar un tema de historia comienza por consultar los repertorios y los catálogos[17]. Los principiantes lo hacen con lentitud y torpeza, acom-

16 H. H. Bancroft, en sus memorias, tituladas *Literary industries* (Nueva York, 1891) analiza con notable perspicacia determinadas consecuencias prácticas de las dificultades de la búsqueda de documentos. «Supongamos –dice,– que un investigador diligente decide escribir la historia de California. Se procura sin dificultad unos cuantos libros, los lee, prepara sus notas; tales libros le remiten a otros, que consulta en las bibliotecas públicas de su ciudad. Así transcurren varios años, a cuyo término advierte que no cuenta sino con la décima parte de las fuentes necesarias; viaja, mantiene correspondencia, pero al fin desiste de agotar el tema y consuela su orgullo y su conciencia con la excusa de que la mayor parte de los documentos que no ha podido consultar son probablemente de escasa importancia, como tantos otros que ha consultado sin provecho alguno. En cuanto a la prensa y la multitud de documentos oficiales del gobierno de los Estados Unidos que hacen referencia a circunstancias interesantes para una historia de California, no se ha planteado ni en sueños, si es un hombre razonable, examinarlos en su totalidad: tan sólo ha hojeado unos cuantos; es consciente de que cada uno de tales campos de investigación requeriría varios años de trabajo, y que imponerse la tarea de estudiarlos de principio a fin sería tanto como condenarse a un trabajo agotador imposible de culminar. En cuanto a los testimonios orales y los manuscritos, recogerá aquí y allá, al azar de las conversaciones, algunas anécdotas nuevas; conseguirá por procedimientos más o menos ortodoxos determinados documentos procedentes de archivos familiares; reflejará todo lo anterior en las notas y en el prólogo de su libro. Dará con algún que otro documento curioso en los archivos estatales; pero como se necesitarían quince años para examinar tales fondos en su integridad, se contentará comprensiblemente con echarles un vistazo. A continuación se sentará a escribir. Se cuidará muy mucho de prevenir a sus lectores de que no ha consultado *todos* los documentos; por el contrario, dará importancia a cuantos ha obtenido al cabo de veinticinco años de trabajo constante...».

17 No faltan quienes prescinden de investigar personalmente y delegan dicha tarea en archiveros; así pues, son estos últimos quienes efectúan en su lugar las indis-

pañadas de esfuerzos tales que suscitan entre los veteranos la sonrisa o la compasión, según el talante de cada cual. Quienes sonríen en tanto ven cómo los novicios van de acá para allá, se sacrifican y pierden el tiempo luchando con los catálogos, menospreciando documentación valiosa y tomando en consideración la que no va a servirles de nada, se dicen a sí mismos que antes pasaron ellos por idéntico trance, y que cada cual debe aprender por propia experiencia. Quienes no pueden soportar semejante pérdida de tiempo y esfuerzos piensan que, si bien es hasta cierto punto inevitable, no produce beneficio alguno, y se preguntan si no habrá forma de hacer algo más llevadero este aprendizaje de la heurística que, no mucho tiempo atrás, tan penoso les resultó a ellos mismos. ¿Acaso no son ya las investigaciones suficientemente dificultosas de por sí, en el estado actual de los recursos, sea cual sea la experiencia del investigador? Determinadas investigaciones, principalmente las referidas a la historia medieval y moderna (ya que los documentos de la Antigüedad, menos numerosos y más estudiados, están mejor catalogados que el resto) y ciertos trabajos históricos, requieren no sólo la consulta asidua de los catálogos (muchos de los cuales carecen de índices), sino también interminables rastreos personales en archivos deficientemente catalogados, o no catalogados en absoluto. No cabe duda, como lo demuestra la experiencia, que la perspectiva de dilatadas pesquisas, previas a cualquier tarea algo más gratificante, ha apartado y sigue apartando de la investigación histórica a individuos sumamente capaces. Tal es, efectivamente, la alternativa: o trabajar a partir de documentación con grandes probabilidades de resultar incompleta o entregarse a búsquedas interminables, a menudo infructuosas, y cuyos resultados no parecen compensar sino en contadas ocasiones el tiempo empleado. ¿Acaso no

pensables búsquedas. Vemos en *Bouvard et Pécuchet* cómo los protagonistas se proponen escribir la biografía del duque de Angulema; para ello, «decidieron pasar quince días en la biblioteca municipal de Caen para llevar a cabo allí sus investigaciones. El bibliotecario puso a su disposición manuales de historia y monografías...».

es desalentador invertir gran parte de la propia vida en hojear catálogos sin índices, o en repasar personalmente, uno tras otro, los documentos guardados en los fondos sin catalogar de *miscellanea*, en busca de unos datos (útiles o inútiles) que hubieran podido obtenerse al momento, sin esfuerzo alguno, con tal que los archivos hubiesen estado adecuadamente catalogados, y los catálogos contado con índices? La consecuencia más grave de la imperfección de los instrumentos actuales de la heurística es sin duda que desanima a no pocos individuos inteligentes, conscientes de su valía, que ven la desproporción entre el esfuerzo y su recompensa[18].

Si la complejidad actual de la investigación documental en los archivos públicos fuese algo irremediable, los investigadores se resignarían: nadie se pierde en lamentaciones por el tiempo y el dinero que cuestan las excavaciones arqueológicas, con independencia de sus resultados. Pero las carencias de los modernos instrumentos de la heurística no son irremediables. La situación era mucho peor en siglos anteriores; nada se opone a que algún día sea claramente favorable. Lo que nos lleva, tras habernos referido a las causas y sus consecuencias, a hablar de las soluciones.

Ante nosotros, las herramientas de la heurística mejoran continuamente en una doble dirección. El número de catálogos descriptivos de archivos, bibliotecas y museos aumenta cada año, gracias a los funcionarios que trabajan en tales organismos. Por otra parte, influyentes sociedades científicas dan empleo a expertos en catalogación que recorren los archivos en busca de determinado tipo de documentos, o referentes a un mismo asunto: así, los corresponsales de los bolandistas acuden a las bibliotecas para confeccionar un catálogo general de documentos hagiográficos, y los de la Academia Imperial de Viena para otro de literatura patrística. La sociedad responsable de los *Monumenta Germaniæ Historica* viene realizando

18 Consideraciones desarrolladas en la *Revue Universitaire*, 1894, I, pp. 321 y ss.

desde hace tiempo importantes investigaciones de carácter similar; y de igual modo fueron las pesquisas de este tipo en museos y bibliotecas de toda Europa las que hicieron posible la confección del *Corpus inscriptionum latinarum.* Diferentes gobiernos, por último, han decidido enviar corresponsales al extranjero con la misión de inventariar documentos de su interés: así Inglaterra, Holanda, Suiza, Estados Unidos, etc., subvencionan habitualmente corresponsales que catalogan y transcriben en los grandes archivos europeos cuantos documentos se refieren a la historia de Inglaterra, de Holanda, de Suiza, de los Estados Unidos, etc.[19] Con qué rapidez y acierto pueden llevarse a cabo tan útiles tareas en la actualidad, siempre que desde un principio se adopte una buena metodología y se cuente al mismo tiempo con un presupuesto adecuado para pagar a personas competentes dirigidas de modo eficaz, lo demuestra la historia del *Catalogue général des manuscrits des bibliothèques publiques de France:* comenzado en 1885, en 1897 este excelente catálogo descriptivo ha alcanzado los cincuenta volúmenes, y pronto estará terminado. El *Corpus inscriptionum latinarum* se acabará en menos de cincuenta años. No son menos concluyentes los resultados obtenidos por los bolandistas y por la Academia Imperial de Viena. En lo sucesivo, bastará con fijar el presupuesto para que en breve los estudios históricos estén dotados con los instrumentos de investigación indispensables. El método para efectuarlos ha quedado establecido, y no resultará difícil dar con personal preparado, en su mayor parte archiveros y bibliotecarios profesionales, así como estudiosos con una clara inclinación hacia la confección de catálogos y sus correspondientes índices. Tales

19 Sabemos que, apenas abiertos los archivos de la Santa Sede, varios gobiernos y diferentes sociedades científicas han creado en Roma institutos cuyos miembros se dedican, en su mayor parte, a inventariar y publicar los documentos de tales archivos en colaboración con los funcionarios del Vaticano. La *École française* de Roma, el Instituto Austriaco, el Instituto de Prusia, la Misión Polaca, el Instituto de la «Goerresgesellschaft», investigadores belgas, daneses, españoles, portugueses, rusos, etc., han efectuado y prosiguen importantes tareas de catalogación.

colaboradores son más numerosos de lo que pudiera creerse en un principio. No es que la catalogación sea tarea fácil: requiere paciencia, minuciosidad y sólida erudición; pero no son pocos aquellos a quienes este tipo de tareas, a la vez exactas, susceptibles de ser realizadas de un modo perfecto y manifiestamente útiles, no les desagradan. Dentro de la amplia y heterogénea familia de los historiadores, los dedicados a preparar e indizar catálogos descriptivos constituyen un gremio aparte. Lógicamente, con el tiempo adquieren en el desempeño de su cometido una habilidad extrema.

En tanto la conveniencia y la necesidad de promover la catalogación de todos los documentos históricos no sean reconocidas internacionalmente, cabe optar por una medida transitoria: es necesario que los investigadores y los historiadores, en particular los principiantes, conozcan la situación real de los instrumentos de investigación a su alcance, y se mantengan al tanto de la mejora de sus recursos. Durante mucho tiempo se ha dejado este aspecto en manos del azar y de la experiencia; pero la experiencia (dejando aparte que no se adquiere sino a costa de grandes sacrificios, como queda dicho) proporciona una perspectiva las más de las veces incompleta. No hace mucho se ha iniciado la preparación de catálogos críticos y razonados de los inventarios existentes, catálogos de catálogos. A todas luces, pocas tareas bibliográficas revisten un carácter semejante de utilidad general.

Pero a menudo los investigadores y los historiadores necesitan contar con datos sobre los documentos que, por lo general, no figuran ni en los inventarios ni en los catálogos descriptivos: saber, pongamos por caso, si la existencia de determinado documento se conocía o no; si ha sido ya analizado, comentado o utilizado[20]. No darán con tales informaciones sino

20 Los catálogos de documentos mencionan ocasionalmente, aunque no siempre, si un determinado documento ha sido publicado, analizado o utilizado. La norma generalmente admitida es que el redactor mencione las circunstancias de este tipo cuando las conozca, sin imponerle la ímproba tarea de informarse en cuantos casos carezca de información sobre el particular.

en las obras de los investigadores e historiadores anteriores. Para conocer tales obras, es preciso recurrir a los «repertorios bibliográficos» propiamente dichos ya publicados, si bien elaborados, de todas formas, con criterios muy diversos. Los repertorios bibliográficos de literatura histórica deben ser considerados como herramientas imprescindibles de la heurística, al igual que los repertorios de catálogos de documentos originales.

Proporcionar una relación comentada de todos los repertorios (de catálogos y bibliográficos) que incluya los datos oportunos que ahorren tiempo y errores a los estudiosos, tal es la finalidad de lo que podríamos denominar «ciencia de los repertorios» o «bibliografía histórica». E. Bernheim ha publicado un primer esbozo de esta disciplina[21] que hemos tratado de ampliar[22]. El esbozo ampliado está fechado en 1896: hoy serían necesarias numerosas adiciones, por no hablar de correcciones, puesto que el repertorio bibliográfico de las ciencias históricas se renueva con pasmosa rapidez. Por regla general, cualquier publicación sobre los repertorios a disposición de eruditos e historiadores queda anticuada apenas concluida.

III. El conocimiento de los repertorios es de utilidad general: aunque no en el mismo grado, la búsqueda previa de documentos resulta laboriosa para todos. En lo referente a determinadas épocas históricas, largo tiempo investigadas, se ha llegado a un grado tal de madurez que todos los documentos conservados son conocidos y se encuentran reunidos y ordenados en grandes publicaciones especializadas: sobre tales épocas, el historiador puede trabajar desde su despacho. Las investigaciones de historia local no obligan, por lo general, sino a búsquedas locales. Contamos con monografías importantes que se apoyan en un número reducido de documentos, hallados en su totalidad en un único archivo, y dado su carácter,

21 E. Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode*, pp. 196-202.

22 Ch.-V. Langlois, *Manuel de bibliographie historique, I. Instruments bibliographiques*, París, 1896.

sería inútil ampliar la búsqueda en otra parte. Por el contrario, determinadas monografías sin mayores pretensiones, o humildes ediciones de textos de los que se conservan varios ejemplares antiguos dispersos por bibliotecas de media Europa, han requerido infinidad de consultas, gestiones y desplazamientos. La mayor parte de los documentos de la Baja Edad Media y de la época moderna continúan inéditos o se han publicado en condiciones deficientes, de forma que para cualquier aportación significativa en historia medieval o moderna se puede dar por sentado que habrá que frecuentar durante un tiempo considerable los grandes archivos de documentos originales y fatigar una y otra vez sus catálogos.

Así pues, cada cual debe escoger con sumo cuidado el asunto sobre el que se dispone a investigar, en lugar de aventurarse en él sin más. En el estado actual de los recursos documentales, determinados temas no pueden abordarse sino a costa de arduas pesquisas, durante las que se malgastan tiempo y talento. No son por fuerza más interesantes que otros, y en un futuro tal vez no muy lejano, gracias simplemente al incremento de los recursos disponibles, podremos abordarlos con mayor facilidad. Debemos optar con sensatez y conocimiento de causa por determinados temas históricos antes que por otros, de acuerdo con los inventarios de documentos y repertorios bibliográficos disponibles, las posibilidades que tengamos de acceso a determinados fondos y nuestra particular inclinación personal hacia el trabajo de despacho o la investigación en archivos. «¿Es posible investigar en provincias?» se preguntaba Renan en 1889 en la Sorbona, durante el Congreso de Sociedades Científicas; y agregaba con inteligencia: «Al menos la mitad del trabajo científico puede hacerse desde un despacho [...] Pongamos el caso de la filología comparada, por ejemplo: podríamos disponer de todo lo necesario sin más que un presupuesto inicial de algunos miles de francos y la suscripción a tres o cuatro revistas especializadas [...] Otro tanto diría de la filosofía general [...] Son muchas las disciplinas que permiten trabajar en un entorno estrictamente privado, y en los lugares más

remotos»[23]. Sin duda; pero hay «casos particulares y modalidades de investigación que requieren costosas herramientas». Es cierto que hoy un historiador puede investigar desde su despacho, sin necesidad de grandes recursos, pero no siempre ocurre así: determinados asuntos requieren todavía una disponibilidad de medios, en cuanto a catálogos y documentos, que únicamente grandes instituciones pueden brindar, y a menudo incluso es necesario acudir sucesivamente a varias de ellas. Resumiendo, ocurre con la historia como con la geografía: disponemos de información bastante completa y bien ordenada, aparecida en publicaciones accesibles, acerca de determinadas regiones terrestres, de modo que podemos hablar de ellas con garantías sin salir de casa ni tomarnos grandes molestias; en tanto que la más insignificante monografía sobre una zona inexplorada o mal conocida exige una considerable inversión de tiempo y esfuerzos. Escoger un tema, como sucede a menudo, sin haber calibrado la naturaleza y volumen de las investigaciones preliminares que requiere, es arriesgado: más de un historiador se ha agotado por ello en investigaciones que le han mantenido ocupado durante años, pudiendo haberse empleado con mayor provecho en otro tema distinto. Para conjurar este peligro, al que tanto más expuestos se hallan los novicios cuanto más activos y entusiastas se muestran, un conocimiento genérico del estado actual de la heurística, más unas nociones de bibliografía histórica, resultan en extremo recomendables.

---

23 E. Renan, *Feuilles détachées*, París, 1892, pp. 96 y ss.

2.
LAS CIENCIAS AUXILIARES

Supongamos que las tareas preliminares a que nos hemos referido en el capítulo anterior se han llevado a cabo de forma adecuada y finalizado con éxito. El investigador ha logrado hacerse, si no con todos, sí con la mayor parte de los documentos necesarios para trabajar sobre un tema concreto. Caben dos posibilidades: que tales documentos hayan sido objeto de un análisis crítico, o que estén «vírgenes». Podemos averiguarlo mediante una pesquisa bibliográfica que, como hemos dicho, forma parte de las tareas previas a cualquier especulación teórica. En el primer supuesto (los documentos han sido ya examinados), hemos de comprobar si el análisis se efectuó correctamente; en el segundo (los materiales están «vírgenes»), es el propio investigador quien debe llevarlo a cabo. Tanto en un caso como en otro, determinados conocimientos positivos, previos y auxiliares *(Vor-und Hulfskenntnisse,* como suele decirse) resultan tan necesarios como el hábito de razonar correctamente; puesto que si es posible equivocarse en el transcurso del trabajo crítico por culpa de un razonamiento defectuoso, también se puede pecar por ignorancia. Por lo demás, ni el oficio de erudito ni el de historiador constituyen un caso aparte del resto de oficios: sin un cierto bagaje técnico, que ni las cualidades innatas ni la metodología pueden suplir, resulta imposible salir adelante. Así pues, ¿en qué debe consistir el bagaje técnico del erudito o del historiador? Por decirlo de otro modo, más familiar aunque (intentaremos demostrar-

lo) menos exacto: ¿cuáles son, además del conocimiento de los catálogos y junto con él, las «ciencias auxiliares» de la historia?

En su *Cours d'études historiques*, Daunou[1] se planteó una cuestión similar: «¿Qué materias debe estudiar quien pretenda dedicarse a la historia?», decía. «¿Qué conocimientos debe poseer para acometer una obra con perspectivas de éxito?». Antes de él, Mably, en su *Traité de l'étude de l'histoire*, había asimismo constatado que «hay estudios preparatorios de los que un historiador, sea cual sea su especialidad, no puede prescindir». Sin embargo, Mably y Daunou defendían por entonces ideas que hoy se nos antojan peregrinas. Es instructivo comprobar la distancia que nos separa de ellos. «En primer lugar –decía Mably– debe [el historiador] estudiar Derecho Natural, Derecho Público, Ciencias Morales y Políticas». Daunou, hombre de buen criterio, secretario perpetuo de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, que escribía hacia 1820, divide en tres apartados los estudios preliminares que constituyen, a su entender, «el bagaje del historiador»: literarios, filosóficos e históricos. Se refiere por extenso a los estudios «literarios»: en primer lugar, debe el historiador «leer con detenimiento a los grandes maestros». ¿Quiénes son los grandes maestros? Daunou no alberga la menor duda y sitúa en cabeza «las obras maestras de la poesía épica», ya que «el arte de la narración lo fundaron los poetas, y no llegará a dominarlo sino quien lo estudie en ellos». Conviene leer también a los novelistas, en especial a los modernos, para «aprender a situar los acontecimientos y los personajes, a dosificar los detalles, a tirar con habilidad del hilo de la narración, interrumpirlo y volver a él, a mantener la atención de los lectores despertando en ellos una palpitante curiosidad». Por último, leer buenos libros de historia: «De entre los griegos, Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio y Plutarco; de los romanos, César, Salustio, Tito Livio y Tácito; y en cuanto a los modernos, Maquiavelo, Gui-

1 VII, pp. 228 y ss.

chardin, Giannone, Hume, Robertson, Gibbon, el cardenal de Retz, Vertot, Voltaire, Raynal y Rulhière. No pretendo en modo alguno excluir al resto, pero bastarán éstos como modelo de cuantos registros pueden convenir a la historia, puesto que en sus escritos se distingue una gran diversidad de estilos». En segundo lugar, conocimientos filosóficos: haber estudiado a fondo «Filosofía, Ciencias Morales y Políticas [...] Entre los filósofos, Daguesseau recomienda a Aristóteles, Cicerón, Grotius: añadiría por mi parte a los mejores de los moralistas antiguos y modernos, los tratados de economía política publicados desde mediados del pasado siglo, cuanto sobre la política en términos generales, en sus pormenores y en su práctica, han escrito Maquiavelo, Bodino, Locke, Montesquieu, Rousseau, el propio Mably y los más agudos de sus discípulos y comentaristas». En tercer lugar, si se ha de escribir historia, «resulta evidente que hay que conocerla». «No quedarán completos estos estudios preparatorios si no se conoce a fondo la historia en su estado actual». Cuando el futuro historiador haya leído y adoptado por modelos de estilo los mejores libros de historia, «Le resultará provechoso leerlos una vez más, pero con miras a retener cuantos acontecimientos refieren y empaparse de ellos lo bastante como para que su memoria resulte indeleble».

Tales eran, en términos generales, los conocimientos «positivos» tenidos por indispensables para un historiador cincuenta años atrás. No obstante, ya entonces se hallaba extendido un cierto sentimiento de que «para dominar determinados temas concretos» resultaban útiles incluso conocimientos ulteriores: «Los asuntos que los historiadores deben examinar –afirma Daunou– las particularidades a que se enfrentan, exigen conocimientos muy amplios y diversos». ¿Cuáles? Helos aquí: «A menudo, el conocimiento de varios idiomas, en ocasiones también nociones de Física y de Matemáticas». Y añade: «En este punto, la cultura general que hemos de dar por supuesta en cualquier persona instruida resultará suficiente para el historiador».

Cuantos autores han intentado, al igual que Daunou, enumerar los conocimientos previos, así como los requisitos morales e intelectuales necesarios para «escribir historia» se han visto abocados a reiterar banalidades o plantear exigencias ridículas. Según E. A. Freeman, el historiador debería saber de todo: filosofía, derecho, economía, etnografía, geografía, antropología, ciencias naturales, etc. ¿Acaso no puede un historiador tener que habérselas con problemas filosóficos, jurídicos, económicos, etc., en el curso de sus investigaciones? Y si la Economía, por ejemplo, se considera indispensable para quien escribe sobre la actualidad financiera, ¿acaso lo será menos para quien se permite opinar sobre los problemas económicos de épocas pasadas? «No hay tema, por especializado que sea, al que el historiador no deba tal vez referirse en algún momento: por lo tanto, cuantas más ciencias domine, mejor preparado estará para el ejercicio de su profesión». A decir verdad, no todas las ramas del saber humano son útiles en igual medida: a algunas no tendrá que recurrir sino rara vez, de forma accidental: «Lo pensaría dos veces antes de aconsejar a alguien que profundizase en el estudio de la Química para ser mejor historiador, considerando las probabilidades de que la Química le resulte útil en alguna ocasión durante sus investigaciones»; pero otras ciencias guardan una relación más estrecha con la historia: «La Geología, por ejemplo, y el conjunto de ciencias naturales asociadas a ella [...] Es evidente que el historiador desempeñará mejor su tarea si sabe Geología»[2]. Se pregunta

---

2 E. A. Freemann, *The methods of historical study*, Londres, 1885, p. 45. En Francia, la geografía ha sido considerada durante mucho tiempo como una ciencia estrechamente vinculada con la historia. Todavía hoy encontramos en la Universidad profesores de *geografía e historia*, y en nuestros centros de enseñanza media un mismo docente enseña las dos. Muchos creen que semejante vinculación es correcta, y aun ven con malos ojos la posibilidad de separar dos disciplinas que consideran estrechamente vinculadas. Pero resultaría difícil demostrar con argumentos razonables y con el respaldo de la experiencia que un profesor de historia será tanto más competente cuanto mayor sea su dominio de la geología, la oceanografía, la climatología y el resto de conocimientos propios de la geografía. En la práctica, los estudiantes de historia cursan con desgana y escaso fruto las asignaturas de geografía que los programas les

también si «acaso no será la historia una de aquellas disciplinas que los antiguos llamaban *umbratiles*, para dedicarse a las cuales basta con un espíritu equilibrado y buenos hábitos de trabajo», o si favorece al historiador el haber intervenido en política y contribuido a hacer la historia de su propia época, antes de escribir la de las pasadas. ¿Qué no se habrá preguntado Freeman? Problemas mal planteados, carentes de interés o insolubles que, debatidos durante años sin fruto alguno, han hecho correr ríos de tinta y contribuido notablemente a devaluar cuanto se ha escrito sobre metodología. A nuestro modo de ver, sobre el aprendizaje del «arte de escribir historia» no hay nada que decir en términos generales que no sea de sentido común, salvo que dicho aprendizaje debiera consistir fundamentalmente en el estudio, tan generalmente descuidado hasta ahora, de los fundamentos de la metodología histórica.

Por lo demás, no hablamos aquí del «historiador literato», el historiador moralista, el narrador de la historia, tal como lo imaginaron Daunou y sus discípulos: aquí hablamos exclusivamente de quienes se proponen enfrentarse a los documentos desde una perspectiva científica para hacer historia. Estos últimos precisan un *bagaje técnico*. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de *bagaje técnico*?

Tomemos un documento escrito. Si el investigador no sabe leerlo, ¿cómo lo va a utilizar? Hasta François Champollion, la escritura jeroglífica de los documentos egipcios fue letra muerta. Nadie pone en duda que para dedicarse al estudio de la historia de la antigua Asiria hay que saber descifrar la escritura cuneiforme. Por la misma razón, se considera razonable que aprendan a leer inscripciones y manuscritos cuantos deseen investigar en historia antigua o medieval recurriendo a

imponen; y los estudiantes con vocación por la geografía de buena gana tirarían por la borda sus manuales de historia. La unión artificial de la historia y la geografía se remonta entre nosotros a una época en que la geografía, mal definida y fundamentada, era vista generalmente como una disciplina de segundo orden. Se trata de un vestigio de otros tiempos con el que hay que acabar.

las fuentes. De ahí que la epigrafía griega y latina y la paleografía medieval, es decir, el corpus de conocimientos necesarios para leer las inscripciones y manuscritos de la Antigüedad y de la Edad Media, se consideren como «ciencias auxiliares» de la historia o, para ser más exactos, de los estudios históricos relativos a la Antigüedad y la Edad Media. Que la paleografía latina medieval es parte obligada del bagaje de los medievalistas, así como la paleografía jeroglífica del de los egiptólogos, nadie lo discute. Sin embargo, prestemos atención a una diferencia. A nadie se le ocurrirá dedicarse a la egiptología sin antes haber estudiado la escritura jeroglífica; por el contrario, no pocos pretenden trabajar con documentos medievales sin saber fecharlos de forma aproximada ni leer correctamente sus abreviaturas: la similitud de la caligrafía medieval con la moderna basta para que haya quienes creen poder salir airosos de la empresa mediante la práctica, a base de intuición y constancia. Es una ilusión peligrosa: se reconoce a los investigadores sin preparación académica en paleografía por los graves errores de lectura en que de tanto en tanto incurren, y que en ocasiones pueden poco menos que invalidar la parte crítica e interpretativa de sus trabajos. En cuanto a los autodidactas que llegan a dominar la paleografía a fuerza de práctica, la iniciación académica de que carecieron les habría ahorrado, cuando menos, tiempo, titubeos y quebraderos de cabeza.

Tomemos un documento legible. ¿Cómo vamos a utilizarlo, si no sabemos qué dice? Podemos deletrear inscripciones en etrusco o en camboyano antiguo, pero puesto que no sabemos qué dicen, no nos sirven para nada en tanto no las descifremos. Es evidente que para investigar la historia de Grecia hay que consultar documentos en griego, y por tanto hay que saber griego. Valiente perogrullada, se nos dirá. Pero si nos fijamos, veremos que muchas veces se actúa sin tomarla en consideración. Hay jóvenes que abordan los estudios de historia antigua con un conocimiento superficial del griego y del latín. ¿Cuántos, sin haber estudiado el francés ni el latín medievales, creen saberlos porque conocen el latín clásico y el

francés moderno, y se lanzan a interpretar textos cuyo sentido literal se les escapa o les parece oscuro, aunque es evidente? Son innumerables los errores históricos motivados por lecturas erróneas o interpretaciones apresuradas de textos protocolarios en que incurren investigadores que no dominan la gramática, el vocabulario o los matices de las lenguas clásicas. En buena lógica, siempre que los documentos estén redactados en lenguas muertas y su lectura ofrezca cierta dificultad, las investigaciones históricas deben ir precedidas de sólidos estudios filológicos.

Tomemos un documento inteligible. No debemos aceptarlo sin haber verificado antes su autenticidad, caso de que no haya sido previamente establecida de modo concluyente. Ahora bien, para determinar la autenticidad y la procedencia de un documento dos requisitos son necesarios: razonar y saber. Dicho de otro modo, se razona a partir del conocimiento de determinados datos objetivos que resumen los resultados de las investigaciones anteriores, conocimiento que no es posible improvisar y que, por tanto, requiere estudio. En la práctica, las más de las veces sería imposible que el teórico mejor preparado distinguiera una carta auténtica de otra falsa si desconociera los usos de determinada cancillería en determinada época, o las características habituales de cierto tipo de cartas cuya autenticidad no ofrece dudas. Como los primeros investigadores, antes de opinar sobre un punto concreto tendría que decidir por sí mismo, mediante la comparación de un gran número de documentos similares, en qué se diferencian del resto aquellos cuya autenticidad no ofrece dudas. ¡Cuánto más fácil sería su trabajo si conociera el corpus doctrinal, el tesoro de observaciones acumuladas, de resultados obtenidos y sistematizados por los historiadores que antes que él hicieron, rehicieron y enmendaron las minuciosas comparaciones que se ve obligado a efectuar personalmente! Este corpus doctrinal de datos y conclusiones, útil para facilitar el examen de diplomas y cartas, existe: es la diplomática. Al igual que la epigrafía, la

paleografía o la filología *(Sprachkunde)*[3], la diplomática es una disciplina auxiliar de la investigación histórica.

La epigrafía y la paleografía, la filología *(Sprachkunde)*, la diplomática –con sus auxiliares, cronología técnica y sigilografía– no son las únicas disciplinas auxiliares de la investigación histórica. Sería una temeridad emprender el análisis de documentos aún «vírgenes» sin estar al corriente de los resultados obtenidos por quienes trabajaron antes con otros similares; el conjunto de tales resultados constituye una disciplina independiente, que recibe el nombre de historia literaria[4]. El análisis de documentos distintos de los escritos, tales como pertrechos varios (armamento, vestimenta, utensilios, monedas, medallas, escudos de armas, etc.), obras arquitectónicas, escultóricas o pictóricas, supone un conocimiento en profundidad del contenido y las normas de la arqueología propiamente dicha y sus auxiliares, numismática y heráldica.

Ahora estamos en condiciones de pasar revista con cierto fundamento a esa noción tan vaga de «ciencias auxiliares de la historia». Se habla también de «ciencias ancilares» y «ciencias satélites», pero ninguna de tales denominaciones resulta plenamente satisfactoria.

En primer lugar, no todas las supuestas «ciencias auxiliares» son tales *ciencias*. La diplomática o la historia literaria, por ejemplo, no son sino repertorios sistemáticos de datos recopilados por la crítica, cuyo objeto es facilitar la valoración de los documentos pendientes de examen. Por el contrario, la filología *(Sprachkunde)* es una ciencia consolidada, que cuenta con leyes propias.

En segundo lugar, hay que distinguir entre ciencias auxiliares de las investigaciones históricas (de las que únicamente será necesario tener referencia, para recurrir a ellas llegado el

---

3 No empleamos aquí el término «filología» en el sentido restringido que tiene en francés.

4 La historiografía es una rama de la historia literaria; es la suma de las conclusiones alcanzadas gracias a anteriores estudios críticos de textos históricos antiguos, como anales, memorias, crónicas, biografías, etc.

caso) y ciencias auxiliares de la historia en sentido estricto (que todo investigador debe dominar); de las primeras basta tener noticia para aplicarlas en caso necesario, en tanto las segundas deben asimilarse plenamente. Un medievalista ha de ser capaz de leer y comprender textos medievales; pero de nada le servirá abarrotar su memoria con la mayor parte de los pormenores de diplomática e historia literaria que los buenos manuales y catálogos recogen en su lugar correspondiente. No existen, en fin, ciencias auxiliares de la historia (ni siquiera de las investigaciones históricas) genéricas, es decir, útiles para todos los investigadores, con independencia de la época sobre la que trabajen[5].

---

5 Esto es cierto únicamente en parte; puesto que existe una herramienta de trabajo indispensable para todos los historiadores e investigadores, sea cual sea su especialidad. La historia, por lo demás, se encuentra aquí en el mismo caso que el resto de las ciencias: cuantos llevan a cabo investigaciones originales, sea en el campo que sea, necesitan conocer varias lenguas vivas, las de los países en que residen y trabajan y las de aquellos que están a la cabeza de la civilización contemporánea desde el punto de vista científico.

En la actualidad, la cultura científica no es patrimonio exclusivo de un país privilegiado, ni siquiera en Europa. Es internacional. Todos los problemas, los mismos problemas, se estudian simultáneamente en diferentes lugares. Hoy es difícil, y mañana será imposible, dar con asuntos que puedan estudiarse sin conocer lo escrito sobre ellos en una lengua extranjera. Para la historia antigua griega y romana, el alemán es hoy casi tan necesario como el latín o el griego. Únicamente asuntos de historia estrictamente local están todavía al alcance de aquellos para quienes los idiomas representan un obstáculo. Los grandes temas les están vetados por esta razón mezquina y ridícula: para ellos, los libros publicados en otra lengua distinta de la suya propia están sellados.

La ignorancia absoluta de las lenguas hasta ahora habituales de la ciencia (alemán, inglés, francés, italiano) es una enfermedad que con los años se convierte en incurable. No sería demasiado exigir que cualquier candidato a una profesión científica fuese al menos trilingüe, es decir, capaz de comprender sin excesivo esfuerzo dos lenguas modernas además de la suya materna. He aquí una obligación por la que los investigadores de otras épocas no tuvieron que preocuparse (dado que el latín era la lengua común del saber) y que las condiciones modernas del trabajo científico harán recaer en el futuro más y más pesadamente sobre los investigadores de todos los países. [Tal vez llegue un día en que el conocimiento de la principal de las lenguas eslavas sea necesario: hay ya eruditos que se entregan al estudio del ruso. La idea de restablecer el latín en su antigua dignidad de lengua universal es quimérica. Véase la colección del *Phoenix, seu nuntius latinus internationalis*, Londres, 1891.

Así pues, parece que no contamos con una respuesta definitiva al interrogante que planteábamos al principio de este capítulo: ¿en qué debe consistir la formación técnica del historiador? ¿En qué consiste la formación técnica del historiador? Depende. Depende del periodo que se proponga estudiar. De nada sirve saber Paleografía para investigar la época de la Revolución, ni griego para escribir historia francesa medieval[6]. Pongamos al menos que el bagaje previo de cualquiera que pretenda acometer una investigación original en historia debe abarcar (aparte los «conocimientos generales», es decir, la cultura general a que alude Daunou) aquellos que le permitan localizar, comprender y analizar los documentos. Tales conocimientos varían según el interesado se especialice en un periodo u otro de la historia universal. La formación técnica será relativamente breve y fácil para quien se especialice en historia moderna o contemporánea, larga y ardua para quien opte por la historia antigua o medieval.

Que el historiador debe formarse mediante el estudio de los datos objetivos, verdaderos auxiliares de las investigaciones históricas, en lugar del de los «grandes modelos» literarios y filosóficos, es criterio reciente. En Francia, durante la mayor

---

Los investigadores franceses incapaces de leer un texto en alemán o inglés se ven por este mismo motivo en condiciones de inferioridad permanente frente a sus colegas más instruidos de Francia y del extranjero: independientemente de sus méritos, están condenados a trabajar con elementos de información insuficientes, a trabajar mal. Son conscientes de ello. Disimulan su debilidad lo mejor que pueden, como algo vergonzoso, cuando no hacen ostentación de ella cínicamente y se enorgullecen; pero enorgullecerse es, evidentemente, una forma de avergonzarse. No insistiremos bastante aquí en este punto: el conocimiento práctico de las lenguas extranjeras es por lo general una herramienta de primer orden en cualquier trabajo científico.

6 Cuando las «ciencias auxiliares» fueron incluidas por primera vez en los programas universitarios franceses, se dio el caso de estudiantes dedicados a la época de la Revolución, sin interés alguno por la Edad Media, que optaron por la paleografía como ciencia auxiliar, y de geógrafos a quienes traía sin cuidado la Antigüedad que se decidieron por la epigrafía. Probablemente no habían caído en la cuenta de que el estudio de las ciencias auxiliares no es algo valioso por sí mismo, sino por su utilidad práctica para quien se orienta hacia determinadas especialidades. (Véase la *Revue Universitaire*, 1895, II, p. 123).

parte del siglo, los estudiantes de historia no han recibido sino una educación literaria como la preconizada por Daunou; la mayoría se han contentado con ella y no han tratado de ir más allá; decepcionados, algunos han caído en la cuenta de su insuficiente preparación inicial cuando ya era demasiado tarde para ponerle remedio; dejando aparte ilustres excepciones, los mejores han acabado en distinguidos literatos, incapaces de realizar un trabajo científico. La enseñanza de las «ciencias auxiliares» y de los recursos técnicos de la investigación no estaba organizada entonces sino para la historia francesa medieval, y en un centro especializado, la Escuela de Archivística y Paleografía. Esta mera circunstancia le otorgó durante cincuenta años una clara superioridad sobre el resto de centros franceses (e incluso extranjeros) de enseñanza superior: en ella se formaron excelentes investigadores que dieron a conocer un caudal de datos nuevos mientras otros divagaban sobre los problemas[7]. Aun hoy, es en la Escuela de Archivística y Paleografía donde los medievalistas reciben una mejor y más completa formación técnica, gracias a cursos combinados repartidos en tres años de filología románica, paleografía, arqueología, historiografía y derecho medieval. Pero las «ciencias auxiliares» se han integrado, en mayor o menor medida, en los programas universitarios, y hoy se enseñan en todas partes. Los manuales de epigrafía, paleografía, diplomática, etc., se han multiplicado de veinticinco años acá. Veinticinco años atrás se hubiera buscado en vano un buen libro que supliera en estas materias la falta de

7 Véanse sobre este punto las opiniones de Th. v. Sickel y de J. Havet, citadas en la *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 1896, p. 87. Desde 1854, el instituto austriaco «für österreischische Geschichtsforschung» fue organizado conforme al modelo de la Escuela Francesa de Archivística y Paleografía. Acaba de crearse una escuela similar en el Istituto di Studi Superiori de Florencia. En Inglaterra se ha escrito: «We are accustomed to hear the complaint that there is not in this country any institution resembling the École des Chartes» (*Quarterly Review*, julio 1896, p. 122). (Estamos habituados a oír lamentaciones por el hecho de que este país no cuenta con institución alguna del tipo de la École des Chartes).

docencia; creadas las cátedras, han aparecido manuales[8] que poco menos que permitirían prescindir de las clases presenciales si éstas, reforzadas con ejercicios prácticos, no tuviesen una particular eficacia. Se haya contado o no con la ventaja de recibir una formación académica en un centro de enseñanza superior, no cabe ya excusa para ignorar qué es lo que hay que saber antes de abordar la investigación histórica. De hecho, se le concede mayor importancia que en el pasado. Sobre este particular, es significativo el éxito de los manuales antes citados, que se reeditan continuamente[9].

He aquí pues al futuro historiador armado con los conocimientos previos de los que no habría podido prescindir sin condenarse a la impotencia o a continuos deslices. Damos por hecho que no incurre en el tipo de errores (tan frecuentes, por otra parte) que origina un conocimiento insuficiente de la caligrafía y la lengua de los documentos, o la ignorancia de los resultados de las investigaciones anteriores y de los avances de la crítica, y que posee una irreprochable *cognitio cogniti et cognoscendi* [información sobre lo que se sabe y aquello que aún se ignora]. Se trata, a qué engañarnos, de un supuesto muy

8 Conviene que reseñemos aquí los principales manuales publicados en los últimos veinticinco años. Puede encontrarse una relación (hasta 1894) en el *Lehrbuch* de E. Bernheim, pp. 206 y ss. Citemos únicamente los grandes manuales de filología (en el sentido amplio del término alemán «filología», que comprende la historia de la lengua y de la literatura, la epigrafía, la paleografía, y demás nociones auxiliares para la crítica de documentos) en curso de publicación: el *Grundriss der indo-arischen Philologie und Altertumskunde*, publicado bajo la dirección de G. Bübler; el *Grundriss der iranischen Philologie* publicado bajo la dirección de W. Geiger y E. Kühn; el *Handbuch der Classischen Altertumswissenschaft* publicado bajo la dirección de I. v. Müller; el *Grundriss der germanischen Philologie*, aparecido bajo la dirección de H. Paul, cuya segunda edición ha comenzado a publicarse en 1896; el *Grundriss der romanischen Philologie*, publicado bajo la dirección de G. Gröber. En estos amplios repertorios se encontrarán sucintas nociones teóricas, al tiempo que referencias bibliográficas completas, tanto directas como indirectas.

9 Los manuales franceses de Prou (paleografía), Giry (diplomática), Cagnat (epigrafía latina), etc., han difundido la noción y el contenido de las disciplinas auxiliares. Nuevas ediciones han permitido o permitirán mantenerlos al día: aspecto necesario, puesto que casi todas estas disciplinas, aunque ya consolidadas, se definen y enriquecen a diario. Véase más arriba, p. 17.

optimista. Para estar bien preparado (no digamos para resultar infalible) no basta en absoluto, y somos conscientes de ello, con haber superado un curso académico de «ciencias auxiliares» o haber leído detenidamente los mejores manuales de bibliografía, paleografía, filología, etc.; ni siquiera con haber alcanzado a fuerza de ejercicios prácticos cierta experiencia personal. En primer lugar, quienes durante largo tiempo han trabajado con documentos de un determinado tipo o de una época concreta adquieren, en lo tocante a tales documentos o a tal época, nociones imposibles de enseñar que les permiten analizar con ventaja sobre sus colegas los documentos nuevos de ese tipo o época que van apareciendo; nada sustituye al «ojo clínico», prerrogativa de los veteranos[10]. Además, los propios especialistas cometen errores: los paleógrafos han de mantenerse perpetuamente en guardia para no incurrir en ellos; ¿qué filólogo no tiene algún contrasentido sobre su conciencia? Investigadores de ordinario bien informados han dado por inéditos textos ya publicados, y pasado por alto otros cuya existencia habrían podido conocer. Los investigadores profundizan sin descanso durante toda su vida en unas ciencias «auxiliares» que, con razón, jamás estiman dominar por completo. Pero todo esto no nos impide defender nuestra teoría. Se comprenderá que en la práctica nadie aguarde hasta dominar absolutamente todas las «ciencias auxiliares» para comenzar a trabajar con documentos: no empezaría nunca.

Supuesto que contemos con la formación adecuada, nos falta saber cómo manejar los documentos.

10 ¿A qué «nociones intransferibles» nos referimos? En la mente de un especialista sumamente familiarizado con los documentos de un determinado tipo o de una época concreta brotan asociaciones de ideas, analogías que se iluminan de inmediato al examinar un documento nuevo de cierto tipo o periodo que a cualquiera menos experimentado se le escapan, por más que trabaje con los mejores repertorios. No todas las particularidades de los documentos pueden especificarse; las hay que no tienen cabida dentro de unas rúbricas claras, y que por tanto no figuran en ninguna parte. Pero la memoria humana, cuando es buena, conserva su recuerdo; cualquier estímulo, por débil y remoto que sea, basta para despertarlo.

Libro II

ANÁLISIS

1. CONDICIONES GENERALES DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

Ya hemos dicho que la historia se hace con documentos, y que los documentos son las huellas de los acontecimientos del pasado[1]. Expondremos ahora las consecuencias que se derivan de tal afirmación y de tal definición.

Sólo podemos conocer los hechos empíricamente de dos maneras: directa, si los observamos en el mismo momento en que suceden, o bien indirecta, mediante el estudio de sus huellas. Tomemos, por ejemplo, el caso de un terremoto: si presencio el fenómeno tengo un conocimiento directo; e indirecto cuando, sin haberlo presenciado, observo sus efectos materiales (grietas, muros derruidos) o bien, si no son ya visibles, leo cómo los describe algún testigo que asistió al hecho u observó sus consecuencias. Por tanto, la índole de los «hechos históricos»[2] consiste en que no podemos conocerlos sino indirectamente, a través de sus huellas. El conocimiento histórico es indirecto por naturaleza. En consecuencia, el método histórico científico ha de ser radicalmente distinto al del resto de las

1 Véase más arriba, p. 57.

2 Debemos precisar esta expresión tan habitual. No hemos de creer que se aplica a un determinado tipo de acontecimientos. No hay hechos históricos al modo como hay hechos químicos. Un mismo hecho puede ser histórico o no, según cómo se considere. No hay sino métodos de conocimiento histórico. Una sesión del Senado es un hecho de observación directa para quien asiste a ella; si lo estudiamos para superar un examen se convierte en un hecho histórico. La erupción del Vesubio en tiempos de Plinio es un hecho geológico históricamente conocido. El carácter histórico no reside en los acontecimientos, sino en el modo como nos enfrentamos a ellos.

ciencias, que se apoyan –salvo la geología– en la observación directa. Independientemente de cuanto haya podido decirse, la historia no es una ciencia de observación[3].

No sabemos de los acontecimientos del pasado sino por sus huellas. Es cierto que el investigador observa directamente tales huellas, a las que damos el nombre de *documentos;* pero una vez lo ha hecho, no le queda nada que observar. A partir de los documentos, procederá mediante razonamientos para tratar de remontarse desde los vestigios hasta los sucesos con la mayor exactitud posible. El documento es el punto de partida, y el acontecimiento pretérito el de llegada[4]. Hay que ir de uno a otro siguiendo una compleja trama de razonamientos encadenados, en la que las posibilidades de error son innumerables; la menor equivocación, ya se cometa al principio, hacia su mitad o al término de la investigación, puede invalidar la totalidad de las conclusiones. De ahí que el método «histórico» o indirecto sea claramente inferior al de observación directa; pero los historiadores no están en situación de elegir: es *el único* para llegar hasta los acontecimientos del pasado, y más adelante[5] veremos cómo es capaz, pese a sus limitaciones, de proporcionarnos un conocimiento científico.

Una de las partes principales de la metodología histórica es el análisis detallado del proceso que va desde la observación material de los documentos hasta el conocimiento de los hechos. Es el terreno del análisis. Los siete capítulos siguientes están dedicados a él. Trataremos de esbozar en primer lugar, muy sumariamente, sus líneas generales y sus principales apartados.

I. Cabe distinguir dos tipos de documentos. En ocasiones, el acontecimiento remoto ha dejado una huella material (un monumento, un objeto). A veces, caso más frecuente, la huella es de orden psicológico: una descripción, un relato por escrito. El primer caso es mucho más sencillo que el segundo. En efecto, existe una relación fija entre determinadas huellas materiales y sus cau-

3 Lo dijo Fustel de Coulanges. Véase más arriba, p. 45, nota 5.

4 En las ciencias experimentales el punto de partida es el propio suceso, directamente observado.

5 Véase cap. VII, p. 167.

sas, y esta relación, determinada por las leyes físicas, es bien conocida[6]. Por el contrario, la huella psicológica es meramente simbólica: no es el acontecimiento mismo, ni siquiera su huella inmediata en el espíritu de quien lo presenció; no es más que un signo convencional del efecto que el acontecimiento produjo en el ánimo del testigo. Por consiguiente, y a diferencia de los documentos materiales, los documentos escritos carecen de valor intrínseco; valen sólo en cuanto reflejan procesos psíquicos complejos y difíciles de desentrañar. La inmensa mayoría de los documentos que sirven al historiador como punto de partida para sus razonamientos no son, en resumen, sino huellas de procesos mentales.

Visto lo cual, para llegar desde un documento escrito al acontecimiento que fue su causa remota, esto es, para conocer la relación entre el documento y el hecho, es preciso reconstruir en su integridad la serie de causas intermedias que dieron lugar al documento. Hay que imaginar la serie de actos que llevó a cabo el autor del documento, desde que presenció el suceso hasta que redactó el manuscrito (o el texto impreso) que tenemos ante nuestros ojos. Esta cadena se reconstruye en sentido inverso, comenzando por la revisión del manuscrito (o del texto impreso) hasta llegar a lo sucedido en otra época. Tales son el punto de partida y el curso del análisis crítico[7].

En primer lugar, hay que examinar el documento. ¿Se conserva en su estado original? ¿Ha sufrido daños? Hay que estudiar cómo fue elaborado, a fin de devolverlo a su estado original en caso necesario, y determinar su procedencia. Este primer conjunto de pesquisas previas, referidas sobre todo a la escritura, la lengua, las formas, las fuentes, etc., constituye el campo específico de la *crítica externa*, o crítica erudita. A continuación interviene la *crítica interna:* para reconstruir los esta-

6 No nos ocuparemos en detalle del análisis de los documentos materiales (objetos, monumentos, etc.) sino en tanto difiera del de los documentos escritos.

7 Para los detalles y el fundamento teórico de este método, véase Ch. Seignobos, «Les conditions psychologiques de la connaissance en Histoire», en la *Revue Philosophique*, 1887, II, p. 168.

dios psicológicos que atravesó el autor del documento actúa mediante razonamientos por analogía, cuyas premisas toma de la psicología general. Ante las afirmaciones del autor del documento nos preguntamos: 1) ¿Qué ha querido decir?; 2) ¿Creía en lo que decía?; 3) ¿Estaba en lo cierto, o se equivocaba? Esta fase guarda similitud con una de las operaciones científicas en que se basa cualquier conocimiento objetivo: el documento es ya algo que podemos observar, y no nos queda sino examinarlo conforme al método de las ciencias objetivas. Todo documento tiene valor en la medida en que, una vez estudiada su génesis, queda reducido a una observación bien realizada.

II. Dos conclusiones se desprenden de lo anterior: complejidad extrema, necesidad absoluta de la crítica histórica.

Comparado con los demás investigadores, el historiador se encuentra en una situación enojosa. No sólo no puede, como el químico, observar los hechos directamente; tampoco los documentos que ha de manejar responden sino rara vez a observaciones precisas. No cuenta con los protocolos verbales de descripción científicamente establecidos que pueden sustituir y sustituyen a las observaciones directas en las ciencias de la naturaleza. Se encuentra en la posición de un químico que tuviera que ponerse al corriente de una serie de experimentos a través de lo que pudiera decirle un auxiliar de laboratorio. El historiador está obligado a utilizar informes insuficientes, con los que ningún otro investigador se daría por satisfecho[8].

Con esto quedan aún más de manifiesto las precauciones que se han de adoptar para utilizar estos documentos, únicos materiales de la ciencia de la historia: evidentemente, conviene

---

8 Aun el supuesto más favorable (que el documento haya sido redactado por un testigo ocular) se halla muy alejado del conocimiento científico. La noción de *testigo* se ha tomado de la práctica jurídica; llevada al terreno científico, se reduce a la de *observador.* Un testimonio es una observación. Pero en realidad el testimonio histórico difiere notablemente de la observación científica. El «observador» opera conforme a reglas fijas y escribe en un lenguaje rigurosamente preciso. Por el contrario, el «testigo» ha observado sin método y redactado en un lenguaje carente de rigor: no sabemos si ha adoptado las cautelas necesarias. Lo habitual es que el documento histórico sea el resultado de un trabajo sin método ni garantía.

eliminar los que carecen de valor y distinguir qué tienen de fidedigno los demás.

Puesto que el primer impulso del espíritu humano es no adoptar precaución alguna y seguir el primer impulso en terrenos como éste, en los que es indispensable la precisión más estricta, resulta tanto más necesario mantenerse aquí alerta. Por descontado, todo el mundo reconoce en principio la utilidad de la crítica; sin embargo, se trata de una de esas verdades que nadie discute, pero que rara vez tienen traducción práctica. Siglos de brillante civilización han transcurrido antes de que alborearan las luces de la crítica entre los pueblos más cultivados de la tierra. Ni los pueblos orientales ni la Edad Media tuvieron noción clara de ella[9]. Hombres de mérito que consultaron documentos para escribir historia, olvidaron hasta hoy mismo cautelas elementales y aceptaron a la ligera puntos de partida erróneos. Todavía hoy la mayor parte de los jóvenes, dejados a su arbitrio, reincidirían en aquellos viejos errores. El análisis es lo contrario del primer impulso intelectual. Tendemos a dar crédito a cuanto se nos dice y a difundirlo, incluso sin distinguirlo claramente de nuestras propias opiniones. ¿Acaso en la vida diaria no aceptamos con indiferencia y sin verificación de ninguna clase los «se dice que...», las informaciones anónimas y espurias y toda clase de «documentos» de mediana o nula confianza? Se necesita un motivo especial para que nos tomemos la molestia de verificar la procedencia y comprobar el valor de un documento referente a algo ocurrido el día anterior. Dicho de otro modo: si no es escandalosamente inverosímil, y en tanto no se nos diga lo contrario, lo aceptamos, lo propagamos, lo defendemos, y si es necesario lo adornamos. Cualquier persona sincera reconocerá que se precisa un propósito firme para sacudirse la *ignavia critica,* esa forma tan extendida de la pereza intelectual; y que este propósito,

9 Véase B. Lasch, *Das Erwachen und die Entwickelung der historischen Kritik im Mittelalter,* Breslau, 1887.

que debe ser constantemente renovado, con frecuencia implica un esfuerzo riguroso.

El instinto natural de un hombre que cae al agua es hacer todo lo posible por ahogarse; aprender a nadar es adquirir la costumbre de reprimir determinados movimientos espontáneos y sustituirlos por otros. De igual forma, el hábito de la crítica no es natural; debe ser inculcado, y su interiorización no se logra sino mediante ejercicios constantes.

Así, la tarea del historiador es ante todo una tarea crítica; quien se entregue a ella sin antes ponerse en guardia frente a los impulsos espontáneos, se ahogará. Para estar prevenido, nada mejor que hacer examen de conciencia y analizar las causas de la *ignavia* que se pretende combatir, hasta sustituirla por una mentalidad crítica[10]. También es muy conveniente estudiar los fundamentos del método histórico y repasar desde una perspectiva teórica sus diferentes etapas, una tras otra, como vamos a hacerlo nosotros. «La historia, como cualquier disciplina, implica errores materiales que provienen de la falta de atención; pero está más expuesta que ninguna otra a inexactitudes nacidas de la confusión mental, que induce a análisis apresurados y razonamientos erróneos [...] Los historiadores aventurarían menos afirmaciones gratuitas si reflexionaran previamente sobre ellas; admitirían menos supuestos falsos si se obligaran a revisarlos; expondrían menos razonamientos erróneos si tuvieran que expresarlos formalmente»[11].

10 La razón profunda de la credulidad natural es la pereza. Es más cómodo creer que discutir, asentir que criticar, acumular documentos que revisarlos. También es más agradable: quien analiza documentos prescinde de alguno; sacrificar un documento es a menudo considerado como una pérdida, sin paliativos, por quien lo encontró.

11 *Revue Philosophique*, 1887, II, p. 178.

Sección I
Crítica externa (erudita)

2.
CRÍTICA DE RESTITUCIÓN

Hoy en día, cualquiera que escribe un libro remite el manuscrito autógrafo a la imprenta, corrige por sí mismo las pruebas y autoriza la tirada. El libro así editado se presenta, en cuanto documento, en excelentes condiciones materiales. Quienquiera que sea su autor, y cualesquiera que hayan sido sus intenciones o su estado de ánimo, podemos estar seguros, y este aspecto es el único que ahora nos interesa, de que tenemos entre manos una reproducción aproximadamente exacta del texto original. Hemos de decir «aproximadamente exacta», puesto que si el autor se equivocó al corregir las pruebas, o los tipógrafos no atendieron sus correcciones, la reproducción del original, aun en este supuesto tan favorable, es imperfecta. No es extraño que los tipógrafos hagan decir al autor algo distinto de lo que quiso decir, y que éste lo advierta cuando ya es demasiado tarde.

¿Y si aquello que se ha de reproducir es la obra de un autor ya desaparecido, cuyo manuscrito autógrafo no es posible remitir a la imprenta? Las *Mémoires d'outre-tombe* de Chateaubriand, por ejemplo. Es un caso frecuente cuando se trata de la correspondencia personal de figuras conocidas, que de continuo se edita para satisfacer la curiosidad pública, y cuyos originales son tan frágiles. En primer lugar se copia el texto; a continuación se compone tipográficamente conforme a la copia, lo que equivale a una segunda copia; por último, en ausencia del autor desaparecido, alguien debe cotejar esta segunda copia (en fase de pruebas) con la primera, o preferi-

blemente con los originales. Las garantías de exactitud son en este caso menores que en el anterior, puesto que entre el original y su reproducción definitiva media un eslabón más (la copia manuscrita), y puede darse el caso de que el original sea difícil de descifrar por otra persona distinta de su autor. Memorias y correo de escritores ya fallecidos aparecen a menudo desfigurados por errores de transcripción y de puntuación en ediciones aparentemente impecables[1].

¿En qué condiciones se han conservado los documentos antiguos? Los originales se han perdido casi siempre; sólo disponemos de copias. ¿Copias directas de los originales? En absoluto, sino copias de copias. Los amanuenses que las escribieron no siempre fueron, ni mucho menos, personas preparadas y meticulosas; a menudo transcribían textos que entendían a medias o no entendían en absoluto, y la compulsa de los manuscritos, habitual durante el Renacimiento carolingio, no siempre ha sido la norma[2]. Si los libros de hoy en día, tras las sucesivas revisiones del autor y del impresor, son copias imperfectas, cabe presumir que los documentos antiguos, copiados y vueltos a copiar durante siglos con descuido y a riesgo de nuevas alteraciones en cada ocasión, han llegado hasta nosotros plagados de errores.

Por tanto, se impone la cautela: antes de utilizar un documento, hemos de averiguar si su texto es «bueno», es decir, tan conforme como resulte posible al manuscrito del autor; y cuando sea «malo», hemos de intentar depurarlo. Proceder de otro modo es arriesgado. Al utilizar un texto malo, esto es, corrom-

1 Un miembro de la *Sociedad Francesa de Humanistas* (fundada en París en 1894) tuvo el buen humor de publicar en el *Boletín* de dicha sociedad los errores de bulto de crítica textual que aparecían en las ediciones de ciertas obras póstumas (en particular en la de las *Mémoires d'outre-tombe*); demostró la posibilidad de esclarecer los pasajes oscuros de los documentos más modernos mediante la aplicación del mismo método que se utiliza para fijar los textos antiguos.

2 Acerca de los hábitos de los copistas medievales, a través de quienes nos han llegado la mayor parte de las obras literarias de la Antigüedad, véanse las observaciones reunidas por W. Wattenbach, *Das Schriftwessen im Mittelalter* (3), Berlín, 1896.

pido durante su transmisión, nos arriesgamos a atribuir al autor lo que en realidad dijeron sus copistas. Teorías fundadas sobre documentos defectuosamente transcritos se vinieron abajo cuando se depuraron los textos o se descubrieron los documentos originales. No todos los gazapos tipográficos ni todos los errores de transcripción son inocuos o meramente ridículos: los hay capciosos, que confunden a los lectores[3].

Nos gustaría creer que los historiadores de renombre siguen al pie de la letra la norma de procurarse «buenos» textos, convenientemente depurados y restaurados, de los documentos que han de consultar. Nos equivocaríamos. Durante mucho tiempo, los historiadores han recurrido a los textos que han tenido más a mano, sin preocuparse por su calidad. Pero hay más: los propios eruditos, cuya tarea consiste en publicar documentos, no dieron desde un primer momento con la técnica para depurarlos; aún no hace mucho, era normal que los documentos se editaran conforme a las copias más accesibles, buenas o malas, recompuestas y corregidas al azar. Las mayor parte de las ediciones de textos antiguos son hoy «críticas»; pero las primeras «ediciones críticas» de las grandes obras medievales se publicaron hace apenas treinta años, y el texto definitivo de ciertas obras de la Antigüedad clásica (la de Pausanias, por ejemplo) está por fijar.

No todos los documentos históricos publicados hasta ahora garantizan a los historiadores la seguridad que precisan, y aunque se ha avanzado mucho, aún hay quienes proceden como si no fueran conscientes de que un texto mal fijado debe manejarse con precaución. La metodología específica para la depuración y restitución de textos se ha afirmado sobre la base de la experiencia acumulada por varias generaciones de eruditos. Ningún otro apartado de la metodología histórica está hoy tan sólidamente fundado ni extendido. Varias obras de divulga-

3 Véanse, por ejemplo, los «Coquilles lexicographiques» [Gazapos lexicográficos] recopilados por A. Thomas en *Romania*, (1891), XX, pp. 464 y ss.

ción filológica lo exponen con claridad[4], por lo que nos limitaremos aquí a resumir sus principios fundamentales y consignar sus resultados.

I. Tomemos el caso de un documento inédito o no publicado todavía conforme a las exigencias de la crítica. ¿Cómo proceder para determinar el mejor texto posible? Hemos de considerar tres supuestos:

a) El caso más sencillo es aquel en que disponemos del original, el manuscrito del autor. Bastará reproducirlo con total exactitud[5]. Nada más fácil en teoría; pero en la práctica, tan sencilla tarea requiere una permanente atención de la que no todo el mundo es capaz. Si lo duda, haga usted mismo la prueba. Los copistas que jamás se equivocan ni distraen escasean, incluso entre los eruditos.

b) Segundo caso: el original se ha perdido; sólo contamos con una copia. Hemos de proceder con cuidado, puesto que a priori es probable que esta copia contenga errores.

---

4 Véase E. Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode* (2), p. 341-354. También F. Blass, en el *Handbuch der klassischen Altertumswissenschaft* de I. v. Müller, 1892, I (2), pp. 249-289 (con una bibliografía detallada); A. Tobler, en *Grundriss der romanischen Philologie*, 1888, I, pp. 253-263; H. Paul, *Grundriss der germanischen Philologie*, 1896, I (2), pp. 184-196. En francés, véase el § «Critique des textes» en *Minerva. Introduction à l'étude des classiques scolaires grecs et latins*, por J. Gow y S. Reinach, París, 1890, pp. 50-65. [Ed. en castellano, *Minerva. Introducción al estudio de los clásicos escolares, griegos y latinos.* Madrid, Jorro ed.] La obra de I. Taylor, *History of the transmission of ancient books to modern times...*, Liverpool, 1889, carece de valor.

5 No es ésta una norma absoluta. En general, y siempre que lo haga constar, se admite que el editor altere la grafía de un documento autógrafo cuantas veces las fantasías gráficas del autor carezcan de interés filológico, como ocurre en la mayor parte de los documentos modernos. Véanse las «Instructions pour la publication des textes historiques», en el *Bulletin de la Commission royale d'histoire de Belgique*, 5.ª serie, 1896, VI y los «Grundsätze für die Herausgabe von Actenstücken zur neueren Geschichte», fruto de laboriosas deliberaciones durante los congresos segundo (1894) y tercero (1895) de historiadores alemanes, en la *Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, XI, p. 200 y XII, p. 364. Los últimos congresos de historiadores italianos, celebrados en Génova (1893) y Roma (1895), han debatido igualmente este tema, aunque sin llegar a ninguna conclusión. ¿Qué libertades resultan aceptables en la transcripción de textos autógrafos? La cuestión es más espinosa de lo que imaginan los profanos.

Los textos degeneran conforme a ciertas leyes. Se ha intentado distinguir y clasificar las causas y formas habituales de las diferencias que se aprecian entre los originales y las copias, y se han establecido luego por analogía normas para reconstruir por deducción aquellos pasajes que, en el caso de copias únicas de originales desaparecidos, están probablemente o con toda seguridad (cuando resultan ininteligibles) corrompidos.

En una copia, las alteraciones del original o «variantes de tradición» son achacables al fraude o al error. Algunos copistas han introducido modificaciones u omisiones a sabiendas[6]. Casi todos han cometido errores, de juicio o materiales. Errores de juicio cuando, no siendo muy inteligentes ni instruidos, pensaron que debían corregir determinados pasajes o términos del original que no comprendían[7]. Errores materiales cuando leyeron mal al copiar, o bien, si escribían al dictado, entendieron otra cosa o incurrieron de forma involuntaria en algún lapsus cálami.

Las modificaciones que provienen de fraudes y errores de juicio a menudo resultan difíciles de rectificar, e incluso de advertir. Ciertos errores materiales (omisión de varias líneas, por ejemplo) son irreparables en el caso que ahora nos ocupa de una copia única. Pero la mayor parte de los errores materiales pueden ser advertidos cuando se conocen sus formas habituales: confusiones de sentido, de letras y de términos, transposiciones de palabras, de sílabas y letras, adiciones ortográficas (repetición gratuita de sílabas o caracteres), haplogías (sílabas o palabras que sólo se han escrito una vez, cuando hubieran debido duplicarse), palabras mal separadas, frases mal puntuadas, etc. Errores como éstos los han cometido los

6 De las interpolaciones nos ocuparemos en el capítulo III. Véase p. 117.

7 Los escribas del Renacimiento carolingio y del Renacimiento propiamente dicho, a partir del siglo XV, trataban de proporcionar textos inteligibles. En consecuencia, corregían cuanto no entendían. Así fue como arruinaron para siempre diferentes obras de la Antigüedad.

amanuenses de todas las épocas y todos los países, prescindiendo de la grafía de los originales y de la lengua en que estuviesen redactados. Pero determinadas confusiones de letras abundan en las copias realizadas a partir de originales escritos en letras unciales, y otras en las realizadas a partir de originales en minúsculas. Las confusiones de sentido y de términos se explican por analogías léxicas y fonéticas, que lógicamente varían según el original esté en una u otra lengua o corresponda a una u otra época. La teoría general de la restitución por deducción se reduce a lo anterior, y es un arte para el que no existe aprendizaje de carácter general. Se aprende a reconstruir no cualquier tipo de texto, sino textos griegos, textos latinos, textos franceses, etc.; puesto que la restitución por deducción supone, además de nociones generales sobre el modo como habitualmente degeneran los textos, el conocimiento profundo: 1.º, de una lengua, y 2.º, de una paleografía concretas; 3.º, *de los errores (de caracteres, de sentido y de vocabulario) habituales en los copistas de textos redactados en una misma lengua y escritos de una misma forma.* Para aprender a reconstruir por deducción textos griegos y latinos contamos con repertorios alfabéticos y metódicos de «variantes tradicionales», de errores frecuentes, de enmiendas probables[8]. Por descontado, no sustituyen a los ejercicios prácticos realizados bajo la supervisión de profesionales avezados[9], pero incluso a ellos les son de gran utilidad.

---

8 Tales repertorios se ordenan siguiendo un orden metódico o alfabético. Los principales son, para las dos lenguas clásicas, además de la obra ya citada de Blass (véase más arriba, nota 2), los *Adversaria Critica* de Madvig (Copenhague, 1871-74, 3 vol. in-8). Para el griego, el célebre *Commentatio palæographica* de Fr. J. Bast, publicado como apéndice a la edición del gramático Gregorio de Corinto (Leipzig, 1811) y las *Variæ lectiones* de Cobet (Leyden, 1873). Para el latín: H. Hagen, *Gradus at criticen* (Leipzig, 1879) y W. M. Lindsay, *An introduction to latin textual enmendations based on the text of Plautus* (Londres, 1896). Un redactor del *Bulletin* de la *Société des Humanistes Français* manifestó en esta publicación el deseo de que se realizara una recopilación semejante para el francés moderno.

9 Véase la *Revue Critique*, 1895, II, p. 358.

Sería fácil enumerar ejemplos de reconstrucciones afortunadas. Proporcionan mayores satisfacciones las que presentan un carácter de evidencia paleográfica, como la clásica corrección de Madvig al texto de las *Epístolas* de Séneca (89, 4). Se leía: «Philosophia unde dicta sit, apparet; ipso enim nomine fatetur. Quidam et sapientiam ita quidam finierunt, ut dicerent divinorum et humanorum sapientiam...», lo que no tiene sentido. Se suponía que había una laguna entre *ita* y *quidam*. Madvig imaginó el texto en mayúsculas del original desaparecido en el que, conforme a la práctica habitual anterior al siglo VIII, las palabras aparecerían escritas sin espacios en blanco entre ellas *(scriptio continua)* ni signos de puntuación, y se preguntó si el copista no habría separado las palabras al azar al examinar el texto en mayúsculas, tras lo que leyó sin dificultad «...ipso enim nomine fatetur quid amet. Sapientiam ita quidam finierunt..., etc.». Blass, Reinach y Lindsay, en los opúsculos indicados en la nota, mencionan varios hallazgos similares, de acabada elegancia. Esto no significa que helenistas y latinistas detenten monopolio alguno: desde el momento en que los textos orientales, románicos y germánicos han empezado a ser examinados por la crítica textual, pueden citarse ejemplos no menos «brillantes» obra de orientalistas, romanistas y germanistas. Ya hemos dicho que podrían hacerse no pocas enmiendas al texto de documentos rigurosamente contemporáneos, impecables frutos de la imprenta.

Entre los contemporáneos, tal vez nadie ha superado a Madvig en el arte de la *enmendatio* por deducción. Sin embargo, Madvig no tenía en gran estima los avances de la filología moderna. Creía que los humanistas de los siglos XVI y XVII estaban mejor preparados que los especialistas actuales. La *enmendatio* por deducción de textos griegos y latinos es un juego en el que sobresale quien es capaz de aunar el espíritu más ingenioso y la más viva imaginación paleográfica con la más exacta, ágil y aguda intuición de los matices lingüísticos. Puede que los eruditos de la Antigüedad fuesen más temerarios, pero estaban

más familiarizados con las lenguas clásicas que los de hoy en día.

Muchos de los textos corruptos conservados en copias únicas han resistido, y continuarán sin duda resistiendo, las tentativas críticas. A menudo el análisis constata la alteración del texto, señala aquello que el sentido reclama y, si es prudente, está obligado a no pasar de ahí, pues el rastro de la primitiva lectura ha desaparecido bajo una maraña de errores y sucesivas correcciones que no es posible desenredar. Los eruditos que se entregan al apasionante ejercicio de la reconstrucción por deducción se exponen en su entusiasmo a fantasear lecturas correctas y proponer hipótesis aventuradas para los pasajes imposibles. Son conscientes de ello. Por tanto, en sus publicaciones se atienen a la norma de diferenciar con absoluta claridad el texto reconstruido y lo que se lee en el manuscrito.

c) Tercer caso: contamos con varias copias diferentes de un documento perdido, las cuales presentan variantes. Los eruditos modernos tienen aquí una ventaja sobre los antiguos: no sólo están mejor informados, sino también más habituados a comparar distintas copias. Como en el caso anterior, el objetivo es reconstruir el original en la medida de lo posible.

Los eruditos de otras épocas, y al igual que ellos, los principiantes en la nuestra, tuvieron y tienen que resistir en casos similares un primer impulso muy peligroso: recurrir a la copia que tienen más a mano. No es mucho mejor el segundo impulso: en caso de que las distintas copias no sean de la misma época, utilizar la más antigua. La antigüedad relativa de las copias no tiene en teoría, y a menudo tampoco en la práctica, ninguna importancia, puesto que un manuscrito del siglo XVI que reproduce una buena copia desaparecida del XI tiene mucho más valor que una copia defectuosa y retocada del XII o del XIII. Tampoco el tercer impulso es todavía el adecuado: repasar las distintas lecturas y decidir por mayoría. Sea el caso en que disponemos de veinte ejemplares de un texto: la lectura *a* se repite dieciocho veces y la lectura *b* dos. Dar por buena

por esta razón la lectura *a* es otorgar gratuitamente a todos los ejemplares idéntico valor. Semejante suposición es un criterio erróneo, puesto que si de los dieciocho ejemplares en que aparece la lectura *a*, diecisiete fuesen copias del decimoctavo, en realidad la lectura *a* no debiera contar sino una vez; y lo único que nos interesa es saber si es intrínsecamente mejor o peor que la lectura *b*.

Se admite que el único criterio razonable consiste en averiguar la relación que existe entre las distintas copias. El punto de partida es un postulado incuestionable, a saber, que las copias que presentan los mismos errores en los mismos pasajes, o bien se hicieron unas de otras o proceden todas ellas de una primera que los contenía. En efecto, cuesta trabajo creer que amanuenses distintos incurrieran justamente en las mismas equivocaciones a la hora de copiar, cada uno por su cuenta, con independencia de los demás, un modelo que no las presentaba: la persistencia de unos mismos errores prueba un origen común. Prescindiremos sin miramientos de cuantos ejemplares procedan de otra copia conservada: es evidente que no valen más que su fuente común, y no difieren de ella, si es que difieren, más que en faltas de poca importancia; anotar las variantes sería una pérdida de tiempo. Una vez hecho esto, no tenemos ya ante nosotros sino copias autónomas, realizadas directamente del original, o copias segundas cuyo origen (una copia directa del original) se ha perdido. Para clasificar las copias segundas en *familias*, cada una de las cuales representará, con mayor o menor fidelidad, una misma tradición, recurriremos de nuevo al método de comparar los errores. De ordinario nos permitirá trazar sin mayores problemas un árbol genealógico completo *(stemma codicum)* de los ejemplares conservados, en el que apreciaremos con toda claridad su importancia relativa. No es éste el momento para detenernos en los casos difíciles, en los que la operación se hace extremadamente laboriosa, cuando no imposible, por haber desaparecido un considerable número de copias intermedias, o por

combinaciones arbitrarias que de antiguo han mezclado textos de varias tradiciones distintas. Por otra parte, en tales casos extremos el método es exactamente el mismo: la cuestión no consiste en que la comparación de las variantes de un mismo pasaje sea una herramienta eficaz, sino en que es la única de que dispone la crítica.

Establecido el árbol genealógico de las distintas copias, para reconstruir el texto del original se comparan las que corresponden a tradiciones independientes. Si coinciden y proporcionan un texto aceptable, perfecto. Si no coinciden, hay que decidir. Si confluyen en un texto defectuoso, recurriremos a la *emendatio* por deducción como si no contásemos más que con una copia.

En principio, si disponemos de varias copias independientes de un original perdido estamos en mejor situación que si tan sólo contamos con una, puesto que la mera comparación de las familias independientes de copias basta a menudo para esclarecer pasajes oscuros que la incierta luz de la reconstrucción por deducción no habría bastado para iluminar. Sin embargo, la abundancia de copias constituye más un estorbo que una ayuda si no han sido clasificadas o se han clasificado mal: nada más resbaladizo que las reconstrucciones fantásticas, hechas a partir de copias cuyas relaciones mutuas y con el original no han sido previamente establecidas. Por otra parte, el recurso a métodos racionales supone en determinados casos un gasto formidable de tiempo y de trabajo: pensemos que hay obras de las que contamos con varios cientos de ejemplares, los cuales difieren entre sí; que las variantes independientes de determinado texto medianamente difundido (como es el caso de los *Evangelios)* se cuentan por millares; que un investigador dotado de notable capacidad de trabajo necesitaría años para preparar una «edición crítica» de alguna de las novelas medievales. ¿Podremos al menos estar seguros de que al cabo de tantas revisiones, comparaciones y trabajo, el texto de dicha novela será sensiblemente superior al que habríamos obtenido

de no haber dispuesto para fijarlo sino de dos o tres manuscritos? No. El esfuerzo que requieren determinadas ediciones críticas, por la enorme cantidad de materiales que es necesario manejar, no guarda en absoluto proporción con los resultados positivos que lo coronan.

Las «ediciones críticas» realizadas a partir de varias copias de un original perdido han de proporcionar al lector la posibilidad de examinar el *stemma codicum* trazado por el editor, e incluir en las notas la relación de variantes desechadas. De forma que, en el peor de los casos y a falta de un texto mejor, los lectores competentes puedan disponer de lo necesario para establecerlo[10].

II. Los resultados del análisis de restitución –análisis de depuración y ordenación– son absolutamente negativos. Por la vía de la deducción, o de la comparación acompañada de deducción, no se obtiene por fuerza el texto correcto de documentos cuyo original se ha perdido, sino el mejor texto posible. El beneficio más evidente es eliminar las lecturas defectuosas, espurias, que dan pie a errores, y señalar como tales los pasajes dudosos. Pero es evidente que el análisis de reconstrucción no proporciona ningún dato nuevo. El texto de un documento reconstruido tras infinitos esfuerzos no supera al de otro cuyo original se ha conservado; al contrario, tiene menos valor. Si no se hubiese perdido el manuscrito de la *Eneida*, nos habríamos ahorrado siglos de cotejos y conjeturas, y el texto de la *Eneida* sería mejor de lo que es. Dicho esto a la intención de quienes,

10 No hace mucho nuestros eruditos se oponían a esta elemental medida de cautela, so pretexto de no caer en la pedantería. M. B. Hauréau ha publicado en sus *Notices et extraits de quelques manuscrits latins de la Bibliothèque nationale* (VI, p. 310) una composición en versos rítmicos, «De presbytero et logico...». «No es inédita –nos dice– ya fue publicada por M. Thomas Wright... Pero se trata de una edición muy deficiente, cuyo texto en ocasiones resulta incluso ininteligible. La hemos enmendado mucho recurriendo a dos copias, ninguna de las cuales es, por otra parte, irreprochable...». Y a continuación sigue el texto, sin variantes. No hay revisión posible.

por su habilidad en el juego de las «enmiendas»[11], disfrutan con él y, en el fondo, se sentirían defraudados si no pudieran practicarlo.

III. La crítica de reconstrucción tendrá razón de ser en tanto no contemos con el texto exacto de todos los documentos históricos. En el estado actual de la ciencia, pocas tareas más útiles que publicar textos nuevos o depurar los ya conocidos. Publicar conforme a las normas de la crítica documentos inéditos o que circulan mal editados es prestar un servicio esencial a los estudios históricos. Innumerables sociedades científicas consagran a esta tarea capital la mayor parte de su actividad y de sus recursos. Pero dada la inmensa cantidad de textos por examinar[12] y el cuidado minucioso que requiere su análisis textual[13], las tareas avanzan con lentitud. Pasará mucho tiempo antes de que todos los textos de interés para la historia medie-

11 «Textual emendation too often misses the mark through want of knowledge of what may be called *the rules of the game*». (W. M. Lindsay, *op. cit.*, p. v). [La práctica de la enmienda textual prescinde con excesiva frecuencia de la importancia que tienen las que pudiéramos llamar *reglas del juego* en investigación].

12 A menudo cabe preguntarse si merece la pena publicar y fijar *todos* los textos. Como dice M. J. Bédier: «¿Cuántos de nuestros textos antiguos [de la literatura francesa medieval] merece la pena publicar? Todo. ¿Todo?, se dirá; ¿acaso no nos abruma ya el peso de los documentos? ... Por eso mismo. En tanto tengamos ante nosotros manuscritos cerrados y misteriosos, nos llamarán como si contuvieran la clave de todos los misterios; a ojos de cualquier espíritu inquieto obstaculizarán el avance de las investigaciones. Hay que publicarlos, siquiera para quitárnoslos de delante y poder hacer tabla rasa de ellos en el futuro...» (*Revue des Deux Mondes*, 15 febrero 1894, p. 910). Ya hemos dicho que todos los documentos deben ser catalogados (véase p. 68), a fin de que los investigadores no estén continuamente temiendo haber pasado por alto documentos relevantes. Pero en todos aquellos casos en que un análisis sumario basta para percatarse del contenido del documento, si su forma carece de interés, su publicación *in extenso* es inútil. No hemos de agobiarnos: día vendrá en que se hayan revisado todos los documentos, pero muchos no serán editados jamás.

13 Quienes editan los textos con frecuencia dilatan su tarea y la hacen más difícil de lo que en realidad es cuando se obligan a hacer comentarios, so pretexto de aclaraciones. Más les valdría economizar y prescindir de cualquier anotación ajena al «aparato crítico» propiamente dicho. Véase sobre este particular Th. Lindner, «Ueber die Herausgabe von geschichtlichen Quellen», en *Mittheilungen des Instituts für oesterreichische Geschichtsforschung*, 1895, XVI, pp. 501 y ss.

val y moderna hayan sido editados o reeditados *secundum artem*, aun suponiendo que el ritmo, relativamente rápido, al que se avanza desde hace algunos años, se apresure aun más[14].

14 Para hacerse una idea basta con comparar lo hecho hasta ahora por las más activas de las sociedades científicas, como la de los *Monumenta Germaniæ historica* y el *Istituto storico italiano*, con lo que aún les queda por hacer. Se ha logrado dejar en condiciones relativamente satisfactorias la mayor parte de los documentos más antiguos y difíciles de restaurar, que por largo tiempo pusieron a prueba la sagacidad de los investigadores. Pero queda pendiente una inmensa tarea.

3.
CRÍTICA DE PROCEDENCIA

Sería absurdo buscar datos sobre determinado acontecimiento entre los papeles de alguien que jamás hubiese sabido ni podido saber de él. Así pues, ante un documento hemos de preguntarnos en primer lugar: «¿De dónde procede? ¿Quién es su autor? ¿De cuándo es?». Un documento cuyo autor, fecha y lugar de origen –cuya procedencia, en una palabra– ignoramos por completo, no sirve para nada.

Esta verdad en apariencia incontestable no ha sido generalmente aceptada sino de poco tiempo a esta parte. Tan grande es la *akrisia* natural humana, que los primeros en adoptar la costumbre de informarse sobre la procedencia de los documentos antes de utilizarlos se sintieron por ello orgullosos, y con razón.

La mayor parte de los documentos modernos incluye una indicación precisa de su origen: libros, artículos periodísticos, documentos oficiales e incluso escritos de carácter privado están hoy por lo general fechados y firmados. En contraposición, muchos documentos antiguos carecen de fecha, están mal localizados y son anónimos.

La tendencia espontánea del espíritu humano es dar crédito a las indicaciones de procedencia, cuando las hay. En la cubierta del libro y en el prefacio de los *Châtiments* se nos dice que su autor es Victor Hugo: por consiguiente, Victor Hugo es el autor de los *Châtiments*. En un museo, nos detenemos ante un cuadro sin firma pero en cuyo marco, gracias a los desvelos de la Administración, figura una pequeña placa en la que se lee

el nombre de Leonardo da Vinci: el cuadro es de Leonardo da Vinci. En los *Extraits des poètes chrétiens* de Clément, en la mayor parte de las ediciones de las *Obras* de San Buenaventura y en gran número de manuscritos medievales, se atribuye al santo un poema que lleva por título *Philomena:* el poema titulado *Philomena* es de San Buenaventura, y en él «podemos hallar valiosas indicaciones sobre el carácter» de aquel santo varón[1]. Vrain-Lucas proporcionó a Chasles autógrafos de Vercingétorix, Cleopatra y Santa María Magdalena[2], firmados y rubricados en toda regla: «Poseo autógrafos de Vercingétorix, Cleopatra y Santa María Magdalena», pensaba Chasles. Estamos ante una de las manifestaciones más extendidas y arraigadas de la credulidad humana.

La experiencia y la reflexión han demostrado la necesidad de revisar sistemáticamente tales muestras de credulidad. Los autógrafos de Vercingétorix, Cleopatra y María Magdalena eran obra de Vrain-Lucas. Atribuido por los escribas medievales tan pronto a San Buenaventura como a fray Luis de Granada, John Hoveden o John Peckham, el poema *Philomena* puede que no pertenezca a ninguno de ellos, y ciertamente no es de San Buenaventura. Los más célebres museos italianos han exhibido insignes vulgaridades al amparo del glorioso nombre de Leonardo, sin prueba alguna. Es cierto, por otra parte, que fue Hugo quien escribió los *Châtiments*. En resumen, ni siquiera las más formales indicaciones de origen bastan *por sí mismas*. No son sino presunciones, sólidas o endebles: muy sólidas, en general, cuando se trata de documentos modernos; a menudo muy poco consistentes si son antiguos. No faltan adulteraciones, añadiduras incluidas en obras insignificantes para aumentar su valor, o en obras de mérito para glorificar a alguien, para inducir a error a la posteridad o por otros cien motivos diferentes que no cuesta trabajo

1 R. de Gourmont, *Le latin mystique*, París, 1891, p. 258.

2 Véanse estos supuestos autógrafos en la *Bibliothèque Nationiale*, *nouv. acq. fr.*, n.º 709.

imaginar, y que han sido catalogados[3]. La literatura «seudo epigráfica» antigua y medieval es enorme. Hay además documentos absolutamente «falsos»; sus autores incluyeron en ellos, naturalmente, indicaciones muy precisas acerca de su supuesto origen. Así pues, hay que mantenerse alerta. Pero ¿cómo? La presunta procedencia de los documentos se verifica, en caso de duda, por el mismo procedimiento que sirve para determinar en la medida de lo posible la de aquellos que carecen de toda indicación de origen. Los procedimientos son los mismos en ambos casos, por lo que en adelante no será necesario diferenciarlos.

I. La herramienta principal del análisis de procedencia es el *análisis interno* del documento en cuestión, cuyo objetivo es dar con cuantos rasgos puedan resultar útiles para identificar al autor, su nacionalidad y su época.

Repasemos en primer lugar la escritura del documento: San Buenaventura nació en 1221; si los poemas que se le atribuyen aparecen en manuscritos del siglo XI, tendremos una prueba concluyente de que la atribución carece de fundamento: ningún documento del que haya una copia en escritura del siglo XI puede ser posterior al siglo XI. Repasemos el lenguaje: determinados giros no se emplearon sino en lugares y épocas concretos. La mayor parte de los falsificadores quedan en evidencia por su ignorancia en este aspecto: se les escapan términos y giros modernos. Gracias a cierta característica sintáctica, se ha podido determinar que algunas inscripciones fenicias halladas en Sudamérica eran anteriores a un discurso alemán. Si se trata de documentos públicos, repasemos los formulismos. Un presunto diploma merovingio en el que no aparezcan los formulismos habituales en los auténticos diplomas merovingios será falso. Consideremos, por último, cuantos datos objetivos contenga el documento, los acontecimientos que narra y aquellos otros a los que hace referencia. Cuando los

3 F. Blass ha enumerado los principales a propósito de la literatura seudoepigráfica de la Antigüedad (*op. cit.*, pp. 269 y ss.)

comprobamos por otras vías, gracias a fuentes que el falsificador no tuvo a su alcance, la veracidad del documento queda demostrada, y la fecha puede fijarse de modo aproximado entre el suceso más reciente de que el autor tuvo noticia y el siguiente más moderno al que sin duda hubiese aludido de haberlo conocido. Para presumir la condición social, el ambiente y el carácter del autor consideraremos los sucesos en que insiste y las opiniones que expresa.

Supuesto que se lleve a cabo con cuidado, el análisis interno de un documento proporciona en general suficientes datos sobre su origen. La comparación sistemática entre los diversos rasgos de los documentos analizados y los de otros similares cuya procedencia está fuera de dudas ha permitido desenmascarar gran cantidad de falsificaciones[4] y precisar las circunstancias en que fueron redactados la mayor parte de los escritos de buena fe.

Completaremos los resultados del análisis interno anotando todas las *informaciones externas* relativas al documento en cuestión y que podemos hallar repartidas en documentos de la misma época o más recientes: citas, detalles biográficos sobre el autor, etc. A veces es significativo que no exista información alguna de este tipo: el hecho de que un pretendido diploma merovingio no haya sido citado por nadie hasta el siglo XVII, y que tan sólo un erudito del XVII responsable de algunos fraudes haya llamado la atención sobre él, induce a pensar que es moderno.

II. Hasta aquí nos hemos ocupado del caso más sencillo, aquel en que el documento considerado es obra de un solo autor. Pero son muchos los documentos que han sufrido añadi-

4 E. Bernheim (*op. cit.*, pp. 243 y ss.) proporciona una relación considerable de documentos falsos, reconocidos hoy como tales. Bastará con recordar aquí ciertas mistificaciones célebres: Sanchoniathon, Clotilde de Surville, Ossian. Desde la aparición del libro de Bernheim, ciertos documentos famosos de los que no se había sospechado anteriormente han sido eliminados de la lista de documentos consultables. Véase en especial A. Piaget, *La chronique des chanoines de Neuchâtel* (Neuchâtel, 1896).

duras con el paso del tiempo, añadiduras que importa distinguir del texto original a fin de no atribuirle a X, autor del texto, lo que corresponde a Y o a Z, sus imprevistos colaboradores[5]. Hay dos tipos de añadiduras, la interpolación y la continuación. Interpolar es insertar en un documento palabras o frases que no figuran en el manuscrito del autor[6]. Por lo general, las interpolaciones son accidentales, se deben a negligencia de los copistas y se explican por la introducción en el texto de glosas entre líneas o anotaciones al margen; pero en ocasiones alguien ha sustituido las frases del autor por otras de su particular cosecha, o las ha añadido con la intención de completar, adornar o subrayar el texto. Si dispusiéramos del manuscrito en el que se efectuó la interpolación deliberada, los caracteres retocados y las raspaduras la descubrirían de inmediato. Pero casi siempre el primer ejemplar interpolado se ha perdido, y en las copias derivadas de él no queda rastro material de adición (o sustitución) alguna. No es necesario que definamos las «continuaciones». Sabemos que muchas crónicas medievales fueron «continuadas» por distintas manos, sin que ninguno de los sucesivos continuadores se tomara la molestia de hacer notar dónde comenzaba o acababa su intervención.

Interpolaciones y continuaciones se aprecian sin problemas en el curso de los trabajos encaminados a fijar el texto de un documento del que contamos con varios ejemplares, caso de que alguno de ellos reproduzca el texto primitivo, anterior a toda adición. Pero si todos los ejemplares proceden de copias ya interpoladas o continuadas, hay que recurrir al análisis interno. ¿Es uniforme el estilo en todo el documento? ¿Se mantiene un mismo espíritu de principio a fin? ¿Hay contradicciones o saltos en el orden lógico de las ideas? En la práctica, cuando

5 Cuando las modificaciones del texto primitivo corresponden al propio autor reciben el nombre de «retoques». El análisis interno y la comparación de ejemplares pertenecientes a distintas ediciones del documento los ponen de manifiesto.

6 Véase F. Blass, *op. cit.*, pp. 254 y ss.

los continuadores o interpoladores han obrado con mentalidad e intenciones torcidas se llega, por medio del análisis, a «recortar» el documento primitivo como con tijeras. Pero cuando el conjunto está desdibujado, no se aprecian bien los puntos de sutura: en tal caso, es más prudente asumirlo que multiplicar las hipótesis.

III. El cometido del análisis de procedencia no termina con la localización temporal y espacial exacta o aproximada del documento, ni cuando por fin sabemos de su autor o autores cuanto se puede saber[7]. Tomemos el caso de un libro: para averiguar su procedencia, ¿basta con los datos que el propio libro nos proporciona? Es decir, ¿para poder juzgar el valor que tiene la información de que ha sido impreso en 1890, en París, por X? Supongamos que el interesado copió al pie de la letra (sin citarla) una obra anterior, escrita en 1850. Para las partes copiadas no es X, sino el autor de 1850, el único responsable y garante. Legalmente prohibido y socialmente rechazado, el plagio no es hoy frecuente; pero en otras épocas era una práctica aceptada e impune. Muchos documentos históricos en apariencia originales se limitan a copiar (sin citarlos) documentos más antiguos, y los historiadores están expuestos en consecuencia a errores de bulto. Hay pasajes de Eginhard, cronista del siglo IX, que pertenecen a Suetonio, y carecen de valor para la historia del siglo IX. ¿Qué habría sucedido si no hubiésemos caído en la cuenta? Tres cronistas mencionan un suceso; pero si se comprueba que dos de ellos copiaron al tercero, o que los relatos de los tres provienen de una fuente común, tales testimonios, cuya concordancia nos admira, no son sino uno. Cartas pontificales y documentos imperiales de la Edad Media contienen elocuen-

7 Poco importa que se haya llegado o no a saber el *nombre* del autor. Leemos no obstante en la *Histoire littéraire de la France* (XXVI, p. 388): «Hemos prescindido de los sermones anónimos: estas obras demasiado fáciles no tienen en verdad importancia para la historia literaria cuando sus autores son desconocidos». ¿Cuál es la ventaja cuando se sabe el nombre del autor?

tes tiradas que no hay que tomar en serio: eran lugares comunes protocolarios, y los redactores de tales cartas y diplomas los copiaban al pie de la letra de los formularios de la cancillería.

Corresponde al análisis de procedencia dilucidar en la medida de lo posible las *fuentes* utilizadas por los autores de los documentos.

El problema al que nos enfrentamos aquí guarda cierta analogía con el de la reconstrucción textual de que hemos hablado antes. En ambos casos, en efecto, se procede partiendo del principio de que lecturas idénticas corresponden a una misma fuente: varios escribas, transcribiendo un texto, no cometerán exactamente los mismos errores en los mismos pasajes; varios autores, relatando los mismos hechos, no adoptarán un mismo punto de vista, ni dirán lo mismo en los mismos términos. A causa de la extrema complejidad de los acontecimientos históricos, es por completo inverosímil que dos observadores independientes los refieran de idéntico modo. Trabajamos para organizar familias de documentos de igual manera que organizamos familias de manuscritos. Es algo así como trazar un árbol genealógico.

Los miembros de los tribunales encargados de corregir los exámenes de los aspirantes a ingreso en el bachillerato advierten en ocasiones que los ejercicios de dos estudiantes (que se han sentado juntos) ofrecen cierto parecido. Si tienen el gusto de indagar cuál ha copiado al otro, lo advierten fácilmente pese a pequeños trucos (modificaciones sin importancia, amplificaciones, resúmenes, adiciones, supresiones, transposiciones) que el plagiario ha sembrado para despistar. Los errores comunes bastan para delatar a los culpables: las torpezas, y sobre todo los errores propios del plagiario originados por alguna particularidad del ejercicio de quien se dejó copiar, delatan a quien más culpa tiene. De igual forma, tomemos dos documentos antiguos: cuando el autor de uno ha copiado al otro directamente, en general es fácil establecer la

relación; pretenda o no disimularlo, el copista se pone en evidencia casi siempre por alguna torpeza[8].

Cuando tres documentos están emparentados, sus relaciones mutuas son ya más difíciles de concretar en algunos casos. Sean A, B y C. Pongamos que la fuente común sea A: es posible que B y C copiasen a A por separado; que C no supiera de la existencia de A sino a través de B; que B no supiera de la existencia de A sino a través de C. Si B y C se han enfrentado a la fuente común de dos maneras distintas, tales copias parciales son seguramente independientes. Cuando B y C dependen el uno del otro, estamos en el caso más sencillo, el del ejemplo anterior. Pero supongamos que el autor de C mezclara a A y a B; que, por otra parte, A hubiese sido ya utilizado por B: las relaciones genealógicas se entrecruzan y complican. Aun más enrevesados resultan los casos en que nos encontramos con cuatro, cinco o más documentos emparentados, ya que el número de posibles combinaciones aumenta vertiginosamente. De todas formas, supuesto que no haya más intermediarios de los que no tenemos noticia, la crítica es capaz de desenredar las relaciones mutuas a fuerza de tanteos, paciencia e ingenio, por el simple procedimiento de comparar una y otra vez los documentos entre sí. Los eruditos modernos (por ejemplo, B. Krusch, especialista en los escritos hagiográficos de la época merovingia) han establecido así recientemente genealogías con enorme precisión y solidez[9].

Los resultados del análisis de procedencia, en cuanto que persigue establecer la filiación de los documentos, son de dos

8 En algunos casos muy favorables se llega a determinar mediante el examen de los errores cometidos por el plagiario hasta el tipo de escritura, el formato y la disposición material del manuscrito primitivo que tuvo a la vista. Las demostraciones de la «crítica de fuentes» resultan a veces confirmadas, como las de la «crítica textual» por la evidencia paleográfica.

9 Los trabajos de M. Julien Havet, reunidos en el tomo de sus *Obras (Cuestiones merovingias*, París, 1896) están considerados como modélicos. Problemas sumamente difíciles aparecen allí resueltos con impecable elegancia. La lectura de las memorias en que Delisle se ocupó de cuestiones de origen es también muy provechosa. Los problemas de este tipo son aquellos en que triunfan los eruditos más hábiles.

clases. Por una parte, la reconstrucción de documentos perdidos. ¿Dos cronistas, B y C, han utilizado independientemente una fuente común, X, desaparecida? Podremos hacernos una idea de X separando y combinando los fragmentos incluidos en B y C, del mismo modo que podemos tener idea de un manuscrito perdido comparando las copias fragmentarias que conservamos.

Por otra parte, el análisis de procedencia desmiente la autoridad de gran cantidad de documentos «auténticos», es decir no sospechosos de falsificación, cuando demuestra que son copias y valen tanto como sus fuentes, y que cuando las adornan con detalles fantásticos y frases retóricas no valen absolutamente nada. En Alemania e Inglaterra, los editores de documentos han adoptado la sana costumbre de imprimir en letra pequeña los pasajes copiados, y en caracteres de mayor tamaño aquellos otros originales o cuya fuente se desconoce. Gracias a esta costumbre se aprecia al primer golpe de vista que crónicas famosas, por desgracia citadas a menudo, son recopilaciones sin valor intrínseco: así, las *Flores historiarum* del supuesto Mathieu de Westminster, tal vez la más popular de las crónicas inglesas medievales, es copia casi literal de originales de Wendover y de Mathieu de París[10].

IV. El análisis de procedencia evita a los historiadores errores de bulto. Sus resultados son concluyentes. Su utilidad para descubrir documentos falsos y atribuciones erróneas, establecer en qué condiciones fueron escritos documentos que el tiempo había desfigurado y relacionarlos con sus fuentes[11],

---

10 Véase la edición de H. R. Luard (t. I, Londres, 1890), en los *Rerum britannicarum medii ævi scriptores*. Las *Flores historiarum* de Mathieu de Westminster figuran en el *Índice* romano a causa de los pasajes tomados de las *Chronica majora* de Mathieu de París, en tanto que las propias *Chronica majora* se han librado de la censura.

11 Sería aleccionador elaborar una relación de las obras históricas famosas desacreditadas al estudiarse la procedencia de sus fuentes, como es el caso de la *Histoire de la conquête de l'Angleterre par les Normands*, de Augustin Thierry. Nada divierte más a la galería que comprobar que un historiador ha basado una tesis en documentos falsos. Dejarse engañar, aceptando como buenos documentos apócrifos: nada hay más vergonzoso para un historiador.

son de tal magnitud que hoy está considerado como el análisis por excelencia. Se dice que un historiador «carece de sentido crítico» cuando no siente la necesidad de clasificar los documentos conforme a su valor, jamás pone en duda las autorías tradicionalmente aceptadas, y acepta como válidos todos los documentos vengan de donde vengan, antiguos y modernos, buenos y malos, como si temiera perder uno solo de ellos[12].

Aún admitiendo lo anterior, no hay que darse por satisfecho con este tipo de análisis, ni abusar de él.

No hay que abusar de él: la extrema desconfianza, en estos asuntos, produce efectos casi tan perjudiciales como la extrema credulidad. El P. Hardouin, que atribuía a los monjes medievales las obras de Virgilio y Horacio, no era menos grotesco que la víctima de Vrain-Lucas. Aplicar (como se ha hecho) el análisis de procedencia sin orden ni concierto y sin necesidad es abusar de él. Quienes lo han utilizado con doble intención para tachar de falsos documentos de absoluta confianza, como los escritos de Hroswitha, el *Ligurinus* o la bula *Unam sanctam*[13], o para establecer entre determinados «Anales» filiaciones imaginarias basadas en indicios superficiales, los habrían desacreditado, si fuese necesario. Además, si es positivo reaccionar contra quienes jamás ponen en duda la procedencia de los documentos, centrarse exclusivamente, por reacción, en periodos históricos cuyos documentos son de origen dudoso, es ir demasiado lejos. Los documentos de la historia moderna y contemporánea no merecen menos atención que los de la Antigüedad o la Alta Edad Media por el hecho de que su aparente procedencia, al ser casi siempre fidedigna, no

12 Una de las formas más groseras (y extendidas) de la falta de sentido crítico es aquella que consiste en utilizar, como si de documentos se tratara, lo dicho por los autores modernos a propósito de ellos, y concederle igual valor. Los principiantes no diferencian suficientemente, en las afirmaciones de los autores modernos, lo añadido a las fuentes originales de lo que corresponde a éstas.

13 Véase una relación de ejemplos en el *Handbuch* de E. Bernheim, pp. 283 y 289.

suscite espinosos problemas de atribución, ni dé ocasión de lucimiento a los virtuosos de la crítica[14].

No hay que conformarse: el análisis de procedencia, como el de reconstrucción, es preparatorio, y sus resultados son negativos. En último término permite desechar documentos que no son tales y con los que nos habría gustado poder contar, eso es todo. «Nos enseña a prescindir de los malos documentos, pero no a sacar partido de los buenos»[15]. No es todo «el análisis histórico», sólo uno de sus elementos fundamentales[16].

---

14 El estudio de la Antigüedad y de la Edad Media pasa por ser más «científico» que el de tiempos más recientes, dada la necesidad de someter los documentos a un severo análisis crítico de procedencia. Pero la única diferencia es que las dificultades preliminares son mayores.

15 *Revue Philosophique*, 1887, II, p. 170.

16 La teoría del análisis de procedencia está ya elaborada, *ne varietur*; puede leerse una exposición detallada en el *Lehrbuch* de E. Bernheim, pp. 242-340. Por esta razón, no hemos dudado en resumirla brevemente. En francés, el prólogo de M. G. Monod a sus *Études critiques sur les sources de l'histoire mérovingienne* (París, 1872) contiene observaciones elementales (cf. *Revue critique*, 1873, I, p. 308.

4.
CLASIFICACIÓN CRÍTICA DE LAS FUENTES

Supongamos que gracias a las tareas anteriormente descritas, todos los documentos de un determinado tipo o relativos a un asunto concreto han sido «localizados»: se sabe dónde están, se han reconstruido los textos cuando ha sido necesario, y todos han superado el análisis de procedencia: su origen es conocido. Falta recopilar y clasificar metódicamente los materiales así comprobados. Esta operación es la última de cuantas podemos considerar preparatorias para las tareas de análisis superior (interno) y de sinopsis.

En historia, quienes se disponen a investigar están obligados a ordenar previamente sus fuentes. Clasificar de forma racional y a la vez cómoda los materiales verificados antes de utilizarlos es una tarea aparentemente insignificante, pero de suma importancia práctica para el historiador profesional. Quienes lo hacen se aseguran sólo por ello una ventaja considerable: menos trabajo y mejores resultados, en tanto los demás desperdician tiempo y energías, e incluso a veces se ven abrumados por las notas, los resúmenes, las copias y el papeleo que han ido acumulando en desorden. ¿Quién no ha conocido a alguno de esos individuos afanosos que se pasan la vida transportando legajos de un sitio para otro entre espesas nubes de polvo, sin saber qué hacer con ellos?

I. No se nos oculta que en ésta, como en otras tareas, el primer impulso, el gesto espontáneo, no es el adecuado. Cuando de recopilar textos se trata, la intención primera de la mayo-

ría es anotarlos uno tras otro, conforme los van encontrando. Muchos de los antiguos eruditos (cuyos papeles se han conservado) y casi todos los principiantes, trabajaron y trabajan de esta forma si no se les pone sobre aviso: recurrían, y continúan haciéndolo, a cuadernos en que anotan uno por uno, del primero al último, los textos que les parecen interesantes. Es un método nefasto. Hay que ordenar siempre los textos recopilados; de otro modo, si se quiere más tarde separar del conjunto los referidos a un punto concreto, no queda más remedio que repasar todos los cuadernos, y el interesado ha de repetir tan laboriosa verificación cada vez que busca un nuevo detalle. Si el sistema resulta atractivo a primera vista es porque aparenta ahorrar papeleo; pero es una economía mal entendida, puesto que acaba multiplicando hasta el infinito las pesquisas posteriores y entorpece nuevas clasificaciones.

II. Otros caen en la cuenta de las ventajas de una clasificación sistemática; por consiguiente, se aplican a recopilar los textos que les interesan conforme a un esquema previo. Para ello los anotan en sus cuadernos, en cada una de cuyas páginas han consignado previamente un epígrafe. De este modo, todos los textos de la misma clase aparecen reunidos. El sistema deja que desear, puesto que los añadidos son incómodos y el esquema de clasificación, una vez establecido, es rígido y difícil de rectificar. Antiguamente, muchos bibliotecarios preparaban sus catálogos de este modo, hoy en desuso.

Nos referiremos sólo para censurarlo a otro método aun más bárbaro. Consiste en limitarse a tomar nota de los documentos mentalmente, sin apuntarlos por escrito. No le han faltado partidarios: historiadores perezosos y dotados de una excelente memoria tuvieron semejante fantasía; como resultado, la mayor parte de sus citas y referencias son erróneas. La memoria es un sistema de archivo extremadamente sutil, pero tan poco preciso que semejante temeridad resulta imperdonable.

Todo el mundo está de acuerdo hoy en que conviene anotar los documentos en fichas. Cada texto, con sus datos de pro-

cedencia, se registra con la mayor exactitud posible en una ficha que puede archivarse donde se quiera. Las ventajas de este sistema son evidentes: la movilidad de las fichas permite ordenarlas conforme se desee, en múltiples combinaciones diferentes, y modificar su ubicación si es necesario; conforme van apareciendo, resulta fácil agrupar los documentos de una misma clase e intercalar otros nuevos dentro de cada grupo. En el caso de los documentos que interesan a la vez por distintos motivos, y que deben aparecer en diversos grupos, basta con preparar varios ejemplares de la misma ficha o remitirse a la principal tantas veces como sea necesario mediante fichas de referencia. Por lo demás, en cuanto trabajamos con recopilaciones de cierta envergadura es materialmente imposible registrar, clasificar y utilizar los documentos si no es mediante fichas. Hoy lo saben no sólo los eruditos, sino también los estadísticos, los financieros, y se dice que incluso los escritores realistas.

El sistema de fichas no está libre de inconvenientes. En cada ficha debe figurar la referencia exacta a la fuente de que procede su contenido; por tanto, si se descompone un documento en cincuenta fichas diferentes habrá que repetir una misma referencia en las cincuenta, de modo que habrá que escribir un poco más. Debido a este mínimo inconveniente, hay quienes se aferran al rudimentario método de los cuadernos. Además, por su propia movilidad, las fichas, hojas sueltas, corren el riesgo de perderse, y en tal caso ¿cómo reemplazarlas? Ni siquiera caemos en la cuenta de que han desaparecido, y si lo advertimos por casualidad no habrá más remedio que volver a empezar desde el principio todo el trabajo. Sin entrar ahora en detalles, digamos que la experiencia sugiere precauciones muy simples que permiten reducir al mínimo los inconvenientes del sistema. Se recomienda emplear fichas resistentes y del mismo tamaño, clasificarlas inmediatamente en sobres o gavetas, etc. Cada uno, por lo demás, es libre de crear sus métodos personales. Pero no hay que perder de vista que tales hábitos, conforme sean más o menos eficientes o adecuados, influirán de modo directo en los resultados del trabajo

científico. «Estos pequeños trucos personales de biblioteca –dice E. Renan– que son la mitad del trabajo científico...»[1]. No es una exageración. Hay investigadores que deben parte de su legítima fama a su capacidad de organización; a otros, su torpeza en este terreno los mantiene, por así decirlo, paralizados[2].

Tras haber tomado nota de los documentos, sea in extenso, sea de forma resumida en fichas u hojas sueltas, los clasificamos. ¿Conforme a qué criterios? ¿En qué orden? Está claro que depende de cada caso, y que la pretensión de formular reglas universales no sería razonable. Pero sí podemos exponer algunas normas generales.

II. Distingamos el supuesto del historiador que, con vistas a una obra histórica, ordena documentos ya verificados, del caso del erudito que prepara una compilación de documentos oficiales («regeste»). Los «regestes» (de *regerere*, anotar por escrito) y los corpus son colecciones de documentos históricos clasificados. En un corpus, los documentos se reproducen *in* extenso, en las compilaciones se analizan y describen.

El objetivo, tanto de los corpus como de las compilaciones, es facilitar a los investigadores la búsqueda de documentación. Los eruditos se dedican a efectuar, de una vez por todas, las tareas de indagación y clasificación de que los demás, gracias a ellos, se verán libres en lo sucesivo.

Los documentos pueden agruparse atendiendo a su fecha, su lugar de origen, su contenido o su forma[3]. Son las

---

1 E. Renan, *Feuilles détachées*, p. 103.

2 Sería interesante saber cómo trabajaban los grandes eruditos, en especial aquellos que se entregaron a trabajos de recopilación y clasificación de gran envergadura. Se puede entrever en sus anotaciones, y ocasionalmente en su correspondencia. Sobre los métodos de Du Cange, véase L. Feugère, *Étude sur la vie et les ouvrages de Du Cange*, París, 1858, pp. 62 y ss.

3 Véase J. G. Droysen, *Précis de la science de l'Histoire*, p. 25. «La clasificación crítica no tiene que ocuparse únicamente de la cronología... Cuanto más variados son los puntos de vista desde los que la crítica considera que deben agruparse los materiales, más firmes son los puntos indicados por la intersección de las líneas».

Ahora se ha renunciado a agrupar los documentos en *habeas* o en compilaciones, como antiguamente se hacía, según fuesen inéditos o no. Antiguamente, los compiladores de *Analecta*, de *Reliquiæ manuscriptorum*, de colecciones de *anecdota*,

cuatro categorías: de tiempo, de lugar, de tipo y de forma; combinándolas, se obtienen conforme se desee otras más específicas. Podemos tratar, por ejemplo, de agrupar todos los documentos de cierta clase o país, de cierta época (las cartas reales en Francia bajo Philippe-Auguste); de determinado tipo (inscripciones latinas) o forma (himnos latinos), de un periodo (de la Antigüedad clásica, medievales), etc. Como ejemplos prácticos, recordemos el *Corpus inscriptionum græcarum*, el *Corpus inscriptionum latinarum*, el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*, los *Regesta imperii* de J. F. Böhmer y sus continuadores, y los *Regesta pontificum romanorum* de Ph. Jaffé y A. Potthast.

Con independencia del criterio elegido, pueden ocurrir dos cosas: o bien los documentos que nos proponemos ordenar tienen fecha o no la tienen.

Si están fechados –como lo están, por ejemplo, las cartas remitidas por la cancillería de un príncipe– cuidaremos de incluir la fecha (traducida al cómputo moderno) del documento en cuestión en el encabezado de cada ficha. Nada más fácil que ordenar las fichas –es decir, los documentos recopilados– por orden cronológico. Siempre que sea posible, la clasificación cronológica resulta obligada. La única dificultad es de orden práctico. Aun en los casos más favorables, las fechas de algunos documentos habrán desaparecido por un motivo u otro; el autor de la recopilación está obligado a averiguarlas o, al menos, a tratar de hacerlo, lo que exige largas y pacientes pesquisas.

Si los documentos carecen de fecha, hay que elegir entre el orden alfabético, el geográfico o el sistemático. El caso del *Corpus* de inscripciones latinas nos demuestra que no siempre

---

de florilegios, publicaban todos los documentos de una misma clase que estaban inéditos o les parecían interesantes; por el contrario, Georgisch (*Regesta chronologico-diplomatica*), Bréquigny (*Table chronologique des diplomes, chartes et actes imprimés concernant l'histoire de France*) y Wauters (*Table chronologique des chartes et diplômes concernant l'histoire de Belgique*) han clasificado juntos todos los documentos de un cierto tipo que tenían la característica común de haber sido impresos.

es una decisión sencilla. «El orden cronológico era inaplicable, puesto que en su mayor parte las inscripciones carecen de fecha. Desde Smetius se procedía a una ordenación por materias, es decir, las inscripciones se dividían en religiosas, funerarias, militares, poéticas, de carácter público o privado, etc., conforme a su asunto y prescindiendo de su origen. Bœck, por más que para su *Corpus inscriptionum græcarum* hubiese preferido el orden geográfico, creía que la ordenación por materias seguida hasta entonces era la única posible en un *Corpus* latino...». «Querían [los mismos que en Francia defendían la ordenación geográfica] hacer una excepción con los textos referentes a la historia general de un país y por supuesto del Imperio; en 1845, Zumpt defendió un sistema ecléctico similar muy complicado. En 1847, Th. Mommsen no admitía aún la ordenación geográfica sino para las inscripciones municipales, y no había cambiado del todo de opinión en 1852, cuando publicó las inscripciones del reino de Nápoles. Pero cuando la Academia de Berlín le confió la publicación del *Corpus inscriptionum latinarum*, escarmentado por la experiencia, rechazó incluso las excepciones propuestas por Egger para la historia general de una provincia, y se atuvo con exactitud a la ordenación geográfica»[4]. Dadas las características de los documentos epigráficos, el criterio geográfico era evidentemente el único razonable. Quedó sobradamente demostrado hace cincuenta años; pero los expertos en inscripciones no se pusieron de acuerdo sino tras dos siglos de tentativas en sentido contrario. Durante doscientos años se recopilaron inscripciones latinas sin advertir que «clasificarlas por los temas a que se refieren equivale a editar por párrafos los discursos, tratados y epístolas de Cicerón a fin de ordenarlos después por su asunto»; que «los monumentos epigráficos de un mismo territorio, situados cerca los unos de los otros, se clarifican entre sí»; y por fin, que «es casi imposible ordenar por materias cien mil ins-

4 J. P. Waltzing, *Recueil général des inscriptions latines*, Lovaina, 1892, p. 41.

cripciones, en su mayor parte de categorías diferentes; pero si atendemos al criterio geográfico, cada monumento no tiene sino un emplazamiento concreto»[5].

Cuando ni el criterio geográfico ni el cronológico son aplicables, el alfabético resulta sumamente cómodo. Hay documentos, como los sermones, himnos y canciones profanas medievales, que carecen de referencias concretas de tiempo y lugar. En principio se clasifican por orden alfabético, atendiendo a las primeras palabras de cada uno[6].

El orden sistemático o didáctico no es útil para la elaboración de corpus o recopilaciones. Siempre resulta arbitrario, e implica reiteraciones y confusiones imposibles de evitar. Por otra parte, con añadir a las recopilaciones elaboradas siguiendo el orden cronológico, geográfico o alfabético, unos buenos «índices de materias», basta para que estén en condiciones de prestar idénticos servicios que las recopilaciones sistemáticas. Una de las reglas principales del arte de elaborar corpus y recopilaciones (el gran arte de los corpus, que tan alto grado de perfección alcanzó en la segunda mitad del XIX)[7] es la de incluir en tales recopilaciones varias tablas e índices que faciliten su uso, con independencia del criterio de clasificación aplicado: tablas de *incípit* en las recopilaciones cronológicas allí donde es posible, índices de nombres propios y de fechas en las recopilaciones por *incípit*, etc.

---

5 Ibídem. Al adoptarse el criterio geográfico, surgió el problema de los documentos de procedencia desconocida: muchas inscripciones conservadas en museos llegaron hasta ellos sin que sepamos de dónde. Caso análogo al de los documentos sin fecha en las recopilaciones cronológicas.

6 Los problemas vienen con aquellos cuyo *incipit* se ha perdido (véase la nota anterior). En el siglo XVIII, Séguier dedicó buena parte de su vida a la confección de un catálogo alfabético de *incipit* de las aproximadamente 50.000 inscripciones latinas publicadas hasta entonces; repasó alrededor de 12.000 volúmenes. Este inmenso trabajo ha acabado inédito e inútil. Antes de lanzarse a tan vastas compilaciones, hay que asegurarse de que su planteamiento es racional y de que los esfuerzos dedicados a tan dura e ingrata tarea no serán baldíos.

7 Véase G. Waitz, *Ueber die Herausgabe und Bearbeitung von Regesten*, en *Historische Zeitschrift*, 1878, XL, pp. 280-295.

Los autores de corpus y recopilaciones compendian y clasifican en beneficio de terceros documentos que no tienen para ellos un interés directo (por lo menos, no en su totalidad), y se consagran a esta tarea. Los investigadores, de ordinario, no compendian ni ordenan sino los materiales que necesitan para sus trabajos. De ahí nacen algunas diferencias. Por ejemplo, el orden sistemático, vetado desde el primer momento, que tan poco recomendable resulta para las grandes recopilaciones, a menudo proporciona a quienes trabajan por cuenta propia con vistas a redactar monografías un esquema de clasificación superior a cualquier otro. Pero nunca estará de más que nos fijemos en cómo trabajan los compiladores profesionales, a quienes la experiencia ha mostrado las ventajas de las diferentes rutinas: en el encabezado de cada ficha anotar, si es posible, la fecha, y en cualquier caso una rúbrica[8]; prodigar las referencias cruzadas y los índices; controlar (en fichas ordenadas aparte) cuantas fuentes se utilizan, a fin de no correr el riesgo de repetir por descuido revisiones ya efectuadas, etc. La práctica regular de semejantes hábitos contribuye en alto grado a simplificar los trabajos históricos de carácter científico y les confiere solidez. Disponer de un repertorio de fichas bien ordenado, aunque imperfecto, le sirvió a B. Hauréau para ejercer durante toda su vida, en la especialidad tan particular que cultivaba, un magisterio indiscutible[9].

---

8 A falta de un orden sistemático previo, y cuando el cronológico no es aplicable, interesa a veces clasificar las fichas (es decir, los documentos) provisionalmente por el orden alfabético de los términos adoptados como rúbricas *(schlagworter).* Es el que se conoce como «método del diccionario».

9 Véase Langlois, *Manuel de bibliographie historique*, I, p. 88.

5.
LA CRÍTICA ERUDITA Y LOS ERUDITOS

En su conjunto, las tareas descritas en los capítulos anteriores (reconstrucción de los textos, análisis de su procedencia, recopilación y clasificación de los documentos ya verificados) constituyen el amplio campo del análisis externo o erudito[1].

En su conjunto, el análisis erudito no inspira sino indiferencia a muchos, personas superficiales que prestan oído a tópicos. En el extremo contrario, algunos de sus cultivadores están dispuestos a elevarlo a los altares. Pero entre el ditirambo y el desdén existe un término medio.

A decir verdad, la poco razonable actitud de quienes menosprecian la minuciosidad del análisis externo y no lo toman en serio, apenas merece que nos molestemos en combatirla. Hay un solo y definitivo argumento a favor de la respetabilidad y utilidad del oscuro trabajo de los eruditos, y es que resulta indispensable. Sin erudición no hay historia. Como decía San Jerónimo: «Non sunt contemnenda quasi parva sine quibus magna constare non possunt»[2].

---

1 Utilizamos aquí «análisis erudito» como sinónimo de «análisis externo». En el lenguaje corriente, llamamos eruditos no sólo a los especialistas en análisis externo, sino también a los historiadores que acostumbran a redactar monografías sobre temas técnicos, dirigidos a una audiencia restringida y de relativo interés para un público más amplio.

2 Fácil de desarrollar, este argumento ha sido expuesto en numerosas ocasiones; la más reciente, por M. J. Bédier, en la *Revue des Deux Mondes*, 15 febrero 1894, pp. 932 y ss. Algunos admiten de buena gana que las tareas eruditas son útiles, pero se preguntan incómodos si «la recensión de un texto» o «el desciframiento de un pergamino gótico» son «el supremo logro del espíritu humano», y si las facultades intelectuales que demanda el ejercicio del análisis externo merecen o no «el alboroto formado en

Llevados de su orgullo profesional, los eruditos no se han contentado con presentar su trabajo como necesario, sino que han ido más allá y exagerado su contribución e importancia. Se ha dicho que la fiabilidad de los métodos del análisis erudito ha elevado la historia a la categoría de ciencia, «una ciencia exacta»; que el análisis de procedencia «ahonda como ningún otro recurso en el conocimiento de épocas pasadas»; que la práctica del análisis textual afina e incluso otorga «la capacidad de comprender la historia». En el fondo subyace la idea de que el análisis histórico se reduce al análisis erudito, y de que la depuración, ordenación y clasificación de los documentos lo es todo. Este espejismo, bastante común entre los especialistas, es demasiado burdo como para que merezca la pena rebatirlo expresamente: en efecto, es el análisis intelectual de interpretación, de sinceridad y de exactitud el que «profundiza más que ninguna otra herramienta en el conocimiento de épocas pasadas», y no el análisis externo[3]. El afortunado historiador que encontrara ya correctamente editados, analizada su procedencia y clasificados cuantos documentos necesitara para hacer su trabajo, no estaría en inferioridad de condiciones para desarrollarlo respecto a otro que antes se hubiese visto obligado a llevar a cabo personalmente los análisis previos. Dígase lo que se quiera, cabe la plena inteligencia histórica sin haber respirado jamás, en sentido literal ni figurado, el polvo de los archivos, es decir, sin haber descubierto ni analizado los documentos personalmente. La cita de Renan –«No creo que se pueda alcanzar una noción clara de la historia, de sus límites, ni de las garantías que demanda cada etapa de una investigación, si no se ha adquirido el hábito de *manejar* los documentos origina-

torno a quienes las poseen». El testimonio de una polémica sobre el particular, evidentemente desprovista de importancia, entre M. Brunetière, que recomendaba a los eruditos modestia, y M. Boucherie, que hacía hincapié en los motivos de éstos para sentirse orgullosos, pueden verse en la *Revue des Langues Romanes*, 1880, t. I y II.

3 Hay individuos, cuya labor crítica ha sido de excelente calidad, que no han pasado del análisis externo al plano crítico superior ni, en consecuencia, a la comprensión de la historia.

les»[4]– no debe entenderse en sentido estricto, al pie de la letra: debemos interpretarla simplemente como referida al hábito de acudir directamente a las fuentes y de escribir sobre temas concretos[5]. Llegará indudablemente un día en el que todos los documentos relativos a la historia de la Antigüedad clásica habrán sido estudiados y publicados, y en lo que a ella se refiere no habrá ya ocasión de practicar el análisis, ni de los textos (reconstrucción) ni de sus fuentes (procedencia). Es evidente que no por ello estaremos en peor situación para estudiarla, ni en detalle ni en su conjunto. Pongamos punto final: el análisis externo tiene carácter preparatorio; es un medio, no un fin. No es sino una necesidad transitoria, y lo ideal sería que hubiese progresado tanto que pudiésemos prescindir de él.

No sólo no es en teoría obligatorio que quienes se proponen realizar investigaciones históricas preparen por sí mismos los materiales con que han de trabajar, sino que cabe preguntarse, y nosotros lo hemos hecho a menudo, si constituiría una ventaja[6]. ¿No sería preferible que hubiera especialidades entre los historiadores? A unos –los eruditos– se les asignarían las absorbentes tareas del análisis externo o crítica erudita; exonerados del peso de tales tareas, los demás dispondrían de mayor libertad para entregarse a las tareas superiores de síntesis y estructuración. Tal era la opinión de Mark Pattison, quien afirmaba: «History cannot be written from manuscripts», con lo que quería decir que «es imposible escribir historia conforme a documentos que uno mismo ha debido preparar para su uso».

Antiguamente las profesiones de «erudito» e «historiador» estaban diferenciadas con claridad. Ajenos a la labor de los eruditos, los «historiadores» escribían una literatura hueca y

4 E. Renan, *Essais de morale et de critique*, p. 36.

5 «Aunque sólo fuese por disciplina espiritual, dedicaría poca atención al filósofo que no hubiese trabajado, al menos una vez en su vida, en el esclarecimiento de determinada cuestión concreta...». (*L'avenir de la science*, p. 136).

6 Acerca de la cuestión de si es necesario que cada cual realice «all the preliminary grubbing for himself» [todas las búsquedas preliminares personalmente], J. M. Robertson, *Buckle and his critics*, Londres, 1895, p. 299.

pomposa que por entonces era aceptada como «la historia». Por su parte, los eruditos ponían los cimientos de la historia merced a sus investigaciones críticas, pero no se preocupaban de hacerla: satisfechos con reunir, depurar y ordenar los documentos, carecían de interés por la historia y no comprendían el pasado mejor que la mayoría de sus contemporáneos. Los eruditos se comportaban como si la erudición fuese un fin en sí misma, y los historiadores como si la realidad pretérita pudiera ser reconstruida a fuerza de especulaciones y cábalas sobre documentos de dudosa confianza por todos conocidos. Tan radical divorcio entre la erudición y la historia era ciertamente nefasto, y hoy se nos antoja casi incomprensible. Quienes ahora defienden la especialización en historia no reclaman, huelga decirlo, nada parecido. Una estrecha relación entre el mundo de los eruditos y el de los historiadores es absolutamente necesaria, puesto que el trabajo de los primeros no tiene razón de ser si no resulta útil para los segundos. Lo que queremos decir es que no necesariamente determinados análisis y la totalidad de los trabajos de síntesis resultarán mejor si los lleva a cabo una única persona; que si bien se puede ser erudito e historiador al mismo tiempo, nada hay que impida separar una función de la otra; y que tal vez esta separación sea en principio deseable, del mismo modo que en la práctica resulta obligada.

Veamos qué sucede en la práctica. Sea cual sea la época histórica que nos propongamos estudiar, caben únicamente tres supuestos: las fuentes han sido ya depuradas y clasificadas; la preparación previa de las fuentes no se ha realizado o se ha realizado únicamente en parte, pero no ofrece mayores dificultades; las fuentes que se han de emplear son bastante problemáticas y resulta obligado un trabajo previo de clarificación. Dicho sea de paso, la importancia intrínseca de los asuntos y el volumen de las tareas previas necesarias para estudiarlos no guardan forzosamente relación entre sí: temas del mayor interés –los orígenes y periodos tempranos del cristianismo, por ejemplo– no han podido ser abordados con garantías sino tras

investigaciones que han ocupado a generaciones de eruditos; pero el análisis material de las fuentes históricas de la Revolución, otro asunto de primera magnitud, ha requerido un esfuerzo mucho menor. Problemas relativamente insignificantes de historia medieval no se podrán resolver sino cuando se hayan completado ingentes análisis externos.

En los dos primeros supuestos, la cuestión de la oportunidad de una división del trabajo no se plantea. Pero vayamos al tercero. Un investigador solvente constata que los documentos necesarios para abordar determinado tema se hallan en pésimas condiciones: andan dispersos, en mal estado, y resultan poco fiables. A partir de ahí, debe elegir: o bien abandona el tema, puesto que no le seduce la perspectiva de realizar personalmente unas tareas previas que reconoce son necesarias, pero prevé le absorberán por completo; o bien se decide a emprender los análisis preparatorios, sin ocultarse a sí mismo que probablemente no le dará tiempo a utilizar los materiales ya verificados, y que por consiguiente va a trabajar para la posteridad, para terceros. En parte a su pesar, nuestro hombre se convierte en erudito con dedicación exclusiva si opta por esta segunda posibilidad. Cierto que nada impide a priori que quienes efectúan vastas recopilaciones de textos y publican ediciones críticas utilicen sus propias compilaciones y ediciones para escribir historia; y en la práctica vemos que muchos reparten su tiempo entre las obligadas tareas previas de análisis externo y las más gratas de la síntesis histórica: bastará con recordar los nombres de Waitz, Mommsen y Hauréau. Pero semejantes concomitancias son muy raras, por varias razones. La primera de ellas, que la vida es corta: hay catálogos, ediciones, recopilaciones de un volumen tal, que prepararlos supone una carga de trabajo capaz de absorber por completo al investigador más entregado. La segunda es que las tareas eruditas no carecen de encanto para muchos; la inmensa mayoría, a la larga, encuentra en ellas un atractivo especial. Con lo que no pocos que, a decir verdad, hubieran podido abordar otros trabajos, acaban por dedicarse a ellas en exclusiva.

¿Es algo positivo en sí que un investigador se circunscriba, voluntariamente o no, a las tareas de erudición? Sí, sin duda. Los efectos de la división del trabajo son los mismos y resultan tan beneficiosos para el estudio de la historia como para la industria: mayor producción, de superior calidad y mejor organizada. Los analistas experimentados, habituados a la reconstrucción de textos, los restituyen con facilidad y acierto incomparables; quienes se dedican en exclusiva al análisis de procedencia intuyen lo que otros menos duchos en esta difícil especialidad no son capaces de apreciar; quienes durante toda su vida han elaborado recopilaciones o confeccionado inventarios, los elaboran y confeccionan mejor y con mayor facilidad y rapidez que cualquier recién llegado. Así, no solamente carece de interés la pretensión de que todo historiador sea al mismo tiempo un erudito y ejerza como tal; sino que entre los propios eruditos, dedicados a tareas de análisis externo, se perfilan especialidades. A la hora de levantar un edificio, no todos los trabajadores desempeñan las mismas funciones, y poco importa que el arquitecto sea también albañil. Aunque hasta hoy pocos eruditos tienen una especialización concreta y los más, por variar, realizan motu proprio diferentes tareas, es fácil diferenciar a los que trabajan con catálogos descriptivos e índices (archiveros, bibliotecarios, etc.) de los más específicamente «analistas» (dedicados a restaurar, depurar y editar documentos), y de quienes se centran en la preparación de recopilaciones. «Desde el momento en que asumimos que la erudición vale lo que sus resultados, no cabe ya posponer la división del trabajo científico»[7], y el progreso de las ciencias históricas corre paralelo a la creciente especialización de quienes se dedican a ellas. Tan sólo si las exigencias de los destinatarios fuesen limitadas, una misma persona podría asumir una tras otra las distintas tareas; pero hoy se demanda a quienes analizan documentos una atención minuciosa y una perfección definitiva, que exigen una capacitación absolutamente profesional.

7 E. Renan, *L'avenir de la science*, p. 230.

Las ciencias históricas han llegado a un punto de su evolución en el que, trazadas las líneas maestras y efectuados los hallazgos capitales, no queda sino precisar los detalles; tenemos la sensación de que el conocimiento del pasado no puede avanzar sino en virtud de amplias investigaciones y profundos análisis, que únicamente se encuentran al alcance de los especialistas.

Pero nada justifica mejor la división de quienes se dedican a la historia en «eruditos» e «historiadores» (y la de los eruditos conforme a los diferentes tipos de análisis) que la inclinación de determinadas personas hacia determinadas tareas. A nuestro modo de ver, una de las principales razones de ser de la enseñanza superior de las ciencias históricas es precisamente que el paso por la Universidad permite a los profesores (a quienes se supone personas con experiencia) apreciar en los estudiantes una incipiente vocación erudita, o bien la falta de cualidades para semejante tarea[8]. *Criticus non fit, sed nascitur.* A quien no ha nacido con ciertas disposiciones naturales, la carrera de la erudición técnica no le reserva sino sinsabores: el mayor servicio que puede prestárseles a los jóvenes que dudan si abrazarla o no, es ponerles sobre aviso. Quienes se dedican hoy a las tareas preparatorias optaron por ellas frente a las demás porque les atrajeron o porque se avinieron a asumirlas tras aceptar su necesidad. Desde una perspectiva moral, los primeros tienen menos mérito que los segundos; no obstante, casi todos han obtenido excelentes resultados, porque han trabajado no por obligación, sino con agrado y sin frustraciones. Importa pues, en beneficio propio y de todos, que cada cual decida con conocimiento de causa qué especialidad le conviene más.

Examinemos las disposiciones naturales que inclinan a las tareas de análisis externo, y las carencias que las desaconsejan

8 El profesor universitario se encuentra muy bien situado para descubrir y estimular vocaciones, pero «el objetivo (la capacidad crítica) sólo puede ser alcanzado mediante el esfuerzo individual; la parte que le corresponde al maestro en esta tarea es reducida...», como muy bien ha observado G. Waitz en un discurso académico (*Revue Critique*, 1874, II, p. 232).

por completo. A continuación nos referiremos a los achaques a que da lugar el ejercicio mecánico de la erudición.

I. La condición primordial para llevar a buen término trabajos de erudición es hacerlos con gusto. Quienes están dotados de cualidades excepcionales como poetas y pensadores, en una palabra, como creadores, se avienen mal a las minucias técnicas del análisis preparatorio: si son personas inteligentes evitan menospreciarlas; al contrario, las respetan, pero rara vez se dedican a ellas por temor a cortar, como se dice, piedras con una hoja de afeitar. Escribía Leibnitz a Basnage –quien le había sugerido la preparación de un inmenso corpus de documentos, tanto conocidos como inéditos, relativos a la historia del derecho de gentes– lo siguiente: «No sirvo para hacer de transcriptor [...] ¿No cree que me da un consejo similar al de una persona que tratara de casar a un amigo suyo con una mujer de mal carácter? Pues empujar a un hombre a una tarea que le ocupará la vida entera equivale a casarlo»[9]. Y Renan, hablando de la «inmensa tarea» preliminar «que ha posibilitado las investigaciones de la crítica superior» y los trabajos de interpretación histórica, afirma: «Quien con mayores aspiraciones intelectuales [que quienes llevaron a cabo semejante tarea] realizase hoy un acto de abnegación semejante, sería un héroe»[10]. Renan dirigió la edición del *Corpus inscriptionum semiticarum*, y Leibnitz fue el editor de los *Scriptores rerum Brunsvicensium;* pero ni Leibnitz, ni Renan, ni otros como ellos hicieron, por fortuna, el gesto heroico de sacrificar su extraordinario talento a la mera erudición.

Dejando aparte talentos excepcionales (y los infinitos que sin serlo se tienen por tales), a casi todo el mundo, ya lo hemos dicho, acaba por agradarle la minuciosidad del análisis preparatorio. La práctica de este tipo de análisis satisface y estimula aficiones muy extendidas: el coleccionismo, la resolución de

9 Citado por Fr. X. von Wegele, *Geschichte der deutschen Historiographie*, Munich, 1885, p. 653.

10 E. Renan, *op. cit.*, p. 125.

jeroglíficos. Coleccionar es algo que tanto gusta a los niños como a los mayores, con independencia de si lo coleccionado son sellos o variantes textuales. Resolver jeroglíficos, desentrañar pequeños problemas sumamente concretos, son tareas que atraen a muchas personas inteligentes. Todo hallazgo produce alegría, y el campo de la erudición reserva un número infinito de ellos –tanto a flor de tierra como enterrados a considerable profundidad–, no sólo a quienes rehúyen la dificultad, sino también a quienes gustan de ella. Todos los eruditos famosos fueron personas con notables aptitudes para el coleccionismo y la solución de jeroglíficos, y muchos fueron conscientes de ello: «Cuanto mayores dificultades encontrábamos en el camino que debíamos seguir, más nos atraía la tarea. Este tipo de trabajo al que llamamos Bibliografía [el análisis de procedencia, en particular desde el punto de vista de la seudo epigrafía] no busca el aplauso del público [...] pero encierra un enorme atractivo para quien se consagra a él. Sin duda es una disciplina humilde, pero ¿qué otra recompensa el esfuerzo realizado permitiendo exclamar "¡lo encontré!" tan a menudo?», pregunta Hauréau[11]. Julien Havet, «siendo ya una celebridad entre los expertos europeos», se distraía «con trivialidades aparentemente frívolas, como resolver crucigramas y jeroglíficos»[12]. Inclinaciones profundas y muy positivas, prescindiendo de los extremos pueriles o ridículos a que pueden llegar algunos individuos. En último término, son la expresión más rudimentaria del espíritu científico. Quienes carecen de tales inclinaciones no tienen nada que hacer en el terreno de la erudición. Pero siempre abundarán los aspirantes a eruditos: interpretar, sistematizar y redactar son tareas que requieren cualidades singulares; con lo que cuantos, llegados por azar a los estudios

---

11 B. Hauréau, *Notices et extraits de quelques manuscrits latins de la Bibliothèque Nationale*, I, París, 1890, p. v.

12 *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 1896, p. 88. Compárense rasgos análogos en la interesante semblanza intelectual del helenista, paleógrafo y bibliógrafo Charles Graux escrita por E. Lavisse: *Questions d'enseignement national*, París, 1885, pp. 265 y ss.

históricos y deseosos de hacer un buen papel, carezcan de penetración psicológica y de facilidad para escribir, se dejarán siempre seducir por la simple y tranquila rutina de las tareas preliminares.

Sin embargo, ejercitarla con gusto no es ninguna garantía de éxito en erudición. Se necesitan cualidades «que la voluntad no puede suplir». ¿Qué cualidades? Quienes se han planteado esta pregunta han respondido con vaguedad: «Cualidades de carácter, antes que intelectuales: paciencia, buena disposición...». ¿No podríamos precisar algo más?

La experiencia nos enseña que determinados estudiantes que no sienten hacia los trabajos de análisis externo repugnancia alguna a priori, o que incluso se inclinan a ellos, resultan ser unos perfectos ineptos. La cuestión no tendría mayor importancia si se tratara de personas poco inteligentes o que jamás hubiesen cursado estudios técnicos, pues su incapacidad estaría en consonancia con sus limitaciones. Pero se trata de jóvenes instruidos e inteligentes, más inteligentes en ocasiones que otros que sí destacan. Son aquellos de quienes oímos decir: «Trabaja mal, le falta concentración». Sus catálogos, sus ediciones, sus recopilaciones, sus monografías, están plagados de errores y no inspiran confianza alguna; por más que lo intentan, jamás consiguen llevar a cabo un trabajo perfecto, ni siquiera de una decorosa corrección. Padecen «el mal de la inexactitud» de que el historiador inglés Froude es un prototipo célebre, verdaderamente característico. J. A. Froude era un excelente escritor, pero incurría en continuos errores; se dijo de él que era *constitutionally inaccurate* [inexacto por naturaleza]. Un ejemplo: visitó la ciudad de Adelaida, en Australia: «En la llanura que se extendía a mis pies contemplé una ciudad de 150.000 habitantes cruzada por un río: ninguno de ellos ha albergado ni albergará jamás la menor inquietud acerca de la regularidad de sus tres comidas diarias»; dejando aparte que se levanta en una meseta y no la cruza río alguno, cuando Froude pasó por Adelaida la ciudad padecía una hambruna y su población no pasaba de 75.000 almas. Y como éste,

otros muchos[13]. Froude no tenía inconveniente en reconocer la utilidad de la crítica, y se contó entre los pioneros que introdujeron en Inglaterra el estudio de la historia a partir de los documentos originales, tanto inéditos como publicados; pero su temperamento le hacía incapaz de repasar sus escritos: al contrario, ponerles él la mano encima y echarlos a perder era todo uno. Como el daltonismo –enfermedad de la vista que impide distinguir si la luz de la señal está en rojo o en verde– incapacita a quienes lo padecen para trabajar en los ferrocarriles, el mal de la inexactitud, o mal de Froude, no muy difícil de diagnosticar, debe ser considerado incompatible con el ejercicio de la profesión de erudito.

No parece que los psicólogos hayan estudiado nunca el mal de Froude; probablemente no se trata de una dolencia específica. Todo el mundo comete errores, por precipitación o por descuido. Lo que no es normal es cometer muchos a todas horas, pese a los constantes esfuerzos del interesado por ser exacto. Es probable que el fenómeno esté asociado a la falta de atención y a una imaginación espontánea (o subconsciente) demasiado viva, que individuos de voluntad inestable y poco vigorosa no controlan lo bastante. La imaginación espontánea arruina el trabajo intelectual: rellena mediante conjeturas las lagunas de la memoria, agiganta o minimiza acontecimientos reales, los mezcla con otros imaginarios, etc. La mayor parte de los niños lo confunden todo de esta manera: se rigen por aproximaciones globales y les cuesta ser exactos y detallados, es decir, controlar su imaginación. En este sentido, muchos hombres jamás dejan de ser niños.

Prescindiendo de las raíces psicológicas del mal de Froude, la persona más sana y equilibrada corre el riesgo de echar a perder los trabajos eruditos más sencillos si no les dedica el tiempo necesario. En este terreno, la precipitación es una fuente de errores sin cuento. Tienen razón quienes sostienen que la

---

13 Véase H. A. L. Fisher, en la *Fortnightly Review,* diciembre de 1894, p. 815.

paciencia es la cualidad fundamental del erudito. No trabajar demasiado aprisa, proceder como si la parsimonia pudiera ser beneficiosa, abstenerse antes que enredarse, son normas fáciles de enunciar; pero acomodarse a ellas requiere un temperamento sosegado. Las personas nerviosas, inquietas, siempre con prisas por acabar y pasar a otra tarea distinta, deseosas de brillar y causar sensación, pueden encontrar otras profesiones en las que trabajar dignamente; en la erudición están condenadas a publicar sucesivos trabajos de circunstancias, en ocasiones más dañinos que útiles, y que antes o después han de acarrearles complicaciones. El genuino erudito es flemático, reservado, circunspecto; inmerso en el torrente de la vida contemporánea que fluye a su alrededor, jamás se apresura. ¿Por qué habría de hacerlo? Para él, lo importante es que su trabajo sea sólido, definitivo, inamovible. Más vale «limar durante semanas una pequeña obra maestra de veinte páginas» para convencer a dos o tres historiadores en Europa de la falsedad de cierta carta, o invertir diez años en fijar el mejor texto posible de un documento corrompido, que dar a la imprenta en el mismo espacio de tiempo volúmenes mediocres de *inedita* que los eruditos del futuro tendrán que rehacer de principio a fin.

Con independencia de la especialidad que elija, el erudito debe ser una persona prudente y con gran capacidad de atención y fuerza de voluntad; a las que habrá de sumar un temperamento algo especulativo, un carácter desinteresado y una limitada inclinación a la vida activa, puesto que debe ser consciente de que trabaja con vistas a objetivos a largo plazo e inciertos, las más de las veces en beneficio de terceros. Por cuanto se refiere a la crítica textual y de fuentes, el instinto para dar con la solución de los problemas –es decir, un espíritu ágil, ingenioso, fecundo en hipótesis, rápido para captar las relaciones e incluso «adivinarlas»– resulta además sumamente útil. Para las tareas descriptivas y de compilación (inventarios, catálogos, corpus, recopilaciones) el instinto del coleccionista, una excepcional capacidad de trabajo, dotes de orden, capacidad de trabajo y perseverancia, son absolutamente indispensables[14].

Tales son las cualidades requeridas. La práctica del análisis externo resulta tan penosa para quienes carecen de ellas –y en consecuencia, los resultados obtenidos guardan tan poca relación con el tiempo empleado– que cuanta atención se dedique, antes de «profesar como erudito», al examen de las propias aptitudes será poca. Es lamentable el destino de quienes, faltos de un prudente consejo en el momento adecuado, equivocaron su camino y malgastan sus fuerzas en el campo de la erudición; en especial el de aquellos que piensan, con razón, que habrían podido dedicarse a otra cosa con mayor provecho[15].

II. Como las tareas eruditas vienen como anillo al dedo al carácter de muchos alemanes, el desarrollo de la erudición ha sido considerable en aquel país durante el siglo XIX, y es allí donde más dejan de ver las deformaciones que la práctica habitual del análisis externo acarrea a la larga a los especialistas. No hay año en que no se oigan quejas en las universidades alemanas o en su entorno a propósito de las excentricidades profesionales de los eruditos. En 1890, M. Philippi, rector de la universidad de Giessen, deploraba con energía el abismo que, según él, se ahonda entre el análisis preparatorio y la cul-

14 La mayor parte de los eruditos vocacionales poseen a un tiempo la aptitud para resolver problemas y la afición por el coleccionismo. Resulta fácil por tanto separarlos en dos categorías, según se inclinen hacia las tareas propias del análisis de restitución y procedencia, o hacia las de recopilación, más absorbentes y de menor exigencia intelectual. J. Havet, considerado como un maestro en el estudio de los problemas de la erudición, se negó siempre a emprender una recopilación general de los diplomas merovingios que sus admiradores esperaban de él; sobre este particular, manifestó espontáneamente «su poca inclinación hacia trabajos dilatados» (*Bibliothèque de l'École des Chartes*, 1896, p. 222).

15 Es un lugar común, por el contrario, que los ejercicios de erudición (de análisis externo) tienen, sobre el resto de tareas relacionadas con la historia, la ventaja de que están al alcance de los mediocres, y que las inteligencias más limitadas, con tal que hayan sido convenientemente educadas, pueden dedicarse a ellos. Cierto que cabe recurrir a espíritus sin altura de miras ni vigor para los trabajos eruditos; pero con todo es necesario que posean cualidades especiales. El error es creer que con buena voluntad y una formación ad hoc, todo el mundo sin excepción es apto para tareas de análisis externo. Entre quienes no son aptos, al igual que entre quienes sí lo son, hay hombres inteligentes y nulidades.

tura en términos generales: la crítica textual se pierde en detalles insignificantes; se coteja por el placer de cotejar; documentos sin valor se restauran con precauciones infinitas. Todo lo cual pone de manifiesto que «los propios materiales de estudio, y no lo que se hace con ellos, han pasado a ser lo más importante». El rector de Giessen cree que el estilo prolijo de los eruditos alemanes y la virulencia de sus polémicas son «consecuencia de la obsesión por las minucias» a que se han entregado[16]. El mismo año, J. von Pflugk-Harttung formulaba parecidas observaciones en la universidad de Basilea: «Lo más importante de la ciencia histórica –afirma en sus *Geschichtsbetrachtungen*–[17], se menosprecia: sólo se toma en cuenta la corrección absoluta de detalles sin importancia, apuntes minúsculos. El análisis textual y de fuentes se ha convertido en una especie de deporte: la menor infracción de las reglas del juego se considera imperdonable, en tanto basta atenerse a ellas para obtener el beneplácito de los expertos, con independencia del valor intrínseco de los resultados obtenidos. Animosidad y malos modos entre la mayor parte de los eruditos; vanidad ridícula de eruditos que confunden con montañas las toperas levantadas por ellos mismos. Recuerdan a aquel burgués de Francfort que exclamaba complacido: «Cuanto ves a tiro de flecha pertenece a Francfort»[18].

Por lo que a nosotros respecta, distinguimos tres males profesionales a los que están expuestos los eruditos: la impotencia, la hipercrítica y el diletantismo.

La impotencia. El hábito del análisis crítico ejerce sobre determinadas inteligencias una acción destructiva e inhibidora. Personas de carácter tímido ven que por más que se apliquen a la crítica, catalogación y publicación de documentos, se les pasan por alto con facilidad errores de poca monta, respecto de

16 A. Philippi, *Einige Bemerkungen über den philologischen Unterricht*, Giessen, 1890, in-4. Véase la *Revue Critique*, 1892, I, p. 25.

17 J. von Pflugk-Harttung, *Geschichtsbetrachtungen*, Gotha, 1890.

18 J. von Pflugk-Harttung, *op. cit.*, p. 21.

los cuales su formación crítica les ha inculcado la aversión, el terror. Advertir tales deficiencias en un trabajo propio cuando es ya demasiado tarde para corregirlas, supone para ellos un agudo sufrimiento. Acaban sumidos en un estado enfermizo de angustiosa meticulosidad que les impide trabajar por miedo a las probables equivocaciones. El *examen rigorosum* a que se someten de continuo los paraliza. Lo aplican asimismo a las obras de otros, y llegan a no prestar atención en los libros de historia más que a la parte justificativa y las notas –el «aparato crítico»– y, dentro del aparato crítico, a las faltas, a aquello que habría que enmendar.

La hipercrítica. La hipertrofia crítica desemboca, al igual que la ignorancia más crasa, en el desdén. Consiste en una aplicación improcedente del análisis. La hipercrítica es a la crítica lo que la cursilería a la elegancia. Hay quienes descubren gazapos por todas partes, incluso donde no los hay. Hilan tan fino a propósito de textos claros que llegan a convertirlos en dudosos, so pretexto de depurarlos de imaginarias alteraciones. Encuentran indicios de adulteración en documentos auténticos. ¡Singular estado de espíritu, acabar sospechando de todo a fuerza de precaverse contra la credulidad![19]. Conviene hacer notar que el riesgo de hipercrítica aumenta conforme progresa la crítica textual y de fuentes. En efecto, cuando el análisis de todas las fuentes históricas haya sido correctamente realizado (hablamos de una eventualidad no lejana para determinados periodos de la historia antigua) el buen sentido aconsejará detenerse. Pero habrá quien no se resigne: se hilará más fino, como se hila ya más fino a propósito de textos archiverificados, y quienes lo hagan caerán fatalmente en la hipercrítica. «Lo propio de los estudios históricos y de sus auxiliares, las ciencias filológicas –afirma E. Renan– es emprender su propio derribo apenas alcanzada una perfección relativa»[20]. El motivo es la hipercrítica.

19 Véase más arriba, p. 122.

20 E. Renan, *L'avenir de la science*, p. XIV.

El diletantismo. Los eruditos vocacionales tienden a considerar el análisis externo de los documentos como un juego de habilidad, difícil pero interesante por la propia complejidad de sus reglas (como el ajedrez). De ahí que la razón última de su trabajo, digámoslo, la historia, les deje indiferentes. Critican por criticar, y a sus ojos la elegancia del análisis importa mucho más que sus resultados, sean los que sean. Tales virtuosos no se preocupan por vincular sus trabajos a una idea general (analizar, por ejemplo, sistemáticamente todos los documentos referidos a un tema, para desbrozarlo); con tal que se encuentren gravemente corrompidos, les resulta indiferente estudiar textos relativos a temas dispares. Provistos de su instrumental analítico, acuden a cualquier terreno histórico, dondequiera que un enigma embarazoso reclama su ministerio; resuelto este enigma o, al menos debatido, acuden a otro, en otra parte. Dejan tras ellos no una obra coherente, sino un conjunto heterogéneo de trabajos sobre todo tipo de problemas que, como dijo Carlyle, parece la trastienda de un anticuario, un archipiélago formado por islotes.

Los diletantes defienden su postura con argumentos bastante plausibles. En primer lugar, afirman, todo es importante; en historia, no hay documento sin valor: «No hay trabajo científico estéril ni verdad inútil para la ciencia; [...] no hay asunto pequeño en historia»; por consiguiente, «lo que confiere valor a un trabajo no es la naturaleza de su asunto, sino el método aplicado»[21]. Lo que cuenta, en historia, no es «el conocimiento que se aporta, sino la gimnasia mental, el hábito intelectual, en una palabra, el espíritu científico». Incluso admitiendo que exista una jerarquía de importancia en los datos históricos, nadie tiene derecho a declarar a priori que un documento es «inútil». ¿Cuál es el *criterium* de utilidad en estas materias? ¡Cuántos textos fueron largo tiempo menospreciados, hasta que un cambio de enfoque o nuevos descubrimientos les dieron importancia! «Toda exclusión es temeraria: no hay investi-

21 *Revue Historique*, 1897, LXIII, p. 320.

gación que de antemano pueda ser declarada estéril. Lo que no tiene valor por sí mismo puede tenerlo como instrumento necesario». Tal vez llegue el día en que, constituida la ciencia, documentos y sucesos intrascendentes puedan ser desechados; pero aún no somos capaces de distinguir lo superfluo de lo necesario, y la línea divisoria será siempre, según todos los indicios, difícil de trazar. Esto justifica los trabajos más especializados, y en apariencia más gratuitos. En el peor de los casos, ¿qué importa si el trabajo no sirve? «Es ley de la ciencia, como de todas las actividades humanas», como de la naturaleza en general, «esbozar mucho y derrochar otro tanto».

No nos detendremos a rebatir estas consideraciones, si es que se las puede llamar así. Sobre todo cuando Renan, que repasó los pros y los contras de esta cuestión con imparcialidad, cerró definitivamente el debate en estos términos: «Podemos afirmar que hay investigaciones inútiles, en el sentido de que absorben un tiempo que sería preferible dedicar a asuntos más serios [...] Aunque no es necesario que el trabajador conozca todos los detalles de la tarea que realiza, sería no obstante deseable que los especialistas tuviesen una idea del conjunto, que es lo único que concede valor a sus investigaciones. Si muchos de los concienzudos investigadores a quienes la ciencia moderna debe sus avances hubiesen tenido una visión global de su trabajo, ¡qué tiempo precioso se habría ahorrado! [...] La inmensa cantidad de energía que se desperdicia por falta de dirección y de una conciencia clara del objetivo perseguido es absolutamente lamentable»[22].

El diletantismo es incompatible con una cierta altura de miras y un determinado grado de «perfección moral», pero no con la competencia técnica. Entre los más reputados eruditos los hay que son simples «mecánicos» que jamás se han parado a reflexionar sobre los objetivos de su profesión. Sin embargo,

22 E. Renan, *op. cit.*, pp. 122 y 243. Idéntico pensamiento ha sido expresado más de una vez en otros tiempos por E. Lavisse en sus alocuciones a los estudiantes de París (*Questions d'enseignement national*)

sería un error suponer por ello que el diletantismo no es peligroso para la propia ciencia. Los eruditos diletantes, que trabajan conforme al capricho de su fantasía y de su «curiosidad», movidos más por la dificultad de los problemas que por su importancia intrínseca, no proporcionan a los historiadores (cuya misión es sintetizarlos y servirse de ellos con vistas a los más elevados objetivos de la historia) los materiales que necesitan, sino otros. La actividad de los especialistas en análisis externo sería más fecunda si se aplicara exclusivamente a las cuestiones cuya solución importa, si estuviese controlada y dirigida desde arriba.

La idea de evitar los peligros del diletantismo mediante una organización «racional» del trabajo es antigua. Hace cincuenta años, el «control», la «concentración de energías» dispersas, era ya un tema recurrente; se soñaba entonces con «vastos talleres» organizados conforme al modelo de los de la gran industria moderna, donde los trabajos eruditos preparatorios serían ejecutados a gran escala, conforme al más alto interés de la ciencia. Efectivamente, en casi todos los países los gobiernos (por medio de comités y comisiones de historia), las academias y las sociedades científicas trabajan hoy como lo hicieran las órdenes monásticas bajo el antiguo régimen, y tratan de organizar a los eruditos profesionales, con vistas a coordinar sus esfuerzos en el seno de grandes proyectos colectivos. Pero la formación de brigadas de especialistas en crítica externa, al servicio y bajo la supervisión de personas competentes, tropieza con graves dificultades prácticas. El problema de la «organización del trabajo científico» está aún sin resolver[23].

23 Charles Langlois se propone exponer en otro momento con detalle lo hecho durante los últimos trescientos años, y en particular durante el siglo XIX, para organizar los trabajos históricos en los principales países del mundo. Algunas informaciones han sido reunidas ya sobre el particular por J. Franklin Jameson, «The expenditures of foreign governments in behalf of history», en el *Annual report of the American historical association for 1891*, pp. 38-61.

III. Ya hemos visto cómo a menudo se les ha reprochado a los eruditos –en particular, por personas cuyos trabajos han sido objeto de un juicio severo– su engreimiento y su excesiva aspereza a la hora de enjuiciar los trabajos de sus colegas, consecuencia de su mezquina «obsesión por las minucias». En realidad hay eruditos corteses y de buen carácter: es una cuestión de temperamento, y la «obsesión» profesional por las «minucias» no basta para alterar, en este sentido, las disposiciones naturales. «El bueno de Du Cange», como decían los benedictinos, era modesto hasta el exceso: «No se necesitan –decía, refiriéndose a sus trabajos– más que ojos y manos para hacer otro tanto y más». Por principio, jamás hablaba mal de nadie: «Si estudio es por el placer de estudiar, no para fastidiarme yo ni para fastidiar a los demás»[24]. Es cierto, no obstante, que la mayor parte de los eruditos se señalan en público unos a otros sus menores lapsus sin miramientos, a veces en tono despectivo y áspero, y demuestran un celo adusto. Pero acritud y desabrimiento aparte, no se equivocan al actuar de este modo. Si acostumbran a denunciar los atentados contra el método lo hacen porque tienen, como los «sabios» propiamente dichos, físicos, químicos, etc., una aguda conciencia de la verdad científica. Por ello llegan a vetar la entrada en su gremio a los mediocres y a los embaucadores que no hace mucho abundaban en él.

Entre los jóvenes que han optado por los estudios históricos no faltan quienes, groseramente ávidos de éxitos materiales, y movidos por un espíritu más comercial que científico, se dicen *in petto:* «Si hemos de hacerla conforme a las reglas del método, la historia nos exige precauciones y trabajos sin cuento. Sin embargo, ¿acaso no vemos cómo se publican obras históricas cuyos autores han contravenido en mayor o menor medida las normas? ¿Acaso son por ello menos apreciados? ¿Acaso los más respetados son los más concienzudos? ¿Acaso no puede la desenvoltura suplantar a la ciencia?». Si la desen-

24 L. Feugère, *op. cit.*, pp. 55 y 58.

voltura pudiese, en efecto, suplantar al saber, como lo importante a sus ojos es descollar, y hacer las cosas mal es más fácil que hacerlas bien, llegarían encantados a la conclusión de que poco importa ser chapucero, con tal de sobresalir. ¿Por qué no habría de suceder en esto como en la vida diaria, donde el éxito no necesariamente acompaña a los mejores? Pues bien, gracias al férreo rigor de los eruditos, semejante razonamiento sería, al mismo tiempo que una bajeza, un cálculo descaminado.

Hacia finales del Segundo Imperio, Francia no contaba con una opinión pública cualificada en materia de historia. Se editaban impunemente pésimas obras de erudición histórica, que incluso procuraban a quienes las escribían inmerecidos honores. Fue entonces cuando los fundadores de la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature* reaccionaron contra una situación que con toda justicia consideraban lamentable. Descargaron correctivos públicos, capaces de hacerles renunciar a la erudición de una vez por todas, sobre los investigadores poco escrupulosos o arbitrarios. Dieron escarmientos memorables no por diversión, sino con el firme propósito de crear mediante el terror una censura –y por consiguiente, un sistema de premios y castigos en el ámbito de los estudios históricos. A partir de entonces, los malos historiadores se vieron hostigados, y no cabe duda de que la *Revue*, si bien no alteró los manidos puntos de vista del gran público, impuso sus criterios en un ámbito lo bastante amplio como para, *velis nolis*, inculcar hábitos de seriedad y respeto por la metodología en los afectados. Al cabo de veinticinco años, su influencia ha llegado más lejos de cuanto hubiese cabido esperar.

Hoy se ha hecho muy difícil en el terreno de la erudición si no engañar, sí engañar mucho tiempo. No hay error que perdure ni verdad que caiga en el vacío, tanto en historia como en las ciencias propiamente dichas. Cierto que pueden pasar meses o años antes que un experimento de química mal realizado o una edición deficiente sean advertidos como tales; pero los resultados inexactos, aceptados provisionalmente a benefi-

cio de inventario, siempre son, más pronto o más tarde –por lo general, muy pronto– descubiertos, denunciados y eliminados. Los fundamentos metodológicos del análisis externo son tan sólidos, y los especialistas que los aceptan son tantos en tantos países, que en la actualidad es muy raro que un catálogo descriptivo de documentos, una edición, una recopilación, una monografía, no sean de inmediato revisados, desmenuzados y evaluados. Conviene tenerlo en cuenta: hoy en día es una imprudencia arriesgarse a publicar un trabajo de investigación sin haber tomado toda clase de precauciones para hacerlo incontrovertible, pues de otro modo será rechazado y condenado al momento, o a lo sumo en breve plazo. Todavía algunos incautos ignorantes y mal preparados se aventuran de tanto en tanto en el terreno del análisis externo con candor, deseosos de «aportar algo» y aparentemente convencidos de que cabe proceder en éste como en otros terrenos (en el político, por ejemplo) con cortedad de miras, por aproximación, «sin especiales conocimientos»; no les faltarán razones para arrepentirse. Los pícaros no corren ese riesgo: las tareas de erudición, por lo demás tediosas y poco brillantes, no llaman en absoluto su atención: saben demasiado bien que especialistas competentes, por lo general poco amigos de intromisiones, están aguardándoles; comprenden que por este lado no tienen nada que hacer. La honestidad y ceñuda intransigencia de los eruditos les mantienen así a salvo de amistades poco recomendables, que los «historiadores» propiamente dichos todavía deben soportar alguna que otra vez.

En efecto: los malos historiadores, en busca de una audiencia más benigna, se refugian en la exposición histórica. Aquí las reglas metodológicas no son tan evidentes o, mejor dicho, tan conocidas. En tanto que el análisis textual y de fuentes se hallan definidos de modo científico, en historia las tareas de síntesis se efectúan todavía a capricho. La falta de seguridad, la ignorancia, el descuido, que con tanta claridad se dejan ver en las obras eruditas, se disfrazan hasta cierto punto de literatura en los libros de historia, y el gran público, poco ducho

en este campo, los pasa por alto[25]. En suma, que aquí las posibilidades de salir bien librado son muchas. Aun así, son cada vez menos: pronto llegará el día en que los espíritus superficiales que perpetran libros endebles estarán tan poco considerados como lo están ahora mismo los técnicos en análisis preparatorio poco escrupulosos o incompetentes. ¿Acaso no están ya completamente caducas y como crucificadas por la crítica las obras de los más célebres historiadores del XIX, desaparecidos como quien dice ayer, Augustin Thierry, Ranke, Fustel de Coulanges, Taine, etc.? La debilidad de sus métodos es cosa ya sabida, puesta en evidencia y sentenciada.

Ya pasó (y si no es así, poco le queda) la época en que se podía trabajar de cualquier manera sin temor a complicaciones; baste esto para que cuantos hacen oídos sordos a otros argumentos se convenzan de que en materia de historia es preciso proceder con honestidad.

25 Los propios especialistas del análisis externo, tan clarividentes cuando de trabajos de erudición se trata, se dejan deslumbrar casi con tanta facilidad como los demás, cuando no se empeñan en desdeñar a priori cualquiera de ellas, por las síntesis incorrectas, por las brillantes generalizaciones y los artificios literarios.

Sección II
Crítica interna

6.
CRÍTICA DE INTERPRETACIÓN (HERMENÉUTICA)

I. Cuando un zoólogo describe la forma y tamaño de un músculo, cuando un fisiólogo analiza las fases de un movimiento, podemos aceptar globalmente sus conclusiones, ya que conocemos sus métodos, sus herramientas y su lenguaje[1]. Pero cuando Tácito dice de los germanos: «Arva per annos mutant», de entrada no sabemos si se informó bien, ni siquiera en qué sentido utilizó los términos *arva* y *mutant*. Para cerciorarnos, hemos de llevar a cabo una tarea previa[2]. Dicha tarea es la crítica interna.

La crítica interna trata de discernir qué es lo que podemos considerar verdadero en un documento. El documento es el resultado final de un largo proceso cuyos pormenores no nos facilita el autor. Observar los acontecimientos o informarse sobre ellos, idear las frases, poner por escrito las palabras: tal vez todas estas operaciones, distintas unas de otras, no se llevaron a cabo con idéntica fortuna. Por consiguiente, hay que *analizar* el producto final para distinguir qué operaciones no se hicieron bien y rechazar sus *resultados*. El *análisis* es indispensable para la crítica; toda crítica comienza por un análisis.

---

1 También las ciencias experimentales precisan algún tipo de crítica. No se admiten sin revisarlas las conclusiones de cualquier recién llegado; no se aceptan sino los resultados obtenidos por quienes «conocen el oficio». Pero esta crítica se hace en bloque y de golpe, se dirige al autor y no a su obra; por el contrario, la crítica histórica está obligada a proceder en detalle sobre cada una de las partes del documento.

2 Véase más arriba, libro II, cap. 1; p. 133.

Para ser lógicamente completo, el análisis debería reconstruir cuantas operaciones efectuó el autor y revisarlas una por una, a fin de comprobar si las realizó todas correctamente. Habría que rehacer el camino del autor a través de los sucesivos actos cuyo resultado es el documento, desde que presenció el suceso al que el documento hace referencia hasta que se sentó a escribir; o más bien habría que remontarse en sentido inverso, peldaño a peldaño, desde la escritura hasta la observación del suceso. Este método sería tan largo y enojoso que nadie tendría tiempo ni paciencia para aplicarlo.

A diferencia del análisis externo, el interno no es un recurso que quepa manejar por el placer de hacerlo[3]; no procura compensación directa alguna, porque no resuelve de modo definitivo ningún problema. Se aplica sólo por necesidad, y lo que importa es reducirlo al mínimo indispensable. Los historiadores más rigurosos siguen un procedimiento abreviado que resume todas las operaciones en dos fases: la primera comprende el examen del contenido del documento y la crítica positiva de interpretación, necesarios para cerciorarse de lo que quiso decir el autor; la segunda, el examen de las condiciones en que se gestó el documento y la crítica negativa, necesarios para verificar los criterios del autor. Este desdoblamiento del trabajo crítico sólo lo aplica por ahora una minoría. La tendencia espontánea, aun en el caso de historiadores que trabajan metódicamente, es leer el texto con la obsesión de encontrar en él directamente informaciones, sin detenerse a pensar qué fue exactamente lo que el autor quiso decir[4]. Como mucho, esta práctica es disculpable para los documentos del XIX, escritos por hombres cuyo lenguaje y modo de pensar nos resultan familiares, en los casos en que no cabe sino una inter-

---

3 Véase más arriba, p. 140.

4 Taine parece haber procedido así en los *Origines de la France contemporaine*, t. II, «La Révolution»; resumió los documentos inéditos de que disponía e incluyó gran número de ellos en su obra, pero no se advierte que los sometiera previamente a un análisis metódico para determinar su sentido.

pretación única. Se vuelve arriesgada a poco que los usos lingüísticos o intelectuales del autor se aparten de los del historiador, o el sentido del texto no sea evidente a ojos vistas. Cualquiera que durante la lectura de un texto no se concentre en desentrañarlo, acabará forzosamente haciendo una lectura subjetiva[5]. Reclamarán su atención aquellas frases o palabras del documento que respondan a sus propias intuiciones o estén conformes con la idea a priori que se haya formado de los hechos; aun sin advertirlo, concederá mayor importancia a las frases en que tales términos aparezcan, y formará a partir de ellas un texto imaginario que reemplazará al escrito por el autor[6].

---

5 El alemán dispone de un término específico para designar este fenómeno, *hineinlesen*, sin equivalente en francés.

6 Fustel de Coulanges explica muy claramente el riesgo de semejante *método:* «Algunos eruditos comienzan por formarse una opinión [...] y no leen en los textos sino lo que concuerda con ella. Se arriesgan mucho a no entenderlos o a entenderlos mal. Entre el texto y el espíritu con ideas preconcebidas se establece una especie de conflicto soterrado; el espíritu se niega a aceptar lo que está en contra de su idea, y el resultado habitual de semejante colisión no es que el espíritu se rinda a la evidencia del texto, sino más bien que el texto ceda, forzado, y se acomode a la opinión preconcebida por el espíritu [...] El método subjetivo consiste en anteponer las ideas personales en el estudio del texto. Creemos mirar un objeto y lo que miramos es nuestra propia idea. Creemos observar un hecho y este hecho adopta inmediatamente el color y el sentido que el espíritu quiere que adopte. Creemos leer un texto y las frases de ese texto adoptan un significado particular que se amolda a la opinión anterior que el interesado se había formado. Este método subjetivo ha originado numerosos problemas en la historia de la época merovingia [...] No basta con leer los textos, sino que hay que leerlos sin ideas preconcebidas» *(Monarchie franque,* p. 31). Por la misma razón, Fustel condenaba la pretensión de leer un documento a través de otro; protestaba contra la costumbre de explicar la *Germania* de Tácito por las leyes bárbaras. Véase en la *Revue des Questions Historiques,* 1887, t. I, la lección sobre método «Del análisis de los textos históricos», impartida a propósito de un comentario de M. Monod sobre Gregorio de Tours. «El historiador debe comenzar su trabajo por el análisis exacto de cada documento [...] El análisis de un texto [...] consiste en fijar el sentido de cada término, en dar con el verdadero pensamiento del autor [...] En lugar de buscar el sentido de cada frase del historiador y lo que con ella quiere decir, [Monod] la comenta recurriendo a Tácito o a la ley sálica [...] Hay que tener ideas claras sobre el análisis. Muchos hablan de él y pocos lo aplican [...] El análisis debe, mediante un estudio atento de cada detalle, desvelar cuanto hay en un texto, no añadirle lo que no contiene». Tras haber leído estos excelentes consejos será instructivo repasar la contestación de

II. Aquí, como siempre en historia, el método consiste en vencer el primer impulso. Es preciso imbuirse del principio, evidente pero a menudo olvidado, de que un documento no encierra sino el pensamiento de su autor, y hay que imponerse la norma de comenzar por comprender el texto en sí *antes* de ir en busca de los datos que puede proporcionar. Con lo que llegamos a esta regla general del método: el estudio de todo documento debe comenzar por el análisis de su contenido, sin otra finalidad que determinar lo que realmente pensaba su autor.

Este análisis es una operación previa, distinta e independiente. Al igual que para los trabajos de erudición[7], la experiencia aconseja recurrir aquí al sistema de fichas. En cada ficha se anotará el análisis de un documento, de una parte diferenciada del mismo o de un episodio de un relato; el análisis deberá esclarecer no sólo el sentido general del texto sino también, a ser posible, los fines y el modo de pensar del autor. Es aconsejable reproducir literalmente las expresiones que parezcan características del pensamiento del autor.

No siempre será necesario escribir *físicamente* una ficha de conjunto: en ocasiones, un análisis mental del texto puede ser suficiente; nos limitaremos entonces a anotar aquellos rasgos que creamos pueden sernos de utilidad. Pero contra el riesgo permanente de situar nuestra impresión personal por delante del propio texto sólo hay una precaución segura, que convendrá elevar a norma: obligarse a no redactar extractos o análisis parciales de un documento sino *después* de haber llevado a cabo un análisis de conjunto[8], cuando no sobre el papel, al menos mentalmente.

Monod (en la *Revue historique*); allí puede verse que el propio Fustel no siempre ha aplicado el método que recomienda.

7 Véase más arriba, p. 127.

8 Un especialista puede hacerse cargo del análisis; es lo que sucede en el caso de los registros documentales y de los catálogos de actas; si el trabajo de análisis ha sido realizado correctamente por el que confeccionó el registro documental, no merece la pena repetirlo.

Analizar un documento es discernir y aislar todas las ideas expresadas por el autor. El análisis se reduce así a la *crítica de interpretación.*

La interpretación comprende dos fases, el sentido literal y el real.

III. Establecer el sentido literal de un texto es una tarea lingüística; por eso la filología *(Sprachkunde)* figura entre las ciencias auxiliares de la historia. Para comprender un texto hay que empezar por conocer la lengua en que está escrito. Pero no basta un conocimiento *general* de la lengua. Para interpretar a Gregorio de Tours no basta con saber latín en términos generales; se necesita además un criterio histórico particular para adaptar esas nociones generales al latín de Gregorio de Tours.

Tendemos espontáneamente a atribuir un mismo sentido a un mismo término allí donde lo encontramos. Instintivamente, actuamos como si la lengua fuese un sistema fijo de signos. Tal es, en efecto, el carácter de los signos creados ex profeso para su uso científico, como el álgebra o la nomenclatura química, donde toda expresión tiene un sentido preciso único, absoluto e invariable, y remite a una idea analizada y definida con exactitud y sólo a una, siempre la misma, en cualquier contexto, con independencia del autor que la emplee. Pero la lengua ordinaria, en la que están escritos los documentos, es una lengua inestable, donde cada término expresa una idea compleja y mal definida; tiene múltiples sentidos, relativos y variables, y significa varias cosas diferentes; cobra un sentido distinto en un mismo autor según el contexto; cambia de sentido de un autor a otro y de una a otra época. *Vel* significa siempre «o» en latín clásico, pero pasa a ser «y» en determinados períodos medievales; *suffragium,* «sufragio, voto» en latín clásico, adopta en la Edad Media el significado de «auxilio, refuerzo». Por tanto, hay que aprender a refrenar el impulso que nos induce a traducir todas las expresiones de un texto conforme a su sentido clásico o habitual. La traducción gramatical, funda-

da en las reglas generales de la lengua, debe complementarse con la histórica, basada en el examen de cada caso concreto.

El método consiste en establecer el sentido particular de las palabras en el documento; se apoya en varios principios muy simples.

Primero, la lengua está en continua evolución. Cada época tiene su propia lengua, que es preciso tratar como un sistema de signos particular. Para comprender un documento hay que conocer la *lengua de la época,* es decir, el sentido de las palabras y las expresiones en el momento en que se redactó el texto. El sentido de un término se establece mediante el examen de los pasajes en que aparece; casi siempre se da con alguno en que el contexto no deja lugar a dudas sobre el sentido[9]. Tal es la función de los diccionarios históricos, como el *Thesaurus linguæ latinæ* o los *Glossaires* de Du Cange; en ellos, el artículo dedicado a cada término es una recopilación de las frases en que aparece, acompañadas de una referencia sobre el autor que permite situarlas en su época.

Cuando el autor recurrió a una lengua muerta aprendida en documentos escritos, como es el caso de los textos latinos de la Baja Edad Media, hay que tener en cuenta que tal vez utilizó las palabras en un sentido arbitrario o las eligió por afán de lucimiento: por ejemplo, *consul* («conde»), *capite census* («censitario»), *agellus* («gran dominio»).

Segundo, el uso de la lengua puede variar de una región a otra; siempre se ha de conocer *la lengua del país* donde se escribió el documento, esto es, los sentidos particulares habituales allí.

Tercero, cada autor tiene una forma personal de escribir, por lo que hemos de estudiar *la lengua del autor,* el particular

9 Se pueden encontrar casos prácticos de este procedimiento en Deloche, *La Trustis et l'antrustion royal,* París, 1873, y sobre todo en Fustel de Coulanges. Véase en particular el estudio sobre las palabras «marca» *(Recherches sur quelques problèmes d'histoire,* pp. 322-356), «mallus» (ib., 372-402), «alleu» *(L'alleu et le domaine rural,* pp. 149-170), «portio» (ib., pp. 239-252).

sentido en que utilizaba los términos[10]. Para esto sirven los vocabularios de autor, como el *Lexicon Cæsarianum* de Meusel, en el que figuran agrupados todos los pasajes en que aparece una determinada palabra.

Cuarto, una expresión cambia de sentido según donde aparezca; así pues, hay que interpretar cada palabra y cada frase no de forma aislada, sino atendiendo al sentido general del pasaje (el *contexto*). Se trata de una norma fundamental de la interpretación, la *regla del contexto*[11]. Implica que antes de hacer uso de una frase se ha leído el texto completo, y prohíbe acumular en un trabajo moderno *citas,* es decir, fragmentos cuyo sentido particular en su contexto original ignoramos[12].

Si estas reglas se aplicaran con rigor, constituirían un método exacto de interpretación sin apenas margen de error, pero que exigiría un tiempo considerable. ¡Qué trabajo, si tuviéramos que determinar, mediante una operación especial, el sentido concreto *de cada palabra* en el lenguaje de la época, del país, del autor, y en su contexto! Es el esfuerzo que reclama una buena traducción, y se ha hecho en el caso de ciertas obras de la Antigüedad de gran valor literario; sin embargo, para la

---

10 La teoría y un ejemplo de este procedimiento se pueden ver en Fustel de Coulanges, *Recherches sur quelques problèmes d'histoire,* pp. 189-289, a propósito de las afirmaciones de Tácito sobre los germanos. Véase en particular en las páginas 263-289, la discusión del célebre pasaje sobre el tipo de cultura de los germanos.

11 Fustel de Coulanges la formula así: «Nunca hay que aislar dos palabras de su contexto; es el medio de equivocarse sobre su significado» *(Monarchie franque,* p. 228, n.° 1).

12 Veamos cómo condena Fustel esta práctica: «No hablo de los falsos eruditos que citan de segunda mano y a lo sumo se toman la molestia de comprobar si la frase que han visto citada se encuentra en el lugar indicado. Comprobar las citas y leer los textos son cosas muy distintas, y una y otra llevan con frecuencia a resultados opuestos» *(Revue des questions historiques,* 1887, t. I). Véase también *L'alleu...,* pp. 171-198; la admonición dirigida a Glasson a propósito de la teoría de la comunidad de tierras; se trata del examen de 45 citas, revisadas atendiendo a su contexto, para demostrar que ninguna tiene el sentido que Glasson le atribuye. Se puede ver la respuesta en Glasson, *Les Communaux et le domaine rural à l'époque franque,* París, 1890.

inmensa mayoría de los documentos históricos se recurre en la práctica a un procedimiento abreviado.

No todas las palabras se hallan igualmente expuestas a cambios de significado; la mayoría conserva en todos los autores y épocas un sentido aproximadamente uniforme. Así pues, podemos contentarnos con estudiar en particular las expresiones que por su naturaleza son susceptibles de cobrar diferentes sentidos: en primer lugar las frases hechas, puesto que una vez fijadas no evolucionan del mismo modo que los términos de que se componen; segundo, y en especial, las palabras que designan las cosas sujetas por naturaleza a evolución: categorías sociales *(miles, colonus, servus)*; instituciones *(conventus, justitia, judex)*; costumbres *(alleu, bénéfice, élection)*; sentimientos y objetos usuales. Sería una imprudencia atribuir a todas estas palabras un significado constante; asegurarse del sentido en que se utilizan en un texto concreto es una precaución inexcusable.

«Tales estudios léxicos –afirma Fustel de Coulanges– tienen una gran importancia en la ciencia histórica. Un término mal interpretado puede ser fuente de graves errores»[13]. En efecto, le ha bastado con aplicar metódicamente la crítica interpretativa a un centenar de palabras para renovar los estudios sobre la época merovingia.

Analizado el documento y establecido el sentido literal de cada frase, aún no podemos estar seguros de haber comprendido el verdadero pensamiento del autor. Es posible que haya usado ciertas expresiones en un sentido no habitual, lo que sucede por motivos muy diferentes: alegoría, simbolismo, burla, mistificación, alusiones o sobreentendidos, incluso meras figuras de lenguaje (metáfora, hipérbole, lítote)[14]. En todos estos casos es preciso, partiendo del significado literal,

13 La originalidad de Fustel se basa en su crítica interpretativa; no ha realizado personalmente trabajo de crítica externa alguno, y su crítica de sinceridad y de exactitud se ha visto perjudicada por un respeto hacia las tesis de los antiguos rayano en la credulidad.

profundizar hasta el sentido real que el autor deliberadamente ocultó bajo una forma inexacta.

La cuestión es sumamente compleja desde el punto de vista intelectual: para identificar con seguridad un sentido diferente del acostumbrado no hay ningún *criterium* externo fijo; la esencia misma de la mistificación, convertida en género literario en el siglo XIX, es borrar cuantas pistas descubrirían el fraude. En la práctica podemos estar moralmente seguros de que un autor no ha recurrido a un sentido distinto del habitual cuando sobre todo pretende que se le comprenda; el riesgo de dar con sentidos particulares en documentos oficiales, cartas y crónicas históricas es reducido. En todos estos casos, la índole del documento permite presumir que fue redactado en sentido literal.

Por el contrario, son frecuentes sentidos distintos de los habituales en aquellos casos en que el autor, además de hacerse entender, persiguió alguna otra finalidad, o escribió para un público que podía comprender sus alusiones y sobreentendidos, o para iniciados (religiosos o literatos) capaces de desentrañar sus símbolos y su retórica. Es el caso de los textos religiosos, de la correspondencia particular y de las obras literarias en su conjunto, que constituyen parte importante de los documentos de la Antigüedad. Por esta razón, el arte de reconocer y determinar el sentido oculto de los textos ha ocupado siempre un lugar destacado en la teoría hermenéutica (nombre griego de la crítica de interpretación)[15] y en la exégesis de textos religiosos y de autores clásicos.

---

14 Una dificultad paralela se presenta en la interpretación de los monumentos figurativos: las representaciones no deben ser tomadas todas al pie de la letra. En el monumento de Behistoum, Darío pisotea a los caudillos derrotados: es una metáfora. Las miniaturas medievales muestran a los personajes en el lecho con una corona en la cabeza que indica su rango real: el pintor no quiso decir que durmieran con la corona puesta.

15 A. Bœckh, *Encyclopædie und Methodologie der philologischen Wissenschaften* (2), 1886, ha expuesto una teoría hermenéutica a la que E. Bernheim se ha contentado con aludir.

Las diferentes formas de aplicar un sentido diferente en lugar del literal son demasiado variadas y dependen de demasiados factores puntuales como para que podamos resumir en unas cuantas reglas generales el arte de establecerlas. Apenas podemos enunciar sino una norma de carácter general: cuando el sentido literal es absurdo, incoherente u oscuro, contrario a las ideas del autor o a cuanto sabemos de él, hay que presumir otro distinto del habitual.

Para determinarlo, se debe proceder de igual modo que para analizar el lenguaje de un autor: mediante la comparación de diferentes fragmentos en los que aparezcan los términos que creemos utilizados en un sentido distinto del habitual, para ver si en alguno de ellos el contexto nos permite averiguar su significado. Un ejemplo célebre de este procedimiento es el hallazgo del sentido alegórico de la Bestia en el *Apocalipsis.* Pero como no existe método seguro de solución, no podemos decir que hemos dado con todas las intenciones ocultas ni descubierto la totalidad de las alusiones que encierra un texto; e incluso cuando nos parezca haber encontrado el sentido, haremos bien en no aventurar conclusiones partiendo de una interpretación que no deja de ser fruto de una conjetura.

En sentido inverso, no hay que rebuscar alegorías por todas partes, como los neoplatónicos hicieron con las obras de Platón o los swedenborgianos con la Biblia. Hoy estamos de vuelta de semejante hipertrofia hermenéutica; pero no de otra tendencia similar, que consiste en ver sentidos ocultos a cada paso. Semejante querencia, siempre discutible, proporciona más satisfacciones al amor propio del intérprete que resultados útiles a la historia.

Quinto, cuando por fin se establece el auténtico sentido del texto, el proceso de análisis positivo ha concluido. Como resultado, sabemos cuál era la *filosofía* del autor, qué imágenes tenía en mente, mediante qué ideas generales se representaba el mundo. Distinguimos opiniones, doctrinas, conceptos. Hay aquí un conjunto muy importante de datos a partir de los cua-

les se forma todo un grupo de ciencias históricas[16]: la historia de la literatura y de las artes figurativas, de las ciencias, de las doctrinas filosóficas y morales, de la mitología y de los dogmas (mal llamados «creencias religiosas», puesto que se estudian las doctrinas oficiales, prescindiendo de si la gente tenía fe en ellas o no), del derecho, de las instituciones oficiales (en tanto que no se investiga cómo funcionaban en la práctica), el conjunto de leyendas, supersticiones, opiniones y tradiciones populares (llamadas de modo impreciso «creencias») que abarca el término *folclore*.

Todos estos estudios no tienen necesidad sino del análisis externo de procedencia y de la crítica de interpretación; exigen un grado de elaboración menor que la historia de los acontecimientos, y por ello se ha podido establecer su metodología con mayor rapidez.

16 El método para extraer de las ideas las informaciones sobre los hechos exteriores forma parte de la teoría del razonamiento constructivo. Véase el libro III.

7.
CRÍTICA INTERNA NEGATIVA DE SINCERIDAD Y EXACTITUD

I. El análisis y la crítica positiva de interpretación se refieren únicamente a la actividad intelectual del autor del documento, y nos revelan sólo su modo de pensar. No nos dicen nada sobre los acontecimientos externos. Aun cuando el autor fuese testigo presencial, su texto nos revela no cómo vio las cosas en realidad –y aun menos, cómo sucedieron objetivamente– sino tan sólo cómo pretendió contarlas. Un autor no siempre dice lo que piensa, puesto que puede mentir; y lo que piensa no siempre resulta cierto, ya que puede estar equivocado. Son consideraciones evidentes. No obstante, un primer impulso espontáneo nos mueve a aceptar como verdadera cualquier afirmación contenida en un documento, lo que implícitamente equivale a admitir que ningún autor miente ni se equivoca; y esta espontánea credulidad debe estar muy arraigada, puesto que persiste pese a la experiencia diaria, que nos depara innumerables ejemplos de errores y falsedades.

La práctica obligó a los historiadores a reflexionar cuando tuvieron que enfrentarse a documentos que se contradecían unos a otros; en tal conflicto hubo que resignarse a dudar y, previo examen, admitir el error o la falsedad. Se impuso así la necesidad de la crítica negativa para señalar las afirmaciones manifiestamente mendaces o erróneas. Pero la tendencia a la credulidad está tan arraigada que ha impedido hasta ahora a los historiadores establecer un método normativo para la crítica interna de las afirmaciones, conforme se hizo para la crítica

externa de procedencia. En llamativo contraste con la precisión de la terminología de la crítica de fuentes, los historiadores en sus obras, incluso los teóricos del método histórico[1], no han pasado de nociones elementales y fórmulas vagas. Se limitan a comprobar si el autor fue aproximadamente *contemporáneo* de los acontecimientos o *testigo* ocular de los mismos; si fue *sincero* y estuvo *bien informado,* si supo la verdad o quiso transmitirla; o incluso, para decirlo en pocas palabras, si es *digno de confianza.*

Probablemente esta crítica superficial es mejor que nada, y ha bastado para que quienes la practican se consideren sin discusión superiores. Pero no está sino a medio camino entre la mera credulidad y el método científico. Aquí, como en toda ciencia, debemos partir de la duda metódica[2]. Todo lo no demostrado debe ser puesto en duda de modo provisional; para defender una proposición hemos de presentar argumentos que convenzan a los demás de que es exacta. Aplicada al contenido de los documentos, la duda metódica se convierte en *desconfianza metódica.*

El historiador debe desconfiar a priori de cuanto afirma un autor, puesto que ignora si está equivocado o miente. Para él, las afirmaciones del autor son meras presunciones. Asumirlas y repetirlas en su nombre es admitir implícitamente que las considera verdades científicas. No puede dar este paso decisivo sin motivos fundados. Pero el espíritu humano procede de tal modo que lo damos sin advertirlo (véase el libro II, cap. 1). Frente a esta peligrosa tendencia, el crítico dispone de una única defensa. Para mostrarse escéptico, no debe aguardar a que una contradicción entre documentos le obligue a hacerlo, sino que debe dudar *desde el primer momento.* Nunca debe perder de vista la distancia que media entre las afirmaciones

1 Por ejemplo, el P. de Smedt, Tardiff, Droysen e incluso Bernheim.

2 Descartes, que vivió en una época en la que la historia consistía aún en la repetición de relatos anteriores, no encontró el medio de aplicar a ella la duda metódica, por lo que se negó a reconocerla como ciencia.

de un autor, sea quien sea, y una verdad científicamente probada, de forma que sea siempre perfectamente consciente de la responsabilidad que asume al reproducir una afirmación.

Incluso tras haber decidido en principio adoptar esta actitud antinatural de desconfianza, tendemos espontáneamente a olvidarnos de ella a la menor ocasión. Lo habitual es que la crítica de la obra de un autor, o al menos de un documento en su conjunto, se lleve a cabo *de modo global*, y se creen dos categorías: a la derecha las ovejas, a la izquierda los carneros. A un lado los autores dignos de confianza o los documentos buenos, y a otro los autores sospechosos o los documentos malos. Tras lo cual, agotada nuestra capacidad de desconfianza, repetimos sin discusión cuanto afirma el documento «bueno». Está bien visto desconfiar de Suidas o de Aimoin, autores sospechosos, pero se acepta cuanto dijeron Tucídides o Gregorio de Tours[3] como la evidencia misma. Se aplica a los autores el criterio legal que divide a los testigos en dignos e indignos de confianza: una vez aceptado un testigo, nos creemos en la obligación de dar por bueno cuanto dice; no nos atrevemos a poner en duda sus afirmaciones sin un motivo especial. Espontáneamente tomamos partido por el autor a quien hemos declarado recomendable y asumimos, como en los tribunales, que la «carga de la prueba» recae sobre quien recusa un testimonio aceptado[4].

3 Ni siquiera Fustel de Coulanges escapó a esta limitación. A propósito de un discurso atribuido a Clovis por Gregorio de Tours, afirma: «Por supuesto, no podemos afirmar que tales palabras fuesen realmente pronunciadas. Pero tampoco debemos sostener contra Gregorio de Tours que no lo fuesen [...] Lo más prudente es aceptar el texto de Gregorio» *(Monarchie franque*, p. 66). Lo más prudente, o mejor dicho, la única alternativa científica, es reconocer que no sabemos qué dijo Clovis, puesto que el mismo Gregorio lo ignoraba.

4 Uno de los más expertos críticos entre los historiadores de la antigüedad, E. Meyer, en *Die Entstehung des Judenthums*, Halle, 1896, se ha basado recientemente todavía en este sorprendente criterio jurídico para defender los escritos de Nehemías. M. Bouché-Leclerq, en un notable estudio («Le regne de Séleucus II Callinicus et la critique historique», *Revue des Universités du Midi*, abril-junio 1897) parece, como reacción contra la hipercrítica de Niebuhr y Droysen, decantarse por una postura análoga: «So pena de caer en el agnosticismo –lo que para ella equivaldría a un suicidio– o

El término *auténtico,* tomado del lenguaje jurídico, acrecienta la confusión. Aquí no se refiere al contenido, sino a la procedencia: afirmar de un documento que es auténtico no significa que lo que dice es cierto, sino únicamente que estamos seguros de su procedencia. Pero la autenticidad suscita un respeto que predispone a aceptar el contenido sin discusión. Poner en duda lo que afirma un documento auténtico nos parece presuntuoso; en todo caso, antes de «recusar» –los propios historiadores recurren a este término, préstamo poco afortunado del lenguaje jurídico– el testimonio del autor, nos creemos obligados a presentar pruebas incontrovertibles.

II. Hay que refrenar por principio tales impulsos espontáneos. Un documento (y con mayor razón, el conjunto de la obra de un autor) no es un todo único, sino que está formado por muchas afirmaciones independientes. Una de ellas puede ser falsa o mendaz y el resto ciertas o sinceras (o viceversa), puesto que cada una corresponde a una operación concreta que puede haber sido errónea, en tanto las demás han sido correctas. Por consiguiente, no basta examinar un documento *en conjunto,* sino que hay que estudiar individualmente cada una de las afirmaciones que contiene; la *crítica* no puede llevarse a cabo sino mediante el *análisis.*

Llegamos así a dos reglas generales de la crítica interna:

Primera, una verdad científica no se establece mediante *testimonio.* Para aceptar una proposición necesitamos argumentos concretos que nos demuestren que es verdadera. Es posible que la palabra de un autor sea, en determinados casos, razón suficiente; pero no lo sabemos por adelantado. La norma

---

en la fantasía, la crítica histórica debe otorgar un margen de confianza a los testimonios que no puede comprobar, siempre que no estén abiertamente en contradicción con otros de igual valor». Acierta Bouché-Leclerq cuando censura al historiador que «tras haber descalificado a todos sus testigos, pretende ocupar su lugar y ver por sus ojos algo distinto de lo que ellos mismos presenciaron». Pero cuando los «testimonios» no bastan para conocer científicamente un hecho, la única postura correcta es el «agnosticismo», es decir, el reconocimiento de nuestra ignorancia; que los documentos que afirmaban otra cosa se hayan perdido por azar no justifica una actitud diferente.

será *revisar* cualquier afirmación para estar seguros de que es de tal naturaleza que tenemos suficientes motivos para considerarla verdadera.

Segunda, la crítica de un documento no puede hacerse de modo global. La norma será *analizar* el documento por partes, para distinguir las afirmaciones independientes que contiene y examinarlas una por una. A menudo una sola frase encierra distintas afirmaciones, y hay que separarlas para estudiarlas individualmente. En la escritura de una venta, por ejemplo, debemos distinguir la fecha, el lugar, el vendedor, el comprador, el objeto, el precio, cada una de cláusulas.

La crítica y el análisis se efectúan simultáneamente en la práctica, y salvo en textos de lenguaje difícil, se pueden realizar al mismo tiempo que el análisis y la crítica de interpretación. Tan pronto como se ha comprendido una frase, se analiza y se examinan todos sus elementos.

Esto equivale a afirmar que la crítica abarca *teóricamente* un número enorme de operaciones. Si las describiéramos con el detalle necesario para explicar el mecanismo y la razón de ser de cada una, conseguiríamos que el sistema pareciese demasiado lento para ser aplicado. Cualquier descripción verbal de un acto complejo produce inevitablemente esta misma impresión. Compárese el tiempo necesario para describir un lance de esgrima con el que se tarda en ejecutarlo; o la extensión de la gramática y del diccionario con la rapidez de la lectura. Como cualquier habilidad práctica, la crítica consiste en el hábito de determinados actos. Durante el aprendizaje, antes de haber adquirido el hábito, nos vemos obligados a pensar cada gesto por separado antes de llevarlo a cabo y a descomponer sus movimientos, con lo cual los realizamos con lentitud y dificultad; pero después los actos, convertidos en instintivos e inconscientes, resultan fáciles y rápidos. No se inquiete el lector por la lentitud de los procedimientos de la crítica: más adelante verá cómo se abrevian en la práctica.

III. Veamos de qué forma se plantea el problema de la crítica: una persona a la que no hemos visto actuar realiza una

afirmación, cuyo valor depende exclusivamente de la forma como dicha persona ha actuado. Dígase si su actuación ha sido adecuada. El simple planteamiento del problema muestra que no cabe esperar solución alguna directa y definitiva; falta el dato esencial, la forma de proceder del autor. Por consiguiente, la crítica no va más allá de soluciones indirectas y provisionales; se limita a proporcionar datos que requieren una última elaboración.

Tendemos instintivamente a juzgar el valor de las afirmaciones por su forma. Nos creemos capaces de reconocer a primera vista si un autor es sincero, o un relato exacto. Lo llamamos «tono de sinceridad» o «capacidad de persuasión». Es un sentimiento muy fuerte, pero no deja de ser una ilusión. No existe ningún criterio externo que nos permita valorar la sinceridad ni la exactitud. El «tono de sinceridad» es la apariencia de verdad; un orador, un actor, un embustero habitual, lo lograrán al mentir con mayor facilidad que una persona indecisa al decir la verdad. En ocasiones, el vigor de la afirmación no es una muestra de sinceridad, sino tan sólo de habilidad o desfachatez[5]. Tampoco la profusión de detalles y su exactitud, por más que impresionen mucho a los lectores inexpertos, garantizan la verdad de los hechos[6]; sólo nos informan sobre la imaginación del autor cuando es sincero, y sobre su desvergüenza cuando no lo es. Ante un relato abundante en detalles tendemos a afirmar: «Cosas así no se inventan». No se inventan, pero se copian con facilidad de una a otra época, de uno a otro personaje, de uno a otro país. Por tanto, ninguno de

5 Las *Mémoires* de Retz nos proporcionan un ejemplo definitivo, el episodio de los fantasmas con que se encuentran Retz y Turenne. El editor de Retz en la *Collection des Grands Écrivains de la France*, A. Feillet, mostró (t. I, p. 192) que esta historia, relatada con tanta viveza, es una absoluta falsedad.

6 Un buen ejemplo de la fascinación que ejerce un relato abundante en detalles es la leyenda de los orígenes de la Liga de los tres primitivos cantones suizos (Gessler y los conjurados del Grütli), *elaborada* en el XVI por Tschudi y convertida en clásica por el *Guillermo Tell* de Schiller, que tanto ha costado erradicar. Véase Rilliet, *Origines de la Confédération suisse*, Ginebra, 1869.

los caracteres externos de un documento nos dispensa de su examen crítico.

El valor de las afirmaciones de un autor depende únicamente de las circunstancias en que se desenvolvió. La crítica no cuenta con más recurso que el examen de tales circunstancias. Sin embargo, no se trata de reconstruirlas en su integridad; basta con responder a una única pregunta: ¿procedió el autor correctamente? La cuestión puede abordarse desde dos puntos de vista.

Primero. Gracias al análisis de procedencia, a menudo conocemos las circunstancias *de carácter general* en que se desenvolvió el autor. Es probable que algunas influyeran en las operaciones concretas. Por tanto, debemos empezar por estudiar lo que se sabe sobre el autor y sobre la elaboración del documento con vistas a indagar en las costumbres, los sentimientos y la situación personal del autor, o en las circunstancias de la composición, qué razones pudieron inducirle a proceder incorrectamente, o al contrario, a actuar con especial cuidado. Para dar con tales posibles motivos es necesario centrar la atención *por adelantado.* El único sistema consiste en preparar un *repertorio* general de los motivos de incorrección. Lo aplicaremos a las circunstancias generales de composición del documento para dar con las que pudieron dar lugar a operaciones incorrectas que viciaron los resultados. Pero incluso en casos excepcionalmente favorables, en los que conocemos perfectamente las circunstancias de procedencia, no obtendremos por este camino otra cosa que indicaciones *generales,* insuficientes para la crítica, que debe operar sobre cada afirmación concreta.

Segundo. La crítica de las afirmaciones particulares no puede hacerse sino mediante un único procedimiento, singularmente paradójico: el estudio de las circunstancias *universales* de composición de los documentos. Las informaciones que no nos proporciona el estudio general del autor podemos buscarlas en el de los hábitos inherentes al espíritu humano; puesto que, al ser universales, se repetirán en cada caso concreto.

Sabemos en qué circunstancias los hombres por lo general tienden a alterar o deformar los hechos deliberadamente. Se trata de examinar cada afirmación para ver si se ha efectuado en alguno de aquellos supuestos en los que cabe esperar, conforme a los hábitos normales de la humanidad, que la operación no haya sido correcta. El procedimiento práctico consistirá en confeccionar un repertorio de las causas de incorrección más frecuentes.

De modo que toda crítica se reduce a elaborar y cumplimentar dos cuestionarios: uno para hacernos cargo de las condiciones generales de composición del documento, de donde resultan los motivos generales de escepticismo o confianza; y otro para hacernos cargo de las circunstancias particulares de cada afirmación, de donde derivan los motivos particulares de duda o asentimiento. Este doble repertorio hay que prepararlo con anterioridad, de modo que nos guíe metódicamente en el examen del documento en general y de cada afirmación en particular; y puesto que es aplicable a cualquier documento, resulta útil elaborarlo de una vez para siempre.

IV. El cuestionario crítico implica dos series de interrogantes, en consonancia con las dos series de operaciones que dieron como resultado el documento. La crítica de interpretación revela únicamente lo que el autor quiso decir; falta determinar: 1.°, lo que en realidad pensaba, puesto que puede no haber sido sincero; 2.°, lo que en realidad sabía, puesto que puede haberse equivocado. Así pues, cabe distinguir una *crítica de sinceridad* orientada a determinar si el autor del documento mintió, y una *crítica de exactitud*, orientada a determinar si se equivocó.

En la práctica, rara vez necesitamos saber qué pensaba el autor. A menos que hagamos un estudio particular de su carácter, el autor no nos interesa directamente: no es más que un intermediario para llegar hasta los acontecimientos exteriores que refiere. El objetivo de la crítica es determinar si el autor relató los acontecimientos con exactitud. Si lo que dice no es cierto, poco importa que se deba a una mentira o a un error; y

complicaríamos inútilmente la tarea si tratáramos de averiguarlo. La ocasión de practicar por separado la crítica de sinceridad se presenta pocas veces, y podemos abreviar el trabajo si incluimos en un mismo cuestionario todos los motivos de inexactitud. Pero será más claro anotar por separado las preguntas correspondientes en dos series.

La primera servirá para ver si existe algún motivo para desconfiar de la sinceridad de la afirmación. Nos preguntaremos si el autor se vio en alguna de las situaciones que normalmente inducen a un hombre a no ser sincero. Hay que estudiar cuáles son tales situaciones, en general para el conjunto de un documento, en particular para cada afirmación concreta. La respuesta nos la proporciona la experiencia. Toda falsedad, grande o pequeña, nace de la intención directa del autor de producir determinado efecto en sus lectores. De modo que el cuestionario se convierte en una lista de los motivos por los que habitualmente puede mentir un autor. Veamos los casos principales.

Primer caso. El autor trata de obtener un beneficio práctico. Quiere confundir al lector para inducirle a que haga o deje de hacer algo. Proporciona una información falsa a sabiendas: decimos que el autor cuenta con un motivo para mentir. Es el caso de la mayor parte de las actas oficiales. Incluso en los documentos que no se redactaron por una razón de orden práctico, toda afirmación interesada amenaza ser engañosa. Para determinar las afirmaciones sospechosas debemos preguntarnos cuál *pudo* ser el objetivo del autor en general al redactar el documento en su conjunto, y cada una de las afirmaciones concretas que encierra en particular. Pero hay que evitar dos impulsos espontáneos. Uno es preguntarse qué *interés* tuvo el autor para mentir y acabar buscando el que habríamos tenido *nosotros* de habernos visto en su lugar; por el contrario, debemos preguntarnos por el interés que *él mismo* creyó tener, y buscarlo en sus inclinaciones e ideales. El otro nos lleva a considerar sólo el interés particular del autor; sin embargo, hemos de tener presente que el autor pudo dar

información falsa por un interés *colectivo*. Es éste uno de los escollos de la crítica. Un autor pertenece a la vez a varios grupos –familia, provincia, patria, secta religiosa, partido político, clase social– cuyos intereses rara vez coinciden. Debemos averiguar el grupo de su preferencia, en cuyo beneficio habría actuado.

Segundo caso. El autor se vio en una tesitura que le obligó a mentir. Esto sucede siempre que, debiendo redactar un documento conforme a reglas o costumbres, el autor se encuentra en circunstancias que contradicen tales reglas o costumbres en algún aspecto; con lo que no le queda más remedio que afirmar que trabaja en condiciones normales, y por consiguiente falsear cuanto no se ajusta a la norma. En casi todas las actas aparece alguna falsedad menor sobre el día o la hora, sobre el lugar, sobre el nombre de los asistentes o su número. Todos hemos sido testigos de alguno de tales pequeños engaños, si es que no hemos participado en él. Pero lo olvidamos demasiado a menudo a la hora de hacer la crítica de los documentos del pasado. El carácter *auténtico* del documento contribuye a crear la ilusión; tendemos a creer que *auténtico* equivale a *sincero*. En cualquier documento auténtico, unas normas de redacción rígidas parecen garantía de sinceridad; por el contrario, son una incitación a la mentira: no sobre el fondo de la cuestión, sino acerca de detalles secundarios. Si determinado personaje firmó un acta, podemos concluir que la aprobó, pero no que estuviera físicamente presente cuando así lo afirma la propia acta.

Tercer caso. El autor sentía simpatía o antipatía hacia un grupo humano (nación, partido, secta, provincia, ciudad, familia) o un conjunto de doctrinas o instituciones (religión, filosofía, facción política), lo que le movió a deformar los hechos para presentar de modo favorable a sus amigos y desfavorable a sus adversarios. Es un talante general que influye en todas las afirmaciones del autor; es también muy evidente, hasta el punto de que ya los antiguos le dieron un nombre *(studium* y *odium)*; desde la Antigüedad, la pretensión de los historiadores

de haber evitado tanto el uno como el otro se ha convertido en un tópico literario.

Cuarto caso. El autor se dejó llevar por la vanidad individual o colectiva, y mintió para hacer valer su persona o su grupo. Afirmó lo que le pareció oportuno para darse él mismo importancia o atribuírsela a sus afines. Hay que preguntarse si la afirmación nace de la vanidad. Pero no hay que suponer que la vanidad del autor fuese como la nuestra o la de nuestros contemporáneos. La vanidad no persigue siempre idénticos objetivos, y por tanto debemos averiguar de dónde nacía la del autor: es posible que mienta por atribuirse a sí mismo o a sus correligionarios acciones que hoy nos parecen deshonrosas. Carlos IX alardeaba con orgullo de ser el responsable de la Noche de San Bartolomé. Hay no obstante un motivo universal de vanidad, y es el deseo de aparentar que se ostenta un rango elevado y se desempeña un papel importante. Por lo tanto, debemos desconfiar siempre de cualquier aseveración que atribuya al autor o a sus correligionarios una categoría social relevante[7].

Quinto caso. El autor trató de complacer a sus lectores, o al menos de no incomodarlos. Manifestó sentimientos e ideas conformes a la moral o los gustos de su público; alteró los hechos para que coincidiesen con los gustos y prejuicios de sus lectores, aunque no los compartiera. Los tipos más representativos de este género de mentira son los ritos ceremoniales, las expresiones sancionadas o prescritas por la etiqueta, los discursos de circunstancias, las fórmulas de cortesía. Las afirmaciones que encierran son tan sospechosas que no puede obtenerse de ellas información alguna sobre los acontecimientos a que se refieren. Todos lo sabemos por los formulismos que vemos hoy empleados a diario, pero lo olvidamos con frecuencia al criticar documentos, en especial cuando se trata de épocas en que son escasos. Nadie cree que las expresiones de cortesía con que finaliza sus cartas reflejen los auténticos sentimientos de una

---

7 Ejemplos sorprendentes de mentira por vanidad llenan las *Économies royales* de Silly y las *Mémoires* de Retz.

persona. Sin embargo, durante mucho tiempo se ha creído en la humildad de ciertos dignatarios eclesiásticos medievales porque el día de su elección comenzaban por rehusar un cargo del que se declaraban indignos, hasta que al fin, por comparación, se cayó en la cuenta de que semejante rechazo era una simple fórmula de circunstancias. Pero aún damos con eruditos que buscan, como los benedictinos del siglo XVIII, indicaciones sobre la devoción o la liberalidad de un príncipe en los formulismos habituales de su cancillería[8].

Para identificar tales afirmaciones convencionales son necesarios dos estudios de conjunto: uno sobre el autor, para saber a qué público se dirigía, puesto que en un mismo país existen de ordinario varios públicos superpuestos o yuxtapuestos, cada uno con su código moral o protocolario; y otro sobre su público, para averiguar su moral o sus gustos.

Sexto caso. El autor buscó el favor del público mediante artificios literarios. Alteró los hechos para hacerlos más atractivos conforme a su idea de la belleza. Para identificar los pasajes así deformados hemos de conocer el ideal del autor o de su época. Podemos prever los tipos habituales de deformación literaria. La deformación oratoria consiste en atribuir a los personajes nobles actitudes, acciones, sentimientos, y en especial discursos; se trata de una inclinación natural de los jóvenes que comienzan a practicar el arte de la escritura y de escritores todavía semibárbaros, y es una constante en los cronistas medievales[9]. La deformación épica embellece el relato añadiéndole detalles pintorescos, discursos pronunciados por los protagonistas, cifras, en ocasiones incluso nombres de persona-

---

8 El propio Fustel de Coulanges dio en buscar la prueba de que el pueblo apoyaba el régimen imperial en las inscripciones en honor de los emperadores. «Léanse las inscripciones: el sentimiento que traslucen es siempre el del interés satisfecho y agradecido [...] Véase la recopilación de Orelli. Las expresiones que allí encontramos con mayor frecuencia son...». Y sigue la enumeración de los tratamientos protocolarios otorgados a los emperadores, que concluye con esta desconcertante afirmación: «Pensar que se trata de simple adulación sería conocer mal la naturaleza humana». Ni siquiera se trata de adulación, son meras fórmulas de cortesía.

9 Un ejemplo de este tipo es Suger, en su *Vie de Louis VI.*

jes; es peligrosa, porque los detalles precisos producen una ilusión de verdad[10]. La deformación dramática consiste en disponer los hechos para aumentar su fuerza dramática, agrupando acontecimientos dispersos en un único momento, personaje o grupo. Es lo que se conoce como «más verdadero que la verdad». Es la deformación más peligrosa, la de los historiadores artistas, la de Herodoto, Tácito, los autores del Renacimiento italiano. La deformación lírica exagera los sentimientos y emociones del autor y de sus amigos para hacerlos parecer más intensos: hay que tenerla en cuenta en los estudios que pretenden reconstruir la «psicología» de un personaje.

La deformación literaria tiene poca importancia en los documentos de archivo (aunque aparece en la mayor parte de las cartas del siglo XI); pero modifica profundamente todos los textos literarios, incluidos los relatos de los historiadores. Como la tendencia natural es otorgar un crédito mayor a los escritores de talento, y admitir más fácilmente una afirmación presentada de forma atractiva, la crítica debe reaccionar aplicando la paradójica norma de considerar tanto más sospechosa una afirmación cuanto más interesante resulta desde un punto de vista artístico[11]. Hay que ponerse en guardia ante cualquier relato especialmente pintoresco o dramático, en el que los personajes adopten actitudes nobles o descubran hondos sentimientos.

Esta primera serie de cuestiones desembocará en el resultado *provisional* de discernir las afirmaciones que *pueden* ser engañosas.

V. La segunda serie de preguntas servirá para ver si existe un motivo para que desconfiemos de la exactitud de lo afirmado. ¿Se vio el autor en alguna de las situaciones que inducen a un individuo a error? Como en el terreno de la sinceridad, hay

10 Un ejemplo claro es Tschudi, *Chronicon helveticum*.

11 Aristófanes y Demóstenes son dos claros ejemplos de la capacidad de los grandes autores para deslumbrar a la crítica y entorpecer el conocimiento de los hechos. Sólo a fines del XIX nos hemos atrevido a hablar sin tapujos de su falta de sinceridad.

que buscar tales condiciones en general para el documento en su conjunto y para cada una de las afirmaciones en particular.

La práctica de las ciencias establecidas nos muestra los requisitos para el conocimiento exacto de los hechos. No hay sino un procedimiento científico para conocer un hecho, y es la observación; por tanto, es necesario que toda afirmación se apoye, de forma directa o a través de un intermediario, en una observación, y que ésta se haya efectuado correctamente.

El repertorio de las ocasiones de error puede confeccionarse a partir de la experiencia, que nos muestra los casos más frecuentes.

Primer caso. El autor tuvo ocasión de presenciar el acontecimiento y creyó referirlo correctamente; pero se lo impidió algún motivo psicológico del que no fue consciente: una alucinación, una ilusión o un simple prejuicio. Es inútil (y sería imposible, por otra parte) especificar cuál de ellos tuvo un peso mayor; basta con averiguar si el autor fue inducido a una mala observación. A duras penas se puede distinguir si una afirmación concreta es fruto de una alucinación o de una ilusión. A lo más que se llega en determinados casos extremos es a advertir, ya sea porque disponemos de más información o cotejando aquella de que disponemos, que determinado autor tiende *por lo general* a errores de este tipo.

Resulta más fácil advertir si una afirmación es fruto de un prejuicio. En la vida o en las obras de un autor encontramos las huellas de sus prejuicios más importantes; ante cada afirmación concreta debemos preguntarnos si nace de una idea preconcebida del autor acerca de determinadas personas o acontecimientos. Esta búsqueda se confunde en parte con la de los motivos de falsedad: el interés, la vanidad, la simpatía o antipatía, dan origen a prejuicios que alteran la verdad de igual forma que el engaño deliberado. Así pues, podemos remitirnos a las preguntas ya formuladas para reconocer la sinceridad. No obstante, hay que añadir una. El autor, al efectuar una afirmación, ¿no fue inducido a una alteración, sin que él mismo lo advirtiese, porque estaba respondiendo a una pregunta? Es el

caso de todas las afirmaciones obtenidas mediante encuesta, interrogatorio, cuestionario. Incluso aparte de tales supuestos, en que el interrogado trata de agradar a quien le pregunta contestando aquello que cree le gustará oír, toda pregunta por sí misma sugiere su respuesta, o por lo menos obliga a que los hechos se acomoden a un esquema previo concebido por alguien que no los presenció. Por tanto, es indispensable someter a una crítica particular toda afirmación que responde a una pregunta, e indagar cuál fue la pregunta planteada y qué prevención pudo despertar en el ánimo de quien se vio obligado a contestar.

Segundo caso. El autor estuvo mal situado para observar. La práctica de las ciencias nos muestra los requisitos de una correcta observación. El observador debe estar situado de modo que su atención no se vea obstaculizada y no debe tener ningún interés práctico, ningún deseo de llegar a un resultado decidido de antemano, ninguna idea preconcebida sobre el resultado. Debe tomar nota sobre el terreno, y emplear un sistema de notación preciso; debe indicar con exactitud su método. Tales requisitos, imperativos en las ciencias experimentales, jamás los cumplen en su integridad los autores de documentos.

Sería por tanto inútil que nos preguntásemos si hubo posibilidad de error; *siempre las ha habido,* y justamente es lo que distingue un *documento* de una *observación.* No nos queda sino preguntarnos por las causas seguras de error en las condiciones de observación: si la situación del observador le impidió ver u oír bien (por ejemplo, un subalterno que pretende referir las deliberaciones secretas de un consejo de dignatarios); si la urgencia de actuar distrajo de modo significativo su atención (en un campo de batalla, por ejemplo), o si procedió con descuido porque los hechos que debía observar no le interesaban; si le faltó experiencia o inteligencia para comprender los hechos; si analizó mal sus impresiones y mezcló hechos diferentes. En concreto, debemos preguntarnos en qué momento puso por escrito cuanto vio u oyó. Es el punto más

importante: no hay más observación exacta que la que se pone por escrito a renglón seguido; así es como se actúa siempre en las ciencias establecidas. Una impresión anotada con posterioridad ya no es sino un *recuerdo*, expuesto a barajarse en la memoria con otros. Las memorias, escritas años después de los acontecimientos, a menudo incluso cuando la carrera del autor toca a su fin, han sembrado en la historia un sinnúmero de errores. Por norma, recurriremos a las memorias con particular desconfianza, como documentos de segunda mano, pese a su apariencia de testimonios contemporáneos.

Tercer caso. El autor refiere hechos que habría podido observar, pero a los que no se tomó la molestia de prestar atención. Por pereza o negligencia contó aquello que supuso o imaginó, que resultó no ser cierto. En contra de lo que pudiera creerse, se trata de un motivo frecuente de error, y cabe presuponerlo cuantas veces el autor, para completar un cuadro, se vio obligado a procurarse informaciones que le interesaban poco. Pertenecen a esta categoría las respuestas a preguntas formuladas por una autoridad (no hay más que ver cómo se llevan a cabo en la actualidad la mayor parte de las encuestas oficiales), y los relatos detallados de ceremonias o actos públicos. La tentación de redactar la crónica según el programa conocido de antemano o conforme al desarrollo habitual de la ceremonia, es demasiado fuerte. ¡Cuántos reportajes de actos de todo tipo han sido publicados por periodistas que no asistieron a ellos! Se sospecha, se tiene la certeza incluso de haber dado con artificios similares en crónicas medievales[12]. La norma debe ser desconfiar de los relatos que se ajustan con excesiva precisión a estereotipos.

Cuarto caso. El hecho relatado es de tal naturaleza que no puede haber sido conocido únicamente por observación. Es un acontecimiento secreto (un chisme de alcoba, por ejemplo). Es un estado de ánimo imposible de ver, un sentimiento, un

12 Por ejemplo, el relato de la elección de Otón I incluido por Witukind en su *Gesta Ottonis*.

motivo, un titubeo de la voluntad. Es un hecho colectivo muy extendido o prolongado, por ejemplo un acto en el que participa todo un ejército, una costumbre que comparte todo un pueblo o dura todo un siglo, una cifra estadística obtenida tras sumar un gran volumen de datos. Es un juicio de conjunto sobre la índole de una persona, de un grupo, de una costumbre, de un acontecimiento. Son sumas o consecuencias de observaciones que el autor no ha podido obtener sino indirectamente, basándose en datos de observaciones elaboradas mediante especulación, abstracción, generalización, razonamiento, cálculo. En este punto debemos planteamos un par de preguntas: ¿nos parece que el autor trabajó con datos insuficientes? ¿Que manejó correctamente aquellos de que dispuso?

Podemos hacernos una idea general de las probables debilidades de un autor. Mediante el examen de su obra podemos ver cómo trabajaba: si era capaz de abstraer, razonar, generalizar, y en qué errores incurría. Para determinar el valor de los datos hay que estudiar cada afirmación en concreto: debemos imaginar las circunstancias en que se vio el autor, y preguntarnos si pudo contar con datos suficientes para sus afirmaciones. Es una medida de cautela obligada para todas las cifras elevadas y para las descripciones de costumbres de grupos, puesto que cabe la posibilidad de que obtuviera la cantidad por vía de especulación (caso frecuente cuando se trata del número de combatientes o muertos), o sumando cifras parciales, no todas exactas; cabe la posibilidad de que hiciera extensiva a todo un pueblo o país, a toda una época, lo que únicamente era válido para un reducido grupo con el que estaba familiarizado[13].

VI. Estas dos primeras series de preguntas sobre la sinceridad y la exactitud de las afirmaciones del documento suponen que el autor fue testigo de los hechos. En las ciencias constitui-

13 Por ejemplo las cifras sobre la población, el comercio y la riqueza de los países europeos que aportan los embajadores venecianos del XVI, y las descripciones de las costumbres de los germanos en la *Germania* de Tácito.

das, éste es el común denominador de las observaciones. Pero en historia es tan grande la escasez de *observaciones* directas, aun efectuadas en condiciones precarias, que nos vemos obligados a recurrir a documentos que las demás ciencias rechazarían[14]. Tomemos un relato al azar, incluso de un contemporáneo de los hechos, y veremos que los acontecimientos presenciados por el autor representan sólo una parte del total. En la práctica totalidad de los documentos, las afirmaciones no las hace directamente el autor, sino que en su mayor parte corresponden a lo dicho por otros. Ni siquiera el general que refiere la batalla que acaba de mandar nos transmite sus propias impresiones, sino las de sus oficiales; en buena parte, su relato es ya un «documento de segunda mano»[15].

Para examinar una noticia de segunda mano ya no basta con repasar las condiciones en que trabajó el autor del documento: el autor es un simple intermediario, y el verdadero autor de la noticia es quien le proporcionó los datos. La crítica debe cambiar de perspectiva y preguntarse si el responsable de los datos procedió correctamente; y si su información procede de terceros –lo que es el caso más frecuente– debemos remontarnos de intermediario en intermediario hasta el primero que la puso en circulación, y preguntarnos si fue un buen observador.

Semejante búsqueda del observador original no es imposible en teoría; las antiguas recopilaciones de tradiciones árabes incluyen la cadena de sus sucesivos garantes. Pero en la práctica faltan casi siempre datos para llegar hasta el observa-

---

14 Sería interesante comprobar qué quedaría de la historia de Roma o de la historia merovingia si nos limitásemos a los documentos que responden a una observación directa.

15 La distinción debiera referirse a las *noticias*, no a los documentos. Lo que es de primera, segunda o tercera mano no es el documento, sino la *noticia*. Lo que entendemos por «documento de primera mano» está formado casi siempre en parte por noticias de segunda mano sobre acontecimientos que el autor no presenció. Llamamos «documento de segundo mano» a aquel no contiene nada de primera mano: Tito Livio, por ejemplo; pero se trata de una distinción general, insuficiente para organizar el análisis de las noticias.

dor, y la noticia queda anónima. Se plantea entonces una pregunta general: ¿cómo analizar una noticia anónima? No se trata únicamente de «documentos anónimos» redactados por alguien desconocido; la pregunta se plantea incluso en el caso de un autor conocido, referida a cada una de sus afirmaciones cuya fuente se desconoce.

La crítica procede considerando las circunstancias en que trabajó el autor: en el caso de una noticia anónima, apenas tiene en qué apoyarse. No le queda otro recurso que examinar las circunstancias generales del documento.

Podemos indagar si aparece un rasgo común en las afirmaciones del documento que apunte a que todas provienen de personas con iguales prejuicios e inclinaciones; en tal caso, la tradición seguida por el autor está «coloreada». La tradición a que se acoge Herodoto tiene un color ateniense y délfico. Ante cada uno de los acontecimientos recogidos por esta tradición debemos preguntarnos si lo han desfigurado el interés, la vanidad o los prejuicios del grupo. Prescindiendo del autor, podemos preguntarnos si existió algún motivo para alterar los hechos, o por el contrario, para recogerlos fielmente, que compartiesen todos los hombres de la época o el país donde tuvo que hacerse la observación: por ejemplo, cuáles eran las fuentes de información y los prejuicios de los griegos frente a los escitas en tiempos de Herodoto.

De todas estas pesquisas generales, la más útil se refiere a la transmisión de noticias anónimas que llamamos *tradición*. El valor de una noticia de segunda mano depende de la fidelidad con que reproduce su fuente; cuanto pueda habérsele añadido constituye una alteración, y debe ser eliminado. Por igual motivo, las fuentes intermedias no valen sino en cuanto copias de la noticia original, fruto de la observación directa. La crítica necesita saber si tales testimonios sucesivos han conservado o deformado la información primitiva; sobre todo, si la tradición recogida por el documento es *escrita* u *oral*. La escritura fija la noticia y hace que la transmisión sea fiel; por el contrario, la noticia oral sigue siendo una impresión que corre el riesgo de

deformarse al confundirse con otras en la memoria del propio observador. Lo transmitido oralmente de intermediario en intermediario se deforma en cada transmisión[16], y como se altera por motivos distintos, no es posible evaluar ni corregir la modificación.

Por su propia naturaleza, la tradición oral es una continua modificación, razón por la cual en las ciencias constituidas únicamente se considera aceptable la comunicación escrita. Los historiadores no cuentan con motivo alguno confesable para actuar de otro modo, al menos cuando se trata de estudiar un acontecimiento concreto. Por consiguiente, hay que localizar en los documentos escritos las afirmaciones procedentes de la tradición oral para ponerlas en cuarentena. Es raro que se puedan apreciar de modo directo con seguridad, puesto que los autores que se apoyan en la tradición oral no lo dicen abiertamente[17]. Por lo tanto, no cabe sino un método indirecto, que consiste en asegurarse de que la transmisión escrita *ha sido imposible,* lo que nos indica que el autor no pudo tener noticia del hecho sino por la tradición oral. Debemos preguntarnos si en aquella época y entre aquellas gentes, era práctica habitual poner por escrito determinado tipo de acontecimientos. Si la respuesta es negativa, la noticia procede de la tradición oral.

La forma más sugestiva de la tradición oral es la *leyenda.* Aparece en sociedades que no cuentan con más medio de transmisión que la palabra, poblaciones bárbaras o grupos poco instruidos, como campesinos o soldados. En tales casos, el *conjunto* de las noticias se transmite oralmente y adopta la forma de leyenda. Hay un periodo legendario en los orígenes de todos los pueblos: en Grecia, en Roma, entre los germanos

---

16 La deformación es mucho menor en el caso de impresiones vertidas en forma regular o sugestiva: versos, máximas, proverbios.

17 En ocasiones lo advertimos por la *forma* de la frase, cuando en relatos detallados de evidente origen legendario tropezamos con un fragmento breve y cortante en estilo analítico, a todas luces procedente de un documento escrito. Es lo que sucede en Tito Livio (véase Nitzsch, *Die römische Annalistik...*, Leipzig, 1873) y en Gregorio de Tours (véase Lœbell, *Gregor von Tours*, Lepizig, 1868).

y los eslavos, los recuerdos más antiguos conforman un estrato legendario. En épocas civilizadas, el pueblo continúa alimentando leyendas sobre aquellos acontecimientos que le impresionan[18]. La leyenda es la transmisión exclusivamente oral.

Aunque un pueblo supere el periodo legendario y rememore los acontecimientos mediante la escritura, la tradición oral no se interrumpe. Su ámbito, no obstante, se reduce; queda limitada a los sucesos que no se recogen por escrito, bien por tratarse de secretos propiamente dichos o porque se considera que no merece la pena hacerlo: intimidades, frases, pormenores. Es la *anécdota*, considerada como «la leyenda civilizada». Al igual que la leyenda, nace de recuerdos confusos, alusiones, interpretaciones erróneas, fantasías de origen diverso asociadas a determinados personajes o acontecimientos.

Leyendas y anécdotas no son en el fondo sino creencias populares, referidas de modo arbitrario a personajes históricos; forman parte del *folclore*, no de la historia[19]. Por tanto, hay que mantenerse en guardia frente a la tentación de considerar la leyenda como una mezcolanza de errores y noticias exactas, de la que cabría desgajar mediante el análisis «parcelas» de verdad histórica. Una leyenda es una amalgama en la que puede haber algo de verdad, y en la que incluso podemos distinguir los elementos que la componen, pero no hay forma de discernir si provienen de la realidad o de la imaginación. Como dijera Niebuhr, una leyenda es «un espejismo producido por un objeto invisible conforme a una ley de refracción desconocida».

---

18 Los acontecimientos que impresionan al pueblo y se transmiten mediante leyendas no son por lo general aquellos que consideramos más importantes. Los héroes de los cantares de gesta apenas tienen relevancia histórica. Los cantos épicos bretones no tratan de grandes acontecimientos históricos, como la recopilación de Villemarqué había inducido a creer, sino de oscuros episodios locales. Con las sagas escandinavas ocurre otro tanto: en su mayor parte se ocupan de conflictos entre aldeanos de Islandia o de las Orcadas.

19 La teoría de la leyenda es una de las partes más desarrolladas de la crítica. E. Bernheim (*op. cit.*, pp. 380-90) la resume acertadamente, y agrega la bibliografía.

El método de análisis más ingenuo consiste en desechar en el relato legendario los detalles aparentemente imposibles, milagrosos, contradictorios o absurdos, y considerar histórico el residuo verosímil. Éste fue el tratamiento que los racionalistas protestantes aplicaron a los relatos bíblicos en el siglo XVIII. Equivale a prescindir de los elementos maravillosos en un cuento de hadas, y es tanto como eliminar al Gato con Botas para hacer del marqués de Carabás un personaje histórico. Un método más sutil, pero no menos peligroso, consiste en cotejar distintas leyendas para señalar su fondo histórico común. Tras estudiar la tradición griega, Grote[20] demostró que es imposible extraer de la leyenda información segura alguna, con independencia del método empleado[21].

Hay que resignarse a tratar la leyenda como fruto de la imaginación popular; podemos buscar en ella el modo de pensar de un pueblo, no los acontecimientos en que intervino. Por lo tanto, la norma consistirá en prescindir no sólo de los relatos en *forma* de leyenda, sino también de cualquier noticia de origen legendario: un relato de apariencia histórica elaborado a partir de datos tomados de la leyenda, como los primeros capítulos de Tucídides, debe ser asimismo rechazado.

En el caso de la transmisión escrita, falta por averiguar si el autor reprodujo su fuente sin alterarla. Si cabe la posibilidad de comparar los textos, semejante tarea corresponde a la crítica de fuentes[22]. Pero si la fuente ha desaparecido, el único análisis posible es el interno. Debemos preguntarnos en primer lugar si el autor dispuso de referencias fidedignas, pues de lo contrario su testimonio carece de valor. Después debemos averiguar si en general solía alterar su fuentes y en qué sentido; y debemos revisar en particular cada una de sus afirmaciones de

20 *Histoire de la Grèce*, trad. fr., t. II. Compárese con Renan, *Histoire du peuple d'Israël*, t. I, París, 1887. (Introducción).

21 Lo que no impidió a Niebuhr elaborar, basándose en la leyenda romana del enfrentamiento entre patricios y plebeyos, una teoría que ha sido necesario desmontar; ni a Curtius, veinte años más tarde, buscar hechos históricos en las leyendas griegas.

22 Véase más arriba, p. 117.

segunda mano para ver si se trata de reproducciones exactas o presentan modificaciones. La forma nos ayuda a reconocerlo: un fragmento cuyo estilo difiere del habitual, que desentona del conjunto, procede de un documento anterior. Cuanto más literal sea la copia más valioso es el fragmento, puesto que no puede contener más noticias exactas que las que estuviesen ya en su original.

VII. Pese a todas estas averiguaciones, la crítica nunca llega a reconstruir la filiación de todos los datos y a determinar quién observó cada suceso y quién lo puso por escrito. En la mayoría de los casos, la conclusión es que la noticia continúa siendo anónima.

Nos encontramos ante un acontecimiento que no sabemos quién presenció ni cómo, ni quién lo puso por escrito ni cómo. Ninguna otra ciencia acepta datos en semejantes condiciones, sin posible revisión, con infinitas posibilidades de error. Pero la historia puede sacarles partido porque no necesita, como el resto de las ciencias, remontarse a acontecimientos difíciles de constatar.

La noción de *acontecimiento*, cuando la precisamos, se resume en un juicio de afirmación sobre la realidad exterior. Los pasos que habremos de dar hasta llegar a él serán más o menos complicados, y las posibilidades de error mayores o menores, según el tipo de hechos que hayamos de comprobar y el nivel de exactitud a que aspiremos en su formulación. La química y la biología necesitan captar hechos sutiles, movimientos rápidos, situaciones pasajeras, y medirlos en cifras precisas. La historia puede trabajar con hechos mucho menos específicos, muy dilatados en el tiempo o de gran difusión (la existencia de una costumbre, de un hombre, de un grupo, incluso de un pueblo), expresados a grandes rasgos en términos vagos, sin una medida precisa. Frente a tales hechos, mucho más fáciles de observar, puede mostrarse bastante menos exigente en cuanto a los requisitos de observación. Compensa la tosquedad de sus fuentes de información con su capacidad para contentarse con informaciones fáciles de obtener.

Los documentos apenas proporcionan sino hechos mal constatados, sujetos a grandes posibilidades de falsedad o error. Pero hay sucesos acerca de los cuales es muy difícil mentir o equivocarse. La última serie de preguntas que debe plantearse la crítica tiene por finalidad discernir, conforme a la *naturaleza* de los hechos, cuáles de ellos, con escasas posibilidades de ser alterados, son muy probablemente exactos. En general, sabemos qué tipo de acontecimientos reúnen tales condiciones favorables, y podemos por consiguiente elaborar un cuestionario general; lo aplicaremos a cada hecho particular del documento al tiempo que nos preguntamos si encaja en alguno de los supuestos previstos.

Primer caso. El acontecimiento es de tal naturaleza que hace la mentira improbable. Se miente para producir determinado efecto, y nadie tiene motivos para mentir acerca de un asunto si cualquier detalle falso parece inútil o cualquier mentira ineficaz. Para comprobar si el autor se vio en semejante situación, podemos formular varias preguntas.

a) Lo que se afirma, ¿es claramente opuesto al efecto que el autor pretendía lograr? ¿Contradice el interés, la vanidad, los sentimientos, los gustos literarios del autor o de su grupo? ¿Contradice la opinión que trataba de favorecer? En tal caso, probablemente el autor fue sincero. Pero es un criterio de difícil manejo; a menudo se ha abusado de él de dos formas. Se toma por una confesión lo que fue una baladronada (Carlos IX al declarar que fue él quien preparó la Noche de San Bartolomé). O bien se da crédito sin más a un ateniense que habla mal de los atenienses, a un protestante que acusa a otros protestantes. Sin embargo, el autor pudo tener una idea muy distinta de la nuestra acerca de qué era honorable y cuáles eran sus intereses[23]; o tal vez se propuso calumniar a compatriotas que militaban en otro partido, o a correligionarios que pertenecían a una facción distinta de la suya. Por tanto, deberíamos limitarnos a aplicar este criterio en aquellos casos en que supiéramos exac-

23 Véase más arriba, p. 175.

tamente a qué grupo estaba adscrito el autor y cuál era el *efecto* que, conforme a su modo de pensar, interesaba producir.

b) El hecho expuesto, ¿estaba hasta tal punto en boca de todos que el autor, aun sintiendo la tentación de mentir, se contuvo porque estaba seguro de que le descubrirían? Es el caso de los hechos de fácil comprobación, hechos materiales próximos en el tiempo y en el espacio, de gran difusión y duraderos, en especial si la gente tenían algún interés en verificarlos. Pero el temor de la verificación es un freno intermitente, contrapuesto al interés en todas aquellas cuestiones en las que el autor cuenta con una razón para confundir, y cuya influencia es desigual, según el carácter de cada uno: considerable cuando se trata de hombres cultos y reposados, con una idea clara de cuál es su público; limitada en épocas de barbarie y en el caso de individuos exaltados[24]. Por tanto, recurriremos a este criterio tan sólo en aquellos casos en que sepamos qué idea tenía el autor de su público, y si previó las posibles consecuencias.

c) El hecho en cuestión, ¿le resultaba indiferente al autor, hasta el punto de no sentir en modo alguno la tentación de alterarlo? Es el caso de los hechos generales, usos, instituciones, objetos, personajes, que el autor menciona de pasada. Un relato, incluso engañoso, no puede estar compuesto únicamente de falsedades; el autor, para situar lo que cuenta, se ve obligado a complementarlo con noticias exactas. Tales noticias no le interesaban, eran del dominio público en su época. Pero para nosotros son ilustrativas y fiables, puesto que el autor no trató de confundirnos.

Segundo caso. La índole del hecho hace poco probable el equívoco. Por numerosas que sean las posibilidades de error, hay hechos tan palmarios que es difícil manipularlos. Por tanto,

24 A menudo oímos decir que «el autor no se habría atrevido a escribir algo así de no ser cierto». Semejante razonamiento no es aplicable en el caso de sociedades poco civilizadas. Luis VIII no tuvo reparo en escribir que la opinión de sus iguales había condenado a Juan sin Tierra.

debemos preguntarnos si el hecho era fácil de constatar: primero ¿duró mucho tiempo, de modo que fue observado a menudo (por ejemplo: un monumento, una persona, una costumbre, un evento prolongado)?, segundo ¿tuvo una gran difusión, de modo que fueron muchos quienes lo vieron (una batalla, una guerra, una costumbre de todo un pueblo)?; tercero ¿la referencia es tan general que una observación somera habría bastado para hacerse cargo de él (la existencia de una persona, de una ciudad, de un pueblo, de una costumbre, a secas)? Son hechos evidentes que conforman la parte más firme del conocimiento histórico.

Tercer caso. El hecho es de tal naturaleza que nadie lo mencionaría de no ser cierto. Un hombre sólo afirma haber visto u oído algo inesperado y contrario a cuanto le resulta familiar si se ve obligado a admitirlo por la contundencia con que se manifiesta. El relato de un suceso que el narrador considera inverosímil cuenta con mayores posibilidades de ser exacto. Debemos preguntarnos si el suceso en cuestión contradecía las ideas habituales del autor, si era un fenómeno de naturaleza desconocida para él, un acto o una costumbre que no podía entender, un discurso cuya elevación sobrepasaba su capacidad de juicio (como las palabras de Cristo en los *Evangelios*, o las respuestas de Juana de Arco durante los interrogatorios de su proceso). Pero hay que ponerse en guardia contra la tendencia a juzgar las ideas del autor conforme a las nuestras: cuando hombres que solían creer en lo maravilloso hablan de monstruos, milagros y hechiceros, para ellos no se trata de elementos extraños, y el criterio no es aplicable.

VIII. Hemos llegado al final de esta descripción de las tareas críticas; ha sido extensa porque hemos tenido que describir de forma sucesiva operaciones que en la práctica se efectúan simultáneamente. Veamos ahora cómo se trabaja de ordinario.

Si la interpretación del texto es discutible, el examen se divide en dos fases: la primera consiste en leer el texto para determinar su sentido antes de tratar de obtener de él dato

alguno. El estudio crítico de los hechos contenidos en el documento constituye la segunda fase. En los documentos cuyo significado es evidente –dejando a un lado los pasajes de sentido opinable, que hay que estudiar por separado– es posible proceder al examen crítico desde la primera lectura.

Comenzaremos por reunir datos de carácter general sobre el documento y sobre el autor, con vistas a averiguar las circunstancias que pudieron influir en la producción del documento: época, lugar, finalidad, incidencias de la composición –condición social, patria, partido, secta o familia, intereses, pasiones, prejuicios, usos lingüísticos, métodos de trabajo, medios de información, cultura, defectos y cualidades personales del autor–, naturaleza y vía de transmisión de los hechos. Todos estos datos nos los proporcionará la crítica de procedencia, y los resumiremos siguiendo su cuestionario crítico general; pero debemos asimilarlos previamente, pues tendremos que recurrir a ellos durante todo el proceso.

Una vez preparado, abordaremos el documento. Conforme lo leamos lo analizaremos mentalmente, deslindando las fuentes del autor y prescindiendo de todos sus artificios literarios hasta llegar al hecho, que deberemos resumir en un lenguaje sencillo y preciso. Prescindiremos del respeto a la obra de arte y de la sumisión a las ideas del autor, que harían la crítica imposible.

Una vez analizado, el documento queda reducido a una larga serie de ideas del autor y de afirmaciones sobre los acontecimientos.

Siguiendo el cuestionario crítico elaborado para los casos particulares, nos preguntaremos respecto de cada una de las afirmaciones si el autor pudo mentir o equivocarse, o si fue veraz y exacto por algún motivo en particular. Este cuestionario habremos de tenerlo presente en todo momento. Al principio parecerá enojoso, tal vez incluso superfluo; pero como lo aplicaremos más de cien veces en una sola página de cualquier documento, acabaremos por memorizarlo, y apenas leamos el

texto todos los motivos de confianza o desconfianza aparecerán de golpe, reunidos en una impresión de conjunto.

Entonces, cuando el análisis y los interrogantes críticos se hayan convertido en algo instintivo, habremos adquirido para siempre ese talante de espíritu metódicamente analítico, inquisitivo y seguro de sí, al que a menudo nos referimos con una expresión esotérica –el «sentido crítico»– y que no es sino el hábito inconsciente de la crítica.

8.
DETERMINACIÓN DE LOS HECHOS PARTICULARES

El análisis crítico se limita a constatar ideas y noticias, y a formular observaciones sobre la probable exactitud de los hechos expuestos. Queda por ver cómo pueden desgajarse los hechos históricos particulares con los que debe construirse la ciencia. Ideas y noticias son dos tipos de resultados que hay que tratar con métodos diferentes.

I. Toda idea expresada por medio de un escrito o de una representación figurativa constituye un hecho cierto, definitivamente comprobado. Si se ha expresado la idea es porque ha sido previamente concebida (si no por el autor, que tal vez reproduce una fórmula sin comprenderla, al menos por quien la imaginó en primer lugar). Un único caso basta para constatar la existencia de la idea, un solo documento es suficiente para probarla. El análisis y la interpretación bastan pues para confeccionar el inventario de los hechos que constituyen el objeto de la historia del arte, de la ciencia, del pensamiento[1]. El análisis externo es el encargado de localizar estos hechos y determinar la época, país, y autor de cada uno. La duración, extensión geográfica, origen y filiación de las ideas competen a la síntesis histórica. El análisis interno está aquí fuera de lugar; el hecho se obtiene directamente del documento.

1 Véase más arriba, p. 165. Incluso los hechos particulares que componen la historia de las formas (paleografía, lingüística) se establecen directamente mediante el análisis del documento.

Podemos avanzar todavía un paso más. Las ideas por sí mismas no son sino fenómenos psicológicos; pero la imaginación no crea sus objetos, sino que toma sus elementos de la realidad. Las descripciones de hechos imaginarios se elaboran a partir de otros externos que el autor ha visto en torno suyo. Podemos tratar de localizar tales materiales. Para los periodos y tipos de hechos sobre los que escasean los documentos, para la Antigüedad, para los usos de la vida privada, se ha intentado recurrir a la literatura: poemas épicos, novelas, obras de teatro[2]. El procedimiento no es censurable, a condición de que no se sobrepasen ciertos límites que se olvidan con frecuencia.

Primero. No se aplica a los hechos sociales internos, a la moral, los ideales artísticos. Las ideas morales o estéticas de un documento expresan a lo sumo las preferencias personales del autor; no podemos deducir de ellas ni la moral ni el gusto estético de su época. Al menos, hay que aguardar hasta haber comparado varios autores del mismo periodo.

Segundo. La propia descripción de los hechos materiales puede ser una elaboración personal del autor, fruto de su imaginación, pero es probable que sus *elementos*, aisladamente considerados, sean reales; por tanto, no podemos afirmar sino la existencia individual de los elementos irreductibles: forma, materia, color, cantidad. Cuando el poeta habla de puertas de oro o escudos de plata, no es seguro que hubiese puertas de oro ni escudos de plata; tan sólo que existían puertas, escudos, oro y plata. Hemos de profundizar en el análisis hasta aquel elemento que el autor ha debido tomar por fuerza de la experiencia (los objetos, el uso que se les daba, las acciones cotidianas).

Tercero. La mención de un objeto o de un acto demuestra que existía, pero no que fuese habitual; tal vez se trata de un objeto o acto únicos, o al menos reservados a un círculo res-

2 La Grecia primitiva ha sido estudiada a través de los poemas homéricos. La vida privada en la Edad Media ha sido reconstruida sobre todo con arreglo a los cantares de gesta (véase Ch.-V. Langlois, «Les travaux sur l'histoire de la société française au Moyen Âge d'après les sources litteraires», en la *Revue Historique*, marzo-abril 1897.

tringido; a menudo, poetas y novelistas toman sus modelos de un mundo exclusivo.

Cuarto. Los hechos conocidos por este procedimiento no están localizados ni en el tiempo ni en el espacio: el autor puede haberlos tomado de una época y un país distintos de los suyos.

Todas estas restricciones pueden resumirse así: antes de tomar de una obra literaria cualquier noticia sobre la sociedad en que vivió el autor, hay que preguntarse por el valor que tendría para el conocimiento de nuestras costumbres una noticia de igual naturaleza tomada de una novela contemporánea.

Como las ideas, los acontecimientos externos así obtenidos pueden establecerse a partir de un único documento. Pero con tantas limitaciones y tan mal localizados que para sacar provecho de ellos hay que aguardar a haberlos comparado con otros hechos similares, tarea que corresponde a la síntesis.

Podemos asimilar a las ideas los hechos externos indiferentes y palmarios que el autor mencionó de pasada. En teoría no podemos darlos por ciertos, puesto que vemos que hay quienes se equivocan incluso a propósito de acontecimientos incuestionables, o que mienten hasta cuando se refieren a sucesos indiferentes. Pero estos casos son tan raros que al aceptar como ciertos los acontecimientos de este tipo que conocemos por un único documento, el riesgo que corremos es pequeño; y es lo que se hace en la práctica en el caso de épocas sobre las cuales sabemos poco. Describimos las instituciones de los galos o de los germanos conforme al texto único de César o de Tácito. Estos hechos tan fáciles de constatar debieron imponerse a quienes los describieron como la realidad se impone a los poetas.

II. Por el contrario, la mención de un hecho externo contenida en un documento[3] no basta en ningún caso para darlo por cierto. Hay demasiadas posibilidades de engaño o de error,

---

3 Entendemos aquí por *hecho externo*, en oposición a la *idea*, que es un hecho interno, todo cuanto tiene lugar en la realidad objetiva.

y las circunstancias en que se realizó la afirmación no se conocen lo bastante como para estar seguros de que cualquier riesgo ha desaparecido. El examen crítico no aporta soluciones definitivas; resulta indispensable para evitar errores, pero no nos conduce hasta la verdad.

La crítica no puede *probar* ningún hecho, se limita a indicar probabilidades. No alcanza sino a descomponer los documentos en afirmaciones, cada una de ellas provista de una etiqueta indicativa de su presumible valor: afirmación muy dudosa, poco dudosa, probable, muy probable, de validez desconocida.

Entre todas estas categorías de resultados sólo una es definitiva: *lo dicho por un autor que no dispuso de información sobre el hecho que menciona carece de valor,* y debemos rechazarlo como si se tratara de un documento apócrifo[4]. Sin embargo, la crítica se limita aquí a eliminar noticias imaginarias, sin proporcionarnos otras ciertas. Las únicas conclusiones definitivas de la crítica son conclusiones *negativas*. Todos los resultados positivos siguen siendo dudosos, y podemos resumirlos así: «Contamos con argumentos favorables o contrarios a la certeza de esta afirmación». Pero no son más que *posibilidades:* a diario vemos que una afirmación dudosa puede ser exacta y otra probable falsa, y jamás llegamos a saber lo bastante de las condiciones en que se efectuó la observación como para *tener la seguridad* de que se efectuó correctamente.

Para llegar a un resultado definitivo es necesaria una última operación. Una vez examinadas por la crítica, las afirmaciones se presentan como probables o improbables. Pero consideradas aisladamente, incluso las más probables seguirían siendo meramente probables: no estamos autorizados a dar el

4 Para prescindir de una leyenda, la mayor parte de los historiadores aguardan a que se demuestre su falsedad, y si por casualidad no se han conservado documentos que la contradigan, la aceptan de modo provisional. Es el criterio que se sigue todavía respecto de los cinco primeros siglos de Roma. Este procedimiento, desgraciadamente todavía muy extendido, contribuye a impedir que la historia se constituya como ciencia.

paso decisivo que las convertiría en proposiciones científicas; una proposición científica es una afirmación *indiscutible,* y éstas no lo son.

Un principio universal en toda ciencia experimental es que no se llega a una conclusión científica mediante una observación única: para afirmar una proposición hay que esperar a que el hecho sea comprobado por distintos observadores independientes. La historia, con sus tan imperfectos medios de información, tiene menos derecho que cualquier otra ciencia a sustraerse a este principio. En el supuesto más favorable, una afirmación histórica no es más que una observación efectuada de forma mediocre, y requiere que otras la confirmen.

Toda ciencia se forma mediante la comparación de múltiples observaciones: los hechos científicos son aquellos puntos en que coinciden observaciones diferentes[5]. Cada observación está sujeta a posibilidades de error que no podemos eliminar por completo; pero si varias observaciones coinciden, es casi imposible que se deba a que en todas se cometió el mismo error: el motivo más probable de la coincidencia es que los observadores vieron una misma realidad y la describieron con exactitud. Los errores de cada persona tienden a ser diferentes, y las que concuerdan son las observaciones exactas.

Aplicado a la historia, este principio nos lleva a una última serie de operaciones, a medio camino entre la crítica puramente analítica y las operaciones de síntesis: la comparación de las afirmaciones.

Empezaremos por clasificar los resultados del análisis crítico, de forma que reunamos las afirmaciones sobre un mismo hecho. En la práctica, el método de fichas facilitará la operación, tanto si hemos anotado cada afirmación en una ficha como si hemos creado una ficha por cada suceso, en la que

---

5 Para la justificación lógica de este principio en historia, véase Ch. Seignobos, *Revue Philosophique,* julio-agosto 1887. La certeza científica absoluta se alcanza mediante la coincidencia de observaciones obtenidas por *métodos* diferentes; se halla en el punto de intersección de dos líneas de investigación distintas.

habremos tomado nota de las diferentes menciones del mismo conforme hemos ido encontrándolas. La comparación nos muestra el estado de nuestros conocimientos sobre el hecho; la conclusión definitiva depende de la relación entre las afirmaciones. Hay que estudiar por separado los casos que pueden presentarse.

III. Lo más frecuente, salvo en historia contemporánea, es que los documentos nos proporcionen una única mención de un hecho. En situación semejante, las demás ciencias siguen una regla invariable: una observación aislada no hace ciencia; se la cita (con el nombre del observador), pero sin adelantar conclusiones. Los historiadores no cuentan con motivo razonable alguno para proceder de distinto modo. Cuando para establecer un hecho no cuentan sino con la afirmación de un solo hombre, por más digno de confianza que sea, no deberían dar por sentado el hecho sino limitarse, como hacen los naturalistas, a mencionar la noticia («sostiene Tucídides...», «afirma César que...»), ya que es cuanto pueden asegurar. En realidad todos han respetado la costumbre, como en la Edad Media, de afirmar acogiéndose a la autoridad de Tucídides o de César; muchos llevan la ingenuidad hasta el extremo de decirlo con sus mismas palabras. Entregados de este modo a la credulidad espontánea, sin freno científico, los historiadores llegan a admitir, apoyándose en la presunción insuficiente de un único documento, cuantas afirmaciones no son refutadas por otro. De ahí la absurda consecuencia de que la historia de periodos oscuros, de los que no sabemos sino por un único autor, es más tajante y parece mejor fundada que la de acontecimientos conocidos a través de millares de documentos contradictorios. Las Guerras Médicas, de las que sólo sabemos por Herodoto; las aventuras de Frédégonde, que únicamente narra Gregorio de Tours, están menos expuestas a discusión que los acontecimientos de la Revolución, descritos por centenares de coetáneos. Para sacar a la historia de tan bochornoso estado, es necesaria una revolución en la actitud de los historiadores.

IV. Cuando contamos con varias referencias a un mismo hecho, es posible que coincidan o que se contradigan. Para comprobar que realmente se contradicen, hay que asegurarse de que se refieren a un mismo acontecimiento: dos afirmaciones aparentemente contradictorias pueden no ser sino paralelas, tal vez no se refieran exactamente al mismo momento y al mismo lugar, a las mismas personas y a los mismos episodios de un suceso, y ambas pueden ser exactas[6]. No hay por qué llegar a la conclusión, sin embargo, de que se confirman: una y otra tienen categoría de afirmaciones únicas.

Si la contradicción es real, significa que al menos una de las dos menciones es falsa. Una tendencia natural a la conciliación nos incita entonces a buscar un compromiso, a optar por el término medio. Este ánimo conciliador es lo contrario del espíritu científico. Si uno dice que dos y dos son cuatro y otro que son cinco, no hay que decir que dos y dos son cuatro y medio; hay que averiguar quién tiene razón. Ésta es la misión de la crítica. Casi siempre, una de tales afirmaciones contradictorias es dudosa: debemos descartarla si la otra, opuesta a ella, es muy probable. Si la otra es también dudosa, debemos abstenernos de formular conclusiones, aun en el caso de que varias afirmaciones dudosas coincidan frente a una sola que no lo es[7].

V. Aunque varias noticias coincidan, hay que refrenar la tendencia espontánea a dar el hecho por demostrado. El primer impulso es considerar que cualquier documento es una fuente de información. En la vida real sabemos muy bien que los hombres tienden a copiarse unos a otros, que a menudo varios narradores aprovechan un único relato, que periódicos distintos publican una misma crónica, que varios periodistas se ponen de acuerdo para que sea uno solo de ellos quien redacte

---

6 Bernheim estudia este caso mediante un buen ejemplo: *op. cit.*, p. 421.

7 Casi no merece la pena que advirtamos contra el procedimiento infantil consistente en contar el número de documentos en cada sentido para decidir por mayoría; el testimonio de un solo autor bien informado sobre determinado acontecimiento es evidentemente superior al de otros cien que nada supieron de él. La norma se formuló hace tiempo: *non numerentur, sed ponderentur.*

una noticia. Contamos con varios documentos, incluso con varias menciones, pero ¿corresponden a otras tantas observaciones? Evidentemente, no. Una observación que reproduce otra no es una nueva observación, y aunque una observación fuese reproducida por cien autores diferentes, tampoco esas cien copias representarían más que una sola observación. Considerarlas como cien equivaldría a considerar cien ejemplares impresos de un mismo libro como cien documentos distintos. Pero a veces el respeto que inspiran los «documentos históricos» puede más que la evidencia. La misma afirmación en varios documentos independientes, escrita por diferentes autores, proporciona la ilusión de varias afirmaciones; un mismo hecho, recogido en diez documentos distintos, parece al momento confirmado por diez observaciones diferentes. Hay que desconfiar de esta impresión. Una concordancia no prueba nada si las afirmaciones que coinciden no corresponden a observaciones independientes entre sí. Antes de sacar conclusiones de ninguna clase de una concordancia, debemos comprobar si se trata de una concordancia entre observaciones *independientes;* lo que supone dos operaciones:

Primera. Empezaremos por estudiar si las afirmaciones son independientes o meras reproducciones de una única observación. En parte, esta tarea le corresponde a la crítica externa de fuentes[8]; pero la crítica de fuentes se limita a las relaciones entre los documentos escritos, y se detiene en cuanto ha señalado de qué pasajes de otros autores se sirvió el autor del documento. Hay que prescindir de los pasajes ajenos sin discusión. Pero falta repetir la misma tarea en cuanto a las afirmaciones no escritas. Debemos comprobar las referencias a un mismo hecho para comprobar si proceden de observadores diferentes, o por lo menos de diferentes observaciones.

El principio es similar al de la crítica de fuentes. Los detalles de un fenómeno social son tan variados, y existen tantas formas distintas de ver un mismo fenómeno, que dos observa-

8 Véase más arriba, p. 118.

dores independientes no tienen ninguna posibilidad de coincidir en todo. Si dos noticias recogen los mismos detalles en el mismo orden es que provienen de una observación común; las observaciones diferentes siempre divergen en algunos puntos. A menudo puede resultar útil un principio a priori: si el hecho era de tal índole que únicamente pudo observarlo o informar sobre él un único testigo, todas las fuentes derivan de esta única observación. Estos principios[9] permiten reconocer múltiples casos de observaciones distintas, y todavía más de observaciones copiadas.

Queda un gran número de casos dudosos. La tendencia espontánea es considerarlos como independientes. Lo correcto desde el punto de vista científico es lo contrario: mientras no se demuestre la independencia de los testimonios, no estamos autorizados a admitir que su concordancia sea concluyente.

Sólo podemos hacerlo una vez que hayamos establecido la relación entre las noticias; entonces podemos repasar las que en verdad son distintas y estudiar si concuerdan. Incluso aquí hay que ser precavidos frente al primer impulso: la auténtica concordancia no consiste, como en principio pudiera imaginarse, en una perfecta similitud entre dos informaciones, sino en una confluencia entre dos informaciones diferentes que sólo coinciden en algunos detalles. La tendencia natural es considerar la concordancia como una confirmación, tanto más probatoria cuanto más completa; por el contrario, hay que atenerse a la paradójica norma de que la concordancia aumenta su valor cuando se limita a un reducido número de detalles. Son las coincidencias entre noticias diferentes las que fundamentan los hechos históricos científicamente probados.

Segunda. Antes de formular conclusiones, debemos asegurarnos de que las distintas observaciones del mismo hecho

9 Apenas podemos referirnos aquí a las dificultades particulares de aplicación: cuando el autor, al intentar disimular el préstamo, introdujo diferencias para despistar a sus lectores; cuando el autor mezcló detalles procedentes de dos observaciones.

son plenamente independientes, ya que unas pueden haber influido en otras hasta el punto de que la primera haya condicionado las posteriores, con lo que su concordancia no sería concluyente. Conviene prestar atención a los casos siguientes:

Primer caso: las diferentes observaciones provienen de un mismo autor, que las reflejó en un solo documento o en varios por separado; necesitamos argumentos concretos para admitir que el autor rehizo las observaciones y no se limitó a repetir una observación única.

Segundo caso: los observadores fueron varios, pero delegaron en uno de ellos para que redactase un único documento: es el caso de las discusiones asamblearias. Debemos comprobar si el documento corresponde sólo al criterio del redactor o si los demás observadores supervisaron la redacción.

Tercer caso: varios observadores redactaron sus respectivos testimonios en documentos distintos, pero en condiciones similares. Debemos aplicar el cuestionario crítico para averiguar si no influyeron en todos ellos unas mismas causas de engaño o error (interés común, idéntica vanidad, prejuicios compartidos, etc.).

Sólo las observaciones plasmadas en documentos diferentes, escritas por varios autores, adscritos a grupos distintos, que trabajaron en circunstancias diversas, son independientes con seguridad. Es decir, los casos de concordancia definitivamente concluyente son raros, salvo en época moderna.

La posibilidad de demostrar un hecho histórico depende del número de documentos independientes que se haya conservado sobre él, y el que los documentos se hayan conservado depende de la casualidad; así se explica la intervención del azar en la constitución de la historia.

Los hechos que pueden ser establecidos son sobre todo aquellos que han tenido gran difusión y durado largo tiempo (llamados a veces *hechos generales*: costumbres, doctrinas, instituciones, grandes acontecimientos); fue más fácil observarlos y es más fácil demostrarlos. El método histórico, sin embargo, no es intrínsecamente incapaz de demostrar sucesos breves y

de alcance limitado (lo que se conoce como *hechos particulares*: un discurso, una acción puntual). Basta con que varios individuos presenciaran el hecho, lo reflejaran por escrito y sus escritos hayan llegado hasta nosotros. Sabemos lo que dijo Lutero en la Dieta de Worms; sabemos que no dijo lo que la tradición le atribuye. Esta conjunción de condiciones favorables va haciéndose cada vez más frecuente conforme proliferan los periódicos, los taquígrados y los archivos.

En cuanto a la Antigüedad y la Edad Media, el conocimiento histórico se reduce a los hechos generales, debido a la escasez de documentos. En la época contemporánea se extiende progresivamente a los hechos particulares. El público cree lo contrario: es escéptico respecto de sucesos contemporáneos, acerca de los cuales recibe informaciones contradictorias, y cree a pies juntillas noticias de la Antigüedad que ve generalmente aceptadas. Su confianza es máxima por lo que se refiere a la historia que no cuenta con medios para saber, y su escepticismo crece conforme aumentan las fuentes de información.

VI. No siempre la *concordancia entre documentos* lleva a conclusiones definitivas. Para completarlas o enmendarlas debemos estudiar la *conformidad entre los acontecimientos.*

Acontecimientos distintos que, considerados de modo independiente, no están lo bastante probados, pueden confirmarse entre sí de tal manera que ofrezcan una certidumbre de conjunto. Los sucesos que los documentos presentan aislados se han dado en ocasiones con la suficiente proximidad como para estar mutuamente relacionados. Pertenecen a este género los actos sucesivos de una misma persona o un mismo grupo, las costumbres de un mismo grupo en épocas próximas, y las de grupos similares en una misma época. Por supuesto, cada uno de tales sucesos pudo darse con independencia del resto; la certeza de que uno se produjo no permitiría nunca afirmar la de los demás. Sin embargo, la coincidencia de varios de estos sucesos, cada uno imperfectamente demostrado, proporciona una especie de certeza; en sentido estricto no se demuestran

unos a otros, sino que *se confirman*[10]. La duda que pesaba sobre cada uno de ellos se disipa; llegamos a la clase de certeza que proporciona el encadenamiento de los hechos.

De este modo, al relacionar conclusiones dudosas se obtiene un conjunto moralmente cierto. En el itinerario de un rey, las fechas y lugares por los que pasó se confirman cuando concuerdan de tal modo que forman un todo coherente. Una institución o una tradición de un pueblo quedan demostrados por la coincidencia de testimonios, cada uno de los cuales es meramente probable, referidos a lugares o momentos distintos.

Es un método difícil de aplicar. El acuerdo es una noción mucho más vaga que la concordancia. En general, resulta imposible precisar qué hechos están lo bastante ligados entre sí como para formar un conjunto cuyo acuerdo resulte concluyente, ni fijar por adelantado la duración y extensión de lo que constituye un conjunto. Sucesos registrados con un intervalo de cincuenta años y a cien leguas de distancia unos de otros podrán confirmarse mutuamente de forma que permitan probar la existencia de determinada costumbre en un pueblo (entre los germanos, por ejemplo); pero no probarían nada en el caso de una sociedad heterogénea y en rápida evolución (la sociedad francesa en Alsacia y Provenza entre 1750 y 1800, por ejemplo). Debemos estudiar aquí la relación entre los sucesos. En este punto comienza la estructuración histórica; pasamos del análisis a la síntesis.

VII. Nos queda sin embargo por estudiar el supuesto de la falta de acuerdo entre los sucesos establecidos por los documentos y los demostrados por otros medios. Sucede que un hecho al que hemos llegado por conclusión histórica se halla en contradicción con un conjunto de acontecimientos históricamente conocidos, o con el acervo de lo que sabemos sobre la humanidad por observación directa, o con determinada ley

10 Nos limitamos a señalar aquí el fundamento del método de confirmación: sus consecuencias requerirían una exposición muy extensa.

científica obtenida mediante el método regular de una ciencia establecida. En los dos primeros casos, el hecho se contradice únicamente con la historia, la psicología o la sociología, ciencias mal constituidas todas ellas, y nos limitamos a clasificarlo como inverosímil. Si entra en conflicto con una ciencia se convierte en un milagro. ¿Qué hacer ante un acontecimiento inverosímil o milagroso? ¿Hemos de admitirlo, una vez examinados los documentos, o rechazarlo por principio como imposible?

La inverosimilitud no es un concepto científico, sino que varía según los individuos: a cada cual le parece inverosímil aquello que no está habituado a ver. Para un campesino, un teléfono es mucho menos verosímil que un espectro; un monarca oriental se negó a reconocer la existencia del hielo. Por tanto, hay que especificar a quién le parece inverosímil el acontecimiento. ¿A la masa sin cultura científica? Para ella, la ciencia es menos verosímil que el milagro, la psicología que el espiritismo: su idea de inverosimilitud carece de valor. ¿Al hombre científicamente cultivado? Hablamos entonces de inverosimilitud para un espíritu científico, y sería preferible afirmar que el suceso es contrario a los datos científicos, que existe una falta de acuerdo entre las observaciones directas de los expertos y las informaciones indirectas de los documentos.

¿Cómo resolver este conflicto? La pregunta no tiene gran interés práctico; casi todos los documentos que nos dan cuenta de sucesos milagrosos resultan ya dudosos por otros motivos, y un análisis competente los relegaría. Pero el problema del milagro ha despertado tales pasiones que tal vez resulte interesante que señalemos en qué términos se les plantea a los historiadores[11].

La creencia general en lo maravilloso ha llenado de sucesos milagrosos los documentos de casi todos los pueblos. Históricamente, la existencia del diablo está demostrada con mucha mayor solidez que la de Pisístrato: no contamos con el testimo-

---

11 El P. de Smedt dedicó a esta cuestión parte de sus *Principes de la critique historique*, París, 1887.

nio de uno solo de sus contemporáneos que afirme haber visto a Pisístrato; miles de «testigos oculares» pretenden haberse encontrado con el diablo, y pocos hechos históricos hay que estén fundados sobre semejante número de testimonios independientes. Sin embargo, no vacilamos a la hora de admitir la existencia de Pisístrato y negar la del diablo. La cuestión reside en que la existencia del diablo sería imposible de conciliar con las leyes de todas las ciencias constituidas.

La solución del conflicto resulta evidente para el historiador[12]. Las observaciones que contienen los documentos históricos no tienen nunca el mismo valor que las de los expertos contemporáneos (ya hemos visto por qué). El método histórico indirecto jamás tiene el mismo valor que los métodos directos de las ciencias experimentales. Si los resultados del uno se contradicen con los de las otras, es la historia quien debe ceder; no puede aspirar, con sus métodos imperfectos, a censurar, contradecir o rectificar sus resultados. Por el contrario, debe recurrir a ellos para enmendar los suyos propios. En ocasiones, el progreso de las ciencias experimentales modifica la interpretación histórica; un hecho demostrado por la observación directa sirve para comprender y analizar documentos: los casos de estigmatizados y de anestesia nerviosa científicamente observados han hecho que se admitan los relatos históricos de sucesos análogos (los estigmas de algunos santos, los endemoniados de Loudun). Pero la historia no puede contribuir al progreso de las ciencias directas. Mantenida a distancia de ella por sus medios indirectos de información, acepta las leyes establecidas por las ciencias que sí están en contacto con la realidad. Para refutar una de tales leyes serían necesarias nuevas observacio-

---

12 La solución del problema es distinta para las ciencias experimentales, en particular para las biológicas. La ciencia no conoce lo posible ni lo imposible; sólo sabe de hechos correcta o incorrectamente observados. Hechos tenidos por imposibles, como los aerolitos, han sido reconocidos como ciertos. La propia idea de milagro es metafísica: supone una concepción global del mundo que sobrepasa los límites de la observación. Véase Wallace: *Les miracles et le moderne espiritualisme*, trad. del inglés, París, 1887.

nes directas. Es una revolución posible, pero sólo desde dentro: la historia no puede tomar la iniciativa.

La solución no es tan evidente en el caso de hechos que sólo están en desacuerdo con un conjunto de nociones históricas, o con las incipientes ciencias sociales. Depende de la opinión que cada uno tenga sobre el valor de tales conocimientos. Al menos, puede establecerse la norma de que para desautorizar a la historia, la psicología o la sociología es preciso contar con una muy sólida documentación, lo que no se da sino raras veces.

Libro III
SÍNTESIS

1.
REQUISITOS GENERALES DE LA ESTRUCTURACIÓN HISTÓRICA

El examen de los documentos no nos proporciona sino hechos aislados. Para organizarlos en un corpus científico se precisan varias operaciones de síntesis. La segunda parte de la metodología está dedicada al estudio de tales procedimientos de estructuración histórica.

La estructuración no debe regirse por el criterio de la ciencia ideal que nos gustaría edificar, sino que depende de los materiales de que disponemos en la práctica. Sería una quimera trazarse un plan que los materiales no permitieran realizar, algo así como pretender levantar la torre Eiffel empleando ladrillos. Pasar por alto esta limitación es el defecto fundamental de las filosofías de la historia.

I. Comencemos por echar una ojeada a los materiales de la historia. ¿Cuáles son su forma y su naturaleza? ¿En qué se diferencian de los de otras ciencias?

Los hechos históricos proceden del análisis crítico de los documentos. De ahí los recibimos ya analizados y desmenuzados en afirmaciones elementales. Puesto que una sola frase encierra varias afirmaciones, a menudo se han aceptado unas y rechazado otras; cada una de tales afirmaciones constituye un hecho.

Los hechos históricos comparten la característica común de su procedencia documental, pero son muy distintos entre sí.

Primero. Representan fenómenos de naturaleza muy diversa. En un mismo documento encontramos hechos de

escritura, de lengua, de estilo, de doctrina, de costumbres, de acontecimientos. La inscripción de Mesha proporciona hechos de escritura y de lengua moabitas, la creencia en el dios Khamos, las prácticas de su culto, los avatares de la guerra de los moabitas contra Israel. Todos los hechos nos llegan así entremezclados, sin distinción de naturaleza. Esta mezcolanza heterogénea es una de las características que diferencian a la historia de las demás ciencias. Las ciencias experimentales seleccionan quellos hechos que se proponen estudiar, y sistemáticamente se limitan a observar los de una única especie. Las ciencias documentales reciben los hechos ya observados de la mano de autores de documentos que se los proporcionan en desorden. Para extraerlos de semejante mezcolanza hay que seleccionarlos y agruparlos por clases. Sin embargo, para seleccionarlos habría que saber con precisión qué es lo que debe constituir una *especie* de hechos en historia; para organizarlos, necesitaríamos un criterio de clasificación adecuado a los hechos históricos. Pero los historiadores no han llegado a definir criterios precisos en estas dos cuestiones capitales.

Segundo. Los hechos históricos se presentan en diferentes grados de generalidad: desde los muy generales, comunes a todo un pueblo y que han durado siglos (instituciones, costumbres, creencias), hasta los actos más efímeros de una persona (una frase o un gesto). Se trata de una nueva diferencia con las ciencias experimentales, que por lo común parten de hechos particulares y proceden metódicamente hasta condensarlos en hechos generales. Para formar grupos hay que llevar los hechos a un mismo grado de generalidad, lo que obliga a precisar hasta qué grado de generalidad es posible y conveniente llevar las diferentes clases de hechos. Y en este punto los historiadores no se ponen de acuerdo.

Tercero. Los hechos históricos están localizados: ocurrieron en una época y un país concretos; si se prescinde de la época y el lugar en que se produjeron pierden su carácter histórico y ya no pueden ser utilizados con vistas al conocimiento de la humanidad universal (como ocurre con los hechos del

folclore, cuya procedencia ignoramos). Esta necesidad de localización es asimismo desconocida para las ciencias generales; está limitada a las ciencias descriptivas, que estudian la distribución geográfica y la evolución de los fenómenos. Impone a la historia la obligación de tratar por separado los hechos correspondientes a épocas y países distintos.

Cuarto. Los hechos extraídos de los documentos mediante el análisis crítico se presentan acompañados de una observación acerca de su probabilidad[1]. En todos aquellos casos en que no se tiene una absoluta certidumbre, siempre que el hecho es meramente probable –tanto más si es dudoso– el trabajo de la crítica hace que llegue al historiador con una etiqueta que no está autorizado a retirar, y que no permite incorporarlo al acervo científico definitivo. Incluso aquellos hechos que, tras confrontarlos con otros, acaban por ser demostrados, atraviesan ese estado transitorio, de igual modo que los casos clínicos aguardan en las revistas de medicina hasta que están suficientemente probados y pueden ser reconocidos como hechos científicos.

De modo que la historia debe estructurarse a partir de una masa incoherente de pequeños acontecimientos, una arenilla de mínimos datos puntuales. Son materiales heterogéneos que difieren por su objeto, su situación, su grado de generalidad y de certidumbre. Para clasificarlos, la práctica de los historiadores no nos proporciona método alguno; hija de un género literario, la historia continúa siendo la menos metódica de las ciencias.

II. En toda ciencia, tras haber considerado los hechos, nos planteamos sistemáticamente algunos interrogantes[2]; toda ciencia está formada por un conjunto de respuestas a una serie de interrogantes formulados conforme a un método. Aun cuando no nos las hayamos planteado previamente, en todas las ciencias experimentales los hechos observados sugieren

---

1 Véase más arriba, p. 198.

2 En las ciencias experimentales, la hipótesis es una forma de pregunta, seguida de una respuesta provisional.

preguntas y demandan respuestas. Pero los historiadores no están habituados a semejante rigor. Acostumbrados a imitar a los artistas, muchos de ellos ni siquiera piensan en reflexionar acerca de qué es lo que andan buscando: toman de los documentos aquello que les llama la atención, a menudo por motivos anecdóticos, lo reproducen modificando el lenguaje y añaden cuantas reflexiones de todo tipo se les ocurren.

So pena de extraviarse en la confusión de sus materiales, la historia debe imponerse la norma estricta de proceder siempre mediante interrogantes, al igual que el resto de las ciencias[3]. Ahora bien, ¿cómo formular tales interrogantes en una ciencia tan distinta de las demás? Éste es el problema fundamental del método. El único modo de resolverlo es comenzar por determinar la característica fundamental de los hechos históricos, aquello que los distingue de los de otras disciplinas.

Las ciencias experimentales trabajan con objetos *reales* y completos. La ciencia más próxima a la historia por su objeto, la zoología descriptiva, procede mediante el examen de animales reales y completos. Podemos ver el organismo en su conjunto, diseccionarlo para descomponerlo en los elementos que lo forman; la disección es un *análisis* en sentido estricto (*analúein* significa «disolver», «separar»). Seguidamente podemos devolver cada elemento a su lugar, de forma que estemos en condiciones de apreciar la estructura del conjunto, lo que equivale a una síntesis *real*. Podemos observar el comportamiento *real* de los órganos en movimiento y estudiar cómo interactúan las partes del organismo. Podemos comparar los conjuntos *reales* y ver en qué aspectos se asemejan, para clasificarlos conforme a sus similitudes reales. La ciencia es un conocimiento objetivo basado en el análisis, la síntesis y la comparación *rea-*

3 Fustel de Coulanges entrevió esta necesidad. En el «Prefacio» de sus *Recherches sur quelques problèmes d'histoire* (París, 1885) anuncia que va a publicar sus investigaciones «en la misma forma original que tienen todos mis trabajos, esto es, como preguntas que me hago a mí mismo y a las que trato de dar respuesta».

les; la observación directa de los objetos guía al experto y le dicta las preguntas que debe plantearse.

No existe nada parecido en historia. Se supone un tanto alegremente que la historia es una «visión» de los acontecimientos del pasado, y que procede mediante «análisis». Son dos metáforas, peligrosas si nos dejamos seducir por ellas. En historia *no se ve nada real,* salvo el papel escrito[4], y esporádicamente edificaciones u objetos manufacturados. El historiador no cuenta con nada que pueda analizar realmente, nada que desarmar y recomponer. El «análisis histórico» no es más real que la visión de los hechos históricos; es una mera abstracción, una operación mental sin más. Analizar un documento es estudiar *mentalmente* los datos que contiene para analizarlos uno por uno. Analizar un suceso es separar *mentalmente* sus particularidades (episodios de un acontecimiento, caracteres de una institución) para centrar sucesivamente la atención sobre cada una de ellas; esto es lo que entendemos por examinar los distintos «aspectos» de un acontecimiento: otra metáfora. Confuso por naturaleza, el espíritu humano no recibe por sí otra cosa que vagas *impresiones* globales. Para esclarecerlas, es necesario preguntarse qué impresiones particulares forman una impresión de conjunto, a fin de precisarlas estudiándolas una por una. Esta operación es inexcusable, aunque no se debe exagerar su importancia. No es un método objetivo capaz de descubrir objetos reales; no es más que un procedimiento subjetivo para distinguir los elementos abstractos que forman nuestras impresiones[5]. Por la propia naturaleza de sus materiales, la historia es por fuerza una ciencia subjetiva. No sería

4 El propio Fustel de Coulanges parece haberse confundido: «La historia es una ciencia; no imagina, se limita a observar» *(Monarchie franque,* p. 1). «La historia consiste, como toda ciencia, en constatar hechos, analizarlos, compararlos, señalar la relación que hay entre ellos [...] El historiador [...] indaga y llega hasta los hechos mediante la observación minuciosa de los textos, del mismo modo que el químico lo hace hasta los suyos gracias a experimentos minuciosamente planificados» *(id.,* p. 39).

5 El carácter subjetivo de la historia ha sido insistentemente subrayado por un filósofo, G. Simmel, *Die Probleme der Geschichtphilosophie,* Leipzig, 1892.

razonable hacer extensivas a este análisis intelectual de impresiones subjetivas las reglas del análisis real de objetos reales.

Por tanto, la historia debe guardarse de la tentación de imitar el método de las ciencias naturales. Los hechos históricos son tan distintos de los del resto de las ciencias que para estudiarlos se precisa un método diferente de todos los demás.

III. Fuente exclusiva del conocimiento histórico, los documentos nos informan acerca de tres categorías de acontecimientos:

1) Seres vivos y objetos materiales. Los documentos nos dan a conocer la existencia de seres humanos, circunstancias materiales, objetos artificiales. Todos estos hechos fueron acontecimientos materiales que el autor del documento percibió físicamente. Pero para nosotros son meros fenómenos intelectuales, hechos que vemos «a través de la imaginación del autor» o, para hablar con propiedad, *imágenes* representativas de las impresiones del autor, imágenes que formamos por *analogía* con las suyas. El templo de Jerusalén fue un ente físico visible, pero nosotros ya no podemos verlo, tan sólo representamos una imagen análoga a la de quienes lo vieron y lo describieron.

2) Actos humanos. Los documentos nos dan cuenta de lo que hicieron (y dijeron) los hombres de otras épocas, hechos materiales que los autores vieron y oyeron, pero que para nosotros no son más que los recuerdos de éstos, representados tan sólo por imágenes subjetivas. Hubo quienes vieron cómo apuñalaban a César, quienes oyeron las voces de sus asesinos; para nosotros son simples imágenes. Todo cuanto se ha hecho o dicho comparte este mismo carácter, el de haber sido la acción o la palabra de un individuo; la imaginación no puede representarse más que actos *individuales*, a semejanza de aquellos que nos muestra físicamente la observación directa. Puesto que se trata de actos de hombres que vivían en sociedad, los más de ellos fueron llevados a cabo por varios individuos, que tal vez se pusieron de acuerdo entre ellos con vistas a un objetivo común: son actos *colectivos*. Pero tanto para la

imaginación como para la observación directa, se reducen en cualquier caso a un conjunto de actos individuales. Conforme reconocen muchos sociólogos, el «hecho social» no es un hecho histórico, sino un concepto filosófico.

3) Motivaciones e ideas. Los actos humanos no encierran su causa en sí mismos; tienen un *motivo.* Este término impreciso designa a la vez el *impulso* que lleva a realizar un acto y la *representación* consciente que formamos de él en el momento de llevarlo a cabo. No podemos imaginar los motivos sino en la mente de una persona, en forma de representaciones internas imprecisas, análogas a las que nosotros mismos tenemos de nuestros propios estados de ánimo. No podemos expresarlas sino mediante palabras, por lo general en términos metafóricos. Son los hechos *psíquicos* (vulgarmente llamados sentimientos e ideas). Los documentos nos los muestran de tres tipos: a) Motivos e ideas de los autores que los reflejaron; b) Motivos e ideas que los autores atribuyeron a aquellos de sus contemporáneos cuyas actuaciones presenciaron; c) Motivos que nosotros mismos podemos suponer para los actos recogidos en los documentos, y que nos representamos a semejanza de los nuestros.

Hechos materiales, actos humanos individuales y colectivos, hechos psíquicos, he aquí todos los objetos del conocimiento histórico; todos son *imaginados*, ninguno observado de modo directo. Los historiadores trabajan siempre con imágenes, la mayoría sin caer en la cuenta de ello, convencidos de estar observando realidades.

IV. Así pues, ¿cómo imaginar hechos que no sean por completo imaginarios? Los hechos imaginados por el historiador son forzosamente subjetivos; ésta es una de las razones que se aducen para negar a la historia el carácter de ciencia. Pero subjetivo no es sinónimo de irreal. Un recuerdo no es más que una imagen; sin embargo, no es una quimera, sino la representación de una realidad pretérita. Es cierto que el historiador, puesto que trabaja sobre documentos, no cuenta con recuerdos personales; pero forma imágenes conforme al modelo de

sus recuerdos. Parte de la base de que los acontecimientos de otros tiempos (objetos, actos, motivos), observados entonces por los autores de los documentos, fueron similares a los hechos contemporáneos que él mismo ha presenciado y recuerda. Es el principio de todas las ciencias documentales. Si los hombres de la Antigüedad no hubiesen sido similares a los actuales, no comprenderíamos los documentos en absoluto. Basándose en esta similitud, el historiador se forma una imagen de los acontecimientos de la Antigüedad similar a la que guarda de aquellos que él mismo ha observado.

Esta operación, que realizamos de modo inconsciente, es una de las principales ocasiones de error en historia. Los acontecimientos pretéritos que debemos imaginar no son del todo similares a los que hemos presenciado en la actualidad: no hemos visto a nadie semejante a César o a Clovis, ni experimentado estados de ánimo similares a los suyos. En las ciencias constituidas se trabaja también sobre hechos observados por otros que es preciso representarse por analogía, pero tales hechos se encuentran definidos en términos precisos que indican qué elementos constantes debe incluir la imagen. Incluso en fisiología, los conceptos están definidos con la suficiente claridad como para que una misma palabra evoque en todos los naturalistas una imagen similar de un órgano en acción. Esto es así gracias a que cada concepto designado por un nombre se ha formado mediante un método de observación y abstracción que ha especificado y descrito todos sus caracteres comunes.

Cuanto más próxima se halla una noticia a los actos internos que no podemos ver, más confusas se vuelven las ideas y menos preciso el lenguaje. No conseguimos expresar los hechos humanos, ni siquiera los más habituales –condiciones sociales, actos, motivaciones, sentimientos– sino mediante términos vagos –rey, guerrero, combatir, elegir–. Para los fenómenos más complejos, la lengua es tan poco precisa que ni siquiera abarca los elementos necesarios del fenómeno. ¿Qué es una tribu, un ejército, una industria, un mercado, una revolución? La historia comparte en este punto la imprecisión de

todas las ciencias humanas, psicológicas o sociales. Pero su modo de representación indirecta mediante imágenes hace esa imprecisión todavía más peligrosa. Nuestra imagen de la historia debiera al menos reproducir los rasgos esenciales de aquella que tuvieron en sus mentes quienes presenciaron los acontecimientos pasados: pero los términos en que vertieron sus imágenes no nos dicen nunca con exactitud cuáles fueron sus elementos esenciales.

Acontecimientos que no hemos presenciado, descritos en términos que no nos permiten representárnoslos con exactitud: he aquí los datos de la historia. El historiador, obligado no obstante a formarse imágenes de los hechos, debe asumir la responsabilidad de no hacerlo sino con los elementos exactos, de forma que se los represente tal como si hubiera podido presenciarlos él mismo[6]. Sin embargo, para acuñar una imagen necesita elementos que la documentación no le proporciona. Cualquiera que trate de imaginar una batalla o una ceremonia a partir de los datos de una crónica, por detallada que ésta sea, comprobará cuántos debe añadir. Esta carencia se deja sentir físicamente en las reconstrucciones de monumentos a partir de descripciones (la del templo de Jerusalén, por ejemplo), en los cuadros que pretenden representar escenas históricas, en las ilustraciones de la prensa gráfica.

Toda imagen histórica contiene una parte considerable de fantasía. El historiador no puede librarse de ella, pero sí ser consciente de la proporción de elementos reales a partir de los que forma sus imágenes, para apoyarse exclusivamente en ellos; tales elementos son aquellos que ha tomado de los documentos. Si para comprender el enfrentamiento entre César y Ariovisto precisa imaginar los respectivos ejércitos, cuidará de no sacar conclusiones a partir del aspecto general que les atri-

6 Carlyle y Michelet han acertado a expresarlo con brillantez. Es también el sentido de la célebre frase de Ranke: «Quiero contarlo tal como sucedió» *(Wie es eigentlich gewessen)*.

buya; deberá reflexionar basándose únicamente en los datos reales suministrados por los documentos.

V. El problema del método histórico queda finalmente así precisado. Formamos imágenes con los datos dispersos en los documentos. Algunas son totalmente materiales, suministradas por los monumentos plásticos, y representan indirectamente uno de los aspectos reales de las cosas del pasado. La mayor parte (todas las imágenes de actos psíquicos se encuentran en este caso) se forman a semejanza de las imágenes bosquejadas en la Antigüedad, y sobre todo de los acontecimientos actuales que hemos observado. Puesto que las cosas del pasado no se asemejaban sino en parte a las actuales, y es precisamente la diferencia lo que le interesa a la historia, ¿cómo representarnos esos rasgos diferentes para los cuales carecemos de modelo? No hemos visto tropa alguna semejante a los guerreros francos, ni experimentado personalmente los sentimientos de Clovis en el momento de partir para la guerra contra los visigodos. ¿Cómo imaginar tales hechos de modo que resulten conformes con la realidad?

Veamos qué sucede en la práctica. Mediante un gesto espontáneo que escapa a nuestro control, cuando leemos una frase en un documento se forma en nuestro cerebro una imagen. Esta imagen, fruto de una analogía superficial, por regla general es absolutamente falsa. Cada uno de nosotros puede indagar en sus propios recuerdos el modo disparatado como imaginó en un primer momento los personajes y acontecimientos del pasado. La tarea de la historia consiste en rectificar gradualmente nuestras imágenes y sustituir uno por uno los rasgos falsos por otros exactos. Hemos visto individuos pelirrojos, escudos, hachas (o dibujos de todo ello); recurrimos a estos rasgos para corregir nuestra imagen primera de los guerreros francos. La imagen histórica acaba así por convertirse en una combinación de rasgos procedentes de distintas experiencias.

No basta con que nos representemos los individuos y las acciones de forma aislada. Los hombres y sus actos forman parte de un conjunto, de una sociedad, de un proceso evolu-

tivo: debemos por tanto representarnos también las relaciones entre los hombres y los actos (naciones, gobiernos, leyes, guerras).

Sin embargo, para imaginar tales relaciones es preciso imaginar un conjunto, y los documentos no nos proporcionan sino rasgos aislados. Incluso en este punto el historiador se ve obligado a echar mano de un procedimiento subjetivo. Imagina una sociedad o un proceso evolutivo, y en este cuadro imaginario ordena los rasgos que le aportan los documentos. De este modo, en tanto la clasificación biológica parte de un conjunto real objetivamente observado, la clasificación histórica no puede realizarse sino a partir de un conjunto mentalmente imaginado.

No vemos el pasado; no sabemos de él sino por su semejanza con el presente. Para imaginar en qué condiciones se produjeron los acontecimientos pretéritos debemos indagar, mediante la observación de la humanidad actual, en qué condiciones se dan hoy acontecimientos análogos. La historia sería así una aplicación de las ciencias humanas descriptivas (psicología descriptiva, sociología o ciencias sociales); pero todas ellas son aún ciencias imperfectas, y su debilidad retrasa la constitución de una ciencia de la historia.

No obstante, la vida humana comporta exigencias tan necesarias y evidentes que la más grosera observación basta para advertirlas. Nos referimos a aquellas de las que participa la humanidad entera: nacen de la fisiología, de la que derivan las necesidades materiales de las personas, o de su psicología, que origina sus hábitos de conducta. Es posible, pues, preverlas mediante un cuestionario de carácter general válido para cualquier ocasión. Al igual que la crítica histórica, y por igual motivo –la imposibilidad de la observación directa– la construcción histórica se ve obligada a recurrir al método del cuestionario.

Al igual que los hombres y las sociedades, los actos humanos objeto de la historia difieren de una época a otra y de uno a otro país; es más, el objeto de la historia es el estudio de tales

diferencias: si los hombres hubiesen estado siempre bajo un mismo gobierno y hablado un mismo idioma, no existiría la historia de los gobiernos, como tampoco la de las lenguas. Pero tales diferencias participan de las condiciones generales de la vida humana; no son sino variaciones de determinadas formas de ser y actuar comunes para toda la humanidad, o al menos para la mayor parte de ella. No sabemos en un primer momento cuáles fueron la forma de gobierno ni la lengua de un pueblo histórico: le corresponde al historiador averiguarlo. Pero de entrada y en cualquier circunstancia suponemos que dicho pueblo tuvo una lengua y una forma de gobierno.

Si preparamos una relación de los fenómenos fundamentales con que podemos esperar encontrarnos en la vida de cualquier hombre y de cualquier pueblo obtendremos un cuestionario universal, reducido pero suficiente para ordenar la masa de los hechos históricos en un determinado número de apartados comunes, cada uno de los cuales dará origen a una rama particular de la historia. Este cuadro de clasificación general nos proporcionará el andamiaje de la estructuración histórica.

El cuestionario universal comprende únicamente los fenómenos habituales; no puede prever los miles de acontecimientos puntuales o accidentales que forman parte de la vida de un hombre o de una nación. Por tanto, no incluirá todas las preguntas a que debe dar respuesta el historiador para ofrecernos un cuadro completo del pasado. El estudio detallado de los hechos requerirá cuestionarios más pormenorizados, distintos según el tipo de sucesos, individuos o sociedades que hayan de ser estudiados. Para elaborarlos podemos comenzar por preparar las preguntas concretas que nos haya sugerido la propia lectura de los documentos; sin embargo, para ordenar el cuestionario –y a menudo, incluso para completarlo– habremos de recurrir a un procedimiento metódico. Entre las categorías de acontecimientos, personajes y sociedades ya bien conocidos, buscaremos aquellos que se asemejen a los hechos, al personaje, a la sociedad que hemos de estudiar. Al analizar

los esquemas científicos elaborados para tales casos ya estudiados, veremos qué preguntas deben plantearse a propósito del caso análogo que nos ocupa. Huelga decir que la elección del esquema modelo deberá llevarse a cabo con cuidado; no hay que aplicar a una sociedad bárbara un cuestionario pensado para estudiar un país civilizado, ni tratar de dar en un ámbito feudal con el equivalente de los actuales ministerios –como hizo Boutaric en su estudio sobre la administración en el reinado de Alfonso de Poitiers–.

Este método del cuestionario, que basa la construcción histórica en su totalidad sobre un procedimiento a priori, resultaría inaceptable si la historia fuese verdaderamente una ciencia experimental; y puede tal vez parecer risible si lo comparamos con los métodos a posteriori de las ciencias naturales. Sin embargo, su justificación es sencilla: es el único método aplicable, y de hecho el único que se ha aplicado jamás. En cuanto un historiador intenta poner en orden la información proporcionada por los documentos, elabora a partir de lo que sabe –o cree saber– de los asuntos humanos un esquema expositivo que equivale a un cuestionario (a no ser que adopte el esquema elaborado por un predecesor mediante igual procedimiento). Pero cuando esta tarea se ha llevado a cabo de forma inconsciente, el esquema queda incompleto y confuso. De modo que no se trata de decidir si se trabajará con o sin cuestionario a priori –puesto que siempre se tendrá uno–, sino de optar entre un cuestionario inconsciente, confuso e incompleto, u otro consciente, preciso y completo.

VI. Podemos trazar ahora el esquema de la estructuración histórica, de forma que establezcamos la serie de operaciones de síntesis necesarias para levantar el edificio.

El análisis crítico de los documentos nos ha proporcionado los materiales, que son los hechos históricos todavía en desorden. Empezaremos por *imaginarlos* conforme al modelo de los sucesos actuales que consideramos análogos; intentaremos, mediante la combinación de fragmentos tomados de diferentes ámbitos de la realidad, lograr una imagen lo más

parecida posible a la que nos habría proporcionado la observación directa del acontecimiento. Se trata del primer paso, indisolublemente ligado en la práctica a la lectura de los documentos. En la creencia de que bastaba indicar aquí su naturaleza, hemos renunciado a dedicarle un capítulo aparte[7].

Agruparemos los hechos así imaginados conforme a esquemas elaborados a partir del modelo de un conjunto observado en la realidad que supongamos análogo al conjunto pretérito. Es el segundo paso; lo llevaremos a cabo sirviéndonos de un cuestionario, y nos permitirá separar de la masa de acontecimientos históricos fragmentos de igual naturaleza que agruparemos seguidamente entre sí hasta que toda la historia del pasado quede ordenada conforme a un esquema universal.

Una vez hayamos situado en este esquema los hechos tomados de los documentos quedarán lagunas, siempre considerables, enormes en el caso de aquellos periodos de la antigüedad en que los documentos escasean. Trataremos entonces de colmar algunas de ellas mediante *razonamientos* a partir de los hechos conocidos. Éste es –o debiera ser– el tercer paso; merced a una operación lógica, acrecienta la masa de los conocimientos históricos.

Aún no tenemos sino una masa de hechos yuxtapuestos mediante esquemas. Hemos de condensarlos en *definiciones*, para intentar señalar sus rasgos generales y la relación que guardan entre sí. Es el cuarto paso; nos lleva a las conclusiones últimas de la historia, y con él acaba la estructuración histórica desde el punto de vista científico.

Pero como el conocimiento histórico, complejo y trabajoso por naturaleza, es excepcionalmente difícil de comunicar, nos falta aún dar con los procedimientos para *exponer* los resultados de la historia.

VII. Esta serie de pasos, fácil de imaginar, no ha sido nunca aplicada sino en parte. Se ve obstaculizada por impedimentos materiales de los que las teorías metodológicas pres-

7 Véanse las páginas 219 a 222.

cinden, pero a los que es preferible enfrentarse para comprobar si, en efecto, continúan siendo insuperables.

Desde que se da con el documento hasta que por último se formula la conclusión, las operaciones históricas son tantas, reclaman precauciones tan minuciosas, cualidades innatas y hábitos tan diversos, que en modo alguno una única persona puede llevarlas a cabo *por sí misma* en su integridad, de principio a fin. La historia está en peores condiciones que cualquier otra ciencia para prescindir de la división del trabajo; sin embargo, es la que menos la aplica. Vemos cómo eruditos especialistas escriben historias generales en las que manejan los hechos conforme su imaginación les dicta[8] y cómo otros la «estructuran» utilizando materiales de cuyo valor no se han cerciorado[9]. La división del trabajo implica un acuerdo entre los operarios, y en historia semejante acuerdo no existe. Salvo en las tareas preparatorias de la crítica externa, cada cual procede según su criterio particular, sin método común, desentendiéndose del conjunto en el que se ha de integrar su trabajo. Razón por la cual ningún historiador puede utilizar lo hecho por otro con plena confianza, conforme sucede en las ciencias constituidas, puesto que ignora si se llevó a cabo mediante procedimientos fiables, y los más escrupulosos acaban por no admitir nada sino tras haber rehecho personalmente el trabajo documental: ésta era la postura de Fustel de Coulanges. Tan sólo, y a duras penas, puede satisfacerse esta exigencia en el caso de periodos mal conocidos, cuya documentación íntegra cabe en unos pocos volúmenes; y sin embargo, hemos llegado a elevar a la categoría de dogma el que un historiador jamás debe trabajar valiéndose de documentación de segunda mano[10]. Lo hacemos por necesidad, cuando los documentos

8 Curtius en su historia de Grecia, Mommsen en su historia de Roma (anterior al Imperio), Lamprecht en su historia de Alemania.

9 Bastará citar en este punto a Augustin Thierry, Michelet o Carlyle.

10 Véanse en Guiraud, *Fustel de Coulanges* (París, 1896, p. 164) observaciones sumamente acertadas sobre esta pretensión.

son demasiado numerosos como para leerlos todos; pero nos lo callamos por temor al qué dirán.

Sería preferible admitir con franqueza la realidad. Una ciencia tan compleja como la historia, en la que de ordinario se necesita acumular los hechos *por millones* antes de poder llegar a conclusión alguna, no puede consolidarse debido a este perpetuo volver a empezar. La estructuración de la historia no se lleva a cabo con documentos, de igual modo que la historia «no se escribe con manuscritos», y por la misma razón, por una cuestión de tiempo. Para lograr que la ciencia progrese hay que sintetizar los resultados obtenidos por miles de especialistas.

¿Cómo proceder, sin embargo, ya que la mayor parte de los trabajos han sido realizados conforme a métodos dudosos, cuando no incorrectos? La confianza universal nos llevaría al error con tanta seguridad como la desconfianza universal nos abocaría a la impotencia. He aquí al menos una regla que nos permitirá orientarnos: los trabajos de los historiadores deben leerse con iguales cautelas críticas que los documentos originales. El instinto natural nos lleva a buscar en ellos sobre todo las conclusiones, y a aceptarlas como verdades indiscutibles. Por el contrario, debemos buscar, mediante un constante análisis, los hechos, las *pruebas*, los fragmentos de documentos; en suma, los materiales. Reharemos el trabajo del autor, pero con mucha mayor rapidez, puesto que lo que lleva tiempo es reunir los materiales; y de sus conclusiones aceptaremos únicamente aquellas que nos parezcan fundadas.

2.
ORDENACIÓN DE LOS HECHOS

I. Ante el caos de los hechos históricos, la primera necesidad que se le impone al historiador es acotar su campo de investigación. ¿Qué hechos optará por reseñar, del océano de la historia universal? Después tendrá que crear apartados y clasificar los acontecimientos seleccionados. Por último, dentro de cada apartado deberá ordenar los hechos uno por uno. De modo que toda ordenación histórica ha de comenzar por la elección de un criterio para seleccionar, clasificar y disponer los hechos. Podemos basar dicho criterio en las circunstancias externas en que se produjeron los hechos o en la propia naturaleza de los mismos.

El criterio más sencillo y fácil es el de ordenación conforme a las circunstancias externas. Todo acontecimiento histórico se produce en un determinado momento y lugar, en el ánimo de un individuo o entre un grupo de individuos: se trata de esquemas cómodos para delimitar y ordenar los hechos. Así surge la historia de un periodo, de un país, de una nación, de una persona (biografía); los historiadores de la Antigüedad y del Renacimiento no aplicaron otro criterio. A partir de este esquema general, las subdivisiones se realizan conforme al mismo principio, y los acontecimientos se disponen por orden cronológico, según lugares o grupos. En cuanto a la elección de los hechos que se han de incluir en el esquema, durante mucho tiempo se ha procedido sin un criterio fijo: conforme a sus inclinaciones personales, los historiadores tomaban cuanto les parecía interesante o curioso de lo ocurrido en determinado

periodo, país o nación. Juntamente con guerras y revoluciones, Tito Livio y Tácito daban cuenta de riadas, epidemias y hallazgos de monstruos.

La clasificación de los hechos conforme a su naturaleza se introdujo muy tarde, con lentitud y de modo incompleto. Surgió con independencia de la historia, en los estudios especializados en determinadas clases de hechos humanos: lengua, literatura, artes, derecho, economía política, religión, etc., que comenzaron siendo dogmáticos y paulatinamente pasaron a ser históricos. El fundamento de esta clasificación es el de seleccionar y agrupar los hechos referidos a un mismo tipo de actos; cada uno de tales tipos pasa a ser objeto de una rama particular de la historia. De este modo, los hechos se integran en un esquema que puede ser trazado a priori mediante el estudio del conjunto de las actividades humanas; se trata del cuestionario general al que nos referimos en el capítulo anterior.

El siguiente cuadro es un intento de clasificación general de los hechos históricos[1] basado en la naturaleza de las *condiciones* y de las *manifestaciones* de la actividad.

A. CONDICIONES MATERIALES. 1.° *Estudio de los cuerpos:* a) Antropología (Etnología), Anatomía y Fisiología, anomalías y particularidades patológicas. b) Demografía (número, sexo, edad, nacimientos, defunciones, enfermedades). 2.° *Estudio del medio:* a) Medio natural geográfico (relieve, clima, aguas, suelo, flora y fauna). b) Medio artificial, acondicionamiento (cultivos, edificios, vías de comunicación, utensilios, etc.).

B. HÁBITOS INTELECTUALES (no obligatorios) 1.° *Lengua* (vocabulario, sintaxis, fonética, semántica). Escritura.

1 La clasificación de Lacombe *(De l'histoire considerée comme science,* cap. VI) atiende a los móviles de los actos y a las necesidades que pretenden satisfacer. Aunque es sumamente correcta desde el punto de vista filosófico, no responde a las necesidades prácticas de los historiadores. Se basa en categorías psicológicas abstractas (económica, genésica, simpática, honorífica, etc.) y lleva a incluir en el mismo apartado tipos de manifestaciones muy diferentes (las instituciones militares junto con la economía).

2.º: *Artes* a) Artes plásticas (condiciones de producción, ideas, procedimientos, obras). b) Artes de la expresión, música, danza, literatura. 3.º *Ciencias* (condiciones de producción, métodos, resultados). 4.º *Filosofía y moral* (ideas, preceptos, práctica real). 5.º *Religión* (creencias, prácticas)[2] .

C. COSTUMBRES MATERIALES (no obligatorias). 1.º *Necesidades primarias.* a) Alimentación (materias primas, guisos, condimentos). b) Vestido y arreglo. c) Habitación y mobiliario. 2.º *Vida privada:* a) Empleo del tiempo (aseo personal, cuidado corporal, comidas). b) Etiqueta social (bodas y funerales, fiestas, etiqueta). c) Diversiones (ejercicios y caza, espectáculos y juegos, reuniones, viajes).

D. ORGANIZACIÓN DE LA ECONOMÍA. *1.º Producción:* a) Cultivos y cosechas. b) Explotación de minerales. 2.º *Transformación. Transporte e industria:* procedimientos técnicos, división del trabajo, vías de comunicación[3]. 3.º *Comercio:* venta e intercambio, crédito. 4.º *Distribución:* régimen de propiedad, transmisión, contratos, distribución de bienes.

E. INSTITUCIONES SOCIALES. 1.º *Familia:* a) Constitución, autoridad, condición de la mujer y de los hijos. b) Organización económica[4]. Propiedad familiar, herencia. 2.º *Educación e instrucción* (finalidad, procedimientos, personal docente). 3.º *Clases sociales* (principio de división, normas de relación).

F. INSTITUCIONES PÚBLICAS (obligatorio). 1.º *Instituciones políticas:* a) Soberano (funcionarios, modo de actuación). b) Administración, servicios (guerra, justicia, finanzas, etc.) c) Poderes electos, asambleas, cuerpos electorales (agentes, modo de actuación). 2.º *Instituciones eclesiásticas (id. ant.)*

---

2 Las instituciones eclesiásticas forman parte del gobierno; los manuales alemanes sobre la Antigüedad las incluyen entre las instituciones, en tanto que clasifican en un mismo apartado la religión y las artes.

3 A menudo considerados como comercio, los transportes son un tipo de industria.

4 La propiedad es una institución mixta, económica, social y política.

3.° *Instituciones internacionales:* a) Diplomacia. b) Guerra (usos bélicos y artes militares). c) Derecho privado y comercio.

La clasificación de los hechos conforme a su naturaleza se combina con la clasificación según la época y el lugar en que se produjeron, de forma que se obtienen en cada una de las ramas apartados cronológicos, geográficos o nacionales. La historia de un tipo de actos (la lengua, la pintura o el gobierno) se subdivide en historia de los periodos, los países, las naciones (historia de la lengua griega en la Antigüedad, historia del gobierno francés en el siglo XIX).

Idénticos principios sirven para decidir el orden en que dispondremos los hechos. La necesidad de presentar los hechos uno tras otro obliga a adoptar un criterio metódico sucesivo. Por tanto, podemos exponer todos los acontecimientos ocurridos en una misma época o en un mismo país, o todos los hechos de la misma clase. Cualquier tema histórico puede ordenarse conforme a tres criterios distintos: el *cronológico* (orden temporal); el *geográfico* (orden de lugar, que frecuentemente coincide con el de naciones), y el de tipos de actos, que habitualmente recibe el nombre de *orden lógico.* Es imposible atenerse exclusivamente a uno de ellos: en toda exposición cronológica es necesario delimitar zonas geográficas o lógicas, pasar de un país a otro y de un tipo de hechos a otro, y a la inversa. Pero siempre hay que decidir cuál será el criterio dominante, respecto del cual los demás serán meras subdivisiones.

La elección entre estos tres tipos de criterios es delicada, y debe hacerse atendiendo a diferentes razones, según el asunto y el tipo de público al que nos dirijamos. El cómo lo expongamos dependerá de esto último; pero para explicar la teoría habríamos de extendernos demasiado.

II. Apenas comencemos a seleccionar los hechos históricos para clasificarlos, daremos con un problema que ha suscitado discusiones enconadas.

Todo acto humano es por naturaleza un hecho individual, pasajero, que no se da sino en un momento y lugar únicos. En realidad, todo hecho es único. Pero todo acto que lleva a cabo

un hombre es similar a otros que él o sus semejantes realizaron ya anteriormente, con frecuencia hasta tal punto que se confunden bajo idéntica denominación. Tales actos similares, cuya afinidad percibe de inmediato el espíritu humano, reciben el nombre de costumbres, usos, instituciones. No son sino ideas abstractas, pero se imponen con tal fuerza al entendimiento humano que muchas se convierten en criterios obligados; tales costumbres son hechos colectivos, dilatados en el tiempo, extensos en el espacio.

Así pues, podemos considerar los hechos históricos desde dos perspectivas opuestas: atendiendo a su aspecto individual, concreto y pasajero, o a su aspecto colectivo, general y duradero. De acuerdo con el primer criterio, la historia es la narración ordenada de cuanto les ocurrió a quienes vivieron en el pasado; conforme al segundo, es el retrato de las sucesivas costumbres humanas.

Sobre este punto se libró, en particular en Alemania, la batalla entre los partidarios de la historia de la civilización (*Cultur geschichte*)[5] y los historiadores profesionales, fieles a la antigua tradición. En Francia, el enfrentamiento se dio entre la historia de las instituciones, de las costumbres y de las ideas, y la historia política, desdeñosamente motejada de "historia-batalla" por sus detractores.

Semejante oposición se explica porque los miembros de cada bando estaban habituados a manejar un tipo diferente de documentos. Los historiadores, preocupados sobre todo por la historia política, atendían a los actos individuales y pasajeros de los gobernantes, en los que resulta sumamente difícil apreciar rasgo general alguno. Al contrario, en las historias particulares (salvo en la de la literatura) los documentos no muestran sino rasgos generales: una forma de lenguaje, un rito religioso, una norma jurídica; hay que hacer un esfuerzo de imaginación para evocar a la persona que redactó el documento, observó el ritual, aplicó la norma.

---

5 Para la historia y la bibliografía de este movimiento, véase Bernheim, *op. cit.*, pp. 45-55.

No es preciso tomar partido en tal controversia. La ordenación histórica completa supone el estudio de los hechos desde ambos puntos de vista. El esquema de los hábitos de pensamiento, de vida y de conducta de los hombres es evidentemente una parte fundamental de la historia. Y sin embargo, aunque reuniésemos todos los actos de todos los individuos para extraer de ellos cuanto tienen en común, quedaría un residuo del que no podemos prescindir, puesto que se trata del elemento propiamente histórico. Determinados actos fueron llevados a cabo por un individuo o una colectividad en un momento concreto. En un cuadro que se redujera a los acontecimientos generales de la vida política, no habría lugar para la victoria de Farsalia o la toma de la Bastilla, hechos accidentales y pasajeros, pero sin los cuales la historia de las instituciones romanas o francesas sería imposible de comprender.

Así, la historia está obligada a combinar el estudio de los hechos generales con el de determinados sucesos particulares. Tiene un carácter ambiguo, mitad ciencia, mitad relato novelesco. El problema que representa la inclusión de este híbrido en alguna de las categorías del pensamiento humano se ha expresado con frecuencia mediante una pregunta pueril: la historia, ¿es un arte o una ciencia?

III. El cuadro general antes expuesto puede hacer las veces de cuestionario para determinar todos los tipos de costumbres (usos e instituciones) cuya historia podemos tratar de escribir. Pero antes de que apliquemos este cuadro general al estudio de un conjunto cualquiera de costumbres históricas (lengua, religión, vida privada o instituciones políticas) hay que solventar una cuestión previa: ¿quiénes practicaban las costumbres que vamos a estudiar? Las compartía un número considerable de individuos de similares hábitos, que consideraremos como *grupo*. Por consiguiente, para estudiar una costumbre, el primer requisito es concretar quiénes la practicaban. Hay que mantenerse en guardia en este punto frente al primer impulso, que nos inclina a una falta de rigor capaz de invalidar todo el esquema histórico.

La tendencia espontánea es imaginar el grupo humano como un rebaño, un conjunto de individuos similares. Tomamos un grupo que comparte una característica muy evidente, una nación con un mismo gobierno oficial (romanos, ingleses, franceses), un pueblo que habla una misma lengua (griegos, germanos), y procedemos como si todos los miembros del grupo fuesen semejantes en todo y compartiesen idénticos hábitos.

En la práctica ninguna colectividad real, ni siquiera una sociedad centralizada, es un conjunto homogéneo. En grandes áreas de la actividad humana, la colectividad es diversa: en el arte, la lengua, la ciencia, la religión, la vida económica. ¿Qué quiere decir «la colectividad de quienes hablan griego», «la colectividad de los cristianos», «la colectividad de los modernos científicos»? Incluso las colectividades definidas por una organización oficial, los estados y las iglesias, no son otra cosa que entes de apariencia unitaria formados por elementos heterogéneos. La nación inglesa abarca a los galeses, los escoceses y los irlandeses; la iglesia católica la integran fieles repartidos por el mundo entero y absolutamente distintos en todo salvo en la religión. No hay colectividad cuyos miembros compartan unas mismas costumbres en todos los ámbitos. Una misma persona pertenece a varias colectividades a la vez, y en cada una de ellas se reúne con camaradas diferentes. Un canadiense de habla francesa es miembro del estado británico, de la iglesia católica, de la comunidad francófona. Los grupos se solapan entre sí, de modo que es imposible dividir a la humanidad en colectividades yuxtapuestas y claramente distintas.

En los documentos históricos encontramos los nombres que sus contemporáneos dieron a las colectividades; muchos de ellos se basan en semejanzas superficiales. Antes de aceptar semejantes lugares comunes, debemos imponernos la obligación de analizarlos. Debemos delimitar la naturaleza y el ámbito de cada comunidad preguntándonos quiénes la formaban, qué costumbres compartían, qué vínculo los unía, qué hacían que no hiciesen los demás. Sólo entonces veremos para qué costumbres puede servirnos como marco de estudio la

comunidad, y esto nos conducirá a escoger el tipo de comunidad conforme al tipo de hechos. Para estudiar los hábitos intelectuales (lengua, religión, arte, ciencia) nos fijaremos en la comunidad de quienes los compartían, prescindiendo de nacionalidades; para estudiar los hechos económicos tomaremos un grupo ligado por una economía común; reservaremos la comunidad política para el estudio de los hechos sociales y políticos; descartaremos por completo la *raza*[6].

Incluso en aquellos aspectos en que es homogénea, la comunidad no lo es de forma absoluta; se divide en subgrupos cuyos miembros se distinguen por determinados rasgos secundarios: una lengua se divide en dialectos, una religión en sectas, una nación en provincias. En sentido inverso, el grupo se asemeja a otros con los que se le puede relacionar; en una clasificación de conjunto cabe la posibilidad de establecer *familias* de lenguas, artes, pueblos. Por tanto, hay que preguntarse cómo estaba subdividido el grupo y en qué conjunto encajaba.

Podemos ahora estudiar metódicamente un rasgo, o incluso un conjunto de ellos en una época y lugar determinados, conforme al esquema antes apuntado. La operación no ofrece ninguna dificultad metodológica por lo que se refiere a los tipos de rasgos que se caracterizan por ser individuales y voluntarios, como la lengua, el arte, la ciencia, el pensamiento, la vida privada; basta constatar en qué consistía cada uno. Sólo es necesario que distingamos a quienes creaban o mantenían dichos rasgos (artistas, sabios, filósofos, creadores de modas) de la masa que los asumía.

Pero cuando llegamos a los rasgos sociales o políticos (a los que damos el nombre de «instituciones») nos encontramos

6 Ya no es necesario demostrar la gratuidad del concepto de *raza*. Se aplicaba a grupos mal definidos, formados sobre la base de la nación o de la lengua. Lo único que la noción de raza (griega, romana, germánica, celta, eslava) de los historiadores tenía en común con la de los antropólogos (un grupo humano que comparte determinados caracteres hereditarios) era el nombre. Los abusos de Taine redujeron la idea al absurdo. Un excelente análisis puede leerse en Lacombe, *op. cit.*, cap. XVIII, y en M. Robertson, *The saxon and the celt*, Londres, 1897.

con una situación distinta, que da pie a una ilusión imposible de evitar. Los miembros de un mismo grupo social o político no se distinguen únicamente por realizar actos *similares*, sino que se influyen mutuamente mediante actos *recíprocos:* se dan órdenes, adquieren compromisos entre sí, los unos efectúan pagos a los otros. Las costumbres se convierten en *relaciones* mutuas; cuando son antiguas, reflejadas en normas oficiales, convertidas en obligatorias por una autoridad material, exigidas mediante personal específico, ocupan un lugar tal en la vida que parecen entes autónomos. Hasta los individuos especializados en determinada tarea o función que se convierte en la principal actividad de sus vidas, parecen agruparse en categorías distintas (clases, corporaciones, iglesias, gobiernos), y tales categorías semejan seres reales encargados de alguna misión, o al menos órganos de un ser real, la sociedad. Por analogía con un organismo animal, incluso hablamos de la «estructura» y el «funcionamiento» de una sociedad –e incluso de su «anatomía» y su «fisiología». Son simples figuras de lenguaje. Llamamos estructura a las costumbres y normas que distribuyen entre los individuos tareas, prebendas y cometidos; y funcionamiento a los actos habituales a través de los cuales cada individuo se relaciona con sus semejantes. Si por comodidad utilizamos tales términos, no debemos olvidar que hacen referencia a meras costumbres.

No obstante, el estudio de las instituciones obliga a plantearse preguntas concretas sobre los individuos y sus funciones. Por lo que se refiere a las instituciones económicas y sociales, hemos de estudiar cómo se efectuaba la división del trabajo y la separación en clases, qué profesiones y categorías existían, cómo se formaron y qué tipo de relaciones mantenían entre sí los miembros de las distintas profesiones y clases. En cuanto a las instituciones políticas, consagradas por normas de obligado cumplimiento y por una autoridad material, se plantean dos nuevas series de preguntas: 1.°) ¿Quiénes ostentaban la autoridad? En los casos de autoridad compartida, hemos de estudiar la división de funciones, analizar los diferentes grupos

(gobernante y gobernado, central y local) y distinguir cada uno de los grupos concretos. Respecto de los grupos dominantes deberemos preguntarnos por su origen, autoridad oficial y medios efectivos de actuación. 2.º) ¿Cuáles eran las normas oficiales? Su forma (costumbre, órdenes, leyes, precedentes), su contenido (normas jurídicas). ¿Cómo se aplicaban? (procedimiento). Y sobre todo, hemos de ver qué decían las normas y qué sucedía en la práctica (abusos de poder, explotación, conflictos entre los agentes, normas que no se respetaban).

Una vez concretado cuanto constituye una colectividad, restará situarla en el conjunto de las de su tiempo. Se trata del estudio de las instituciones internacionales, intelectuales, económicas, políticas (diplomacia y usos bélicos); plantea los mismos interrogantes que el estudio de las instituciones políticas. Habría que añadir el estudio de las costumbres comunes a varias sociedades y las relaciones de carácter no oficial. Es uno de los aspectos de la estructuración histórica en que menos se ha progresado.

IV. Todo este trabajo nos permite esbozar el cuadro de la vida humana en un momento dado; proporciona el conocimiento de un *estadio* de la sociedad *(Zustand,* en alemán). Pero la historia no se limita a estudiar acontecimientos «congelados» en un determinado momento (a veces se dice «en situación estática»). Estudia la ***situación*** de la sociedad en diferentes momentos y señala las diferencias entre ellos. Las costumbres de los hombres y sus circunstancias materiales varían de una época a otra; ni aun cuando parecen mantenerse se conservan exactamente igual. Por tanto, hay que estudiar esos cambios: se trata del estudio de los acontecimientos sucesivos.

De tales cambios, los más interesantes para la estructuración histórica son los que apuntan en una misma dirección[7], de forma que por una serie de cambios graduales, determinada

7 No existe acuerdo sobre el lugar que les corresponde en historia a los cambios en sentido inverso, a los vaivenes que devuelven una situación a su punto de partida.

costumbre o situación social se transforma en una costumbre o situación distinta o, para decirlo dejando a un lado las metáforas, que los hombres de una época siguen determinada costumbre muy distinta de la de sus predecesores sin que se haya producido ningún cambio brusco. Se trata de la *evolución*.

La evolución se da en todas las costumbres humanas. Para apreciarla basta con que recurramos de nuevo al cuestionario que nos ha servido para esbozar el cuadro de la sociedad. Ante cada uno de los hechos (circunstancias, usos, personal investido de autoridad, normas oficiales) surge la pregunta: ¿cómo se ha ido transformando?

El estudio comportará varios pasos: 1.°) Determinar el hecho cuya evolución pretendemos estudiar; 2.°) Determinar el periodo de tiempo durante el que ésta se ha producido; deberemos establecerlo de modo que la transformación resulte evidente, pero se aprecie no obstante algún vínculo entre el punto de partida y el de llegada; 3.°) Establecer las sucesivas etapas de la evolución; 4.°) Estudiar cómo se ha desarrollado.

V. Una serie, aun incompleta, de los diferentes estados de todas las sociedades y de todas sus evoluciones, no bastaría para agotar el objeto de la historia. Quedan los hechos únicos, de los que no podemos prescindir, puesto que explican la formación de los diferentes estadios y el inicio de las evoluciones. ¿Cómo estudiar las instituciones o la evolución de Francia prescindiendo de la conquista de las Galias por César o de las invasiones bárbaras?

Esta necesidad de estudiar los acontecimientos únicos ha llevado a algunos a afirmar que la historia no es una ciencia, puesto que el objeto de la ciencia es lo general. La historia se encuentra en este punto en igual situación que la cosmografía, la geología o la zoología; no consiste en el conocimiento abstracto de las relaciones generales entre los hechos, sino que es un estudio *explicativo* de la realidad; y la realidad no se ha dado sino una única vez. No ha habido más que una evolución de la Tierra, de la vida animal, de la humanidad. En cada una de ellas, los hechos que han ido sucediéndose han sido resul-

tado no de leyes abstractas, sino de la concurrencia en cada momento de varios hechos de diferente especie. Esta concurrencia, que a veces recibe el nombre de azar, ha originado una serie de accidentes que han determinado el sentido concreto de la evolución[8]. La evolución no es comprensible sino mediante el estudio de tales accidentes; la historia está aquí en igual situación que la geología o la paleontología.

Así, la historia científica puede recurrir, para utilizarlos en el estudio de la evolución, a los accidentes a los cuales la historia tradicional había prestado atención por motivos literarios, porque impresionaban la imaginación. Podremos pues estudiar los hechos que han influido en la evolución de cada una de las costumbres humanas; situaremos cada accidente en el momento de la evolución en que haya influido. Bastará a continuación reunir los accidentes de todo tipo y clasificarlos por orden cronológico y de países para disponer del cuadro de conjunto de la evolución histórica.

En ese momento, por encima de las historias *particulares*, en las cuales los hechos se ordenan conforme a categorías puramente abstractas (arte, religión, vida privada, instituciones políticas), habremos erigido una historia concreta común, la historia *general*, que unirá las diferentes historias especializadas y mostrará la evolución de conjunto que ha dominado el resto de evoluciones particulares. Cada género de hechos que se estudia por separado (religión, arte, derecho, organización) no constituye un mundo cerrado, que evoluciona en virtud de cierta fuerza interna, como los especialistas gustan de imaginar. La evolución de una costumbre o de una institución (lengua, religión, iglesia, estado) no es más que una metáfora; una costumbre es una abstracción, y las abstracciones no evolucionan: en sentido estricto, no hay sino *individuos* que evolucio-

8 La teoría del azar ha sido formulada de modo definitivo por Cournot, *Considerations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes*, París, 1872, 2 vols.

nan[9]. Un cambio en una costumbre indica un cambio en quienes la practican. Puesto que los individuos no están separados en compartimentos estancos (religiosos, jurídicos, económicos) en cuyo seno se producen fenómenos internos sin relación con el exterior, un accidente que modifica su situación hace que cambien a su vez costumbres de los tipos más dispares. La invasión de los bárbaros influyó simultáneamente en las lenguas, las instituciones políticas y la vida privada. No es posible comprender la evolución limitándose a una rama particular de la historia; hasta para completar la historia de su propia parcela, el especialista debe mirar más allá de su ámbito, hacia el área de los acontecimientos comunes. Corresponde a Taine el mérito de haber afirmado, a propósito de la literatura inglesa, que la evolución de la literatura no depende de factores literarios, sino de hechos generales.

La historia general de los hechos únicos se constituyó con anterioridad a las historias especializadas. Es el residuo de cuantos hechos no han encontrado su lugar en las historias especializadas, y se ha reducido conforme han ido apareciendo y subdividiéndose las especialidades. Puesto que los hechos generales son, sobre todo, de índole política, y resulta complicado adscribirlos a una especialidad concreta, la historia general se confunde en la práctica con la historia política (*Staatengeschichte*)[10]. Así, los historiadores políticos se han visto obligados a convertirse en campeones de la historia general y a mantener en sus esquemas todos los hechos generales (migraciones de pueblos, reformas religiosas, inventos y descubrimientos) necesarios para comprender la evolución.

---

9 Lamprecht, en un extenso artículo, «Was ist Kulturgeschichte», publicado en la *Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, nueva serie, tomo I, 1896, ha tratado de basar la historia de la civilización en un alma social colectiva que daría lugar a fenómenos «psicosociales» comunes a toda la sociedad y distintos en cada periodo. Se trata de una hipótesis metafísica.

10 El nombre de historia *nacional*, introducido por criterios patrióticos, designa la misma cosa; la historia de la nación se confunde en la práctica con la del Estado.

Para estructurar la historia general hemos de estudiar todos los hechos capaces de explicar el estado de la sociedad o cualquiera de sus cambios, puesto que han dado lugar a situaciones nuevas. Debemos estudiarlos en todas las categorías de hechos: movimientos de población, innovaciones artísticas, científicas, religiosas, técnicas, cambios de dirigentes, revoluciones, guerras, descubrimientos de tierras.

Lo importante es que el hecho haya ejercido una influencia decisiva. No hemos de ceder a la tentación de dividir los hechos en grandes y pequeños. Cuesta admitir que grandes acontecimientos puedan tener pequeñas causas, que la nariz de Cleopatra haya podido influir en el imperio romano. Semejante repugnancia es metafísica, nace de una idea preconcebida sobre el sentido del mundo. En todas las ciencias de la evolución encontramos hechos concretos que constituyen el punto de partida de una serie de grandes transformaciones. Una manada de caballos llevada por los españoles ha poblado toda Sudamérica. En una inundación, un tronco de árbol puede detener la corriente y transformar el carácter de un valle.

En la evolución humana encontramos grandes transformaciones sin otra causa aparente que un accidente individual[11]. En el siglo XVI, Inglaterra cambió tres veces de religión por el fallecimiento de un príncipe (Enrique, Eduardo, María). La importancia de un hecho debe medirse no por su espectacularidad, sino por la de los acontecimientos derivados de él. No debemos negar a priori el papel de los individuos, ni menospreciar los hechos individuales. Debemos estudiar si el individuo tuvo oportunidad de influir de forma significativa. Es lo que podemos presumir en dos casos: 1.°) Cuando su acción sirvió de ejemplo para un grupo amplio y originó una tendencia, situación frecuente en las artes, la ciencia, la religión y la técnica; 2.°) Cuando su situación le permitió dar órdenes y

---

11 Véase Cournot, *op. cit.*, I, p. IV.

señalar un objetivo a una colectividad, como es el caso de las autoridades políticas, militares o eclesiásticas. Los episodios de la vida de un solo hombre se convierten entonces en acontecimientos relevantes.

De modo que en el cuadro de la historia debemos reservar un lugar para los personajes y los acontecimientos puntuales.

VI. En todo estudio de hechos sucesivos es necesario marcarse ciertos límites, dónde comenzar y dónde acabar, a fin de poder señalar etapas en la masa enorme de los acontecimientos. Tales etapas son los *periodos,* y su uso es tan antiguo como la historia. Los necesitamos no sólo en la historia general, sino también en las historias particulares, siempre que nos ocupemos de un periodo lo bastante dilatado como para que la evolución resulte apreciable. Son los propios acontecimientos los que señalan cómo acotarlos.

Para las historias especializadas, tras haber determinado qué cambios de costumbres deben considerarse como de mayor trascendencia, los adoptaremos como *hitos* en la evolución; estudiaremos después qué acontecimientos los produjeron. El acontecimiento que dio lugar a la formación de la costumbre, o a su modificación, señala el comienzo o el final de un periodo. Tales hitos son en ocasiones de igual naturaleza que los hechos cuya evolución se estudia: hechos literarios en historia de la literatura, políticos en historia política. Pero lo habitual es que sean de una especie distinta, y la historia especializada se ve obligada a tomarlos de la historia general.

Para la historia general, los periodos se delimitan conforme a la evolución de varios tipos de hechos; encontramos acontecimientos (la invasión de los bárbaros, la Reforma, la Revolución francesa) que señalan simultáneamente un periodo en varias ramas. Podemos entonces establecer periodos comunes para varias ramas de la evolución cuyo principio y final delimita un mismo acontecimiento. La división tradicional de la historia universal se ha efectuado de este modo. Los subpe-

riodos se establecen de igual forma, tomando como límites los acontecimientos que dieron lugar a cambios secundarios.

Los periodos delimitados con arreglo a acontecimientos puntuales son de duración desigual. No hay que inquietarse por semejante asimetría; un periodo no debe ser una división temporal constante, sino el tiempo transcurrido en una fase concreta de la evolución. La evolución no es un movimiento regular; comprende largas series de años durante los que no se produce alteración notable, tras los cuales sobrevienen épocas de rápida transformación. Esta diferencia sugirió a Saint-Simon la distinción entre periodos *orgánicos* (de cambio lento) y *críticos* (de cambio acelerado).

3.
RAZONAMIENTO CONSTRUCTIVO

I. Los hechos históricos recogidos en los documentos no son nunca suficientes para completar los esquemas; no hallamos respuesta directa a muchas preguntas, echamos en falta rasgos necesarios para componer el retrato completo de la situación social, de las transformaciones o de los acontecimientos. Sentimos la necesidad imperiosa de colmar tales lagunas.

En las ciencias de observación directa, cuando en una serie falta un elemento, se intenta dar con él mediante una nueva observación. En historia, donde no contamos con semejante recurso, tratamos de averiguar algo más mediante el raciocinio. Partimos de los hechos de que tenemos noticia a través de los documentos para inferir otros nuevos. Si el razonamiento es correcto, el recurso es legítimo.

Sin embargo, la experiencia nos demuestra que el raciocinio es el más problemático de los procedimientos de conocimiento histórico, y el que ha dado pie a los errores de mayor calado. No se debe emplear sino tras haber tomado precauciones para no perder de vista el riesgo.

Primero. Nunca debemos mezclar un razonamiento con el análisis del documento. Cuando alguien se permite añadir al texto lo que el autor no dijo expresamente, acaba por completarlo haciéndole decir lo que no quiso[1].

Segundo. Nunca deben mezclarse los hechos obtenidos mediante el examen directo de los documentos con los resulta-

1 Ya hemos hecho referencia a este error metodológico. Véase más arriba, p. 155.

dos de un razonamiento. Cuando una afirmación se basa únicamente en el razonamiento, no hemos de dejar creer que hemos dado con ella en los documentos, sino que hemos de hacer constar su origen.

Tercero. El razonamiento implícito no es admisible: el riesgo de error es demasiado alto. Bastará con que nos obliguemos a expresar el razonamiento formalmente: en un razonamiento falso, de ordinario la premisa es lo bastante absurda como para que la prudencia nos incline a abstenernos.

Cuarto. Si el razonamiento presenta la menor debilidad, no hay que tratar de extraer conclusiones; la operación debe quedar como una simple conjetura, y hay que distinguirla con claridad de los resultados establecidos con certeza.

Quinto. Nunca hay que insistir en una conjetura para intentar convertirla en una certeza. La primera impresión es la que cuenta con mayor número de probabilidades de ser correcta; al reflexionar sobre una conjetura nos familiarizamos con ella, y acaba por parecernos mejor fundada, cuando lo único que sucede es que nos resulta más familiar. Se trata de un error frecuente entre quienes reflexionan durante largo tiempo sobre un reducido número de textos.

Hay dos formas de utilizar el razonamiento, una negativa y otra positiva; nos referiremos a ellas por separado.

II. El razonamiento *negativo*, también llamado «argumento del silencio», se basa en la falta de indicaciones sobre un hecho[2]. Puesto que ningún documento lo menciona, podemos dar por sentado que el hecho no se produjo. El argumento se aplica a toda clase de hechos, costumbres, cambios y acontecimientos. Se apoya en la creencia que en la vida diaria expresamos de modo coloquial diciendo que «si fuese verdad, se sabría»; implica un razonamiento que podríamos formular

2 Los autores antiguos que se ocuparon de metodología discutieron por extenso sobre este argumento, muy empleado en otro tiempo en historia religiosa; todavía ocupa un lugar destacado en los *Principes de la critique historique* del P. de Smedt.

como sigue: «Si el hecho se hubiese producido, habría constancia de él en algún documento».

Para poder razonar de este modo sería necesario que todo hecho hubiese sido observado y recogido por escrito, y que todos los escritos se hubiesen conservado; pero la mayor parte de los documentos escritos se han perdido, y la mayor parte de cuanto sucede no se refleja por escrito. El razonamiento resultaría erróneo en la mayoría de los casos. Por consiguiente, hay que limitarlo a aquellos casos en que se han dado los presupuestos que implica.

Primero. Es necesario no sólo que no haya ningún documento que recoja el hecho, sino que no lo haya habido. Si los documentos se han perdido, no podemos llegar a conclusión alguna. Por lo tanto, el argumento del silencio debe ser empleado en menor medida cuanto mayor sea el número de documentos perdidos, y es menos plausible para la Antigüedad que para el siglo XIX. Para superar este obstáculo nos asalta la tentación de dar por sentado que los documentos perdidos no contenían nada interesante: «Si se han perdido –nos decimos– es que no merecía la pena conservarlos». Lo cierto es que todo documento manuscrito se encuentra a merced del menor accidente; que se conserve o se pierda depende del azar.

Segundo. Es necesario que el hecho sea de tal naturaleza que por fuerza haya tenido que ser notado y recogido por escrito. El que un hecho no conste por escrito no implica que haya pasado desapercibido. Cada vez que se organiza una comisión para estudiar determinado tipo de hechos, se constata que son más frecuentes de lo que se creía, y que muchos casos pasaban desapercibidos o no se recogían por escrito. Es el caso de los terremotos, los ataques de hidrofobia o las ballenas varadas en las playas. Además, un número considerable de acontecimientos, incluso de gran notoriedad en su momento, no se reflejan por escrito porque las autoridades impiden su divulgación: tal es el caso de las decisiones secretas de los gobiernos y de las protestas de las clases inferiores. Este silencio que no demuestra nada impresiona mucho a los historiado-

res poco reflexivos, y es el origen del tan extendido sofisma de que «cualquier tiempo pasado fue mejor». No hay documento que recoja los abusos de los funcionarios o las reclamaciones de los campesinos: por consiguiente, todo iba bien y no había oprimidos. Antes de recurrir al silencio como argumento, habría que preguntarse: ¿pudo este hecho pasar desapercibido para los autores de los documentos de que disponemos? Lo que actúa como prueba no es la ausencia de cualquier documento que haga referencia a un determinado hecho, sino el silencio sobre ese mismo hecho en un documento en el que se debiera hacer mención de él.

El razonamiento negativo se halla así limitado a algunos casos claramente definidos: 1.º) El autor del documento en que no se menciona el hecho trataba sistemáticamente de recoger todos los hechos de la misma especie, y debía conocerlos todos. Tácito se proponía enumerar todas las tribus de la Germania; la *Notitia dignitatum* indicaba todas las provincias del Imperio: la ausencia en tales relaciones de un pueblo o una provincia demuestra que por entonces no existían. 2.º) De haberse producido, el hecho hubiese sido tan evidente para el autor que por fueza lo habría tenido en cuenta: si los francos hubiesen celebrado asambleas regulares, Gregorio de Tours no habría podido imaginar ni describir la vida de sus reyes sin mencionarlas.

III. El razonamiento *positivo* parte de un hecho (o de la ausencia de un hecho) demostrado por los documentos para inferir la existencia de otro (o su ausencia) que los documentos no mencionan. Se trata de una aplicación del principio fundamental de la historia, la *analogía* de la humanidad presente con la pasada. Vemos hoy que las acciones de los hombres están relacionadas entre sí. Cuando se produce un hecho se produce también otro, ya sea porque el primero origina el segundo, o porque es su consecuencia, o porque ambos se siguen de una misma causa. Asumimos que antiguamente hechos como los actuales estaban relacionados de igual modo, y semejante presunción se ve reforzada por el estudio directo del pasado en los

documentos. Si se produjo un hecho en el pasado, podemos suponer que los demás relacionados con él se dieron también.

Este razonamiento se aplica a todo tipo de hechos, usos, transformaciones, accidentes individuales. A partir de cualquier hecho conocido podemos tratar de inferir otros desconocidos. Sin embargo todos los hechos humanos están relacionados entre sí: no sólo los de un mismo tipo, sino los de los tipos más diversos, puesto que todos nacen de un mismo centro, que es el hombre. Los vínculos se dan entre los diferentes acontecimientos artísticos, religiosos, sociales, políticos, y entre los hechos religiosos y los artísticos, los políticos y los sociales: de modo que un hecho perteneciente a una categoría puede influir en otros de cualquiera de las demás.

Estudiar las relaciones entre los hechos que pueden servir de base para los razonamientos sería tanto como hacer el esquema de todas las relaciones conocidas entre los hechos humanos, es decir, exponer la situación de todas las leyes de la vida social empíricamente establecidas. Semejante trabajo requeriría por sí solo un libro[3]. Nos limitaremos aquí a indicar las reglas generales del razonamiento y las precauciones que deben adoptarse frente a los errores más frecuentes.

El razonamiento se apoya en dos proposiciones: la una general, basada en el funcionamiento de los asuntos humanos; la otra particular, basada en los documentos. En la práctica se empieza por la proposición particular, el hecho histórico: Salamina ostenta un nombre fenicio. A continuación se busca una proposición general: la lengua del nombre de una ciudad es la lengua del pueblo que la fundó. Y se concluye: Salamina, de nombre fenicio, fue fundada por los fenicios.

Para que la conclusión ofrezca garantías se requieren dos condiciones:

Primero. La premisa general debe ser exacta: los dos hechos que suponemos ligados entre sí deben estarlo de forma

3 Fue lo que trató de hacer Montesquieu en *L'esprit des lois*. En un curso de la Sorbona he tratado de presentar un borrador de este esquema. (Ch. S.).

que el segundo no se dé nunca sin el primero. Si esta condición se cumpliera de modo matemático estaríamos ante una *ley* en sentido científico; pero en materia de asuntos humanos –excepción hecha de las condiciones materiales, cuyas leyes están establecidas por las ciencias constituidas– no se trabaja sino con leyes empíricas obtenidas a partir de burdas constataciones globales, sin un análisis de los hechos que nos lleve hasta sus verdaderas causas. Tales leyes se cumplen con relativa exactitud si se refieren a un conjunto amplio de acontecimientos, puesto que no se sabe muy bien en qué medida cada uno de ellos es necesario para producir el resultado. La proposición sobre la lengua del nombre de una ciudad es demasiado amplia para resultar exacta en cualquier circunstancia. Petersburgo es un nombre alemán; Siracusa, en América, griego. Se requieren otras condiciones para estar seguros de que el nombre está ligado a la nacionalidad de los fundadores. Así, no debemos trabajar más que con una proposición detallada.

Segundo. Para que la proposición general sea detallada, se necesita que el propio hecho histórico concreto sea conocido en detalle; puesto que será después de haberlo esclarecido cuando busquemos una ley empírica general necesaria para razonar conforme a ella. Deberemos pues comenzar por estudiar las circunstancias concretas del caso (la situación de Salamina, las costumbres de los griegos y los fenicios); no trabajaremos sobre un detalle, sino sobre un conjunto.

Así pues, el razonamiento histórico requiere: 1.) Una proposición general exacta; 2.) El conocimiento pormenorizado de un hecho del pasado. Procederemos mal si admitimos una proposición general falsa: por ejemplo, si damos por sentado, como Augustin Thierry, que toda aristocracia surge de una conquista. Trabajaremos mal si pretendemos razonar a partir de un detalle aislado (un nombre de ciudad). La naturaleza de tales errores nos indica las precauciones que debemos adoptar.

Primero. Nuestro primer impulso es basar nuestro razonamiento en «verdades de sentido común», las cuales conforman todavía casi por completo nuestro conocimiento de la

sociedad; pero las más de ellas son parcialmente falsas, ya que la ciencia de la vida social está por hacer. Lo que las hace más peligrosas es que recurrimos a ellas inconscientemente. La precaución más segura consistirá en formular siempre la supuesta ley sobre la que vamos a razonar: siempre que se produzca tal hecho, estamos seguros de que se dará tal otro. Si es evidentemente falsa, caeremos en la cuenta de inmediato; si demasiado general, estudiaremos qué nuevas condiciones debemos añadir para que se convierta en exacta.

Segundo. Espontáneamente tratamos de extraer consecuencias del menor hecho aislado (o mejor, la idea de cada hecho aviva de inmediato en nosotros, por asociación, la de otros). Es el procedimiento habitual de la historia de la literatura. Cada rasgo de la vida de un autor da ocasión a especulaciones; se especula acerca de las influencias a que pudo estar sujeto, y se admite que todas actuaron. Todas aquellas ramas de la historia que se ocupan de un único tipo de hechos prescindiendo del resto (lengua, artes, derecho privado, religión) se hallan expuestas a idéntico peligro, porque no atienden sino a fragmentos de vida humana, y no a conjuntos, y apenas hay otras conclusiones sólidas que las que descansan sobre un conjunto. No se formula un diagnóstico a partir de un síntoma, se requieren todos los síntomas. La precaución consistirá en evitar trabajar sobre un detalle aislado o sobre un hecho abstracto. Deberemos considerar a los hombres en sus circunstancias vitales.

Hay que tener en cuenta que muy rara vez se dan todas las condiciones para un razonamiento exacto; nuestro conocimiento de las leyes de la vida social es demasiado imperfecto, y muy rara vez conocemos cuantos detalles de un hecho histórico serían precisos. Así, la mayor parte de las conjeturas dan lugar a presunciones, no a certezas. Pero con las conjeturas sucede como con los documentos[4]. Cuando varias apuntan en

4 Véase más arriba, p. 205.

una misma dirección, se confirman y acaban por generar una legítima certidumbre. La historia colma una parte de sus lagunas mediante una acumulación de razonamientos. Subsisten dudas sobre el origen fenicio de varias ciudades griegas, pero no sobre la presencia de los fenicios en Grecia.

4.
ELABORACIÓN DE SÍNTESIS GENERALES

I. Si hubiésemos organizado conforme a un esquema metódico todos los hechos históricos obtenidos mediante la consulta de los documentos y el discurso lógico, dispondríamos de una aceptable y completa descripción de la historia, y el trabajo de constatación habría terminado. ¿Debe la historia limitarse a algo semejante? La cuestión es polémica y tenemos que abordarla, puesto que es de índole práctica.

Habituados a registrar todo tipo de hechos dejando a un lado sus preferencias personales, los eruditos por lo general demandan recopilaciones completas, exactas y objetivas. Todos los acontecimientos del pasado tienen igual derecho a ocupar su lugar en la historia. Conservar unos pocos por juzgarlos más importantes y prescindir del resto por anodinos sería una elección subjetiva, que dependería del capricho personal; la historia no debe sacrificar hecho alguno.

En contra de tan prudente criterio no cabe aducir sino una dificultad material, aunque de primer orden y que constituye el fundamento práctico de todas las ciencias: la imposibilidad de organizar y transmitir un saber absoluto. Una historia en la que no se prescindiera de hecho alguno tendría que abarcar los actos, ideas y acontecimientos de la vida de todos los hombres de todas las épocas. Sería un conocimiento perfecto que nadie llegaría a dominar jamás, no por falta de materiales sino de tiempo. Ocurre ya con las colecciones de documentos demasiado voluminosas: los archivos parlamentarios contienen

la historia completa de las sesiones, pero la vida de una persona no bastaría para dominarla.

Toda ciencia debe tomar en consideración las limitaciones prácticas de la vida, por lo menos en tanto en cuanto pretenda convertirse en una ciencia real, que pueda llegarse a dominar. Los criterios que acaban por dificultar el conocimiento impiden que la ciencia se afiance como tal.

La ciencia se fundamenta en una economía de tiempo y de esfuerzos, obtenida gracias a un procedimiento que nos permite conocer y comprender los hechos con rapidez, el cual consiste en recopilar con paciencia un gran número de detalles y resumirlos en síntesis manejables e incontrovertibles. Más abrumada por los detalles que ninguna otra disciplina, la historia se encuentra en la disyuntiva de ser completa e inabarcable o incompleta y accesible. Las demás ciencias han optado por la segunda posibilidad: abrevian y condensan, prefiriendo el riesgo de mutilar los hechos y combinarlos de forma arbitraria a la certeza de no poder ni comprenderlos ni comunicarlos. Los eruditos se han recluido voluntariamente en épocas remotas donde el azar, que ha acabado con casi todas las fuentes de información, les ha exonerado de la responsabilidad de seleccionar los hechos al privarles de casi cualquier medio de conocerlos.

Para afianzarse como ciencia, la historia debe elaborar los hechos que le llegan en bruto. Debe resumirlos, de forma que resulten manejables, mediante síntesis descriptivas, cualitativas y cuantitativas. Debe estudiar los vínculos entre los hechos, vínculos que constituyen el objetivo último de toda ciencia.

II. Dada su complejidad y variedad, los hechos humanos no pueden reducirse a un puñado de fórmulas sencillas, como los procesos químicos. Al igual que el resto de ciencias de la vida, la historia debe recurrir a síntesis descriptivas para poner de manifiesto los caracteres de los distintos fenómenos.

La síntesis debe ser breve, para que resulte fácil de utilizar; debe ser precisa, para que dé una idea exacta del hecho. Pero en los asuntos humanos la precisión del conocimiento no

se obtiene sino mediante los detalles característicos, pues son justamente los que nos indican en qué se diferencia un hecho de los demás, y qué es lo que tiene de específico. La oposición se da asimismo entre la necesidad de abreviar, que mueve a elaborar síntesis sumarias, y la de ser precisos, que las requiere pormenorizadas. Las síntesis excesivamente breves hacen a la ciencia difusa e imprecisa; las excesivamente detalladas la sobrecargan e invalidan. No cabe eludir esta disyuntiva sino mediante un permanente compromiso, basado en el principio de sintetizar los hechos prescindiendo de cuanto no resulte estrictamente indispensable para formarse una idea cabal de ellos, y detenerse allí donde se les privaría de algún rasgo característico.

Difícil en sí, esta operación se complica aun más por el estado en que se encuentran los hechos que tratamos de resumir. Según la naturaleza de los documentos de que proceden, se reparten entre todos los niveles de precisión posibles: desde el relato detallado de los menores incidentes (batalla de Waterloo) hasta la simple mención (victoria de Pepin d' Héristal en Testry). Sobre hechos de igual naturaleza sabemos mucho o muy poco, según los documentos nos proporcionen una descripción completa o se refieran a ellos de pasada. ¿Cómo integrar en un mismo conjunto elementos de tan distinta precisión? No podemos trasponer a un nivel superior más definido y preciso aquellos hechos de los que únicamente tenemos un conocimiento general y vago; puesto que ignoramos los detalles, al añadirlos mediante especulaciones haremos novela histórica, al modo de Augustin Thierry en sus *Crónicas merovingias.* Siempre es fácil resumir los hechos que conocemos con detalle, dejando a un lado los pormenores concretos; así es como trabajan los autores de compendios. Pero acabaríamos por rebajar la historia a una masa de vagas generalidades, iguales para todas las épocas salvo por los nombres propios y las fechas. Sería peligroso reducir todos los hechos al estado en que se hallan los peor conocidos, so pretexto de equipararlos en cuanto a su grado de generalidad. Por tanto, en aquellos

casos en que los documentos proporcionan abundantes noticias, conviene siempre que las síntesis descriptivas recojan los rasgos característicos de los hechos.

Para elaborar síntesis deberemos volver al cuestionario de clasificación, responder a cada una de sus preguntas y agrupar después las respuestas. Las resumiremos a continuación de forma tan densa y precisa como podamos, cuidando de usar siempre todos los términos en el mismo sentido. Se dirá que es una cuestión de estilo, pero no se trata únicamente de hacerse entender por los lectores, sino de una cautela que el autor debe adoptar en beneficio propio. Para esclarecer unos hechos tan escurridizos como los hechos sociales, un lenguaje claro y preciso constituye una herramienta indispensable; no hay historiador completo sin un lenguaje apropiado.

En la mayor parte de los casos será preferible recurrir a términos concretos y descriptivos, cuyo sentido resulta siempre claro. Una medida prudente consistirá en referirse a las comunidades mediante nombres colectivos, no mediante sustantivos abstractos (realeza, estado, democracia, reforma, revolución), y evitar la personificación de abstracciones. Nos parece que lo único que hacemos es una metáfora y nos vemos arrastrados por la fuerza de las palabras. Los términos abstractos tienen una capacidad de seducción enorme, y confieren a una proposición una apariencia científica. Pero no es más que apariencia, tras la cual no tarda en asomar la palabrería; el término, al carecer de un sentido preciso, se convierte en una expresión hueca (como la *vertu dormitive* de Molière). En tanto las nociones referidas a los fenómenos sociales no hayan sido reducidas a síntesis verdaderamente científicas, será más científico referirse a ellas usando términos habituales.

Para elaborar la síntesis habremos de determinar previamente sus elementos. Aquí es preciso distinguir los hechos generales (costumbres, procesos evolutivos) de los hechos únicos (acontecimientos).

III. Los hechos generales son actos comunes a un gran número de individuos y reiterados con frecuencia. Debemos establecer su *carácter*, su *extensión* y su *duración*.

Para determinar el *carácter*, reuniremos cuantos rasgos caracterizan el hecho (costumbre, institución) y lo diferencian de cualquier otro. Agruparemos en una misma síntesis todos los casos particulares similares, dejando a un lado las variantes individuales.

Esta agrupación no ofrece dificultad en el caso de costumbres formales (lengua, escritura) e intelectuales; quienes las practicaban se refirieron a ellas mediante fórmulas que basta con recopilar. Otro tanto ocurre con las instituciones consagradas por normas expresas (reglamentos, leyes, estatutos privados). También las historias especializadas fueron las primeras en llegar a síntesis metódicas. Sin embargo, no se ocuparon sino de los hechos superficiales y convencionales, no de los actos ni los pensamientos reales: en la lengua, de las palabras escritas, no de la pronunciación real; en la religión, de los dogmas y ritos oficiales, no de las creencias generales del conjunto de la población; en la moral, de las normas oficialmente aceptadas, no de su práctica; en las instituciones, de las normas oficiales, no de su aplicación cotidiana. En todas estas materias, el conocimiento de las fórmulas convencionales deberá ir acompañado algún día del de su traducción en la práctica.

Es mucho más difícil sintetizar hábitos constituidos por actos concretos, como es el caso de la actividad económica, la vida privada o la política, puesto que se necesita dar con los caracteres comunes de los actos correspondientes; o bien, si este trabajo ya se hizo en los documentos y se resumió en una fórmula (lo que es el caso más frecuente) hay que estudiarla para asegurarse de que refleja correctamente costumbres homogéneas.

Para elaborar la definición de un grupo, la dificultad es la misma: hay que hacer notar los caracteres comunes a todos los miembros del grupo y dar con un nombre genérico que lo identifique con exactitud. Los nombres de grupos no escasean

en los documentos; pero como proceden de la costumbre, muchos no se corresponden bien con los grupos reales: es preciso analizarlos, y a menudo rectificar su sentido.

Mediante esta primera operación debemos llegar a fórmulas que recojan los caracteres convencionales y reales de las costumbres de los distintos grupos.

Para determinar la *extensión* de una costumbre, buscaremos los puntos más distantes en que aparezca (lo que nos indicará su área de influencia) y la zona en que esté más extendida (su centro). La tarea adopta en ocasiones la forma de un mapa (el de los túmulos y dólmenes en Francia, por ejemplo). Deberemos indicar también qué grupos practicaron cada costumbre y en qué subgrupos tuvo mayor arraigo.

La síntesis deberá señalar la *duración* de la costumbre. Estudiaremos los casos más distantes entre sí, cuándo surge y cuándo desaparece la doctrina, la práctica, la institución, el grupo. Pero no basta con indicar los dos extremos de forma aislada, la noticia más antigua y la más próxima a nosotros; es preciso estudiar el periodo durante el que la costumbre se mantuvo realmente en vigor.

La síntesis de la evolución deberá señalar las sucesivas variantes de la costumbre y precisar sus límites espaciales y temporales. Después, mediante la comparación del conjunto de las variantes, se determinará el desarrollo general de la evolución. La síntesis de conjunto señalará dónde comenzó y acabó, y en qué sentido se desenvolvió. Cualquier evolución presenta determinados caracteres comunes con las demás, los cuales permiten señalar sus etapas. Toda costumbre (práctica o institución) comienza como un acto espontáneo de determinados individuos; cuando los demás los imitan se convierte en costumbre. Incluso las actividades sociales las realiza en un primer momento un grupo que las asume espontáneamente; después, la comunidad las acepta y el grupo se consolida. Es la primera etapa: iniciativa individual, imitación, aceptación voluntaria por la masa. Hecha tradición, la práctica se transforma en usanza o norma obligatoria; convertidos ya en una

camarilla estable, sus impulsores pasan a ser un grupo investido de la capacidad de obligar, ya sea moral o materialmente. Es la etapa de la tradición y la autoridad. Con frecuencia es la última, y se prolonga hasta el colapso de la sociedad. La costumbre se relaja, las reglas se transgreden, se desobedece a los funcionarios: es la etapa de la revuelta y la descomposición. Por último, en algunas sociedades civilizadas, se critica la norma, se acusa a las autoridades, una parte de los afectados impone una transformación racional y una inspección de los funcionarios: es la etapa de la reforma y el control.

IV. En cuanto a los hechos únicos, puesto que se caracterizan por no haberse producido más que una vez, debemos renunciar a agrupar varios de ellos en una misma síntesis. No obstante, la necesidad nos obliga a abreviar: no podemos recoger todos los actos de todos los participantes en una asamblea, ni los de todos los funcionarios de un Estado. Debemos prescindir de multitud de individuos y de hechos.

¿Cómo llevar a cabo la selección? El patriotismo o las preferencias personales pueden inducirnos a anteponer personajes que despiertan nuestra simpatía, o acontecimientos locales; pero el único criterio de selección válido para todos los historiadores debe ser el papel desempeñado en la evolución de los asuntos humanos. Debemos señalar qué personajes y acontecimientos influyeron manifiestamente en el curso de la evolución. La característica que nos permite reconocerlos es que sin ellos no cabe entenderla. Son aquellos individuos que modificaron una situación social, bien como creadores o iniciadores de una determinada práctica (artistas, sabios, inventores, fundadores, apóstoles) o como impulsores de un movimiento, jefes de estado, dirigentes de un partido o caudillos militares. Son los acontecimientos que han provocado un cambio en los hábitos o en la situación de la comunidad.

Para elaborar una fórmula que describa a un personaje histórico seleccionaremos rasgos de su biografía y de sus costumbres. En su biografía indagaremos qué acontecimientos fueron determinantes en su carrera, cuáles formaron sus hábi-

tos y guiaron los actos mediante los que influyó en la sociedad. Son las características fisiológicas (constitución física, temperamento, estado de salud), la educación recibida, los condicionamientos sociales[1]. La historia de la literatura nos ha familiarizado con este tipo de estudios.

Entre los hábitos de un individuo cabe distinguir sus ideas fundamentales en el campo en que influyó, su filosofía de la vida y sus conocimientos, sus aficiones principales, sus ocupaciones más frecuentes, sus normas de conducta. A partir de estos detalles, infinitamente variados, se forma la impresión del «carácter», y el conjunto de tales rasgos característicos constituye el «retrato» o, como se dice hoy en día, la «psicología» del personaje. Este ejercicio, todavía muy apreciado, data de cuando la historia era un género literario: resulta dudoso que pueda llegar a convertirse en un procedimiento científico. Apenas hay método seguro que nos permita resumir el carácter de un hombre, aun estando vivo; tanto más cuando nos vemos limitados a estudiarlo por la vía indirecta de los documentos. Buen ejemplo de semejante incertidumbre lo constituyen las controversias sobre la personalidad de Alejandro.

Si no obstante asumimos el riesgo de retratar a un personaje, tendremos que adoptar precauciones frente a dos tendencias espontáneas: 1°) No hay que trazar el retrato conforme a lo que el personaje dijo de sí mismo. 2°) El estudio de personajes imaginarios (dramáticos o novelescos) nos ha habituado a buscar un vinculo razonable entre los diferentes sentimientos y actos de un individuo: en literatura, un personaje se traza conforme a la lógica. No debemos trasponer al estudio de los individuos de carne y hueso semejante pretensión de coherencia. La tentación es menor cuando se trata de personas con las que nos relacionamos, puesto que vemos en ellas un gran número de rasgos imposibles de integrar en un retrato congruente.

1 Michelet contribuyó al descrédito de los factores psicológicos al abusar de ellos en la última parte de su *Histoire de France*. No obstante, siguen siendo imprescindibles para comprender la trayectoria vital de un personaje.

Pero la falta de documentos, al eliminar las cualidades que nos habrían hecho dudar, nos incita a disponer las pocas restantes en forma de carácter literario. He aquí por qué las grandes figuras de la Antigüedad nos parecen mucho más comprensibles que nuestros contemporáneos.

¿Cómo sintetizar un acontecimiento? Una irresistible necesidad de simplificación nos lleva a agrupar bajo un nombre único (batalla, guerra, reforma) una masa enorme de pequeños sucesos globalmente considerados, entre los cuales establecemos una vaga relación. Aparecen así reunidos todos los actos que han contribuido a un mismo resultado. Vemos aquí cómo se origina la noción vulgar de acontecimiento, y no contamos con otra más científica. Por consiguiente, debemos agrupar los hechos conforme a sus consecuencias. Aquellos que no han tenido consecuencias visibles desaparecen; los demás se integran en determinados conjuntos a los que llamamos acontecimientos.

Para describir un acontecimiento es necesario precisar su carácter y su extensión.

Primero. El carácter lo forman aquellos rasgos que lo distinguen de todos los demás: no sólo las circunstancias externas de fecha y lugar, sino la forma en que se ha producido y sus causas inmediatas. He aquí los aspectos que deberá incluir la síntesis: uno o varios hombres, con tales rasgos subjetivos (ideas y motivos del acto), operando en tales condiciones materiales (lugar, instrumento) realizaron tales acciones, que dieron como resultado tal cambio. Para determinar los motivos de los actos no contamos con otro procedimiento que contrastarlos: por una parte, con las declaraciones de sus autores; y por otra, con la interpretación de quienes les movieron a actuar. Con frecuencia subsiste una duda: es el terreno de la polémica entre partidos; cada cual atribuye los actos de su partido a motivos nobles, y los del contrario a razones inconfesables. Pero referirnos a los actos y no señalar sus causas los haría ininteligibles.

Segundo. Se indicará la extensión espacial (dónde ocurrió; dónde produjo efectos directos) y temporal (cuándo comenzó; cuándo llegó a su apogeo).

V. Aquellas síntesis que se ocupan de características, al ser únicamente cualitativas, nos informan de los hechos en abstracto; para hacernos idea de su importancia real necesitamos conocer también su cantidad. No es lo mismo que una práctica haya sido observada por un centenar que por un millón de personas.

Disponemos de varios procedimientos para expresar la cantidad, no todos de igual valor, puesto que la expresan de modo cada vez menos exacto. Helos aquí, por orden decreciente de precisión:

Primero. La *medida* es el procedimiento rigurosamente científico, puesto que cifras iguales designan valores rigurosamente idénticos. Pero se necesita una unidad común, y no disponemos de ella sino para el tiempo y para los elementos materiales (longitud, peso, superficie). La indicación de cifras de producción y de cantidades monetarias es la parte esencial de los hechos económicos y financieros. Pero es imposible cuantificar los hechos psicológicos.

Segundo. El *recuento,* que es el procedimiento de la estadística[2], se aplica a todos los hechos que comparten una característica definida de la que nos servimos para computarlos. Los hechos así reunidos bajo una misma cifra no son de la misma especie, y tal vez no comparten más que una sola característica, abstracta (crimen, proceso) o convencional (obrero, habitación). La cifra indica únicamente el número de casos en que ha aparecido una característica: no designa un total homogéneo. Confundir la cifra y la medida, e imaginarse que se conocen los hechos con precisión científica porque ha sido posible aplicarles una cifra, es un reflejo inconsciente: hay que huir de seme-

---

2 Acerca de la estadística, que hoy es un método consolidado, se encontrará un buen resumen y bibliografía en el *Handwörterbuch der Staatwissenschaften,* Jena, 1890-1894.

jante ilusión y no tomar la cifra del censo de una población o del número de hombres de un ejército por la medida de su importancia[3]. El recuento proporciona no obstante una indicación necesaria para definir un grupo. Pero no es aplicable sino en los casos en que podemos conocer todas las unidades de un cierto tipo que había dentro de unos determinados límites, puesto que debe realizarse contando y sumando después. Antes de emprender un recuento retrospectivo habrá que asegurarse de que los documentos son lo bastante completos como para mostrar el total de las unidades que hemos de contar. En cuanto a las cifras proporcionadas por los documentos, deberemos considerarlas como dudosas.

Tercero. La *evaluación* es un recuento incompleto efectuado sobre una porción restringida del campo, dando por supuesto que las proporciones son iguales en el resto. Es un recurso que se impone a menudo en historia, cuando los documentos abundan de modo desigual. Salvo que tengamos la seguridad de que la parte sobre la que se ha practicado el recuento es exactamente igual al resto, el resultado es dudoso.

Cuarto. El *muestreo* es un recuento limitado a algunas unidades tomadas en diferentes parcelas del campo de estudio: se calcula el porcentaje en que aparece un determinado carácter (el 90%, por ejemplo), se admite que la proporción será igual para todo el conjunto, y si hay varias categorías se calcula la proporción entre ellas. El procedimiento es aplicable en historia a hechos de todas clases, ya sea para estudiar la proporción de las diferentes formas o prácticas en un periodo o región determinados o, en grupos heterogéneos, para determinar la proporción de componentes de un tipo concreto. Proporciona una impresión aproximada de la frecuencia de los hechos y de las proporciones de los elementos de una sociedad. Puede incluso mostrar qué tipo de hechos se dan simultáneamente con mayor frecuencia, y parecen por tanto

3 Como pretende Bourdeau (*L'histoire et les historiens*, París, 1888), que propone reducir toda la historia a un conjunto de estadísticas.

vinculados. Pero para aplicarla correctamente es preciso que las muestras sean representativas del conjunto, y no de una parte de él que pudiera constituir una excepción. Por lo tanto, hay que seleccionarlas en puntos diferentes y en condiciones muy distintas, de forma que los casos excepcionales se anulen entre sí. No basta con tomarlas en puntos distantes, en las diferentes fronteras de un país, por ejemplo, pues el hecho mismo de ser frontera constituye una condición excepcional. La verificación se podrá efectuar siguiendo las técnicas de los antropólogos para el cálculo de promedios.

Quinto. La *generalización* no es más que una forma intuitiva de simplificación. Desde el momento en que se advierte en un objeto una determinada característica, se hace extensiva dicha característica a cuantos son similares a él. En todos los asuntos humanos, en los cuales los hechos son siempre complejos, se generaliza inconscientemente, se hacen extensivas a todo un pueblo las costumbres de determinados individuos (o las del primer grupo de tal pueblo del que se tuvo noticia), las apreciadas en un determinado momento a todo un periodo. En historia es la causa del mayor número de errores, y está presente en todos los terrenos, en el estudio de las prácticas, de las instituciones e incluso en el juicio sobre la moralidad de un pueblo[4]. La generalización se apoya en la vaga noción de que los hechos próximos entre sí o similares en algún aspecto son parecidos en todo. Es un muestreo inconsciente y mal hecho. Podemos corregirla, no obstante, si la ajustamos a los requisitos de un muestreo bien realizado. Debemos examinar los casos a partir de los cuales nos proponemos generalizar, y preguntarnos: ¿en qué nos basamos para generalizar? Es decir, ¿qué motivos tenemos para suponer que la característica que hemos apreciado en estos casos se repetirá en miles de casos diferentes? ¿Acaso tales supuestos serán iguales a la media? La única razón válida es que sean representativos del conjunto.

4 Véase un buen ejemplo en Lacombe, *op. cit.*, p. 146.

Con lo que de nuevo volvemos al procedimiento metódico del muestreo.

He aquí cómo hemos de proceder: 1.°) Debemos precisar el campo en el que creemos poder generalizar (es decir, admitir la semejanza de todos los casos), delimitar el país, el grupo, la clase, la época sobre la que vamos a generalizar. Hay que tener cuidado de no tomar un campo muy grande y confundir una parte con el todo (un pueblo griego o germánico con el conjunto de los griegos o los germanos). 2.°) Debemos asegurarnos de que los hechos que abarca el campo son similares en aquellos aspectos sobre los cuales vamos a realizar la generalización; por lo tanto, desconfiaremos de los nombres poco precisos que se aplican a grupos muy distintos (cristianos, franceses, arios, romanos)[5]. 3.°) Es preciso asegurarse de que los casos sobre los que se va a efectuar la generalización son muestras representativas. Deben corresponder con seguridad al campo, puesto que en ocasiones se toma como representativo de un grupo de hombres o de hechos el que pertenece a otro. No deben ser excepcionales, cosa presumible en todos los casos en que se den condiciones singulares. Los autores de documentos tienden a hacer notar preferentemente aquello que les llama la atención, y por tanto los casos excepcionales ocupan en los documentos un espacio que no se corresponde con su número en la realidad; se trata de una de las principales ocasiones de error. 4.°) El número de muestras necesario para generalizar debe ser tanto mayor cuanto menos puntos de

5 Nos ha parecido ocioso discutir aquí si la historia debe, conforme a la tradición antigua, desempeñar todavía otra función más, si debe *juzgar* los acontecimientos y a las personas, es decir, acompañar la descripción de los hechos con un juicio aprobatorio o reprobatorio, ya sea en nombre de un ideal moral general o particular (ideal de secta, de partido, de nación) o bien desde el punto de vista práctico, estudiando, como hace Polibio, si los actos históricos estuvieron bien o mal orientados con vistas a su objetivo. Semejante colofón podría rematar cualquier estudio descriptivo: el naturalista podría manifestar su simpatía o su admiración por un animal, condenar la fiereza del tigre o alabar la dedicación de la gallina a sus polluelos. Pero es evidente que en historia, como en cualquier otra disciplina, semejante juicio no tiene nada que ver con la ciencia.

semejanza haya entre todos los casos comprendidos en el campo. Podrá ser pequeño en aquellos casos en que los hombres tienden a parecerse mucho entre sí, ya sea por imitación, por convención (lengua, ritos, ceremonias), o como consecuencia de costumbres o reglamentos obligatorios (instituciones sociales o políticas, en los países en que la autoridad es obedecida). Deberá ser mayor para aquellos hechos en que la iniciativa individual es más importante (arte, ciencia, moral); y por último, para cuanto se refiere a la conducta privada, toda generalización será por lo general imposible.

VI. Las síntesis descriptivas no representan en ninguna ciencia la culminación del trabajo. Falta todavía clasificar los hechos de modo que se abarque el conjunto, falta estudiar cómo se relacionan entre sí: son las conclusiones generales. La historia, por la debilidad de su modo de conocimiento, precisa además de otra operación previa para determinar el alcance de las noticias obtenidas.

El trabajo crítico no nos ha proporcionado más que una masa de observaciones aisladas sobre el valor del conocimiento que los documentos nos han permitido alcanzar. Hay que reunirlas. Se tomará pues la totalidad de los hechos comprendidos en un mismo apartado –un tipo de hechos, un país, un periodo, un acontecimiento– y se resumirán los resultados de la crítica de los hechos particulares para obtener una síntesis de conjunto. Habrá que considerar la extensión y el valor de lo que sabemos.

Primero. Nos preguntaremos qué lagunas dejan los documentos. Es fácil, siguiendo el cuestionario general de clasificación, constatar cuáles son los hechos acerca de los cuales no disponemos de información. En el caso de las evoluciones, vemos qué años faltan en la cadena de hechos sucesivos; en los acontecimientos, qué episodios, qué grupo de agentes, qué motivos ignoramos; qué hechos vemos que aparecen sin que sepamos cuándo comienzan, o desaparecen sin que conozcamos su desenlace. Debemos trazar, siquiera mentalmente, el esquema de lo que ignoramos, para ser conscientes de la dis-

tancia que media entre lo que realmente sabemos y un conocimiento completo.

Segundo. El valor de nuestro conocimiento depende del de nuestros documentos. La crítica nos lo ha puesto de manifiesto en cada caso, y hay que resumirla brevemente para un conjunto de hechos. Nuestro conocimiento, ¿proviene de la observación directa, de la tradición escrita o de la tradición oral? ¿Contamos con distintas tradiciones de tendencia diversa, o sólo con una? ¿Contamos con documentos de diferentes tipos o de uno solo? ¿Las informaciones son vagas o precisas, detalladas o sumarias, literarias u objetivas, oficiales o confidenciales?

La tendencia natural es prescindir de la crítica durante la elaboración de los resultados, olvidar cuanto nuestro conocimiento tiene de incompleto o dudoso. Un vivo deseo de acrecentar lo más posible la masa de nuestras informaciones y conclusiones nos empuja a olvidar cualquier limitación. Corremos pues grave peligro de formar una impresión de conjunto con datos fragmentarios y dudosos, como si dispusiéramos de un cuadro completo. Se olvida fácilmente la existencia de hechos que los documentos no mencionan (hechos económicos, esclavos en la Antigüedad); se exagera el papel que desempeñaron los hechos conocidos (el arte griego, las inscripciones romanas, los monasterios de la Edad Media). Instintivamente, se juzga la importancia de los hechos por el número de documentos que los mencionan. Se olvida la procedencia concreta de los documentos, y cuando todos tienen un mismo origen, se olvida que han deformado los hechos en un mismo sentido que su procedencia común no permite corregir; se conserva dócilmente el color de la tradición (romana, ortodoxa, aristocrática).

Para huir de estas inclinaciones espontáneas basta con imponerse la regla de pasar revista a los hechos globalmente, y asimismo al conjunto de la tradición, como paso previo a cualquier tentativa de conclusión general.

VII. Las síntesis descriptivas nos proporcionan el carácter particular de cada uno de los pequeños grupos de hechos. Para

obtener una conclusión de conjunto es necesario reunir todos estos resultados de detalle en una síntesis global. No se deben comparar detalles aislados ni caracteres secundarios[6], sino conjuntos de hechos de características semejantes.

De esta manera se forma un conjunto (de instituciones, grupos humanos, acontecimientos). Y se determinan –conforme al método arriba indicado– sus caracteres propios, su extensión, su duración, cantidad e importancia.

Al formar grupos cada vez más generales se prescinde, en cada nuevo grado de generalidad, de características diferenciadoras, para no conservar sino los caracteres comunes. Será preciso detenerse allí donde no compartan sino los caracteres universales de la humanidad. El resultado es la condensación en una síntesis de carácter general de un orden de hechos, una lengua, una religión, un arte, una organización económica, una sociedad, un gobierno, un acontecimiento complejo (como la invasión de los bárbaros o la reforma protestante).

La conclusión no parece completa en tanto estas síntesis de conjunto permanezcan aisladas. Y como no es posible aproximarlas más para unirlas en una sola, sentimos la necesidad de compararlas para ver de clasificarlas. Se puede abordar la clasificación mediante dos procedimientos.

Primero. Se pueden comparar categorías similares de hechos concretos (lengua, religión, arte, gobiernos), considerándolas en la totalidad de la humanidad, comparándolas entre sí y agrupando aquellas que más se parezcan. Se obtienen familias de lenguas, de religiones, de gobiernos, que a su vez podemos intentar clasificar. Es una clasificación abstracta, que aísla de todas las demás una especie de hechos, renunciando así a comprender sus causas. Tiene la ventaja de que es rápida de hacer y proporciona un vocabulario técnico que puede resultar cómodo para referirse a los hechos.

6 La comparación entre dos detalles pertenecientes a conjuntos muy distintos entre sí (Abd-El-Kader y Yugurta, Napoleón y Sforza). Es un procedimiento de exposición espectacular, pero no un medio para llegar a una conclusión científica.

Segundo. Es posible comparar grupos reales de individuos reales, tomar las sociedades históricas y clasificarlas con arreglo a sus semejanzas. Es una clasificación concreta análoga a las de la zoología (en la que no se clasifican funciones, sino animales en su integridad). Es cierto que los grupos no son tan evidentes como en zoología, puesto que no existe un acuerdo sobre los caracteres a partir de los cuales se debe establecer la similitud. ¿La organización económica o política, la cultura? No contamos todavía con un criterio definitivo.

La historia no ha llegado aún a una clasificación científica de conjunto. Tal vez los grupos humanos no son lo bastante homogéneos como para proporcionar una base sólida de comparación, ni lo bastante diversos como para proporcionar unidades equiparables.

VIII. El estudio de las relaciones entre hechos simultáneos consiste en buscar los vínculos entre todos los hechos de distinto tipo que se dan en una misma sociedad. Tenemos la vaga sensación de que las diferentes costumbres separadas en abstracto y clasificadas en distintas categorías (arte, religión, instituciones políticas) no se encuentran aisladas en la realidad, sino que comparten caracteres comunes y se hallan lo bastante vinculadas como para que un cambio en una de ellas implique otro en las restantes. Se trata de la idea fundamental del *Espíritu de las leyes* de Montesquieu. Este vínculo, que en ocasiones recibe el nombre de *consenso*, la escuela alemana lo conoce como *Zusammenhang* (Savigny y Niebuhr). De esta idea surgió la teoría del *Volkgeist* (espíritu del pueblo), una deformación de la cual ha hecho fortuna en Francia con el nombre de «alma nacional». Se encuentra asimismo en el fondo de la teoría del alma social defendida por Lamprecht.

Prescindiendo de tales misticismos, queda una realidad sumamente difusa pero incuestionable, y es la «solidaridad» entre las distintas costumbres de un mismo pueblo. Para estudiarla con precisión habría que analizarla, y un vínculo no se analiza. Es lógico, por tanto, que esta parte de las ciencias

sociales se haya convertido en el reducto de la oscuridad y el misterio.

Si comparásemos las diferentes sociedades para determinar en qué aspectos se parecen o difieren aquellas que se parecen o difieren en un aspecto determinado (religión o gobierno), tal vez llegaríamos a conclusiones empíricas interesantes. Pero para *explicar* el *consenso*, es preciso remontarse hasta los hechos que lo originan, hasta las causas comunes de los diferentes usos. Nos vemos así obligados a abordar el estudio de las causas, con lo que entramos en la historia *filosófica*, así llamada porque investiga lo que en otro tiempo se conocía como *filosofía* de los acontecimientos, es decir, sus vínculos permanentes.

IX. La necesidad de remontarse por encima de la mera constatación de los hechos para *explicarlos* mediante sus *causas*, necesidad que está en la raíz de todas las ciencias, ha acabado por dejarse sentir incluso en el ámbito de la historia. Aquí, en las tentativas de determinar leyes y causas históricas, es donde tienen su origen las teorías de filosofía de la historia. No podemos detenernos en el examen crítico de tales intentos, tan frecuentes en el siglo XIX; pero intentaremos al menos indicar por qué vías se ha abordado el problema y qué es lo que ha impedido llegar a una solución científica.

El procedimiento más natural de explicación consiste en admitir que una causa trascendente, la Providencia, dirige todos los acontecimientos históricos hacia un fin conocido por Dios[7]. Esta explicación no puede ser sino el remate metafísico de una construcción científica, puesto que lo propio de la ciencia es que se limita a estudiar las causas determinantes. El historiador, como el químico o el naturalista, no tiene por qué ocuparse ni de la causa primera ni de las causas finales. En rea-

7 Éste es aún el sistema de varios autores contemporáneos, como el jurista belga Laurent en sus *Études sur l'histoire de l'humanité*, el alemán Rocholl e incluso Flint, el historiador inglés de la filosofía de la historia.

lidad, nadie se para hoy a discutir, en su forma teológica, la teoría de la Providencia en la historia.

Pero la tendencia a explicar los hechos históricos por motivos trascendentes persiste en las teorías más modernas, donde la metafísica se disfraza de ciencia. Los historiadores del siglo XIX están tan influidos por una educación filosófica que la mayor parte de ellos introduce, incluso en ocasiones sin ellos mismos advertirlo, conceptos trascendentes en la estructuración de la historia. Bastará con enumerar estos sistemas y hacer ver su carácter metafísico para que los historiadores conscientes queden advertidos de que han de mantenerse en guardia.

La teoría del carácter racional de la historia se apoya en la idea de que todo hecho histórico real es al mismo tiempo «racional», es decir, conforme a un plan de conjunto inteligible; por lo general, se da por sobreentendido que todo hecho social tiene su razón de ser en el desarrollo de la sociedad, es decir, que acaba por redundar en beneficio de ésta; lo que lleva a investigar como causa de toda institución la necesidad social a que respondió originalmente[8]. Es la idea fundamental del hegelianismo: si no del propio Hegel, sí de sus discípulos historiadores (Ranke, Mommsen, Droysen; y en Francia, Cousin, Taine y Michelet). Bajo un disfraz laico, se trata de la vieja teoría teológica de las causas finales, que implica una providencia ocupada en guiar a la humanidad por donde más le conviene. Es un a priori consolador, pero no científico; puesto que la observación de los hechos históricos no muestra que las cosas hayan transcurrido siempre del modo más favorable u oportuno para la humanidad, ni que las instituciones hayan tenido otro origen que los intereses de quienes las establecieron; más bien produce la impresión contraria.

De igual fuente metafísica brota asimismo la teoría hegeliana de las *ideas* que se realizan una tras otra en la historia a

8 Así es como Taine, en *Les origines de la France contemporaine*, explica la formación de los privilegios del Antiguo Régimen en razón de los servicios en otro tiempo prestados por los privilegiados.

través de sucesivos pueblos. Popularizada en Francia por Cousin y Michelet, esta teoría está ya desacreditada incluso en Alemania; pero ha perdurado, sobre todo allí, bajo la forma de la misión histórica *(Beruf)* confiada a pueblos o personajes. Bastará con recordar aquí que incluso las metáforas de «idea» y de «misión» implican una causa trascendente antropomórfica.

De igual concepción optimista de una dirección racional del mundo parte la teoría del *progreso* continuo y necesario de la humanidad. Aunque adoptada por los positivistas, no es sino una hipótesis metafísica. En sentido vulgar, el «progreso» no es sino una expresión subjetiva que designa aquellos cambios que se operan en el sentido de nuestras preferencias. Pero –incluso tomando el término en el sentido objetivo que le ha dado Spencer (un incremento de variedad y coordinación de fenómenos sociales)– el estudio de los hechos históricos no muestra *un* progreso universal y continuo de la humanidad, sino *unos* progresos parciales e intermitentes, y no da pie en absoluto a atribuirlos a una causa constante inherente al conjunto de la humanidad, antes que a una serie de circunstancias puntuales[9].

En las historias especializadas (de las lenguas, de las religiones, del derecho) se han apuntado tentativas de explicación de talante más científico. Al estudiar por separado la evolución de los hechos de una misma clase, los especialistas se han visto abocados a constatar la repetición regular de determinados hechos concretos, y la han sintetizado en fórmulas a las que en ocasiones han dado el nombre de leyes (la ley del acento tónico, por ejemplo). No son otra cosa que leyes empíricas que se limitan a constatar series de hechos sin explicarlas, puesto que no descubren su causa determinante. Pero a través de una metáfora espontánea los especialistas, impresionados por la regularidad de tales series, han contemplado la evolución de los usos (de una palabra, de un rito, un dogma, una norma jurídica) como un desarrollo orgánico análogo al crecimiento de

9 Encontramos una acertada crítica de la teoría del progreso en la obra citada del P. Lacombe.

un vegetal: se ha hablado de la «vida de las palabras», la «muerte de los dogmas», el «desarrollo de los mitos». Después, olvidando que semejantes enunciados no son sino meras abstracciones, se ha admitido, sin decirlo explícitamente, la existencia de una fuerza inherente al término, al rito, a la norma, que sería la causa de su evolución. Es la teoría del desarrollo *(Entwickelung)* de los usos e instituciones: lanzada en Alemania por la escuela «histórica», se ha impuesto en el ámbito de las historias especializadas. Apenas la historia de la lengua acaba de librarse de ella[10]. De igual modo que se asimilaban los usos a seres dotados de vida propia, se personificaba la sucesión de individuos que componen el cuerpo social (realeza, iglesia, senado, parlamento) y se les atribuía una voluntad constante que se consideraba como causa eficiente. Se creó así un mundo de seres imaginarios tras los hechos históricos, el cual sustituyó a la Providencia en la explicación de los hechos. Para defenderse de esta mitología falaz bastará con una norma: no estudiar las causas de un hecho histórico sino después de haberse representado el hecho de forma concreta bajo la forma de individuos que actúan o piensan. Si se insiste en la utilización de sustantivos abstractos, se deberá evitar cualquier figura de lenguaje que les haga desempeñar el papel de seres vivos.

Al comparar la evolución de las diferentes especies de hechos en una misma sociedad, la escuela «histórica» habría comprobado su «solidaridad» *(Zusammenhang)*[11]. Pero antes de estudiar las causas mediante el análisis, se dio por supuesta una causa general permanente, la cual debía residir en la propia sociedad. Y dada la tendencia a personificar la sociedad, se le atribuyó un carácter particular, el genio propio de la nación o de la raza, que se manifestaba a través de las diferentes acti-

10 Véanse las muy explícitas declaraciones de uno de los principales representantes de la ciencia del lenguaje en Francia, V. Henry, *Antinomies linguistiques*, París, 1896.

11 Véase más arriba, p. 272.

vidades sociales y explicaba su solidaridad[12]. No era más que una hipótesis sugerida por el mundo animal, en el que cada especie tiene caracteres permanentes. Hubiese resultado insuficiente, pues, para explicar por qué una misma sociedad (los griegos entre el siglo VII y el IV, los ingleses entre el XV y el XIX) cambió de carácter de una época a otra: habría sido necesario recurrir a la acción de factores externos. Está caduca, puesto que todas las sociedades históricas son grupos de hombres sin unidad antropológica ni caracteres comunes hereditarios.

Junto a estas explicaciones metafísicas o metafóricas han aparecido tentativas de aplicar a la investigación de las causas en historia el método crítico de las ciencias naturales: comparar series paralelas de hechos sucesivos para ver cuáles coinciden siempre. El «método comparativo» ha sido ensayado bajo distintas formas. Se ha tomado como objeto de estudio un pormenor de la vida social (una práctica, una institución, una creencia, una norma) definido en abstracto; se ha comparado su evolución en distintas sociedades, con objeto de determinar la evolución común atribuible a una misma causa general. Así se consolidaron la lingüística, la mitología, el derecho comparados. Se ha propuesto (en Inglaterra) afinar la comparación aplicando el método «estadístico»; habría que comparar sistemáticamente todas las sociedades conocidas y elaborar la estadística de todos los casos en que dos usos se dan simultáneamente. Se trata del principio de las tablas de concordancia de Bacon, y es de temer que tampoco ofrezca resultados. El punto débil de todos estos procedimientos es que operan sobre nociones abstractas en parte arbitrarias, en ocasiones incluso sobre similitudes de vocablos, prescindiendo del conjunto de circunstancias en que se produjeron los hechos.

---

12 Lamprecht, en el artículo citado, p. 213, tras haber repasado la evolución de las artes, la religión y la economía de Alemania en la Edad Media, y constatado que en los tres ámbitos cabía distinguir periodos de igual duración, explica las transformaciones simultáneas de los diferentes usos e instituciones de una misma sociedad por las transformaciones del «alma social» colectiva. No es sino otra forma de la misma hipótesis.

Cabría imaginar un método más preciso que en lugar de fragmentos comparase conjuntos, es decir, sociedades completas, ya fuese la misma sociedad en dos momentos de su evolución (Inglaterra en los siglos XVI y XIX) o evoluciones de conjunto de distintas sociedades de una misma época (Inglaterra y Francia) o de épocas diferentes (Roma e Inglaterra). Podría servir en sentido negativo para confirmar que un hecho no es efecto necesario de otro, ya que no siempre aparecen vinculados (la emancipación femenina y el cristianismo, por ejemplo). Pero apenas cabe esperar por este camino resultados positivos, puesto que la concomitancia de dos hechos en series distintas no permite determinar si uno es origen del otro o bien ambos obedecen a una misma causa.

El estudio metódico de las causas de un hecho requiere un análisis de las circunstancias en que el mismo se produce, de forma que se aísle la condición necesaria que lo origina; por tanto, supone el conocimiento completo de las circunstancias. Esto es precisamente lo que falta en historia. Por tanto, hemos de renunciar a llegar hasta las causas por el método directo, como el resto de las ciencias.

En realidad, no obstante, los historiadores recurren a menudo a la noción de causa, indispensable para formular los acontecimientos y establecer los periodos, como hemos visto más arriba. Lo que ocurre es que conocen las causas, bien a través de los autores de los documentos que presenciaron los hechos o por analogía con las causas actuales que cada uno de nosotros ha observado. Toda la historia de los acontecimientos es una cadena evidente e indiscutida de hechos accidentales, cada uno de los cuales es causa determinante de otro. La lanzada de Montgomery es la causa de la subida de los Guisa al poder, que a su vez es la causa de la sublevación del partido protestante.

La observación de las causas por los autores de los documentos se limita al encadenamiento de los hechos accidentales que observaron; a decir verdad, son las causas que conocemos con mayor seguridad. Así la historia, a contrapelo de las demás

ciencias, alcanza mejor las causas de los accidentes concretos que las de las transformaciones generales, puesto que encuentra el trabajo ya hecho en los documentos.

Para buscar las causas de los hechos generales, la construcción histórica se ve reducida a la analogía entre el pasado y el presente. Si tiene la suerte de dar con las causas que explican la evolución de las sociedades pretéritas, será gracias a la observación directa de las transformaciones de las sociedades actuales.

Dado que este estudio aún no está consolidado, no podemos indicar aquí sino sus principios:

Primero. Para llegar hasta la raíz del vínculo entre las diferentes prácticas de una misma sociedad, hay que superar la forma abstracta y convencional que adoptan los hechos en el lenguaje de los documentos (dogma, norma, rito, institución) y remontarse hasta sus orígenes reales concretos, que son en cualquier caso los hombres que piensan o actúan. Únicamente ahí se encuentran reunidas las diferentes especies de actividad que la lengua separa por abstracción. Su vinculación hay que buscarla en algún rasgo dominante de la naturaleza o de la condición de aquellos hombres, que se trasluce en las distintas manifestaciones de su actividad. Cabe suponer que la solidaridad no será igualmente estrecha entre los distintos tipos de actividad: será más fuerte en aquellas en que cada individuo depende estrechamente de los actos de la masa (vida económica, social, política), y más débil en las actividades intelectuales (artes, ciencias) en las que la iniciativa individual se ejerce con mayor libertad[13]. Los documentos mencionan la mayor parte de las costumbres (creencias, usos, instituciones) como un todo, prescindiendo de los individuos; sin embargo, en una misma sociedad las costumbres difieren mucho de un individuo a otro. Será preciso distinguir tales diferencias, so pena de

13 Los historiadores de la literatura, quienes desde un principio han estudiado el vínculo entre las artes y el resto de la vida social, han planteado así en primer lugar la pregunta más difícil.

explicar la actividad de los artistas y los sabios por las creencias o las costumbres de su príncipe o de sus benefactores (o de quienes les apoyaban).

Segundo. Para dar con las causas de la evolución habrá que remontarse a los únicos seres capaces de evolucionar, los hombres. Toda evolución responde a un cambio en las condiciones materiales o las costumbres de ciertos individuos. La observación nos muestra dos tipos de cambio: los hombres siguen siendo los mismos, pero modifican su forma de actuar o de pensar, sea voluntariamente, por imitación, o porque se les obliga a hacerlo; o bien los hombres que practicaban la antigua costumbre desaparecieron, y ocuparon su lugar otros que ya no la practicaban, porque eran extranjeros o porque, aunque descendientes de los anteriores, habían sido educados de distinto modo. Esta renovación generacional parece ser en nuestros días la causa más activa de la evolución. Nos inclinamos a pensar que lo fue en el pasado: la evolución ha sido más lenta cuando una generación se ha educado exclusivamente imitando a sus mayores.

Quedaría una última cuestión. ¿Nunca han existido sino hombres semejantes que se han diferenciado por sus *condiciones* de vida (educación, recursos, gobierno), y la evolución se ha producido siempre como consecuencia de cambios en tales condiciones? ¿O bien hay grupos humanos *hereditariamente distintos* que nacen con tendencia a actividades diferentes y aptitudes para evolucionar de modo distinto, de forma que la evolución se habría producido, siquiera en parte, por el crecimiento, la disminución o el desplazamiento de tales grupos? En los casos extremos, la diferencia de aptitud entre las razas –blanca, amarilla, negra– parece evidente; ningún pueblo de raza negra ha alcanzado la civilización. Por tanto, es probable que diferencias hereditarias menores hayan contribuido a determinar los acontecimientos. La evolución histórica sería en parte debida a causas fisiológicas y antropológicas. Pero la historia no nos proporciona ningún medio seguro para determinar la acción de las diferencias hereditarias entre los hombres, no

llega sino hasta las circunstancias de su existencia. Las herramientas de la historia no bastan para resolver este último interrogante.

5.
EXPOSICIÓN

Nos queda por estudiar un aspecto cuyo interés práctico resulta evidente. ¿Cómo se escriben los libros de historia? Existen muchas formas: sin embargo las hay caducas, no todas son adecuadas, e incluso las mejores presentan inconvenientes. Por consiguiente, hemos de preguntarnos no sólo cómo se presentan las obras históricas, sino cuáles son, de entre los existentes, los tipos de exposición verdaderamente racionales.

Por «obras históricas» entendemos aquí todas aquellas destinadas a *exponer* los resultados de un trabajo de estructuración histórica, sean cuales sean, por otra parte, su extensión e importancia. Prescindimos de los trabajos críticos sobre documentos, de los que ya nos hemos ocupado en el libro II, mera preparación para la estructuración histórica.

Los historiadores pueden no estar de acuerdo, y de hecho hasta ahora no lo han estado, en varias cuestiones fundamentales. No siempre se han parado a pensar en la finalidad de la obra histórica, y como no todos la conciben de igual modo, difieren en cuanto al tipo de acontecimientos que seleccionar, la forma de organizar el asunto, es decir, de ordenar los hechos, el modo de exponerlos y probarlos. Creemos que es el momento oportuno para señalar cómo ha evolucionado desde sus orígenes «la forma de escribir historia». Pero como la historia del modo en que se escribe la historia todavía no se ha ela-

borado en la forma que sería deseable[1], nos limitaremos aquí a algunas indicaciones muy generales relativas al periodo anterior a la segunda mitad del siglo XIX, indispensables para comprender la situación actual.

I. En un principio, la historia se concibió como la narración de los acontecimientos señalados. Preservar la memoria y difundir el conocimiento de los hechos gloriosos o importantes para un hombre, una familia o un pueblo: tal era su finalidad en tiempos de Tucídides o de Tito Livio. De forma paralela, pronto la historia fue considerada como una recopilación de precedentes, y su conocimiento como una preparación práctica para la vida, en especial para la vida política (militar y civil). Polibio y Plutarco escribieron para enseñar; trataron de dar consejos sobre cómo proceder. En la Antigüedad clásica, la historia se ocupaba sobre todo de acontecimientos políticos, episodios bélicos y revoluciones. El marco habitual de la exposición histórica (en el que los hechos aparecían por lo común ordenados cronológicamente) era la vida de un personaje, el conjunto de la vida de un pueblo o un periodo de la misma; en la Antigüedad no se apuntaron sino algunos intentos de historia general. Puesto que el historiador se proponía agradar o instruir, o bien ambas cosas a la vez, la historia era un género literario y no se tenían excesivos escrúpulos respecto de las pruebas. Quienes trabajaban con documentos escritos no se preocupaban demasiado a la hora de distinguir su contenido de lo que decían ellos mismos; reproducían lo que sus antecesores habían escrito adornándolo con detalles e incluso (so pretexto

1 Para las épocas antiguas pueden consultarse las buenas historias de la literatura griega, romana y medieval, que contienen capítulos dedicados a los «historiadores». Para la época moderna, véase la introducción de M. G. Monod al tomo I de la *Revue Historique;* la obra de F. X. von Wegele, *Geschichte der deutschen Historiographie* (1885) es mediocre, y únicamente se ocupa de Alemania; unas «Notes sur l'histoire en France au XIX siècle» han sido publicadas por C. Julian como introducción a sus *Extraits des historiens français du XIX siècle* (París, 1897). La historia de la historiografía moderna está por hacer. Véase el ensayo parcial de E. Bernheim, *op. cit.*, pp. 13 y ss.

de precisión) con cifras, discursos, reflexiones y ornamentos retóricos. Su método de trabajo podemos apreciarlo directamente cada vez que tenemos la oportunidad de contrastar a los historiadores griegos y romanos, Éforas y Tito Livio, por ejemplo, con sus fuentes.

Los autores del Renacimiento imitaron en todo a los de la Antigüedad. También para ellos la historia fue un arte literario de tendencias apologéticas o pretensiones didácticas, y en Italia, con excesiva frecuencia, un medio de agenciarse el favor de los príncipes y un pretexto de lucimiento literario. Esta situación se prolongó durante mucho tiempo. En pleno siglo XVII, Mézeray es aún un historiador al estilo de los de la Antigüedad clásica.

No obstante, en la literatura histórica renacentista reclaman nuestra atención dos novedades en las que resulta patente la influencia medieval. Por una parte, vemos cómo se mantiene la preferencia por un esquema insólito en la Antigüedad: aquel que, en lugar de comprender únicamente la historia de un individuo, una familia o un pueblo, abarca la historia universal. Creado por los historiadores católicos de la Baja Edad Media (Eusebio, Orosio), fue muy apreciado en la Edad Media. Por otra parte, se introduce un recurso material de exposición (las glosas) que procede de una práctica habitual en las escuelas medievales, y cuyas consecuencias han sido de primer orden. Se adoptó por entonces la costumbre de añadir notas[2] al texto en los libros de historia impresos. Las notas han permitido separar el relato histórico de los documentos en que se basa, remitir a las fuentes, aligerar el texto y hacerlo más inteligible. El recurso de las notas se utilizó en primer lugar en las recopilaciones documentales y en las disertaciones críticas, desde donde se extendió gradualmente al resto de obras históricas.

2 Sería interesante averiguar cuáles son los libros impresos más antiguos en que aparecen notas al modo moderno. Los bibliófilos a quienes hemos consultado lo ignoran, ya que es un punto que nunca les ha llamado la atención.

En el siglo XVIII comienza un segundo periodo. Los «filósofos» concibieron entonces la historia como el estudio de las costumbres humanas, y no de los acontecimientos sin más. Esto les llevó a interesarse no sólo por los sucesos de carácter político, sino también por la evolución de las ciencias, las artes, la industria, etc., y por las costumbres. Montesquieu y Voltaire personificaron esta tendencia, cuyo primer esbozo, y en cierto sentido la obra maestra de la historia así entendida, es el *Essai sur les moeurs*. El relato detallado de los acontecimientos políticos y militares se siguió considerando como el fundamento de la historia; pero se adoptó la costumbre de añadir, por lo general en forma de apéndice o índice, un apunte de los «progresos del espíritu humano». La expresión «historia de la civilización» aparece antes de acabar el siglo XVIII. Al mismo tiempo, por motivos pedagógicos, los profesores de historia creaban en Alemania, en particular en Gotinga, la nueva forma del «manual» de historia, recopilación metódica, sin pretensiones literarias ni de ningún otro tipo, de acontecimientos cuidadosamente probados. Recopilaciones de hechos históricos las hubo desde la Antigüedad, destinadas a la interpretación de textos literarios o debidas a la mera curiosidad por lo antiguo; pero los batiburrillos de Atenea y de Aulio Gelio, las compilaciones más amplias y mejor ordenadas de la Edad Media y del Renacimiento, no son en modo alguno comparables a los «manuales científicos» cuyo modelo fijaron los profesores alemanes. Profesores que, por otra parte, contribuyeron a esclarecer la confusa idea general que tenían los filósofos acerca de la «civilización», puesto que se dedicaron a organizar en otras tantas ramas de estudios especializados la historia de las lenguas, de la literatura, de las artes, de la religión, del derecho, la vida económica, etc. El terreno de la historia se amplió enormemente de este modo, y la exposición científica objetiva y directa empezó a competir con las formas antiguas, retóricas o sentenciosas, patrióticas o filosóficas.

Competencia en un principio tímida y oscura, puesto que los comienzos del siglo XIX estuvieron marcados por un renaci-

miento litueario que dio un nuevo empuje a la literatura histórica. Influidos por el movimiento romántico, los historiadores buscaron formas de exposición más vivas que las de sus predecesores, capaces de emocionar a los lectores, «conmoverlos» y proporcionarles una imagen poética de las realidades desaparecidas. Unos se esforzaron por conservar el color de los documentos originales adaptándolos: «Fascinado por los documentos de la época –dice Barante– he tratado de componer una narración de conjunto que conservara el interés que los anima», lo que lleva directamente a prescindir de cualquier crítica y a reproducir cualquier cosa capaz de suscitar una impresión positiva. Otros defendieron que había que presentar los hechos del pasado con la emoción de un espectador: «Thierry –dice Michelet, que lo alaba– al relatarnos Klodowig, transmite la emoción, el espíritu interior de la Francia que acaba de ser invadida...». Michelet «planteó el problema de la historia como el de la resurrección de la vida toda en sus motivos interiores y profundos». La elección del asunto, del esquema, de las pruebas, del estilo, aparece en todos los historiadores románticos subordinada a la búsqueda del efecto, que desde luego no es una preocupación científica, sino literaria. Algunos historiadores románticos se deslizaron por esta pendiente hasta la «novela histórica». Sabemos en qué consiste este género, que ha gozado de tanta aceptación desde el abate Barthélemy y Chateaubriand hasta Mérimée y Eberes, y que hoy se intenta resucitar, aunque sin éxito. Su finalidad es «revivir fragmentos del pasado» mediante cuadros dramáticos, artísticamente elaborados recurriendo a colores y detalles «auténticos». El defecto evidente del procedimiento es que no se proporcionan al lector los medios para distinguir entre lo imaginado y lo que procede de los documentos, sin contar con que las más de las veces los documentos utilizados no tienen exactamente un mismo origen, de modo que aunque el color de cada pieza es «auténtico», el del mosaico es falso. La *Rome au siècle d'Auguste* de Dezobry, los *Récits merovingiens* de Augustin Thierry y otros «cuadros» de la misma época, fueron

escritos conforme al modelo de las novelas históricas propiamente dichas, y presentan sus mismos defectos[3].

En resumen, puede afirmarse que aproximadamente hasta 1850, la historia fue un género literario, tanto para los historiadores como para el público, y lo demuestra el que los historiadores tuviesen por costumbre reeditar sus obras con varios años de intervalo sin modificación alguna, y que el público aceptase semejante práctica. Sin embargo, cualquier obra científica debe ser revisada y puesta al día constantemente. Los sabios propiamente dichos no pretenden dar a sus obras una forma *ne varietur*, ni que les lea la posteridad: les basta con que los resultados de sus investigaciones, rectificados e incluso transformados por trabajos posteriores, sean incorporados al acervo de conocimientos que forman el patrimonio científico de la humanidad. Nadie lee a Newton, ni a Lavoisier; para la gloria de Newton o de Lavoisier basta con que su obra haya contribuido a orientar la masa enorme de los trabajos que han ocupado el lugar de los suyos, y que antes o después serán a su vez reemplazados. La eterna juventud es exclusiva de las obras de arte. El público lo advierte con claridad: con independencia de sus méritos como estilista, a nadie se le ocurre acudir a Buffon para estudiar historia natural. Pero este mismo público no tiene empacho en estudiar historia en la obra de Augustin Thierry, Macaulay, Carlyle y Michelet, y los libros de los grandes autores que escribieron sobre temas históricos se reimprimen sin modificación alguna cincuenta años después de muertos sus autores, aunque no estén, evidentemente, actualizados conforme a los últimos estudios aparecidos. Está claro que para mucha gente, en materia de historia la forma prevalece sobre el fondo, y la obra histórica es siempre, no de modo exclusivo pero sí primordial, una obra de arte[4].

---

3 Huelga decir que los procedimientos románticos para lograr efectos de color local y de «resurrección», a menudo pueriles en el caso de los mejores escritores, son de todo punto rechazables en manos del resto. Véase un buen ejemplo en la *Revue Critique*, 1874, II, pp. 163 y ss. (crítica de una obra de Mourin por Monod).

II. Hace cincuenta años que se deslindaron y establecieron las formas científicas de exposición histórica, en armonía con la idea general de que el fin de la historia no es ni agradar, ni conmover ni proporcionar recetas prácticas de conducta, sino simplemente saber.

Nos ocuparemos en primer lugar de las monografías, para pasar después a las obras de carácter general.

Primero. Se elabora una monografía cuando alguien se propone estudiar un punto concreto, un hecho o un conjunto limitado de hechos: por ejemplo, la vida de un individuo o parte de ella, un acontecimiento, una serie de acontecimientos entre dos fechas próximas, etc. Sería imposible enumerar los tipos de asuntos que pueden ser objeto de una monografía, puesto que la materia histórica puede subdividirse hasta el infinito, y de un número infinito de formas. Pero no todas las divisiones son igualmente acertadas, y aunque se haya dicho lo contrario, hay en historia, como en el resto de las ciencias, temas monográficos estúpidos, y monografías muy bien elaboradas que representan un trabajo inútil[5]. Las personas de espíritu mediocre y carentes de inspiración, a menudo calificadas como «gentes curiosas», se aplican de buena gana a cuestiones insignificantes[6]. A la hora de formarnos una primera opinión

4 Es un lugar común y un error afirmar lo contrario, que las obras de los eruditos permanecen, en tanto que las de los historiadores envejecen, así como que los eruditos consiguen una reputación más sólida que la de los historiadores: «No se lee ya al P. Daniel, pero se sigue leyendo al P. Anselmo». Sin embargo, las obras de los eruditos envejecen también, y el que no toda la obra del P. Anselmo haya sido desechada (motivo por el cual seguimos recurriendo a ella) no debe ofuscarnos: la inmensa mayoría de las obras de los eruditos son, como las de los sabios propiamente dichos, provisionales y están condenadas al olvido.

5 Los historiadores tratan en vano de engañarse sobre este punto: no todo cuanto ha sucedido tiene interés. "¿Y si escribiésemos la biografía del duque de Angulema?", dijo Pécuchet, "¡Pero si era un imbécil!", replicó Bouvard. "¡Qué importa! Los personajes secundarios tienen a veces una influencia enorme, y puede que alguno fuese el que controlara todo en realidad" (Gustave Flaubert, *Bouvard et Pécuchet*).

6 Los temas insignificantes están muy solicitados, porque son los que prefieren los individuos de espíritu mediocre. A menudo se nos presenta la ocasión de asistir a la aparición simultánea de varias monografías sobre un mismo tema: no es raro que el asunto carezca de toda importancia.

de la valía intelectual de un historiador, los títulos de las monografías que ha publicado[7] suelen ser un indicador bastante fiable. En todas las ciencias, lo que distingue a las figuras de primer orden es la capacidad para apreciar los problemas importantes y la voluntad de abordarlos y resolverlos. Pero imaginemos que se ha escogido el tema de una forma racional. Para ser útil, es decir, plenamente utilizable, toda monografía debe respetar tres normas: 1.ª) En una monografía, todo hecho histórico documentado debe presentarse acompañado de la indicación de los documentos de que procede y del valor de los mismos[8]; 2.ª) En la medida de lo posible hay que atenerse al orden cronológico, porque es aquel en que sabemos se produjeron los hechos, y conforme al cual habrán de estudiarse las causas y los efectos. 3.ª) El título de la monografía debe indicar su tema con exactitud; no nos cansaremos de advertir contra

---

7 No todos los temas interesantes de monografías son abordables; los hay imposibles de estudiar por el estado en que se encuentran sus fuentes. Por eso los principiantes, incluso los inteligentes, tienen tantas dificultades para escoger los temas de sus primeras monografías cuando no están bien aconsejados o les sonríe la suerte, y a menudo se ven perdidos. Sería excesivamente riguroso y muy injusto juzgar a alguien conforme a la relación de sus *primeras* monografías.

8 En la práctica hay que incluir al principio la relación de las fuentes empleadas para el conjunto de la monografía, con las indicaciones bibliográficas oportunas en el caso de los libros, la mención de la naturaleza de los documentos y su signatura para los manuscritos. Además, cada afirmación concreta debe ir acompañada de su prueba: el propio texto del documento, a ser posible, para que el lector esté en condiciones de evaluar la interpretación (fragmentos justificativos); si no, en nota, el análisis o al menos el título del documento, con su signatura o la indicación precisa del lugar en que fue publicado. La norma general es facilitar al lector en cada punto del análisis la tarea de averiguar con exactitud los fundamentos de las conclusiones.

Los principiantes, semejantes en esto a los autores antiguos, no respetan, naturalmente, todas estas reglas. A cada paso les ocurre que en lugar de citar el texto o el título de los documentos, se refieren a ellos mediante una signatura o por la indicación general de la recopilación en que aparecieron impresos, lo que no le dice nada al lector sobre la naturaleza de los textos utilizados. Una descortesía de las más groseras, y que vemos con frecuencia: los principiantes y las personas inexpertas no siempre comprenden por qué se introdujo la costumbre de las notas. A pie de página de los libros que tienen entre manos ven una faldilla de notas: se creen en la obligación de hacer otro tanto, pero sus notas son postizas y de mero adorno; no sirven ni para aportar pruebas ni para permitir al lector evaluar sus afirmaciones. Tales procedimientos no son admisibles y deben ser enérgicamente combatidos.

los títulos incompletos o fantásticos, que tan gratuitamente complican las investigaciones bibliográficas. Se ha hablado de una cuarta regla: se ha dicho que «una monografía no es útil si no agota su asunto». Sin embargo, a condición de advertir siempre con precisión a partir de qué documentos se ha realizado, es perfectamente legítimo presentar un trabajo provisional con los documentos de que se dispone, aun cuando se tengan motivos para creer que existen otros. Basta por otra parte la simple prudencia para comprender que en una monografía el aparato crítico, aunque debe ser completo, debe también limitarse a lo estrictamente necesario. La sobriedad es obligada: todo andamiaje erudito del que se podría haber prescindido sin problemas es rechazable[9]. En historia, a menudo las mejores monografías se limitan a constatar la imposibilidad de saber. Hay que resistirse al deseo de rematar una monografía, como se hace, con conclusiones subjetivas, ambiciosas y poco precisas, que no son de recibo[10]. La conclusión adecuada de una buena monografía es el balance de los resultados obtenidos y de lo que permanece oscuro. Una monografía así orientada puede envejecer, pero no pudrirse, y el autor nunca tiene por qué avergonzarse de ella.

Segundo. Los trabajos de carácter general se dirigen tanto a los profesionales como a los no especialistas.

A. Las obras generales destinadas principalmente a un público especializado se presentan hoy en forma de «repertorios», «manuales» e «historias científicas». Un *repertorio* abarca un conjunto de hechos comprobados de un determinado tipo, conforme a un orden establecido de antemano para que sea

9 Casi todos los principiantes tienen la enojosa manía de perderse en divagaciones superfluas y acumular reflexiones y datos que no guardan relación con el tema principal; si reflexionaran, caerían en la cuenta de que las causas de semejante inclinación son el mal gusto, cierta ingenua vanidad y a veces la confusión mental.

10 Se oye decir: «Durante mucho tiempo he manejado los documentos de tal época y de tal tipo. Tengo la impresión de que tales conclusiones, que no he podido demostrar, son exactas». Una de dos: o el autor puede señalar las razones de su impresión, y en tal caso se valorarán; o no es capaz de indicarlas, y podemos suponer que no cuenta con ningún argumento serio.

fácil dar con ellos. Si se trata de acontecimientos fechados con precisión, el orden apropiado es el cronológico: así se emprendió la tarea de confeccionar los «Anales» de la historia de Alemania, donde la mención sumaria de los acontecimientos, ordenados por fechas, se acompaña de textos que los recogen, con referencia a las fuentes y a los trabajos de la crítica; la colección de los *Jahrbücher der deutschen Geschichte* se propone reseñar, de la forma más completa posible, cuanto puede ser objeto de discusiones y trabajos científicos, dejando a un lado lo tocante al terreno de la apreciación y las consideraciones generales. Si se trata de hechos mal fechados o simultáneos, que no es posible agrupar de forma sucesiva, se impone el orden alfabético: obtenemos una especie de diccionarios (de instituciones, biográficos, o enciclopedias históricas, como la *Reale Encyklopaedie* de Pauly-Wissowa). Estos repertorios alfabéticos son, en principio, al igual que los *Jahrbücher*, recopilaciones de hechos probados; si en la práctica sus referencias son menos rigurosas, y menos completo el aparato textual que respalda las afirmaciones, se trata de una diferencia injustificable[11]. Los *manuales científicos* son también, a decir verdad, repertorios, puesto que se trata de recopilaciones en las cuales los hechos probados figuran ordenados, junto con las pruebas correspondientes, conforme a un criterio metódico y reseñados de modo objetivo, sin ningún adorno literario. Los autores de estos «manuales», cuyos mejores y más abundantes ejemplos proceden hoy de las universidades alemanas, no tienen más pretensión que efectuar un inventario minucioso del estado actual de los conocimientos, para que los investigadores puedan abarcar los resultados de la crítica con mayor facilidad y rapidez, y disponer de un punto de partida para nuevos tra-

---

11 Tiende a desaparecer. Los más recientes repertorios alfabéticos de hechos históricos (*Reale Encyklopaedie der klassischen Altertumswissenschaft* de Pauly-Wissowa, *Dictionaire des antiquités*, de Daremberg y Saglio, *Dictionary of national bibliography*, de Leslie Stephen y Sidney Lee) van provistos de un aparato bastante amplio. Es sobre todo en los diccionarios biográficos donde la costumbre de no aportar pruebas tiende a perpetuarse: véase el *Allgemeine Deutsche Biographie*, etc.

bajos. Contamos hoy con manuales de este tipo para la mayor parte de las ramas especializadas de la historia de la civilización (lengua, literatura, religión, derecho, *Alterthümer*, etc.), para la historia de las instituciones, para las diversas ramas de la historia eclesiástica. Baste citar los nombres de Schoemann, Marquardt, Mommsen, Gilbert, Krumbacher, Harnack, Möller. Estas obras no son tan áridas como la mayor parte de los primeros «manuales» que se publicaron en Alemania hace cien años, que eran prácticamente esquemas acompañados de la indicación de los documentos y libros que podían consultarse. En ellos, la exposición y la discusión son densas y concisas, pero lo bastante amplias como para que los lectores cultivados puedan encontrarlas suficientes y aun preferirlas. Incluso rechazan otros libros, como muy bien dice G. Paris[12]: «Cuando se han saboreado estas páginas tan sustanciosas, tan llenas de hechos y que, en apariencia tan impersonales, contienen no obstante y sobre todo sugieren tantas ideas, se hace difícil leer otros libros, incluso notables, en los que el asunto, coloreado por la fantasía y metódicamente organizado conforme a los requerimientos de un sistema, se nos presenta, por así decirlo, bajo un disfraz, y donde el autor interrumpe continuamente el espectáculo que trata de hacernos comprender, pero no nos hace ver». Los grandes «manuales» históricos, similares a los tratados y manuales de las demás ciencias (pero con la complicación de las pruebas) deben ser y son continuamente mejorados, rectificados, corregidos y puestos al día: pues son, por definición, obras científicas y no obras de arte.

Los primeros «repertorios» y «manuales» científicos fueron compuestos por individuos aislados. Pronto se cayó en la cuenta que un solo hombre no podía exponer correctamente y dominar en forma adecuada series muy extensas de acontecimientos. Se procedió a repartir el trabajo. Hoy los repertorios los preparan grupos de colaboradores, que a veces no son del

---

12 *Revue critique*, 1874, I, p. 327.

mismo país ni escriben en la misma lengua. Los grandes manuales (los de I. von Müller, G. Gröber, H. Paul, etc.) se componen de artículos especializados, cada uno de ellos redactado por un especialista. El principio de colaboración es excelente, pero a condición de que: 1.º) La obra colectiva se preste por su naturaleza a ser dividida en grandes monografías independientes, aunque coordinadas; 2.º) Que la sección confiada a cada colaborador tenga una cierta extensión; si el número de los colaboradores es excesivo y la parte que les corresponde demasiado restringida, la libertad y la responsabilidad de cada uno se difuminan o desaparecen.

Las *historias*, destinadas a presentar el relato de los hechos que no han ocurrido sino una vez y los hechos generales que dominan el conjunto de las evoluciones particulares, no han perdido su razón de ser, incluso tras la proliferación de los manuales metódicos. Pero por imitación, los procedimientos científicos de exposición se han introducido en ellas, del mismo modo que en las monografías y en los manuales. La reforma ha consistido en todos los casos en renunciar a la ornamentación literaria y a las afirmaciones no demostradas. Fue Grote quien publicó el primer modelo de «historia» así concebida. Al mismo tiempo ciertos esquemas, muy en boga en otros momentos, han caído en desuso: por ejemplo, las «historias universales» de narración seguida, tan apreciadas, por distintos motivos, en la Edad Media y en el siglo XVIII; Schlosser y Weber en Alemania, Cantù en Italia, publicaron en el XIX los últimos ejemplos. Este esquema se ha abandonado por razones teóricas (se ha dejado de considerar a la humanidad como un conjunto que comparte una evolución única) y prácticas (se ha visto la imposibilidad de recoger en una sola obra una masa tan abrumadora de hechos). Las historias universales que aún se publican en colaboración (cuyo modelo más estimable sería la colección Oncken) se componen, como los grandes manuales, de secciones independientes, cada una de ellas escrita por un autor distinto: responden a estrategias editoriales. Hoy los his-

toriadores se muestran partidarios de la división por estados (historias nacionales) y épocas[13].

B. No hay una razón teórica para que las obras históricas orientadas principalmente al público no especializado se planifiquen con menos rigor que las destinadas al público especializado y se escriban de modo diferente, excepción hecha de las simplificaciones y supresiones que se indican en las propias obras. En efecto, contamos con resúmenes claros, sólidos y bien expuestos, en los que no se afirma nada que, aun sin indicarlo expresamente, no esté apoyado en referencias solventes, en el que los avances consolidados de la ciencia aparecen delimitados con precisión e ilustrados con discreción, destacados y valorados. En general, los franceses sobresalen en este campo, gracias a sus cualidades naturales de sentido común, agilidad y exactitud mental. Determinados artículos publicados en revistas, determinados libros de divulgación superior publicados en Francia, en los cuales aparecen hábilmente condensados los resultados de gran cantidad de trabajos originales, despiertan la admiración de los propios especialistas que los han hecho posibles con sus densas monografías. Nada más peligroso, no obstante, que la divulgación. En efecto, la mayor parte de los libros de divulgación no están a la altura de los actuales criterios de exposición histórica; y con frecuencia advertimos en ellos reminiscencias del ideal antiguo, el de la Antigüedad, del Renacimiento y de los románticos.

Se comprende fácilmente por qué. Los defectos de las obras históricas destinadas al público en general (defectos en ocasiones de bulto, que han desacreditado a los ojos de muchas

13 La costumbre de añadir a las «historias», es decir, al relato de los acontecimientos políticos, un resumen de los resultados obtenidos por los historiadores especializados en arte, literatura, etc., persiste. Se considera que una «historia de Francia» no está completa sin los correspondientes capítulos dedicados a la historia del arte, la literatura, las costumbres, etc., en Francia. No obstante, lo propio de una «historia» científica no es un escueto resumen de segunda mano de las evoluciones particulares según los especialistas, sino el estudio de los hechos generales que han dominado el conjunto de las evoluciones particulares.

personas inteligentes el propio género divulgativo) son consecuencia de la insuficiente preparación o la escasa categoría literaria de los «divulgadores».

Un divulgador no tiene por qué investigar personalmente; pero debe conocer cuanto de alguna relevancia se ha publicado sobre el asunto que aborda, estar, como se dice, «al día», y haber asimilado las conclusiones de los especialistas. Si no ha cursado estudios especializados sobre el asunto que se dispone a tratar, es preciso que se documente, tarea que requiere tiempo. Al divulgador profesional le acecha la tentación de estudiar de modo superficial algunas monografías recientes, unir o mezclar de cualquier forma distintos fragmentos y adornar en la medida de lo posible semejante macedonia con «ideas generales» y ornamentos externos para hacerla más atractiva. La tentación es tanto más fuerte cuanto que se trata por lo general de trabajos lucrativos, los especialistas no se interesan en su mayoría por los trabajos de divulgación, y el público no especializado es incapaz de distinguir con claridad la divulgación honrada de la engañosa. En suma hay quienes, cosa absurda, no dudan en enseñar lo que ignoran y resumir para los demás lo que ellos mismos no se han molestado en estudiar. De ahí nacen los defectos que se observan en las obras de divulgación histórica, defectos de todas clases, inevitables, que las personas instruidas constatan siempre con placer, pero con un placer mezclado de amargura, porque a menudo son los únicos que los ven: calcos inconfesados, referencias inexactas, nombres y textos corrompidos, citas de segunda mano, hipótesis sin valor, comparaciones superficiales, afirmaciones temerarias, generalizaciones pueriles, y un tono de serena autoridad a la hora de presentar las opiniones más absurdas y discutibles[14].

14 No es fácil hacerse una idea de en qué pueden convertirse, en manos de divulgadores torpes y descuidados, los más interesantes y mejor fundados resultados de la crítica moderna. Quienes mejor lo saben son quienes tienen ocasión de leer las «composiciones» improvisadas de los candidatos a los exámenes de historia: los defectos habituales de la divulgación de mala ley se repiten hasta extremos disparatados.

Por otra parte, hombres cuya formación no deja nada que desear, y cuyas monografías destinadas a los especialistas son muy meritorias, se muestran capaces, cuando escriben para el público en general, de graves atentados contra el método científico. Se trata de algo muy frecuente en los autores alemanes. Véase a Mommsen, Droysen, Curtius y Lamprecht. La cuestión es que estos autores, cuando se dirigen al gran público, pretenden influir en él. Su deseo de causar una fuerte impresión les lleva a relajar un tanto el rigor científico y volver a las malas prácticas de la antigua historiografía. Tan escrupulosos y minuciosos a la hora de precisar los detalles, se dejan llevar en la exposición de las cuestiones generales por sus preferencias espontáneas, como el común de los mortales. Toman partido, condenan, exaltan; colorean, embellecen, se permiten consideraciones personales, patrióticas, morales o metafísicas. Y sobre todo pretenden, cada cual en la medida de su talento, hacer obras de arte; con lo que quienes no tienen talento hacen el ridículo, y quienes sí lo tienen lo malgastan tratando de impresionar.

Lo anterior no significa que la forma carezca de importancia, ni que con tal de hacerse entender el historiador tenga derecho a expresarse en un lenguaje incorrecto y vulgar, descuidado y torpe. El desprecio de la retórica, de los oropeles y la bisutería no excluye el gusto por un estilo puro y firme, rico y pleno. Fustel de Coulanges fue un escritor, por más que durante toda su vida recomendara y practicara la proscripción de las metáforas. Por el contrario, insistiremos una y otra vez[15] en que el historiador, a la vista de la extrema complejidad de los fenómenos de que pretende dar cuenta, no tiene derecho a escribir mal. *Siempre* debe escribir bien, pero no empeñarse en hacer literatura.

---

15 Véase más arriba, p. 258.

CONCLUSIÓN

I. La historia consiste simplemente en la utilización de los documentos. Sin embargo, el que los documentos se hayan conservado o perdido depende de accidentes fortuitos. Por ello, el azar desempeña un papel fundamental a la hora de hacer historia.

El número de documentos existentes, por no decir de aquellos de los que tenemos noticia, es limitado. El tiempo, pese a cuantas precauciones se adoptan en nuestros días, hace que disminuya continuamente; jamás aumentará. La historia dispone de un número finito de documentos; por esta razón, los avances de la ciencia histórica tienen un término. Cuando conozcamos la totalidad de los documentos y los hayamos sometido a cuantas operaciones los hacen utilizables, el cometido de la erudición habrá concluido. Para algunos periodos antiguos, cuya documentación no es muy abundante, se prevé que dentro de una o dos generaciones, como mucho, habrá que detenerse. Los historiadores se verán entonces obligados a volverse hacia épocas cada vez más próximas. Por tanto, la historia no verá cumplido el sueño que tanto entusiasmo por los estudios históricos despertó en los románticos del siglo XIX: jamás desvelará el misterio de los orígenes de la sociedad. Falto de documentos, el inicio de la evolución humana permanecerá para siempre en el misterio.

El historiador no recopila por sí mismo sus materiales mediante la observación, como se hace en el resto de las ciencias; trabaja a partir de hechos que conoce a través de quienes los presenciaron en el pasado. El conocimiento histórico es indirecto: no se obtiene por métodos directos, como en las

demás ciencias. La historia no es, como se ha dicho, una ciencia de observación, sino especulativa.

Para manejar hechos observados en condiciones desconocidas hay que someterlos a crítica; y la crítica consiste en una serie de razonamientos por analogía. La crítica nos facilita hechos aislados, dispersos; para articularlos es necesario representárselos y ordenarlos conforme a su semejanza con otros actuales, operación que se efectúa asimismo mediante razonamientos por analogía, y que impone a la historia un método excepcional. Para construir razonamientos por analogía debe combinar siempre el conocimiento particular de las condiciones en que se produjeron los hechos pasados y el general de las condiciones en que se producen los hechos humanos. Procede mediante la elaboración de *repertorios* específicos de hechos de épocas pasadas y los somete a *cuestionarios* generales basados en el estudio del presente.

Las operaciones necesarias para llegar, partiendo del examen de los documentos, hasta el conocimiento de los hechos y tendencias del pasado, son muy numerosas. De ahí la necesidad de una división y de una organización del trabajo en historia. Es preciso que los especialistas dedicados a la búsqueda, reconstrucción y clasificación provisional de los documentos coordinen sus esfuerzos, para que el trabajo preparatorio de la erudición se acabe lo antes posible con la mayor seguridad y economía. Por otra parte, es necesario que los autores de síntesis particulares (monografías), cuya finalidad es servir de fundamento a síntesis de mayor alcance, se pongan de acuerdo para trabajar conforme a un mismo método, de manera que los resultados individuales puedan ser utilizados por terceros sin necesidad de revisiones previas. Conviene, en fin, que investigadores experimentados, renunciando a obras personales, dediquen todo su tiempo al estudio de estas síntesis parciales, con objeto de integrarlas en otras más generales. Si tales trabajos arrojaran conclusiones evidentes sobre la naturaleza y las causas de la evolución de las sociedades se habría fundamentado una «filosofía de la historia» verdaderamente científica,

que los historiadores podrían presentar como el auténtico logro supremo de la ciencia de la historia.

Podemos pensar que llegará un día en el que, gracias a la organización del trabajo, todos los documentos habrán sido descubiertos, expurgados y catalogados, y estudiados todos aquellos hechos cuyas huellas no se han perdido. Ese día la historia se habrá constituido, pero no fijado: continuará modificándose a medida que el estudio directo de las sociedades actuales, al hacerse cada vez más científico, nos permita comprender mejor los fenómenos sociales y su evolución; puesto que las ideas nuevas que sin duda tendremos sobre la naturaleza, las causas y la importancia relativa de los hechos sociales continuarán modificando nuestra imagen de las sociedades y los acontecimientos del pasado[1].

II. Es una ilusión anticuada creer que la historia proporciona enseñanzas prácticas para conducirse en la vida *(historia magistra vitæ)*, lecciones de utilidad inmediata para los individuos y los pueblos: las condiciones en que se producen los actos humanos rara vez se asemejan lo bastante en una y otra ocasión para que las «lecciones de la historia» puedan aplicarse directamente. Es un error afirmar, como reacción, que el «carácter propio de la historia es que no sirve para nada»[2]. Tiene una utilidad indirecta.

La historia hace que comprendamos el presente, en tanto que explica la situación actual. En este sentido, reconocemos

1 Ya nos hemos referido más arriba al componente subjetivo que no es posible eliminar de la estructuración histórica, y del que tanto se ha abusado para negar a la historia el carácter de ciencia: el componente subjetivo que tanto entristecía a Pécuchet (G. Flaubert) y a Silvestre Bonnard (Anatole France, *Le crime de Silvestre Bonnard)*, y que hizo exclamar a Fausto: «Los tiempos del pasado son para nosotros un libro con siete sellos; lo que llamáis espíritu de los tiempos es, en el fondo, el propio espíritu de los grandes hombres, en que se reflejan». [*Fausto*, 1.ª parte, escena 1.ª. trad. de R. Cansinos Assens].

2 Frase atribuida a «cierto profesor de La Sorbona» por De La Blanchère, *Revue Critique*, 1895, I, p. 176. Otros han afirmado sobre el particular que el conocimiento de la historia es nocivo y paralizante. Véase F. Nietzsche, *Unzeitgemässe Betrachtungen*, II. *Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*, Leipzig, 1874.

que no siempre ofrece igual interés: hay generaciones lejanas cuyas huellas no son ya visibles en el mundo actual; para explicar el sistema político de la Inglaterra contemporánea, por ejemplo, el estudio de los *witangemot* anglosajones carece de valor, y el de los acontecimientos del siglo XVIII y del XIX es capital. Desde hace cien años, la evolución de las sociedades civilizadas se ha acelerado hasta tal punto que para comprender su estado actual, la historia de estos cien años interesa más que la de los diez siglos anteriores. Como explicación del presente, la historia quedaría reducida al estudio del periodo contemporáneo.

La historia es también un elemento indispensable para el desarrollo de las ciencias políticas y sociales aún en vías de formación, puesto que la observación directa de los fenómenos sociales (en situación estática) no basta para fundamentarlas. Es necesario añadir el estudio del desarrollo de tales fenómenos en el tiempo, es decir, de su historia[3]. He aquí por qué todas las ciencias humanas (lingüística, derecho, ciencia de las religiones, economía política, etc.) han adoptado en este siglo la forma de ciencias históricas.

Pero el principal mérito de la historia es el de ser un instrumento de cultura intelectual; y lo es por varias vías. En primer lugar, la práctica del método histórico de investigación, cuyos principios hemos esbozado en esta obra, resulta muy saludable para el espíritu, puesto que cura la credulidad. En segundo lugar la historia, al mostrar un gran número de sociedades diferentes, prepara para comprender y aceptar las más variadas costumbres; al hacernos ver que las sociedades se han transformado a menudo, nos familiariza con la variación de las formas sociales y nos libra del temor al cambio. Por último, la

3 La historia y las ciencias sociales están en una situación de dependencia recíproca; progresan paralelamente por un continuo intercambio de aportaciones. Las ciencias sociales proporcionan el conocimiento del presente que la historia necesita para representarse los hechos y razonar sobre los documentos; la historia proporciona las noticias sobre la evolución necesarias para comprender el presente.

experiencia de los cambios pasados, al hacernos comprender el proceso de las transformaciones humanas a través de los cambios de costumbres y la renovación generacional, nos evita la tentación de explicar mediante analogías biológicas (selección, lucha por la vida, carácter hereditario de las costumbres) la evolución de las sociedades, que no obedece a las mismas causas que la evolución animal.

APÉNDICES

1.
LA ENSEÑANZA SECUNDARIA DE LA HISTORIA EN FRANCIA

I. En la enseñanza secundaria, la historia es una recién llegada. En épocas pasadas, se enseñaba historia a los hijos de la realeza y de los altos dignatarios para mostrarles el arte de gobernar, conforme a la tradición antigua; se trataba no obstante de un conocimiento sagrado, reservado a los futuros dirigentes de los estados, una ciencia de príncipes, no de súbditos. Organizadas a partir del siglo XVI, las escuelas secundarias, ya fuesen eclesiásticas o laicas, católicas o protestantes, la excluyeron de sus planes de estudio, en los que no tenía cabida sino como complemento del aprendizaje de las lenguas clásicas. Tal fue en Francia la tradición jesuítica, continuada por la universidad napoleónica.

La historia no se introdujo en la enseñanza secundaria hasta el siglo XIX, gracias a la presión de la opinión pública; y aunque en Francia ha cobrado en los planes de estudio mayor relevancia que en los países anglosajones y que en la propia Alemania, no ha dejado de ser una disciplina de segundo orden que carece de horario propio (al contrario que la filosofía) y en ocasiones hasta de profesor, y que apenas cuenta en los exámenes.

La enseñanza de la historia ha adolecido durante mucho tiempo de semejantes comienzos. Impuesta por decisión superior a unos profesores formados exclusivamente en el estudio de la literatura, no podía encajar en el sistema educativo tradicional, basado en el estudio de las formas e indiferente al cono-

cimiento de los hechos sociales. Se enseñaba historia porque así lo disponía el programa; pero tal programa, única razón de ser y norma suprema de la docencia, no pasó de ser algo accesorio, susceptible de variar conforme a las preferencias o la formación personal de sus redactores. La historia formaba parte de las convenciones sociales: «Hay –se decía– nombres y fechas que todo el mundo debe saber». Pero lo que debía saberse variaba mucho, desde los nombres de los reyes merovingios y las batallas de la guerra de los Siete Años, hasta la ley sálica y la obra de San Vicente de Paúl.

Obligados a improvisar la enseñanza de la historia para responder a las exigencias del programa, los improvisados profesores no tenían una noción clara de su valor, ni del lugar que le correspondía en la educación general, ni de los recursos técnicos necesarios para impartirla. Carente de tradición, de preparación pedagógica e incluso de instrumentos de trabajo, el profesor se vio retrotraído a los tiempos anteriores a la imprenta, cuando el maestro debía exponer a sus alumnos cuantos hechos abarcaba su materia, y optó en consonancia por una metodología propia de la Edad Media. Provisto de un cuaderno en el que había tomado nota de cuantos hechos iba a enseñar, leía tales apuntes a sus alumnos, haciendo de tanto en tanto como que improvisaba; tal era la «lección», pièdra angular de la enseñanza de la historia. El «curso» lo conformaba la suma de las lecciones incluidas en el programa. El alumno debía escuchar al tiempo que escribía (práctica a la que se denominaba «tomar apuntes») y dar cuenta por escrito de lo que había oído (la «exposición»). Pero como nadie se molestaba en enseñar a los alumnos a tomar apuntes, los más se limitaban a escribir tan deprisa como podían, conforme dictaba el profesor, un galimatías que más tarde ordenaban por su cuenta sin preocuparse de entenderlo, ni mientras lo oían ni mientras lo pasaban a limpio. Los más aplicados añadían a esta tarea mecánica algunos fragmentos copiados de libros, de ordinario sin mucha reflexión.

Para meterles en la cabeza a los alumnos los hechos considerados esenciales, el profesor hacía una síntesis muy breve de la lección, el «sumario» o «resumen», que dictaba directamente y que había que memorizar. Así, los dos ejercicios escritos que ocupaban casi todo el tiempo de clase eran, el uno (el «sumario») un dictado manifiesto, y el otro (la «lección») un dictado vergonzante.

La evaluación se reducía a exigir la recitación del sumario al pie de la letra y a preguntas sobre la exposición, es decir, a repetir de modo aproximado lo dicho por el profesor. Los dos ejercicios orales eran, el uno una memorización manifiesta, el otro una memorización vergonzante.

Por supuesto, se le proporcionaba al alumno un libro, los «fundamentos de historia»[1]; pero el manual, redactado de igual forma que el curso del profesor, no guardaba correspondencia con lo expuesto en clase, de modo que le sirviera de herramienta de trabajo: el alumno se limitaba a repetirlo, y de ordinario lo repetía mal, dado que no era capaz de entenderlo. Los autores de los libros de texto[2], siguiendo los procedimientos habituales de los «resúmenes» *(abregés)*, trataban de acumular el mayor número posible de hechos, suprimiendo los detalles específicos y resumiéndolos mediante síntesis generales y poco precisas. Los textos elementales quedaban así reducidos a un precipitado de nombres propios y fechas ligados mediante fórmulas siempre iguales. La historia se presentaba como una sucesión de guerras, tratados, reformas y revoluciones indistinguibles sino por las fechas, los nombres de los reyes y de los campos de batalla[3].

---

1 La misma práctica se siguió en los países germánicos con el nombre de *Leitfaden* («hilo conductor»); y en los anglosajones como *text-book*.

2 Hay que hacer una excepción con el *Manual de historia moderna* de Michelet, y reconocer a Duruy el esfuerzo realizado en sus libros de texto, incluso en las primeras ediciones y a menudo con éxito, para que sus relatos resultaran amenos e instructivos.

3 Sobre la crítica de este procedimiento véase arriba, página 160.

Tal fue, hasta el fin del Segundo Imperio, la enseñanza de la historia en todos los centros franceses, laicos o eclesiásticos, salvo algunas excepciones, tanto más meritorias cuanto más raras, puesto que un profesor de historia necesitaba entonces una dosis de energía e iniciativa fuera de lo común para dejar de lado la rutina de la exposición y el resumen.

II. En estos últimos años, el movimiento general de reforma de la enseñanza, iniciado por el Ministerio y las facultades, ha acabado por extenderse a la enseñanza secundaria. Libres de la desconfiada supervisión que el gobierno del Imperio había hecho pesar sobre su trabajo, los profesores de historia no han dejado pasar la oportunidad de experimentar nuevos métodos. Ha surgido una pedagogía de la historia. Se ha difundido, con el apoyo del Ministerio, a través de los debates de la Sociedad para el Estudio de los Problemas de la Enseñanza Secundaria, de la *Revue de l'Enseignement Secondaire* y de la *Revue Universitaire.* Ha recibido el refrendo oficial en las *Instructions* que acompañan al programa de 1890; el informe sobre la historia, obra de Lavisse, se ha convertido en el documento que ampara a los profesores partidarios de la reforma en su enfrentamiento con los tradicionalistas[4].

Sin duda la enseñanza de la historia saldrá de esta crisis organizada, provista de una pedagogía y de una técnica racionales como sus hermanas mayores, las asignaturas de lengua, literatura y filosofía. Pero es de esperar que la reforma sea mucho más lenta que en la enseñanza superior. El profesorado es mucho más numeroso, con lo que prepararlo y renovarlo lleva más tiempo; los alumnos son menos aplicados e inteligentes; la rutina de los padres se opone a los nuevos métodos con una inercia desconocida en las facultades; y el bachillerato, dique universal frente a cualquier reforma, resulta particular-

4 El cuadro más completo, y probablemente más exacto, del estado de la enseñanza secundaria de la historia tras las reformas es el esbozado por un español, R. Altamira, en *La enseñanza de la historia*, 2.ª ed., Madrid, 1895.

mente dañino para la enseñanza de la historia, reducida en él a un catecismo de preguntas y respuestas.

III. No obstante, cabe señalar ya en qué dirección deberá desarrollarse la enseñanza de la historia en Francia[5] y los interrogantes a los cuales habrá que responder para llegar a una metodología racional. Intentaremos a continuación plantear tales interrogantes conforme a un esquema metódico.

1.° *Organización general.* ¿Cuál debe ser el objetivo de la enseñanza de la historia? ¿Qué utilidad tiene para la cultura del alumno? ¿Cómo puede influir en su conducta? ¿Qué hechos debemos hacerle comprender? ¿Qué actitudes debemos inculcarle? Y por consiguiente, ¿a qué criterios debe ajustarse la elección de los temas y los métodos? La enseñanza, ¿debe repartirse entre todas las asignaturas o concentrarse en una específica? ¿Ha de impartirse en clases de dos horas o de una? ¿Debe dividirse la historia en varios ciclos, como en Alemania, de forma que el alumno estudie varias veces en cursos distintos un mismo asunto? ¿O hay que enseñarla de forma lineal desde el inicio de los estudios, como se hace en Francia? ¿Debe el profesor impartir un curso completo o seleccionar varios temas y dejar que el alumno prepare el resto por su cuenta? ¿Debe narrar los hechos o indicarles a los alumnos que los estudien en algún libro, de modo que la clase se dedique a explicaciones?

2.° *Elección de los temas.* ¿Qué porcentaje del total debe corresponder a la historia nacional, frente a la de los demás países? ¿A la historia antigua frente a la contemporánea? ¿A las historias especializadas (arte, religión, costumbres, vida económica) frente a la historia general? ¿A las instituciones, las costumbres y los acontecimientos? ¿A la evolución de las prácticas

5 No nos ocupamos aquí más que de Francia. Pero permítasenos, para desengañar a los franceses, hacer notar que la pedagogía de la historia está aún más atrasada en los países de habla inglesa, donde los métodos han seguido siendo rutinarios, e incluso en los de lengua alemana, donde se ve obstaculizada por una concepción patriótica de la enseñanza.

materiales, a la historia intelectual, a la vida social y política? ¿Al estudio de los accidentes individuales, la biografía, los episodios dramáticos o los encadenamientos, frente a las evoluciones generales? ¿Qué lugar debemos reservar a los nombres propios y las fechas? ¿Debemos aprovechar la oportunidad que nos brindan las leyendas para despertar el espíritu crítico? ¿O debemos tal vez prescindir de ellas?

3.° *Orden.* ¿En qué orden se deben abordar los temas? ¿Hay que empezar por las épocas más antiguas y los países que antes alcanzaron la civilización, y seguir el orden cronológico y evolutivo? ¿O por los periodos y países más próximos, para ir de lo menos a lo más conocido? Al exponer cada periodo, ¿debemos seguir un orden cronológico, geográfico o lógico? ¿Debemos empezar exponiendo situaciones o describiendo acontecimientos?

4.° *Métodos de enseñanza.* ¿Qué hemos de proporcionar al alumno en primer lugar, síntesis generales o descripciones puntuales? ¿Debe ser el propio profesor quien elabore las síntesis, o debe hacer que sea el alumno quien las prepare? ¿Hay que obligar a los alumnos a memorizar los resúmenes? ¿Cuándo? ¿Cómo lograr que asimilen las imágenes de los hechos históricos? ¿Cómo utilizar los grabados? ¿Y las reproducciones y reconstrucciones? ¿Y las escenas imaginadas? ¿Cómo se deben utilizar los relatos y las descripciones? ¿Y los textos de los autores? ¿Y las novelas históricas? ¿Cómo hay que presentar los discursos y las síntesis? ¿Cómo proceder para que localicen los hechos? ¿Cómo han de utilizarse los gráficos, los cuadros cronológicos, los esquemas sincrónicos, los croquis geográficos y los cuadros estadísticos? ¿Cómo dar a entender el carácter de los acontecimientos y de las costumbres? ¿Y los motivos de los actos o los condicionamientos de una costumbre? ¿Cómo escoger los episodios de un acontecimiento? ¿Y los ejemplos de una costumbre? ¿Cómo hacer comprender el encadenamiento de los hechos y su evolución? ¿Qué uso podemos hacer de la comparación? ¿Qué lenguaje tenemos que usar? ¿Hasta qué punto tenemos que emplear términos con-

cretos, abstractos, técnicos? ¿Cómo podemos cerciorarnos de que el alumno ha comprendido los hechos y asimilado los términos? ¿Es posible organizar ejercicios activos que obliguen al alumno a realizar un trabajo personal sobre los hechos? ¿Qué instrumentos hemos de proporcionar al alumno? ¿Cómo tiene que estar organizado el libro de texto para facilitar el aprendizaje activo?

Para exponer y argumentar la solución a todas estas preguntas se necesitaría un libro[6]. Nos limitaremos a señalar aquí los principios generales, acerca de los cuales parece haberse llegado hoy a un cierto acuerdo en Francia.

Ya casi nadie le pide a la historia lecciones de moral ni buenos ejemplos de conducta, ni siquiera cuadros dramáticos o pintorescos. Se admite que para tal cometido la leyenda resulta preferible a la historia, puesto que ofrece una sucesión de causas y efectos más de acuerdo con nuestro sentido de la justicia, personajes más acabados y heroicos, escenas más sugestivas y emocionantes. Tampoco recurrimos a la historia para exaltar el patriotismo o la lealtad, como en Alemania. Comprendemos que no sería lógico aplicar una misma ciencia a objetivos diferentes dependiendo de las ideas políticas o los países: sería tanto como invitar a cada pueblo a mutilar, cuando no a modificar, la historia conforme a sus preferencias. Creemos que el valor de toda ciencia reside en lo que contiene de verdad, y a la historia no le pedimos sino la verdad[7].

La función educativa de la historia no les resulta aún evidente a cuantos la enseñan. Pero quienes han reflexionado sobre el particular coinciden en verla sobre todo como un instrumento de cultura social. El estudio de las sociedades del

6 He tratado de realizar parte de este trabajo en un curso de la Sorbona (Ch. S.).

7 Dejemos constancia, no obstante, de que a la pregunta planteada en julio de 1897 a los candidatos al moderno bachillerato sobre «¿Para qué sirve la enseñanza de la historia?», el 80% respondió fundamentalmente, bien porque lo creyeran o porque pensaran que era lo que se esperaba que contestaran: «Para exaltar el patriotismo» (Ch.-V. L.).

pasado le enseña al alumno mediante ejemplos prácticos qué es una sociedad; le familiariza con los principales fenómenos sociales, con usos e instituciones que no sería posible mostrarle en la realidad; le hace comprender, mediante la comparación de costumbres diferentes y de sus caracteres respectivos, su variedad y sus similitudes. El estudio de los acontecimientos y de las crisis le familiariza con la idea de la continua transformación de las cosas humanas, le protege contra el temor irracional a los cambios sociales y matiza su idea del progreso. Tales perspectivas hacen al alumno más apto para participar en la vida pública; de este modo, la historia se muestra como una disciplina imprescindible en una sociedad democrática.

IV. Para que la enseñanza sea racional, no bastará con crear una teoría de la pedagogía de la historia. Habrá que renovar el material y los procedimientos.

La historia supone necesariamente el conocimiento de un gran número de hechos. El profesor de historia, sin más que su palabra, una pizarra y unos cuantos resúmenes, que son poco más que cuadros cronológicos, se encuentra en igual situación que un profesor de latín sin textos ni diccionario. El alumno de historia necesita un repertorio de hechos históricos como el alumno de latín un vocabulario de latín; necesita series de *hechos*, y los manuales escolares apenas son otra cosa que repertorios de *palabras*.

Los hechos se presentan en forma de ilustraciones o de textos. Las ilustraciones muestran el aspecto exterior de los objetos materiales y sirven sobre todo para estudiar la civilización material. Hace tiempo se intentó en Alemania facilitar al alumno una colección de ilustraciones adecuada para la enseñanza de la historia. Idéntica necesidad ha dado origen en Francia al *Album historique*, editado bajo la dirección de Lavisse.

El libro de texto es el instrumento principal; debe contener los rasgos característicos necesarios para representarse los acontecimientos, los motivos, las costumbres, las instituciones; se compondrá sobre todo de relatos y descripciones, que

podrán ir acompañadas de síntesis o discursos célebres. Durante mucho tiempo se ha intentado componer tales libros con fragmentos escogidos de autores antiguos; se presentaban como antologías de textos[8]. La experiencia parece apuntar a que es necesario renunciar a este procedimiento, de apariencia científica, desde luego, pero confuso para los jóvenes; es preferible dirigirse a los alumnos en un lenguaje contemporáneo. Con esta intención, y conforme a las *Instructions* de 1890[9], se prepararon las *Lectures historiques*, cuyo ejemplo más destacado lo constituyen las publicadas por la editorial Hachette.

Los procedimientos de trabajo de los alumnos acusan la introducción tardía de la enseñanza de la historia. En la mayor parte de las clases de historia se aplican aún métodos que no demandan del alumno sino una actitud pasiva: el curso, el resumen, la lectura, la pregunta, la redacción, la reproducción de mapas. Es como si un alumno de latín se limitara a recitar lecciones de gramática y fragmentos de autores, sin traducirlos ni comentarlos.

Para que la enseñanza resulte eficaz es preciso, si no descartar todos estos procedimientos pasivos, al menos complementarlos mediante ejercicios que requieran la actividad del alumno. Ya se han experimentado algunos, y cabe imaginar otros[10]. Se puede hacer que los alumnos analicen grabados, relatos, descripciones, para distinguir los caracteres de los hechos: esta breve exposición escrita u oral garantizará la atención y comprensión del alumno, servirá para habituarle a no emplear sino términos precisos. Se puede pedir al alumno un dibujo, un croquis geográfico, un esquema sincrónico; o bien que prepare un cuadro comparativo de distintas sociedades, o del encadenamiento de los hechos.

---

8 Fue lo que se hizo en Alemania, con el nombre de *Quellenbuch*.

9 Se encontrará la misma teoría pedagógica en el prefacio a mi *Histoire narrative et descriptive des anciens peuples de l'Orient. Supplement à l' usage des professeurs*, París, 1890, 8 vols., (Ch. S.).

10 Me he ocupado de este asunto en la *Revue Universitaire*, 1896, t. I, (Ch. S.).

Es necesario un libro que proporcione al alumno la materia para tales ejercicios. La reforma de los métodos está unida a la de los instrumentos de trabajo. Ambas se harán realidad conforme los profesores y el público perciban con mayor claridad el papel de la enseñanza de la historia en la educación social.

II.
La enseñanza superior de la historia en Francia

La enseñanza superior de la historia ha experimentado una notable transformación en nuestro país en los últimos treinta años. Este cambio se ha operado lentamente, mediante reformas sucesivas, conforme convenía. Pero aunque las medidas adoptadas han estado racionalmente ligadas entre sí, su elevado número en los últimos tiempos no ha dejado de llamar la atención, e incluso disgustar, a la opinión pública, que ha visto cómo se pedía su asentimiento para las reformas, y se ha sorprendido de que se le pidiera con tanta frecuencia. Tal vez no esté de más repasar aquí el sentido general y la lógica interna de los cambios a que asistimos.

I. Con anterioridad a los últimos años del Segundo Imperio, la enseñanza superior de las ciencias históricas estaba organizada en Francia de modo arbitrario[1].

Había cátedras de historia en varios centros de diferente tipo: en el Colegio de Francia, en las facultades de letras y en las «escuelas especiales», como la Escuela Normal Superior y la Escuela de Paleografía y Archivística.

El Colegio de Francia era un vestigio de las instituciones del Antiguo Régimen. Fundado en el siglo XVI en oposición a la Sorbona escolástica y como bastión de las nuevas ciencias, tuvo el glorioso privilegio de representar históricamente los altos

---

1 Sobre la organización de la enseñanza superior en Francia en esta época y sobre las primeras reformas, véase el excelente trabajo de M. L. Liard, *L'enseignement supérieur en France*, París, 1888-1894, 2 vols.

estudios especulativos, el espíritu de la libre investigación y los intereses de la ciencia pura. Desgraciadamente, en el campo de las ciencias históricas, el Colegio de Francia dejó de lado hasta cierto punto su tradición. Los grandes hombres que enseñaron historia en esta ilustre casa (J. Michelet, por ejemplo) no fueron técnicos ni, hablando con propiedad, sabios. Su elocuencia resultaba efectiva ante auditorios en los que no había estudiantes de historia.

Las facultades de letras formaban parte de un sistema establecido por el legislador napoleónico. El legislador no se había propuesto en modo alguno animar, mediante la creación de las facultades, las investigaciones científicas. No sentía excesivo interés por la ciencia. Las facultades de derecho, medicina, etc., debían ser, conforme a su criterio, escuelas profesionales que proporcionaran a la sociedad los juristas, médicos, etc., de que tuviera necesidad. Pero tres facultades, de cinco, no pudieron cumplir la función que se les había asignado y que las otras (derecho y medicina) sí desempeñaron. Las facultades de teología católica no formaron los clérigos que la sociedad precisaba porque el Estado consintió que la educación de los sacerdotes se llevara a cabo en los seminarios diocesanos. Las facultades de ciencias y de letras no formaron a los profesores de enseñanza secundaria, ingenieros, etc., que la sociedad necesitaba, porque tropezaron en este terreno con la competencia victoriosa de las escuelas especiales anteriormente constituidas: la Escuela Normal, la Escuela Politécnica. Las facultades de teología católica, de ciencias y de letras se vieron obligadas a justificar su existencia de otro modo. En concreto, los profesores de historia de las facultades de letras renunciaron a preparar a los jóvenes que pensaban dedicarse a la enseñanza de la historia en los centros de enseñanza media. Sin este tipo de alumnos, se encontraron en una situación muy parecida a la de los titulares de historia del Colegio de Francia. Tampoco ellos eran, en general, técnicos. Durante medio siglo practicaron la divulgación superior ante un nutrido auditorio

de ociosos (del que tanto se ha renegado después) atraídos por la energía, elegancia y sugestión de su oratoria.

La función de formar a los futuros docentes de enseñanza secundaria le fue confiada a la Escuela Normal Superior. Pero en esta época se daba por sentado que para ser un buen profesor de secundaria era necesario saber, y que con saber perfectamente la materia que se había de enseñar bastaba. Por supuesto era un requisito necesario, pero no suficiente: determinados conocimientos de otro tipo, de un orden superior, resultan tan indispensables como el bagaje propiamente «escolar». De tales conocimientos jamás se habló en la Escuela, donde, conforme a la teoría imperante, para enseñar en secundaria bastaba con haberla cursado. De todas formas, como el alumnado de la Escuela Normal fue siempre de primer orden, jamás el sistema impidió que saliesen de ella figuras destacadas, no sólo como profesores, sino como pensadores, escritores e incluso eruditos. Pero hay que reconocer que se las ingeniaron por sí mismos, a pesar del sistema y no gracias a él; una vez acabada su escolaridad y no durante ella, en particular cuando tuvieron oportunidad, durante una estancia en la Escuela Francesa de Atenas, de entrar en provechoso contacto con los documentos que en la calle de Ulm les habían faltado. Se ha dicho: «¿No resulta inverosímil que se consintiera que salieran tantas generaciones de profesores incapaces de manejar documentos?». En resumen, antes los alumnos de historia, al abandonar la Escuela, no estaban preparados ni para enseñarla, pues la habían estudiado a toda prisa, ni para investigar sobre temas de cierta dificultad[2].

En cuanto a la Escuela de Paleografía y Archivística, creada en la época de la Restauración, era hasta cierto punto una escuela especial como las demás, destinada en teoría a formar funcionarios competentes, archiveros y bibliotecarios. Pero pronto la enseñanza profesional quedó reducida a la mínima expresión, y la Escuela se organizó de modo sumamente origi-

2 E. Lavisse, *Questions d'enseignement national*, p. 12.

nal, a la vista del inteligente y completo aprendizaje de los jóvenes que se propusieron estudiar la historia de Francia en la Edad Media. Los alumnos de la Escuela de Paleografía y Archivística no seguían ningún curso de «historia de la Edad Media», sino que sabían cuanto era menester para trabajar en la resolución de los problemas pendientes de historia medieval. Sólo allí, por obra de una anomalía accidental, los «conocimientos previos» y auxiliares de las investigaciones históricas se enseñaron de modo sistemático. Hemos tenido más arriba ocasión de dejar constancia de los resultados de este sistema[3].

Tal era la situación cuando a finales del Segundo Imperio se inició un activo movimiento de reforma. Jóvenes franceses habían visitado Alemania, y la superioridad de su organización universitaria sobre el sistema napoleónico de facultades y escuelas especiales les había impresionado. Cierto que Francia, con una organización deficiente, había dado multitud de hombres y obras, pero se llegó a la conclusión de que «en todo tipo de iniciativas había que dejar al azar la menor parte», y que «si una institución pretendía formar profesores de historia e historiadores, debía proporcionarles los medios de llegar a ser lo que pretendía que fuesen».

El ministro de Instrucción Pública, V. Duruy, apoyaba a los partidarios de un renacimiento de los estudios superiores. Pero creyó que era imposible tocar las instituciones existentes (Colegio de Francia, facultades de letras, Escuela Normal Superior, Escuela de Paleografía y Archivística) –consolidadas todas por su trayectoria y por la fama personal de figuras que enseñaban o habían enseñado en ellas– ya fuese para remodelarlas, fusionarlas o suprimirlas. No cambió nada: añadió. Remató el un tanto disparatado edificio ya existente con la creación de una Escuela Práctica de Altos Estudios, con sede en la Sorbona (1868).

La Escuela Práctica de Altos Estudios (sección de historia y filología) tenía como objetivo, en la mente de sus creadores,

3 Véase más arriba, p. 87.

preparar a los jóvenes para la realización de investigaciones originales de carácter científico. Nada de miras laborales, nada de divulgación. No se acudiría a ella para ponerse al corriente de los resultados de la ciencia, sino, al igual que el estudiante de química acude a un laboratorio, para iniciarse en los procedimientos técnicos que permiten obtener resultados nuevos. Así, el espíritu de la nueva institución recordaba la primitiva tradición del Colegio de Francia. Lo que hacía tiempo se venía haciendo en la Escuela de Paleografía y Archivística en el campo de la historia medieval francesa, debía intentarse allí para todo el ámbito de la historia y la filología universales.

II. En tanto las facultades de letras se sintieron cómodas como estaban (es decir, sin estudiantes) y su ambición no fue más allá de sus cometidos tradicionales (organizar cursos públicos, otorgar grados), la situación de la enseñanza superior de las ciencias históricas en Francia continuó tal como la hemos descrito. Cuando las facultades de letras buscaron una razón de ser diferente y reclamaron una función distinta, los cambios se hicieron inevitables.

No es éste el momento de explicar por qué y cómo las facultades de letras dieron en querer trabajar de forma más activa –o, mejor dicho, diferente– que en el pasado, para hacer progresar las ciencias históricas. V. Duruy, al inaugurar la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona, había anunciado que aquella planta joven y vigorosa quebraría las viejas rocas; y sin duda el espectáculo de la fecunda actividad de la Escuela de Altos Estudios contribuyó no poco a que las facultades hicieran examen de conciencia. Por otra parte, la generosidad de los poderes públicos, que incrementaron el personal de las facultades, construyeron para ellas magníficas sedes y las dotaron con generosidad de medios de trabajo, trajo consigo nuevas obligaciones para estos centros privilegiados.

Hace alrededor de veinticinco años que las facultades de letras acometieron la empresa de su transformación, y que su progresiva evolución se deja sentir en todo el edificio de la enseñanza superior de las ciencias históricas en Francia, que

hasta entonces no había conmovido ni aun la inteligente adición de 1868.

III. La primera preocupación de las facultades fue procurarse alumnos. No era ésta la parte difícil, puesto que la Escuela Normal Superior (que admite veinte alumnos cada año, escogidos entre centenares de aspirantes) se veía incapaz de suministrar, como en otros tiempos, suficientes candidatos al cuerpo, ya muy numeroso, de profesores de enseñanza secundaria. Muchos jóvenes aspirantes (en competencia con los alumnos de la Escuela Normal Superior) a los títulos que dan acceso a la carrera docente, quedaban abandonados a sus propios recursos. Era una clientela asegurada. Al mismo tiempo las ordenanzas militares, al conceder a cuantos tuviesen el título de licenciado importantes convalidaciones, debían atraer a las facultades, si preparaban para la obtención de la licenciatura, una parte considerable y muy interesante de la juventud. En fin, los extranjeros (tan numerosos en la Escuela de Altos Estudios) que llegan a Francia para completar su educación científica, y que hasta entonces se sorprendían de no poder hacerlo en las facultades, acudieron a ellas tan pronto como hallaron el tipo de instrucción que les parecía útil, similar a cuanto estaban habituados a ver en las universidades alemanas.

Antes que un número significativo de estudiantes optase por las facultades, pasaron años y fueron necesarios grandes esfuerzos; pero los verdaderos problemas surgieron cuando las facultades contaron con los estudiantes deseados.

La inmensa mayoría de los estudiantes de las facultades de letras fueron en un primer momento aspirantes a titulaciones, a la licenciatura y a la agregaduría, matriculados con el propósito declarado de «preparar» ambas. Las facultades no pudieron sustraerse a la obligación de ayudarles en semejante «preparación». Pero los exámenes se organizaban todavía, hace una veintena de años, conforme a criterios caducos. La licenciatura consistía en demostrar que se contaba con unos estudios secundarios sólidos, un «bachillerato superior»; en cuanto

a la «agregaduría de geografía e historia» (convertida en la auténtica *licentia docendi),* los candidatos debían «demostrar que sabían muy bien lo que habrían de enseñar». Por tanto, existía el peligro cierto de que la enseñanza de las facultades, preparatoria, como la de la Escuela Normal Superior, para los exámenes de licenciatura y de agregaduría, revistiese, por la fuerza de las cosas, idéntico carácter. Nótese que en los exámenes de agregaduría era inevitable que surgiera cierta rivalidad entre los alumnos de la Escuela y los de las facultades. Siendo los programas de la agregaduría lo que eran, ¿cómo no iba semejante emulación a desembocar en la dedicación de alumnos y profesores de los centros rivales a ejercicios escolares, no científicos, desprovistos tanto de altura intelectual como de verdadera utilidad?

Grave peligro. Los clarividentes promotores de la reforma de las facultades, A. Dumont, L. Liard, E. Lavisse, lo advirtieron de inmediato. Escribía Lavisse en 1884: «Pretender que las facultades consideren como objetivo principal la preparación de unos exámenes es querer sustituir la cultura científica por el amaestramiento: he aquí el serio reproche que las personas sensatas oponen a los partidarios de las novedades [...]. Los defensores de las novedades responden que han visto, desde un principio, los inconvenientes del sistema; pero que están convencidos de que tras la reforma de la enseñanza superior se producirá una modificación del sistema de exámenes; de que se dará con el modo de conciliar el trabajo científico y la preparación de las pruebas; de que con ello se vendrá abajo el único reproche serio que les dirigen sus adversarios». Es de justicia reconocerle al principal polemista de la reforma que jamás dejó de apoyarse en este punto débil; y para convencerse de que la *cuestión de los exámenes* se ha considerado siempre como la pieza clave del problema de la reorganización de la enseñanza superior en Francia, basta con repasar los discursos y artículos titulados «La enseñanza y los exámenes», «Exámenes y estudios», «Los estudios y los exámenes», etc., que Lavisse reunió en sus tres volúmenes, publicados cada cinco

años a partir de 1885: *Questions d'enseignement national, Études et étudiants, Á propos de nos écoles.*

Así fue como la cuestión de la reforma de los exámenes de la enseñanza superior (licenciatura, agregaduría, doctorado) se puso sobre la mesa. Estaba de actualidad en 1884; lo está todavía en 1897. Pero entretanto se han hecho notables progresos en la dirección que creemos adecuada, y parece que por fin estamos llegando a la meta.

IV. El antiguo sistema de exámenes exigía a los candidatos a los diferentes grados que demostrasen una excelente preparación secundaria. Como condenaba a los candidatos, estudiantes de enseñanza superior, a ejercicios similares a los que ya habían repetido una y otra vez en los liceos, fue fácil atacarlo. Fue defendido sin entusiasmo y abandonado.

Ahora bien, ¿cómo reemplazarlo? El problema era muy complejo. ¿Cabe asombrarse de que no se haya resuelto de buenas a primeras?

En primer lugar, hay que ponerse de acuerdo sobre esta cuestión previa: ¿cuál es el tipo de aptitudes o de conocimientos sobre el que conviene examinar a los estudiantes? ¿Conocimientos generales? ¿Conocimientos técnicos y capacitación para las investigaciones originales (como en la Escuela de Paleografía y Archivística y en la Escuela de Altos Estudios)? ¿Aptitudes pedagógicas? Poco a poco, se ha caído en la cuenta de que, dada la amplia y diversa clientela de las facultades, es preciso hacer distinciones.

A los candidatos a la licenciatura basta con exigirles que demuestren una buena cultura general, sin impedirles que demuestren, si lo desean, que tienen interés y alguna experiencia en el terreno de las investigaciones originales.

A los aspirantes a la agregaduría *(licentia docendi)* ya licenciados, se les exigirá: 1.°) La prueba formal de que tienen experiencia en el estudio de un problema histórico y que cuentan con los conocimientos técnicos requeridos para los estudios de este tipo; 2.°) La demostración de aptitudes pedagógicas, que para ellos son profesionales.

A los estudiantes que no aspiran a nada, ni a la licenciatura ni a la agregaduría, y que pretenden únicamente una iniciación científica –los antiguos programas no preveían la existencia de este tipo de estudiantes– se les exigirá únicamente que demuestren que han aprovechado las lecciones y consejos recibidos.

Con esto se habrá dado un gran paso adelante. Pues como es sabido, quienes gobiernan los estudios son los programas. Con todo, por lo que a los programas se refiere, los estudios de historia en las facultades tendrán un deseable triple carácter. No se descuidará la cultura general. Los ejercicios técnicos de crítica e investigación recibirán la atención que merecen. Por último, la pedagogía (teórica y práctica) no quedará olvidada.

Las dificultades comienzan a la hora de concretar las mejores pruebas en cada ámbito, es decir, las más fiables. Aquí las opiniones difieren. Aunque nadie discute ya los principios teóricos, las aplicaciones prácticas experimentadas o propuestas hasta ahora no han logrado una aceptación unánime. La organización de la licenciatura se ha reformado tres veces; el estatuto de la agregaduría de historia ha sido reformado o modificado otras cinco. Y no hemos acabado. Nuevas simplificaciones se imponen. Pero, ¿qué importa esta inestabilidad (contra la que, no obstante, comienzan a oírse quejas[4]) si es evidente, como creemos, que el progreso ha sido continuo a través de todos estos cambios, sin regresiones notables?

Es inútil pormenorizar aquí los diversos regímenes transitorios que han estado en vigor. Hemos tenido ocasión de examinarlos en su momento y lugar adecuados[5]. Hoy, cuando se ha abandonado la mayor parte de los métodos que nos parecían inapropiados, ¿a qué remover semejante ceniza? Ni siquiera mencionaremos las carencias del sistema actual,

4 *Revue Historique*, LXIII, 1897, p. 96.

5 Véase la *Revue Internationale de l'enseignement*, febrero 1893; la *Revue Universitaire*, junio 1982, octubre y noviembre 1894, julio 1895; y el *Political Science Quarterly*, septiembre 1894.

puesto que cabe esperar que pronto será convenientemente reformado. Baste decir que las facultades otorgan en la actualidad un nuevo diploma, el Diploma de Estudios Superiores, al que todos los estudiantes pueden optar, pero que los candidatos a la agregaduría han de obtener obligatoriamente. Este Diploma de Estudios Superiores, análogo al de la Escuela de Altos Estudios, al Diploma de la Escuela de Paleografía y Archivística y al Doctorado en Filosofía de las universidades alemanas, se otorga a los estudiantes de historia que, justificada una cierta escolaridad, superan un examen cuya prueba más importante consiste en la redacción y defensa de una memoria original, junto con preguntas sobre las «ciencias auxiliares» de las investigaciones históricas. Todo el mundo reconoce hoy que «el examen con vistas a la obtención de un diploma de estudios dará frutos excelentes si la supervisión y el criterio de los examinadores mantienen en todas partes su valor»[6].

V. En resumen, el señuelo de la preparación para los grados ha llevado hasta las facultades a una multitud de estudiantes. Pero conforme al antiguo sistema de exámenes de licenciatura y agregaduría, la preparación para los grados era una finalidad no muy acorde con cuanto las facultades estimaban conveniente para ellas, útil para sus alumnos y provechoso para la ciencia. El sistema de exámenes, por consiguiente, ha sido reformado una y otra vez, no sin dificultades, de acuerdo con un determinado ideal de lo que debe ser la enseñanza superior de la historia. El resultado es que las facultades se cuentan hoy entre los centros que contribuyen a los avances positivos de las ciencias históricas. La enumeración de cuanto han publicado desde hace algunos años lo refrendaría si hubiera necesidad.

---

6 *Revue Historique, loc. cit.*, p. 98. He desarrollado en otro lugar lo que me limito a indicar aquí. Véase la *Revue Internationale de l'enseignement*, noviembre de 1897 (Ch.-V. Langlois).

Esta evolución ha tenido ya consecuencias afortunadas; si prosigue tal como ha comenzado, tendrá aún más. En primer lugar, la transformación de la enseñanza de la historia en las facultades ha provocado otra paralela en la Escuela Normal Superior. La Escuela Normal otorga así, desde hace un par de años, un «Diploma de Estudios»; se favorecen los trabajos originales, los ejercicios pedagógicos y la cultura general, como en las nuevas Facultades. No se diferencia de las facultades sino en que es selectiva, y recluta a sus alumnos con determinadas exigencias; en último término es una facultad como las demás, en la que los estudiantes son muy pocos, pero selectos. En segundo lugar, la Escuela de Altos Estudios y la Escuela de Paleografía y Archivística, que a finales de 1897 se trasladarán a la reconstruida Sorbona, han conservado su razón de ser; puesto que muchas especialidades de la Escuela de Altos Estudios no se imparten ni se impartirán jamás en las facultades; y para los estudios de historia medieval, el conjunto de enseñanzas especializadas de la Escuela de Paleografía y Archivística seguirá sin tener competencia. Pero el viejo antagonismo entre la Escuela de Altos Estudios y la Escuela de Paleografía y Archivística por una parte, y las facultades por otra, ha desaparecido. Todos estos centros, no hace mucho tan distintos entre sí, colaboran en la actualidad con idéntico espíritu en una tarea común. Cada uno conserva su nombre, su autonomía y sus tradiciones, pero entre todos conforman un organismo: la sección histórica de una ideal Universidad de París, mucho más vasta que la sancionada en 1896 por la ley. De hecho, la Escuela de Paleografía y Archivística, la de Altos Estudios, la Normal Superior y el conjunto de las enseñanzas históricas de la Facultad de Letras no son ya sino «institutos» independientes de esta futura universidad.

PUBLICACIONES
Universidad de Alicante